

HE ODIADO A CEAUȘESCU

Gabriel Andreescu es profesor asociado en la Facultad de Ciencias Políticas/ SNSPA y miembro activo de varias organizaciones no gubernamentales. El ex disidente se ha convertido en la actualidad en un conocido militante por los derechos humanos y de las minorías étnicas y sociales, publicista y editor, una de las voces de la sociedad civil rumana. Es miembro fundador del Centro de Estudios Internacionales, de la Asociación Solidaridad por la Libertad de Conciencia, miembro del Consejo Científico del Instituto Nacional para la Memoria del Exilio Rumano. Es también director de la *Noua Revistă de Drepturile Omului*.

Ha publicado numerosos libros, estudios y artículos, entre los que mencionamos: *Sistemele axiomatice ale logicii limbajului natural. Funcții și operaționalizare* ('Sistemas axiomáticos de la lógica del lenguaje natural. Funciones y operacionalización', București, ALL, 1992); *Spre o filosofie a disidenței* ('Por una filosofía de la disidencia', București, Litera, 1992); *Patru ani de revoluție* ('Cuatro años de revolución', București, Litera, 1994); *Cel mai iubit dintre ambasadori. Cohen Stork în dialog cu Gabriel Andreescu* ('El más querido de los embajadores. Diálogos entre Cohen Stork y Gabriel Andreescu', București, ALL, 1993); *Polemici neortodoxe* ('Polémicas heterodoxas', București, Fundația Culturală Noesis, 2001); *Extremismul de dreapta în România* ('El extremismo de derechas en Rumanía', București, Centrul pentru Diversitate Etnoculturală, 2003); y, en la editorial Polirom, de Bucarest: *Naționaliști, antinaționaliști... O polemică în publicistica românească* ('Nacionalistas, antinacionalistas... Una polémica en la prensa rumana', 1996); *Solidaritatea alergătorilor de cursă lungă* ('La solidaridad de los corredores de fondo', 1998); *Problema transilvană. În colaborare cu Gusztáv Molnár* ('El problema transilvano. En colaboración con Gusztáv Molnár', 1999); *Locurile unde se construiește Europa. Adrian Severin în dialog cu Gabriel Andreescu* ('Los lugares donde se construye Europa. Adrian Severin dialoga con Gabriel Andreescu', 2000); *Ruleta. Români și maghiari. 1999-2000* ('La ruleta. Rumanos y húngaros. 1999-2000', 2001); *Națiuni și minorități* ('Naciones y minorías', 2004); *Reprimarea mișcării yoga în anii '80* ('La represión contra el movimiento yoga en los años '80', 2008).

GABRIEL ANDREESCU

HE ODIADO
A CEAUȘESCU

Años, gente, disidencia

Traducción del rumano de
Dan Munteanu Colán



Descrierea CIP este disponibilă la
Biblioteca Națională a României
ISBN 978-606-92863-6-4

© PAVESIANA, 2015, pentru prezenta ediție

Dedico estos recuerdos a las mujeres y los hombres que asumieron el riesgo de quedarse al lado de los opositores al régimen comunista.

Les quedo profundamente agradecido a los que me han apoyado a lo largo de todos esos años y, antes que nada, a los que sufrieron directamente las consecuencias de mi disidencia: Cristina, Liviu, Mioara, mi hermano y su familia, mis padres, ya desaparecidos hoy de este mundo.

¿Por qué, en tiempos de Ceaușescu, la disidencia fue únicamente un hecho de excepción? ¿Qué determinó a algunas personas, en el contexto de aquellos años, a romper el modelo colectivo de la obediencia? ¿Por qué, en la época de madurez del comunismo, cuando uno no luchaba solo contra la represión, sino también contra la dificultad psicológica de salirse de lo común, de enfrentarse al modelo, algunos se pasaron de la raya?

I.
AÑOS, GENTE, DISIDENCIA

CAPÍTULO 1. ENTRE RECUERDOS

La obediencia como modelo colectivo

Si delimitamos la sublevación de los obreros de Valea Jiului de 1977 y de los obreros de Brașov del 15 de noviembre de 1987¹ (estallidos de ira ante la excesiva acumulación de penurias y humillaciones) de la resistencia anticeaușista, la oposición manifiesta, pública, principal, al comunismo fue la practicada sabiamente por unas individualidades. Los movimientos (El grupo de acción de Banato², Goma, SLOMR³) no superaron, en

1 Valea Jiului, importante cuenca carbonífera con muchas explotaciones mineras en el suroeste de Rumanía; Brașov, centro industrial de gran importancia y turístico situado en los Cárpatos meridionales de Rumanía (n. tr.).

2 En alemán, *Aktionsgruppe Banat*. Se trata de un grupo de jóvenes autores de lengua alemana de Timișoara, activo en el período 1972-1975. Integran este grupo: Albert Bohn, Rolf Bossert, Wener Kremm, Johann Lippet, Anton Sterbling, William Totok, Richard Wagner, Ernest Wichner. En la presentación que William Totok hace al grupo se menciona: “La *Aktionsgruppe Banat* se constituyó en 1972 como un grupo de jóvenes autores que, de manera programática, trataron de crear una literatura no convencional, comprometida en el verdadero sentido de la palabra, centrada en una perspectiva declaradamente social-crítica, opuesta a un estetismo elitista, apolítico y distanciado de la realidad inmediata. La ideología del grupo era deudora a los escritos de la izquierda no dogmática occidental, y los textos literarios seguían una línea común, relativamente unitaria, inspirada tanto en el laconismo dialéctico de Bertolt Brecht, como en los experimentos vanguardistas del “Grupo Vienés” o en la poesía de la música rock. La actitud del grupo no fue principalmente anticomunista, sino únicamente crítica con el socialismo real existente” [(Diálogo entre Vitalie Ciobanu y William Totok, “Am învățat să detest orice formă de totalitarism” (‘He aprendido a detestar cualquier forma de totalitarismo’, *Contrafort* 7-8: 93-94 (julio-agosto de 2002))].

3 Sindicatul Liber al Oamenilor Muncii din România (‘Sindicato Libre de los Trabajadores de Rumanía’), cuyos principales iniciadores fueron el

cuanto a energía o ideología la iniciativa de sus fundadores. El distanciamiento de seis ex líderes comunistas⁴ fue más bien la obra de un “conspirador ilustrado”, mientras la carta enviada por siete personalidades de la cultura rumana⁵ en defensa de Mircea Dinescu no fue un prólogo a un mensaje anticomunista, sino la adhesión sucesiva a una protesta con clara estilística sindical. Cuando la emisora de radio “Europa liberă” transmitió las invitaciones a la Conferencia sobre derechos humanos organizada por Solidarność⁶ (‘Solidaridad’) en Cracovia, en el verano de 1988, a los disidentes activos en la fecha en el país, en la lista figuraban diez nombres⁷. El principal efecto que tuvo la falta de un grupo de oposición con una mentalidad y una estrategia política fue

médico Ion Cană y el economista Gheorghe Braşoveanu.

4 Gheorghe Apostol, Alexandru Bârlădeanu, Silviu Brucan, Corneliu Mănescu, Constantin Pârvulescu y Grigore Răceanu.

5 Geo Bogza, Ştefan Augustin Doinaş, Dan Hăulică, Octavian Paler, Alexandru Paleologu, Andrei Pleşu y Mihai Şora.

6 El sindicato Solidarność fue creado en Gdansk, en septiembre de 1980. En el primer congreso nacional celebrado en septiembre de 1981, Lech Walesa fue elegido presidente del mismo. El sindicato logró resistir a la Ley marcial con la que el gobierno polaco respondió a la amplificación de las acciones de protesta de Solidarność. A raíz de las elecciones de 1989, tras las negociaciones entre la dirección comunista y los representantes del sindicato, se constituyó el primer gobierno democrático en un país que todavía se hallaba bajo el control de la Unión Soviética.

7 El informe del teniente coronel Constantin Gâdea de la 1ª Dirección del Departamento de la Seguridad del Estado (“Securitatea”), fechado el 13 de agosto de 1988, concerniente a la “acción de Cracovia” del 25 de agosto de 1988, incluye también la lista de los invitados de Rumanía, llamados por dicho oficial elementos “conocidos por sus ideas y su actitud contrarias al régimen socialista de nuestro país”. La lista estaba integrada, en realidad, por nueve personas: Ion Puiu, Doina Cornea, Radu Filipescu, Mariana Celac Botez, Dan Petrescu, Liviu Cangiopol, Florian Rusu, Nicolae Fiştioc, Gabriel Andreescu. También había una referencia colectiva a los “miembros del llamado grupo România liberă (‘Rumanía libre’) de la República Popular de Hungría” (Gabriel Andreescu, “De las páginas de la disidencia: la invitación a Cracovia”, *Timpu*, 2005).

el fracaso de la primera etapa de la revolución de diciembre de 1989, y luego la decantación de Rumanía por la lógica de una democracia anárquica, a pesar de haberse cruzado en el camino con la Unión Europea⁸. La participación en la lucha por el poder de una comunidad de anticomunistas coherentes en el momento cuando fue apartado Ceaușescu habría cambiado en esencia el desarrollo de los acontecimientos⁹.

Para contestar la pregunta “¿Por qué, en tiempos de Ceaușescu, la disidencia fue únicamente un hecho de excepción?”, se invocan banalidades como la superficialidad “típicamente balcánica”, la cobardía intensificada por la fragilidad del sentimiento de solidaridad de los connacionales, pero también, o sobre todo, la gigantesca fuerza del sistema opresivo¹⁰. Pero esta clase de argumentos, que, por otra parte tienen sentido, está lejos de ser suficiente. El terror estalinista, que duró desde finales de los años '40 hasta mediados de los años '60 había creado un sentimiento general

8 La democracia anárquica es una democracia cuyos mecanismos formales no son capaces de detener los abusos de los más fuertes actores individuales o colectivos [Gabriel Andreescu, “Democrația anarhică” (‘La democracia anárquica’), en el Coloquio “România după 20 de ani” (‘Rumanía 20 años después’), Cluj-Napoca, 30-31 de octubre de 2009)].

9 El pasaje hace referencia, con el fin de establecer simbólicamente una relación, a un fragmento del postfacio al volumen *Por una filosofía de la disidencia*, a saber, la recopilación de los principales textos anticomunistas y anticeaușistas de los años '80, que me “valió” un juicio penal de “traición”. El libro fue publicado por la editorial Litera, en 1992, después de haber pasado la primera ola de gran interés por la “literatura de cajón” anticomunista. En 1990, el director de la recién creada editorial Humanitas me había pedido esos textos para publicarlos en su editorial. El tiempo pasaba, y yo, metido de lleno en los revuelos que siguieron a la Revolución, no estaba muy preocupado por la suerte de las confesiones que había entregado a la editorial. Cuando, en 1991, me comunicaron que debía reducir el texto a la mitad (¡el volumen final tuvo 196 páginas!), retiré el manuscrito. Al enterarse, Veronica Oancea, la hermana de Mihai Botez, me pidió el manuscrito para la editorial de la que se había hecho cargo y había reorganizado, Litera.

10 Un cultivado y activo defensor de esta interpretación es el historiador Mihnea Berindei.

de pavor hacia el Partido [Comunista Rumano] y la Securitate junto a la sensación casi material de que este tipo de régimen totalitario es inquebrantable. El hecho de estar vigilados por la Unión Soviética, el guardián de las fronteras del sistema comunista, motivaba todavía más la desesperación ante cualquier llamamiento a cambiar algo en el futuro. El mito de la intervención norteamericana también se había esfumado. Finalmente, después de décadas, la obediencia como reacción defensiva se había transformado en un modelo colectivo. No siempre fue así. En el más tremendo período del terror, en los años '50, muchos consideraban normal dar cobijo a un conocido – o incluso ¡a un extranjero! – que llamaba a la puerta en plena noche buscando refugio, después de escapar de las garras de las tropas de Securitate. Si le descubrían, el anfitrión y toda su familia sufrirían consecuencias dramáticas. Pero ayudar a alguien en un aprieto era un instinto heredado, y la negativa te condenaba a perder el propio respeto a tu persona.

En los años '60, el ambiente había cambiado. La gente ya no se arriesgaba. La sumisión había contaminado la sociedad. Las jóvenes generaciones se habían criado con el pañuelo rojo de pionero anudado al cuello. Cada escalón en su educación las acostumbraba a nuevas concesiones. Y, sin embargo, ¿qué ha determinado a algunos, en el contexto de aquellos años, a romper el modelo colectivo de obediencia? ¿Por qué en la época de madurez del comunismo, cuando uno no luchaba solo contra la represión, sino también contra la dificultad psicológica de no respetar las reglas, de enfrentarse al modelo, algunos se pasaron de la raya?

Disidentes y miembros de la resistencia

Ese contexto en su conjunto explica por qué la disidencia dependió de detalles personales, casi imposible de encajar en un esquema. Antes de seguir adelante por ese camino, debo hacer una distinción entre disidencia y resistencia al régimen. En los

debates públicos en Rumanía, los autores utilizan frecuentemente esos términos con significados diferentes y hubo incluso polémicas sobre “el significado correcto”. En la terminología que se generalizó en Occidente a finales de los años ’70, se llamaban “disidentes” a los individuos contestatarios que expresaban abiertamente su desacuerdo con el régimen comunista y apoyaban los derechos humanos y las libertades de las personas. El desarrollo de la disidencia en la Unión Soviética tendría un impacto internacional. La acción a plena luz del día contra el sistema totalitario, el asumir públicamente el anticomunismo son los elementos más específicos de la categoría que los diferencian del resto de “los resistentes”, la gente que trataba de oponerse al régimen de manera subversiva, planeando organizaciones secretas y revueltas, haciendo circular discretamente manifiestos, enviando informaciones al extranjero, etc. Algunos de los opositores de los años ’80, como Iulius Filip o Radu Filipescu, “ascendieron” desde la resistencia subversiva a la disidencia.

Esas explicaciones demuestran que el término “disidencia”, cuando hace referencia al movimiento anticomunista del ex bloque soviético, ya no conserva su etimología. Algo que es relativamente claro en el mundillo de los historiadores y de otras categorías de especialistas que se dedican al tema. Cuando quiso elaborar un Diccionario de la disidencia de los ex países comunistas, el Centro KARTA¹¹ de Polonia utilizó para “disidentes” los siguientes criterios de identificación: se han manifestado de

11 El proyecto iniciado por el Centro KARTA fue realizado en cooperación con el Centro de Investigación, Información y Educación “Memorial” de Moscú y con la participación de investigadores de Albania, Alemania, Bosnia y Herzegovina, Bulgaria, República Checa, Croacia, Eslovaquia, Hungría, Macedonia, Montenegro, Polonia, Rumanía, Serbia, para el primer tomo; el segundo tomo está dedicado a los países de la ex Unión Soviética: Armenia, Azerbaiyán, Bielorrusia, Estonia, Georgia, Letonia, Lituania, Moldavia, Rusia y Ucrania, e incluye también un capítulo sobre los tártaros de Crimea. Un servidor ha sido invitado a redactar una parte de la sección referente al caso rumano.

forma activa contra el sistema comunista, por la defensa de los derechos humanos y de las libertades fundamentales del hombre; han inspirado las acciones de resistencia; no han utilizado la violencia y han respetado los principios de la democracia en su mundo no democrático¹².

La reserva de los anticomunistas de emplear este significado se explica por desagrado que les causa verse confundidos con los disidentes del partido comunista, ex miembros que se apartaron del partido, de acuerdo con la etimología del vocablo “disidencia”. ¿Cómo pueden colocarnos – piensan aquellos a los que les repugnó incluso la idea de entrar en las filas del partido de Lenin y Stalin – al lado de Silviu Brucan y Gheorghe Apostol¹³? Un reciente descubrimiento en los archivos del CNSAS¹⁴, el informe (sobre el que volveré más adelante) que describe los esfuerzos de Doina Cornea por llegar a Cracovia en 1988, donde había sido invitada por el sindicato Solidaridad, habla elocuente y conmovedoramente de la batalla con los recovecos de los términos lingüísticos. Doina Cornea, escribía el teniente-coronel Constantin Gâdea en el mencionado informe “se personó el 14 de junio del corriente en una audiencia con el jefe de la Securitate de Cluj, y, al referirse a la invitación recibida a través de la emisora “Europa liberă” para participar en la reunión de Cracovia, afirmó que ella

12 Es decir, no pertenecen a esa categoría los que fueron activos únicamente durante la lucha armada, cuando dicha lucha era la forma básica de la resistencia, los que no sufrieron represalias por sus actividades (el caso de los exiliados), los que desplegaron su actividad solo dentro de las estructuras oficiales del poder, y los que manifestaron su oposición solo durante la caída del régimen.

13 Silviu Brucan (1916-2006), nomenclaturista, ideólogo comunista y analista político. Gheorghe Apostol (1913-2010), político y dirigente del Partido Comunista Rumano, principal adversario de Ceaușescu al cargo de líder del partido (n.tr.).

14 Consiliul Național pentru Studierea Arhivelor Securității (‘Consejo Nacional para el Estudio de los Archivos de la Seguridad’). (n.tr.).

no se consideraba disidente, sino opositora a la política del partido”.

La señora Cornea está lejos de reflejar una actitud autóctona. La misma actitud la manifestaron también Jiřin Šiklov y Eugeniusz Smolar, miembros de la resistencia checa y polaca, respectivamente. En un encuentro relativamente reciente, celebrado en Viena en 2006¹⁵, los dos volvieron a hablar de la generalización del término, y declararon: “no aceptamos ser llamados disidentes”. Nosotros somos “miembros de la oposición anticomunista”. Este caso pone de manifiesto que, a pesar de la opinión académica difundida, es muy posible que el significado de términos sufra aun cambios a raíz de la presión ejercida por el mismo “sujeto de estudio”, dado que la cuestión de la terminología no es una simple convención.

Utilizar, no obstante, para el término “disidente”, el significado ampliamente aceptado hoy en día por la comunidad que está estudiando la resistencia del bloque soviético. Hago eso también porque no insisto en la oposición como tal, que puede ser también subversiva, preocupada en primer lugar por la eficacia. Me atraen el principio del enfrentamiento abierto, con voz clara, al régimen, y el interés de la disidencia por la libertad del ser humano¹⁶. Asumir manifiestamente la oposición al régimen recupera al menos la dignidad, indiferentemente de las consecuencias. De ese modo, en el contexto de un poder obsesionado por obtener la unanimidad, el desligarse de la salmodia plúmbea de la obediencia tuvo también efectos prácticos considerables.

Corromper a los niños

15 “From Samizdat to Tamizdat”, Viena 12-15 de septiembre de 2006.

16 Los términos “resistencia” y “miembros de la resistencia” tienen, naturalmente, una valencia generalizada y, consecuentemente, bajo su paraguas pueden abrigarse también los disidentes y los opositores que intentaron minar el sistema comunista con medios estrictamente subversivos.

El traslado de cientos de miles de expedientes de los archivos de los servicios de información al Archivo del CNSAS y las investigaciones ulteriores, a partir del verano de 2006, pusieron de manifiesto un hecho cuyas proporciones parece que ni siquiera fueron imaginadas por los investigadores de la historia reciente; la Securitate reclutaba no por casualidad sino *sistemáticamente* a los estudiantes de instituto y a los alumnos noveles en el primer curso de universidad. El caso que confirió un aura de dramatismo a este aspecto es el de Sorin Antohi, obligado a contestar a las preguntas que se le hicieron en los interrogatorios de la Securitate a la edad de 17 años, y a firmar un compromiso de conspiratividad a los 19, hechos que él mismo llegó a desvelar públicamente después de aproximadamente un cuarto de siglo desde que había entregado sus últimos informes. Corromper a los menores complica el juicio del colaboracionismo. Y subraya, por un lado, la suciedad de los procedimientos de la Securitate, y exige, por otro lado, matizaciones a la hora de entender los actos de los ex informadores. Nuestra concepción filosófica y jurídica en su totalidad sobre los menores parte de la idea de que, antes de llegar a cierta edad, la gente es vulnerable en lo que al discernimiento se refiere. No posee todos los atributos que le permita responsabilizarse, inclusive en relación con los actos que tienen significado político.

Los autores que logran expresarse en la prensa con respecto a la colaboración, resistencia, culpabilidad o responsabilidad en cuestiones como el pasado, el futuro y su significado – véase la famosa afirmación “Debemos conocer el pasado para no repetirlo” – son, lo más probable, sensibles a la dimensión política de la vida. Sería no obstante excesivo imaginarnos que, siguiendo el patrón de la mass-media, casi todos los hombres tienen la conciencia de la lógica social en la que viven. Expreso una verdad de una banalidad absoluta: cuanto menos años tiene una persona, tanto más difuso es el universo extra familiar. Cuando se es niño, importa lo que te dice la madre o el compañero de pupitre. En la adolescencia, un amigo o una amiga convierte en la nada el

significado de cualquier reunión plenaria del partido. A su vez, la falta de información y de experiencia cultural limita la interpretación extra personal del mundo en la que vive uno. Conferir un significado político a los gestos a la edad de 15 ó 16 años e interpretarlos, eventualmente, con una especie de planilla de responsabilidades significa ser opaco a la complejidad del devenir de un ser humano.

La situación volvió a llamar recientemente la atención de la opinión pública gracias a otros dos casos: Mihai Răzvan Ungureanu, quien llegó a ser miembro del Comité Central de la Unión de Jóvenes Comunistas a los 16 años, y Günter Grass, quien, al cumplir los 80 años, relató, para gran asombro de todo el mundo, que a los 17 años se enroló en las tropas Waffen-SS. Tanto en uno como en otro caso, en el fondo es sencillo valorar la situación. A los 16 años eres un simple peón movido en la escala social. La posición del pequeño Mihai Răzvan, amenazado en cierta ocasión con el rito de purificación por su pertenencia al CC de la UJC, remite a su padre, no a él. Y el joven Günter Grass inmerso durante toda su infancia y pubertad en una intensa propaganda nazi, no podía conocer, a no ser por puro azar, otro modo de pensar. La responsabilidad de ambos por su vida tiene muy poco que ver con lo que les pasó en la edad adolescente, sino, casi en totalidad, con su conducta como personas maduras física y síquicamente.¹⁷

La verdad del comentario anterior es relativa, ya que depende en gran parte del contexto de vida del niño, adolescente o joven.

17 Mientras tanto, Mihai Ungureanu llegó a ser el jefe del Servicio de Informaciones Exteriores (SIE). Eso significaría que, probablemente, antes de ser nombrado secretario de estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores y, consecuentemente, antes de obtener el puesto de funcionario en las estructuras del Pacto de Estabilidad, ya se había convertido en oficial encubierto del SIE. Se puede comprobar el hecho de que al menos en lo que concierne al tratamiento de los expedientes de la antigua Securitate externa, bajo la dirección del Sr. Ungureanu, SIE no cambió sustancialmente su manera de actuar.

Dinu Zamfirescu contaba en cierta ocasión cómo fue detenido por primera vez a los 16 años¹⁸. Estudiante del último curso de la ESO¹⁹, participó junto a muchos otros compañeros suyos, algunos ya miembros a su edad del Partido Nacional Liberal (PNL) o Partido Nacional Campesino (PNTȚ), en la demostración del 8 de noviembre de 1945. Los detalles, desde la reunión en la sede del partido y la elaboración de la estrategia de la acción hasta la entrada en la plaza vigilada por militares y el desencadenamiento de la protesta, demuestran la motivación y las ideas políticas por excelencia de esos adolescentes. A los 16 años, estaban ya marcados por su participación en la vida de una formación política. En el ambiente bucarestino de la Rumanía posbélica, antes de la llegada al poder de los comunistas, adolescentes como Dinu Zamfirescu adquirirían una conciencia política, comprendían lo que significaban el bien o el mal en el mundo al que pertenecían. La sociedad democrática permitía que los futuros ciudadanos madurasen tempranamente.

Como regla general, sin embargo, no se le puede exigir a un menor que entienda plenamente el mundo en que vive. Diría incluso que el autismo político persigue a algunos hasta la plena madurez. Menciono lo que me pareció, en el momento de leerlo, un ejemplo absolutamente impresionante, que descubrí en una revista francesa cuyo nombre no recuerdo en la época cuando Yaser Arafat estaba en la lista de los terroristas más buscados en el mundo. Un palestino había acompañado al aeropuerto a una

18 Dinu Zamfirescu, ex detenido político emigrado a Francia, donde formó parte de los grupos anticomunistas de carácter político (Partido Nacional Liberal) y las organizaciones cívicas (Liga por la Defensa de los Derechos Humanos de París), regresó a Rumanía después de la Revolución, participó en la creación del PNL y, a partir de 2003, es el presidente del Instituto Nacional por la Memoria del Exilio Rumano.

19 Las correspondencias entre los sistemas de enseñanza secundaria rumano y español son relativas, debido a las diferencias de estructura y terminología (n.tr.).

israelí con la que iba a tener un niño, que iba a nacer dentro de un mes o dos. Después de la despedida de los dos, durante un último control, los inspectores de vuelo descubrieron una bomba en el equipaje de la embarazada. El terrorista había planeado con paciencia el atentado, seduciendo a una joven de Israel, dejándola embarazada y colocándole en el equipaje un paquete bomba, con la esperanza de que la situación de la madre haría que evitara el control. Cuando descubrieron la bomba y la joven madre se enteró de lo que le había sucedido, tuvo un ataque de furia. Pero no porque se imaginó lo que iba a pasar con los cientos de viajeros que estaban a bordo, no porque el hombre había planeado asesinarles a ella y a su propio hijo en nombre de la causa palestina, sino porque su amado... se había burlado de sus sentimientos. La mente de aquella mujer era incapaz de superar la raya de sus propias pasiones. Me quedó en la mente esa noticia que encontré por casualidad, y gracias a ella miré más relajado a los de mi alrededor que aceptaban toda clase de actuaciones a favor del régimen – aplausos en las manifestaciones, declaraciones rimbombantes en las clases de enseñanza ideológica – , sin darse cuenta que ese comportamiento “planteaba un problema”.

“¿Ya estáis hartos de lo bueno?”

Las consideraciones expuestas antes me obligan a volver al carácter tan personal de las disidencias. Tal interpretación no conduce al elogio de la personalidad. Todo lo contrario, colocar cada una de las “excepciones” en una lógica de las causalidades conlleva la matización, relativización y desdramatización de los hechos. El aura que envuelve las acciones contra los tiranos, se llamen Honecker, Jaruzelski o Ceaușescu, dejan en la sombra una parte consistente de la realidad, a saber la multitud casi siempre numerosa que las hizo posibles. E incluso más, desplaza marginalizando el tema de la “carrera” de los actos de resistencia, tan

interesante por su papel de pedagogía colectiva, muy relevante precisamente porque depende enormemente de la comunidad.

¿Tal vez habría llegado yo también a firmar un compromiso con la Securitate, si en la edad escolar hubiera sufrido una presión idéntica? ¿Hubiese estampado mi nombre en un documento de haberme hallado delante de un oficial de Securitate que me habría gritado? ¿Hubiera desviado el sentido de mi existencia entera a raíz de un hecho controlado por otro?

Antes de las revelaciones sobre Sorin Antohi, simplemente no me habría pasado nunca por la cabeza ese tipo de reflexiones. La respuesta no es nada marginal para la comprensión de los propios recursos de alguien que recurrió a una u otra forma de resistencia. Para algunas personas, enfrentarse al régimen totalitario se considera “el proyecto de la vida”, la expresión de una fuerza propia de su ser. ¿Y si se equivocan con respecto a lo que pasó en realidad? ¿Habrán tenido la suerte de no haber caído bajo el ojo avizor de un cazador de conciencias a la edad en la que no sabían lo que significaba un “no”?

Al evocar el ejemplo de Günter Grass o de Sorin Antohi, el último formado en un medio parecido al medio en que me había criado yo, siento la necesidad de sacar a la luz recuerdos mucho más viejos de lo que inicialmente pensaba que tendría sentido. Trataré de ser lo más fiel posible a mi memoria.

Una conciencia política precoz – que también existe – des-
punta casi seguramente a raíz de la educación recibida en casa²⁰. Desde este punto de vista, la mayor deuda la tengo con mi padre. Me crié en una familia que había sufrido las purgas de los años '50. Mis padres vivieron unos años juntos en la ciudad de Buzău, eran funcionarios, y parecía que su vida se iba a estabilizar. Allá por el año 1953 – cuando se le abrió un expediente de vigilancia

20 O la reciben directamente de la comunidad en la que viven, como los niños palestinos a una tierna edad, porque participan con todos los compañeros de juegos en la intifada contra Israel.

informativa, en el que figuran sin embargo informes de 1952 – , mi padre empezó a ser acosado, obligado a trasladarse de un lugar de trabajo a otro. En 1958 fue detenido y estuvo preso unos meses. Más tarde me enteré por mi madre que, en los años previos a la detención hubo momentos cuando de noche se quedaba vestido, tenso, a la espera del coche que ya había llevado a varios de sus compañeros a la cárcel. La familia de mi padre había sido incluida en la categoría de los campesinos ricos, aunque ninguno poseía más de unas hectáreas de tierra de cultivo²¹. Probablemente porque habían sido entre los notables del pueblo: Alexandru, un hermano de mi padre, era sacerdote.

Incluso antes de la detención de mi padre, cuando tenía seis años, y mi hermano diez, nuestra familia vivió el calvario de la incertidumbre y de la lucha contra el hambre. Aun así no fue uno de los más dramáticos, comparado con la suerte de otros en aquellos años. Madre se quedó sin trabajo; tuvo que ocuparse sola de los dos hijos, y para poder alimentarnos, se vio obligada a trabajar en el campo, azada en mano, en Lipia, el pueblo de donde se había marchado. En el período del acoso, padre, como tenía dificultades para encontrar un trabajo de acuerdo con su preparación, se ganó el pan con varios apaños, como por ejemplo cargar cajas en la empresa Fructexport. Desde entonces datan mis primeros recuerdos, las primeras impresiones sobre nuestra condición de “personas entre otras personas”. En 1964, padre fue eximido de la culpa y volvió a desempeñar su trabajo de antes, de inspector financiero. Incluso en aquel entonces, nuestra situa-

21 En el expediente de vigilancia informativa de mi padre, la referencia a su categoría de campesino rico es la única confirmación subjetiva de lo que afirmaba la Securitate sobre él. Cuando un amigo suyo, secretario del Consejo Provincial, le propuso que presentaran los dos sendas solicitudes para afiliarse al partido [comunista rumano], parece que mi padre le habría comentado, en una conversación grabada con medios T.O (medios técnico-operativos, eso es, micrófonos): “Oye, tío, yo no lo hago. Tú eres hijo de ferroviario y se entiende, pero yo..., conmigo no va, tío, porque mi padre fue campesino acaudalado y esos dirán que me colé”.

ción material era limitada. No eran raros los momentos cuando nosotros, los niños, llorábamos por un helado que madre no se permitía comprarnos.

Padre era una persona callada, nunca nos contó qué le había pasado en la cárcel, y tampoco nos dio explicaciones, y nosotros, los hijos, sentimos inconscientemente la necesidad de ser discretos. Sobre su vida anterior a la guerra llegó a hablarnos únicamente hacia el final de su vida. En cambio, le oíamos decir palabrotas, incluso muy a menudo, cuando hablaba del régimen. Se la tomaba especialmente con alguna “tontería” hecha por el partido o la administración. Traía a casa cada día el periódico, lo leía lápiz en mano, y casi siempre encontraba motivos para comentarios críticos.

Me parecía divertida incluso en aquel entonces, no solo retrospectivamente, la reacción de mi madre, que empezaba así: “Cállate de una vez, Gicule, ¿ya estás harto de lo bueno!?”. A ella le interesaba la familia, vernos protegidos, a salvo de todo, nada más. La frase “Cállate de una vez, Gicule...” me persiguió toda la vida, inclusive durante los meses de arresto domiciliario, desde octubre hasta diciembre de 1989, cuando regresé a Buzău y me quedé en casa de mis padres. “Europa liberă” se escuchaba bien aquellos días, poníamos la radio alta, padre y yo escuchábamos tensos, muy atentos, embargados por la emoción. Madre estaba horrorizada, aunque no sabía que todo lo que se hablaba en casa se escuchaba y se transmitía diariamente al escalón superior. Pero veía a los oficiales de la Securitate en uniformes de policías que vigilaban día y noche la puerta... “¿Ya estáis hartos de lo bueno?”, llegaba a decir, pero a veces se reía también ella al oír su propio estribillo.

La Biblioteca para todos

¿Qué cuenta la memoria de un niño sobre su devenir? ¿Sigue la lógica de los hechos o de los estados? ¿Memoriza tal vez sobre todo lo que adquiere sentido²²?

Estaba yo en el cuarto de primaria. Un día, a la hora de comer, apenas regresado de la escuela, con el uniforme todavía puesto, me mandaron a la panadería. Me pareció que la vuelta que me dio la dependienta era más de lo que debía, le devolví una moneda, creo que una de 25 céntimos. En su cara se dibujó una amplia sonrisa. “¡Mírenlo, honestidad de pionero...!” , dijo la vendedora, acentuando en la última palabra con un calor materno y ojos sonrientes, con la fórmula de las películas proletcultistas²³, y me explicó que no se había equivocado.

Me pregunto: ¿por qué habré memorizado aquella alabanza, como si me hubiera asombrado, aunque no era algo a toda costa excepcional? ¿Tenía algún significado mi pañuelo de pionero? ¿Por qué se me grabó tan bien en la mente la atmósfera de la panadería de la esquina, en aquel lejano día, mientras otras situaciones mucho más llenas de vida se esfumaron? Para mí, el pañuelo rojo no tiene relación con ningún acontecimiento desagradable.

Conocí después estudiantes que querían ser jefes de grupo o presidentes de destacamento. Nunca lo deseé, pero tiene que ver con mi tendencia a ser introvertido, no con mi opinión con respecto a mi postura de pequeño pionero. No notaba ninguna relación entre el uniforme que llevaba y la actitud en el ámbito

22 No espero que esas líneas constituyan una explicación para la manera en que alguien llega a enfrentarse a las autoridades de un régimen opresivo. Probablemente una explicación en el sentido estricto del término sea imposible, porque no hay forma de abarcar el espectacular cruce entre el azar y el determinismo en la vida de una persona. Las impresiones y la imagen sobre los mismos son únicamente un extracto de memoria, hablan de vivencias, pero no de las causas.

23 Proletcultismo, corriente cultural y actitud en la ex URSS, después de la Revolución de Octubre, difundidas en el resto de los países comunistas, que rechaza la herencia cultural del pasado y defiende la creación de una cultura “puramente proletaria” (n. tr.).

familiar, donde ya desde niño era consciente que estábamos viviendo bajo la autoridad de unos “dirigentes malos”.

En los años '60 no se manifestaba, por lo menos en la provincia donde vivíamos, una actitud crítica ampliamente expresada, que podía llegar desde la calle a los oídos de los pequeños, como sucedería en los años '80, al menos en Bucarest. Además, en aquel entonces parecía que las cosas evolucionaban y efectivamente evolucionaban, con límites, en una dirección mejor. Durante nuestra corta vida, habían desaparecido las cartillas de alimentos y había sido posible llenar, de un año a otro, los estantes de nuestra biblioteca con los tomos de la colección “Biblioteca para todos” (BPT). Mi hermano, Liviu, cuatro años mayor que yo, había empezado a coleccionarlos, y el ritmo de aparición de los libros superaba ya entonces la posibilidad de leerlos todos. En BPT se habían traducido ya las más importantes obras de la literatura rusa, francesa, inglesa o alemana. Recuerdo incluso los lomos con títulos que me sonaron exóticos durante mucho tiempo, como *Thyl Ulenspiegel* de Charles de Coster, o *Las Bodas de Figaro* de Beaumarchais. (Volveré a hablar de los títulos que contaron para mí en aquella biblioteca que pudimos permitirnos tener en los años '60.)

La sensación de cambio se insinuaba paulatinamente también porque parecía que sucedía algo importante con la gente de nuestro alrededor; se perfilaba el distanciamiento de los soviéticos²⁴. El antisovietismo era la más difundida actitud política en mi ambiente. Había también víctimas de esa mentalidad local, como la profesora de ruso que vivía de alquiler en una callejuela cercana. Nosotros, los niños de 10-11 años de la Strada Democrației, gastamos bromas de lo más pesadas a su novio, un oficial que venía a verla por la noche, cuando ya estaba oscuro. Lo más frecuente era que le pasara algo cuando tocaba el picaporte con la mano...

24 La señal apareció en 1962, cuando Gheorghe Gheorghiu-Dej pidió a los consejeros que se marchasen del país.

El blanco no era el oficial con quien se veía, y el motivo no era que ella fuese profesora. Sino que enseñaba... “el ruso”.

Sucedió probablemente allá por 1965, cuando la “camarada profesora” de geografía, en el 5º de primaria, abordó un aire grave cuando nos dio la clase sobre la URSS y nos dijo algo así como que “El pueblo ruso es un pueblo especial...”. Esta afirmación y la manera en la que había sido pronunciada se me grabó de modo extraño en la memoria – la prueba es que la estoy narrando ahora – junto con la pregunta subyacente, contestataria, pero sobre todo asombrada: ¿por qué sería el pueblo ruso “especial”? A mí también me había gustado *La joven guardia* de Fadéiev y algunos libros parecidos leídos a los nueve años. Pero, ¿que tenían en común esos libros con las pomposas palabras sobre el valor particular, especial, del pueblo ruso?

Sin lengua rusa

Mi hermano vivió la experiencia de los años cuando el ruso se estudiaba todavía obligatoriamente en la escuela, pero cuando llegó mi turno, ya habían empezado a estudiarse las lenguas occidentales. Empezaba uno con la primera lengua extranjera en el 5º de primaria, y podía elegir una segunda lengua en el 1º de ESO. En la escuela empecé con el francés, a instancias de Liviu, y por las afinidades de mis padres con la cultura francesa. Cuando entré en el Instituto “B.P. Hasdeu” de mi ciudad, Buzău, había una sola opción: francés avanzados y ruso principiantes. Como yo había dado francés antes, lógicamente iba a formar parte del segundo grupo. Pero yo no quería estudiar la lengua de los que habían traído el comunismo a Rumanía. Hoy, cuando pienso en la violencia con la que me negaba a ir a las clases de ruso, tengo la impresión de que el hecho concierne a otra persona, a un extraño. No me acuerdo haber utilizado la palabra “comunismo”, pero sí, que después de la guerra se habían operado desgraciados cambios en Rumanía y percibía muy intensamente que la culpa

no era nuestra, sino extranjera. Le dije a la profesora: “No voy a estudiar ruso. Por favor, compréndame; este año estudiaré inglés por mi cuenta y me presentaré al examen en verano. Después paso a inglés avanzados – francés principiantes”.

No estudié nada de ruso, pero aprobé. Me pregunto, ¿por qué habrá aceptado la profesora del Instituto “B.P. Hasdeu” esa actitud mía sin protestar? Cuando hablaba conmigo, aquella señora mayor, docente exigente por otro lado, tenía una mirada atenta, y me parece que vuelvo a ver el breve brillo de un descontento tolerante.

Compré un manual de *Aprende inglés sin profesor*, lo estudié, y el siguiente otoño me presenté al examen, Aprobé y, por tanto, me cambiaron a un grupo paralelo. Estudié en el grupo paralelo de inglés-francés, como quería. En las estanterías de nuestra casa había tomos de Gogol, Turgueniev, Chejov, pero a los grandes escritores rusos llegué a leerlos con avidez durante la carrera universitaria. Más tarde, durante la detención de Rahova 39, cuando se me permitió recibir libros en la celda y cuando no sabía si los libros que tenía en manos no serían mis últimas lecturas, pedí que me trajeran también *El idiota* de Dostoievski. En los años '90, en la época de las polémicas, criticaría a otros por su rusofobia.

El águila de la estación de trenes de Buzău

Lo que acabo de contar sobre el antisovietismo de aquellos años es solo el telón de fondo. En la actualidad, tengo la impresión que mi negativa vehemente a aprender el ruso era más bien una expresión de fidelidad hacia mi familia, en la que los recuerdos feos de la guerra, tanto de mi padre como de mi madre, cuando nos los contaban, ponían siempre ejemplos de rusos, no de alemanes²⁵. Historias de violaciones, robos, sobre lo que

25 En casa usábamos la palabra *neamț* ‘alemán’. Conozco alemanes nacidos en Rumanía que hoy en día opinan que el término *neamț* es

le pasó a Constantin Tănase²⁶, tras interpretar el famoso cuplé: “Era rău cu *der, die, das* / Dar mai rău cu *davai chias*”²⁷. Padre lo recitaba con gusto.

Huellas imborrables en la mente de un niño dejadas particularmente por las cosas concretas. Lo que hicieron y qué papel tuvieron las tropas soviéticas, tal como se refleja en los recuerdos familiares, son más bien temas del pensamiento abstracto. En el universo de los pequeños se cuelan sobre todo los detalles. La tonadilla de Tănase es uno de ellos. Y había más.

La Casa de los pioneros de la ciudad tenía un pequeño zoo donde vi, por primera vez en mi vida, muy de cerca, tres águilas. Tenían las patas tensas, se movían con dificultad por el suelo con sus garras agarrotadas como tenazas, no estaban hechas para caminar, sino preparadas para clavarse en la presa en cualquier momento. Me impresionaron sobremanera aquellos detalles y desde entonces admiré esas aves de rapiña “en su totalidad”. Hablando en casa de ellas, padre me contó una vez la historia del águila de la estación de trenes de Buzău. Nadie sabe cómo, había llegado a vivir allí, en la estación. Toda la ciudad o por lo menos los que pasaban por la estación conocían al águila. Habrá encontrado comida, y por eso se quedó, había comentado mi padre. Era el ave de la comunidad, una mascota de la estación de ferrocarril de Buzău. Pero llegó la guerra, llegó el Ejército Rojo, y un día, me

peyorativo y desean que se utilice la palabra *german* ‘germano’. Al menos en la región donde he vivido, *neamț* tuvo siempre un matiz positivo, como lo ponen de manifiesto expresiones de tipo *treabă nemțească* ‘trabajo alemán’ o *fă-o nemțește!* ‘¡hazlo a lo alemán!; ¡hazlo bien!’.

26 Actor rumano (1880-1945), brillante representante del género de revista, fundador del Teatro “Cărbuș”. Después de interpretar el cuplé mencionado, recibió amenazas de muerte y se le pidió que no repitiera el espectáculo. Reapareció en el escenario cubierto de relojes, y dos días después murió. Son varias las hipótesis sobre su muerte (n.tr.).

27 “Era mal con *der, die, das*, [artículo definido en alemán] / Mas, peor con *davai chias* [‘dame el reloj’, en ruso]. / Desde el Dniéster hasta el Don / *Davai chias, davai paletó*” [‘Dame el reloj, dame el paletó’]... (n. tr.).

contó padre, un soldado soviético vio el pájaro. Levantó el fusil y lo mató. Así de sencillo, lo mató sin ningún motivo, el águila querida de la ciudad; el águila del cuento que yo también había empezado a querer. ¿Cómo no iba a quedar grabado tal recuerdo en el corazón de un niño? Nunca más oí a otros repetir la historia del águila de la estación de Buzău. Pero, ¿qué importaba si era o no era cierta? Las emociones de entonces han sobrevivido y han dejado sus huellas.

Los sufrimientos de los años '50 tenían que ver también con la presencia de los soviéticos. Mi padre fue uno de los muchos que había esperado la llegada de los norteamericanos. Tenía sus leyendas sobre la manera en que Roosevelt, en silla de ruedas había sido engañado por Stalin en Yalta. Sin embargo, siempre consideró que únicamente los norteamericanos, no otros, serían capaces de librar Europa de los soviéticos.

Esa actitud con respecto a los recuerdos de la ocupación rusa nunca conllevó en nuestra casa una suavización del significado del comunismo rumano. Nunca a los de la Securitate y a los politicastros se les concedió otra nacionalidad que no fuera la suya. Estoy pensando en el momento de la invasión de Checoslovaquia, en 1968. Teníamos ya un televisor. Estaba con mis padres en el salón, cuando habló Ceaușescu. Estaba con padre delante de la pequeña pantalla, los dos conmovidos por lo que sucedía. Estábamos pendientes de las palabras del relativamente reciente secretario general del partido, satisfechos porque Rumanía no había participado en las represalias. Tenía ya 16 años; era un buen ejercicio para el período en que cada discurso se leería con mucha atención, en busca de las pequeñas desviaciones en la “lengua de madera”²⁸ portadora de mensajes. Pero en ningún instante, a ninguno de nosotros se le ocurrió aplaudir a Ceaușescu por su

28 Expresión de origen francés (*langue de bois*), usada sobre todo en política, que se refiere a la utilización de un lenguaje vago, impreciso, pomposo, para desviar la atención del auditorio de los auténticos problemas (n. tr.).

parlamento en la tele. Hoy en día sigo sin entender a las personas razonables que, entusiasmadas por los acontecimientos, se afiliaron al partido comunista en aquellos momentos. ¿Habían encontrado quizás una coartada ante su propia conciencia o efectivamente podían equiparar los méritos de la afrenta al Pacto de Varsovia, si fue de verdad una afrenta, con el horror del régimen instaurado por los comunistas²⁹? ¿Cómo interpretar la opinión en aquellos momentos de un hombre lúcido hasta el cinismo³⁰, como el escritor Dumitru Țepeneag, quien escribió sobre una nota que encontró en su diario en septiembre de 1968: “Me doy cuenta que... expreso mi simpatía o incluso mi admiración por [Ceaușescu], porque se opuso a la invasión de Checoslovaquia por los rusos.”³¹?

La protesta del pelo cortado al rape

29 En qué medida fue una afrenta, un agravio, es todavía un tema debatido. Pacea, general de la Securitate y asesor del presidente, cuenta que Ceaușescu, al que despertaron por la noche para informarle de la invasión sufrió una auténtica crisis. El secretario general parece que fue presa del pánico, convencido que después de Dubček llegaría su turno. Recientemente, sin embargo, Șerban Orescu da como segura la información sobre el paso de las tropas búlgaras por el territorio de Rumanía, lo que sugiere que los rumanos estaban informados de la decisión soviética [Șerban Orescu, *Ceaușismul. România între anii 1965 y 1989* (‘El ceaușismo. Rumanía entre los años 1965 y 1989’), București, Editura Albatros, 2006.] El más creíble artículo, de una claridad cautivadora incluso, acerca de la actitud de Nicolae Ceaușescu en 1968 es, en mi opinión, “Ceașescu și discursul din 21 august 1968” (‘Ceașescu y el discurso del 21 de agosto de 1968’), publicado por Mihnea Berindei en *Lettre international*, enero-marzo de 2008.

30 El epíteto pertenece a Paul Cernat, “Jurnalul unui incomod inclasificabil” (‘Diario de un incómodo inclasificable’), *Observator cultural* 85, 12-18, octubre de 2008, p. 8.

31 Dumitru Țepeneag, *Un român la Paris* (‘Un rumano en París’), București, Editura Cartea Românească, 2006.

Incluso después de este excursio totalmente parcial por la memoria, contestaría con cierta certeza a la pregunta hecha al inicio: no creo que un oficial de Securitate hubiera podido determinarme, en los primeros años de instituto, diría que incluso en los últimos de enseñanza básica, a firmar un compromiso con la Securitate y a prometer que daría información por escrito sobre amigos o no amigos míos. El ambiente familiar es solamente un componente de la confianza con la que hago esta afirmación. De hecho, tenía un carácter contestatario, inclinado hacia la sublevación, la fronda, fácil de reconocer en mi primer acto con connotación política: una confrontación-enfrentamiento-acontecimiento que se produjo en el último curso de la ESO. Tal vez resulte divertido, de ningún modo es una invención literaria, pero la primera protesta que ideé y viví directamente fue ante una medida tomada por un personaje que hizo historia gracias a y después de la Revolución.

Sí, fue en protesta por una medida de Ion Iliescu. Estaba, como dije, en el último curso de la ESO, cuando me enteré de la campaña contra el pelo largo y las faldas cortas. Mucho más tardé me dijeron que el líder responsable de dicha medida se llamaba Ion Iliescu, en aquel tiempo al frente de la Unión de las Juventudes Comunistas. A mí no me importaba quién la había tomado, sino el hecho de que en las calles de Buzău se detenía a muchachos y muchachas: a los primeros se los llevaba a la peluquería y a las segundas se las mandaba a casa después de haberseles cortado las faldas en la calle. Yo no llevaba ni el pelo largo, ni falda, evidentemente. Pero a aquella edad, con las emociones de la adolescencia, había adquirido un intenso sentimiento de solidaridad, vivido en silencio, con la generación a la que pertenecía. Esa solidaridad me persiguió también después, pero creo que nunca el sentimiento de pertenecer a una comunidad no fue tan patético. Después de enterarme de lo que pasaba en las calles de Buzău, y la profesora tutora de nuestro curso, profesora de inglés, nos pidió cortarnos el pelo, de por sí corto, “un centímetro más”,

decidí que me cortarí el pelo al rape. El día siguiente, entré en el aula con la cabeza monda. En el fondo, esta forma de protesta no tenía nada de espectacular para alguien que observaba los hechos desde fuera. ¡No era nada del otro mundo aparecer con la cabeza brillante!

Más curioso es el hecho de que la profesora tutora, mujer de bien, entendió mi gesto exactamente como lo que era, y un tiempo pareció obsesionada por el mensaje. Me reprochó el haberme pelado al rape, desconcertada porque no podía tomar ninguna medida en contra de lo que yo había hecho. Ya no disponía del castigo, antes a su alcance, de obligarme a cortarme el pelo más corto.

Aquello fue un gesto de adolescente y no quiero conferirle un aura que no se merece. Reconozco, sin embargo, en aquella protesta intensa y muda algo absolutamente incompatible con la obediencia ante la voluntad de un oficial de la Securitate. En la medida en que mi memoria no me falla, no creo que un agente de la autoridad me hubiera podido determinar a informar por escrito sobre amigos u otras personas.

El Manifiesto

En los años de instituto me hicieron miembro de la Unión de las Juventudes Comunistas. Creo que el ingreso en la UJC se hacía automáticamente y es posible que siguiera un procedimiento de grupo. Es de suponer o es incluso probable que haya recibido un carné de miembro, pero no me acuerdo, como tampoco me acuerdo de alguna reunión en la que haya participado. La Unión de las Juventudes Comunistas era una referencia imponderable, no existía concretamente. La primera vez, la UJC adquirió un contorno claro en la facultad, donde organizaba sus actividades, y algunos de mis compañeros participaban en ellas. La finalidad era clara: tenían ya perfilada en la mente una futura carrera. E importaban los 50 centésimos de punto que, en el caso

de los activistas, se sumaban a la calificación final. Aunque no hubiesen existido otras ventajas, los porcentajes recibidos eran una gran tentación, porque decidían el reparto de los puestos de trabajo³². Pendientes de los 50 centésimos había decenas de titulados.

He recordado estos hechos para poner de manifiesto que, en la edad de la adolescencia, estaba completamente desligado de la idea y la práctica de la afiliación política. Esa actitud no cambió en absoluto después de lo que me sucedió en los primeros meses de mi estancia en Bucarest, tras haberme matriculado en la facultad; es un acontecimiento que ocupa un lugar aparte en esta narración.

Aquellos primeros meses después de marcharme de Buzău, para siempre, por cierto, y emprendí el camino de los años estudiantiles, tenía unos 18 ó 19 años, leí el *Manifiesto del Partido Comunista*. Era el período en que había definido mis lecturas obligadas para comprender el mundo en el que vivía. Tenía el concepto de cultura general, sabía qué constituía el bagaje de una persona que pretendía ser cultivada. Me había hecho un programa que respetaba con cierta constancia. Autodidacta en lo que no era el dominio científico que había elegido, completaba mi plan de lectura con las notas a pie de página que encontraba en cada libro nuevo. El *Manifiesto*, muy citado en los distintos textos que llegaban a mis manos, estaba entre las lecturas básicas de mi lista de títulos citados. La lectura del impetuoso trabajo de Marx y Engels que, desde su aparición, en 1848, había hecho correr mucha tinta, demostraba que cumplía con mi metodología de trabajo. El hecho de haber dado con él antes que con otros títulos

32 En el sistema comunista, los egresados universitarios eran convocados a un encuentro a nivel nacional, donde una comisión estatal por cada especialidad repartía los puestos de trabajo en función de la calificación obtenida durante toda la carrera (n. tr.).

fue totalmente casual desde la perspectiva de mis búsquedas de aquellos años.

El texto apasionado del *Manifiesto del Partido Comunista*, escrito por los dos “padres”, empujados por la Liga de los Comunistas que les exigía que respetaran el contrato, me causó una impresión absolutamente pasmosa. Sencillamente, me absorbió. De la noche a la mañana veí el mundo desde sus redes ideológicas. Todas mis rebeldías encontraron la solución con la clave descubierta por los ideólogos del movimiento comunista mundial.

Leí después, rápidamente, también otros textos marxistas, inclusive el *Capital*. Más tarde estudiaría el estructuralismo, recurriendo incluso a una atenta lectura – demasiado atenta de lo que se merecía – de Althusser, libro publicado por Editura Politică en la colección “Ideas contemporáneas”. En aquel período adquirí una cultura de los textos marxistas que me permitió más tarde referirme al pensamiento de los clásicos con cierta intimidad, aunque sin llegar a ser nunca un especialista en el dominio. A esta cultura habría podido haberme referido en la confrontación que tuve con Silviu Brucan el 29 de enero de 1990, pero no lo hice. Aquel día, el día después del ataque de los trabajadores de IMGB³³ contra los partidos históricos que se habían movilizado debido a la conversión del FSN³⁴ en partido político, algunos de nosotros, miembros del Grupo por el Diálogo Social, tuvimos una reunión en el Palacio Victoria para expresar nuestra preocupación por la evolución de la situación. Estaban presentes, en representación del Frente, Ion Iliescu, Petre Roman y Silviu

33 Empresa de Maquinaria Pesada de Bucarest (n. tr.).

34 Frontul Salvării Naționale (‘Frente de la Salvación Nacional’), formación política rumana, registrada como partido político el 6 de febrero de 1990, heredera del Consejo del Frente de Salvación Nacional, órgano provisional del poder estatal después de la revolución de diciembre de 1989, cuyo presidente fue Ion Iliescu, ex dirigente comunista muy próximo a Ceaușescu durante varios años (n. tr.).

Brucan³⁵. En aquella ocasión critiqué la creación de un instituto de estudios políticos bajo la dirección del marxista Radu Florian. Sonreí, solo para mis adentros, cuando Brucan – la eminencia gris en las primeras semanas siguientes a la Revolución – me replicó engreído y cascarrabias, que debería consultar primero los libros y después criticarlos.

La ideología de la liberación

El *Manifiesto del Partido Comunista* es la obra que me impresionó y dominó todo el resto de la literatura marxista que había tragado con rapidez. Me parecía que había encontrado, por fin, el libro que solucionaba todos mis problemas. De hecho, tranquilizaba solo mis frustraciones, como iba a comprender relativamente pronto. Volvía a Buzău aproximadamente cada dos semanas, y me reunía, el sábado y el domingo, con unos amigos íntimos, para charlar o jugar una pachanguita en alguna calle poco transitada por los coches. En esas ocasiones les hablaba o les leía, apasionadamente, fragmentos de la biblia de los comunistas de por doquier. Notaba su mirada asombrada e incrédula, y muy probablemente después de marcharme se divertían a mi costa. Por cortesía, nunca me tomaron el pelo, aunque, entre los jóvenes, se estila el cachondeo incluso por fallos mucho más ingenuos.

Esa seducción asombrosa duró unos meses, creo que tres, y también unos meses mis pobres ex compañeros de instituto aguantaron mis descubrimientos. ¿Qué hizo posible esa fascinación por el texto más discutible y más responsable de la carrera política del marxismo? Pensé varias veces, a lo largo del tiempo, en este fenómeno. Por lo que me sucedió a mí, pude entender “desde dentro” cómo fue posible que tanta gente se dejara cauti-

35 Conté todo esto en “Drumul egal de după revoluție” [‘El mismo camino posterior a la revolución’, en el volumen *Patru ani de revoluție* (‘Cuatro años de revolución’), București, Editura Litera, 1994].

var por la pasión integrista del *Manifiesto*. Comprender desde el primer instante el carácter totalitario de la filosofía marxista, en el sentido propio del adjetivo, de visión que apunta y pretende decididamente abarcarlo todo no era en absoluto un proceso automático.

Hablar del totalitarismo, reduccionismo y el anti humanismo de la teoría marxista no es suficiente, sobre todo, porque no explica su fuerza. Las ideas que me habían seducido a mí, como a otros en otros momentos de la historia y en otros contextos, no fueron los problemas de los comunistas de mediados del siglo XIX, y tampoco del comunismo mundial. Las ideas extrapolables de otras épocas ofrecían un esquema coherente, por tanto dotado de prestancia, y sencillo, por tanto fácil de seguir, eran capaces de responder a las frustraciones individuales mediante una oferta explicativa y la orientación de la energía desinhibida hacia la acción práctica. El elemento-clave que me sensibilizó a mí, decisivo, en mi opinión, para el éxito político más general del marxismo, me parece, retrospectivamente, que es su condición de *ideología de la liberación*. Lo que explica la paradoja de que la atracción que ejercieron sobre mí los textos marxistas surgió paralelamente con el descubrimiento de una disciplina de la libertad tan diferente como es el yoga.

A diferencia del yoga, Marx y Engels apreciaban que la culpa de la situación muchas veces repugnante de la vida es de alguien exterior a nosotros y que, consecuentemente, existe una vía, también exterior, para librarse de la infelicidad: eliminar las causas sociales. Sus frases llenas de patetismo, claridad y seguridad convencen a nivel emocional. He aquí como escriben Marx y Engels: “[La burguesía] Ha convertido la dignidad personal en valor de cambio y en lugar de todas las innumerables libertades, bien adquiridas y escrituradas en las albalás, ha establecido como única libertad la del libre comercio sin escrúpulo”. Y más adelante afirman: “Las leyes, la moral y la religión significan para él otros tantos prejuicios burgueses”, y yo pensaba en las leyes, la moral

y la ideología de mi entorno, cuyos fariseísmos y egoísmos me resultaban insoportables. En el *Manifiesto* está escrito con gran fervor que la fraseología burguesa sobre la familia y la educación, sobre el vínculo íntimo entre padres e hijos es repulsiva. Y yo, que leía libros de psicología infantil y pedagogía ya desde el último curso de la ESO, para que mis futuros hijos no vivan los sufrimientos que me causaron mis padres a mí por ignorancia, me sentía vengado con esas declaraciones. Solo mucho más tarde comprendí que los padres nunca tienen bastantes conocimientos para evitar el sufrimiento de los hijos. Nada, escriben también Marx y Engels, es más ridículo que la excesiva indignación moral de nuestros burgueses ante la pretendida comunización oficial de la mujer por parte de los comunistas. Y yo, en la edad cuando la emoción sexual puede llegar a cuotas insoportables, estaba dispuesto a leer esta declaración en la clave más personal posible.

Bola de sebo

Vuelvo a la pregunta acerca de la fascinación ejercida por el *Manifiesto del Partido Comunista* y ¿cómo fue posible que la originara el texto más discutible y más responsable de la carrera política del marxismo? La ideología de la liberación no era la única energía seductora de esa obra. La segunda era el tema de la injusticia. Es verdad que el marxismo no abrió el camino del debate sobre este tema; el mismo está difundido de manera difusa en toda cultura, y casi toda la literatura habla de injusticia. Algunas obras son capaces de llegar más lejos todavía y, con ventajas o pecados, de convertir el tema de la injusticia en ideología. El tropismo hacia este aspecto grave de las cosas escritas terminaría por dejar espacio únicamente a la tolerancia por la filosofía dulce de la frivolidad, que tan bien vendió en nuestro país Alexandru Paleologu³⁶.

36 Alexandru Paleologu (1919-2005), escritor, ensayista, crítico literario, diplomático y político rumano (n.tr.).

Menciono en este contexto el extraordinario impacto que tuvo Bola de sebo, la admirable novela corta de Maupassant. Había llegado a mis manos en el penúltimo año de ESO, antes de la aventura marxista. Tenía algo más de 15 años, la edad de las emociones inesperadas. Recuerdo el cuento particularmente para las generaciones jóvenes, menos atraídas por la cultura francesa y menos aún por el panteón de la literatura clásica. La intriga se desarrolla sobre el telón de fondo de la conquista de la ciudad de Ruán por los prusianos. Un grupo de franceses logra obtener de la comandancia un salvoconducto para ir a El Havre, ciudad fuera de la zona de ocupación. Diez personas suben a una diligencia: tres matrimonios que representaban “la sociedad serena y fuerte, personas distinguidas y sensatas, que veneran la religión y los principios”, dos monjas, un republicano que empinaba el codo y Elisabeth Rousset, una mujer mundana, apodada “Bola de sebo”, porque tenía “menos que mediana estatura, mantecosa”. Los viajeros “respetables” se muestran muy reservados con la prostituta hasta el instante en que esta les pone delante su cesta con provisiones, y ellos, aquejados por el hambre la vacían rápidamente. Por el camino, la diligencia para en un hotel, donde los viajeros caen en manos de un oficial prusiano que los retiene como rehenes. Este quería acostarse con “Bola de sebo”, y ella, presa de emociones de patriota ingenua – rasgo algo exagerado por Maupassant –, se niega a aceptar. Al final, las gentes respetables persuaden a la joven de la que dependía su fuga de la reclusión, a irse a la cama con el militar.

Los abyectos honrados

Por la mañana, una vez acabado el encuentro entre el oficial prusiano y la pequeña francesa, los viajeros ya están listos para seguir el viaje. Aparece también “Bola de sebo”, “algo inquieta y avergonzada”, y en ese instante “hubiérase dicho que ninguno la veía, que ninguno reparaba en ella”. El final profundiza esa atmósfera. Elisabeth Rousset se retira en un rincón de la diligen-

cia, “hundida en el desprecio de los abyectos honrados que la obligaron a sacrificarse y después la rechazaron, como un objeto inservible y asqueroso”. En una manera ligeramente ideologizante, Maupassant se venga de sus héroes haciendo que el republicano Cornudet les cante la “Marsellesa”, “el himno revolucionario [que] no era del gusto de los viajeros”. He aquí una muestra del final de la novela corta: “[...] hasta Dieppe, durante las eternas horas de aquel viaje, sobre los baches del camino, bajo el cielo pálido y triste de anochecer, en la oscuridad lóbrega del coche, proseguía con una obstinación rabiosa el canturreo vengativo y monótono, obligando a sus irascibles oyentes a rimar sus crispaciones con la medida y los compases del odioso cántico”.

Narrados por la genial pluma de Maupassant, todos esos sucesos causan una fuerte impresión. Desde entonces, desde la lectura de las páginas que contaban la historia de “Bola de sebo”, consideré la pretensión de “honorabilidad” con profunda suspicacia. Después, consideré con mucha empatía el drama de las mujeres que se vendían. Y hoy día, en un mundo que vio, por decirlo de alguna manera, muchas cosas, unos y otros llaman a las trabajadoras sexuales “putas”, “rameras”, “pelanduscas”. La palabra “prostituta” es la más suave; comparativamente, es casi una simple etiqueta. Escucho los calificativos enumerados y los leo incluso en textos firmados por unos hombres que de otro modo se muestran horrorizados – por ser respetables, ¿no es verdad!? – cuando alguien utiliza el sintagma “sucio judío”. Como si la naturaleza de los términos antes mencionados no es igual de grosera que la de términos como “húngaro de mierda”, “sucio judío”, “gitano asqueroso”, “rumano ladrón taimado”. No me imaginaba que la liberación general del totalitarismo no conseguiría despenalizar el trabajo sexual. Después de la Revolución las cosas han quedado como antes. Nada protege a esta categoría, debido a la infinita crueldad de la sociedad rumana, al egocentrismo de los políticos, intelectuales, sindicalistas y periodistas interesados solo por sus problemas, debido a las voces de unos sacerdotes corrup-

tos y fariseos en igual medida, e incluso debido a una tipología de feministas más interesadas por sus obsesiones ideológicas que por la vida real de una mujer marginada. En contraste con esto, precisamente porque el acto de vender su cuerpo es explícito, en el fondo un contrato en términos claros – en qué medida libremente firmado, es otro tema de discusión – se debería incriminar mucho más la prostitución de los intelectuales que hasta ayer vendían sus homenajes a Ceaușescu, y hoy los están vendiendo a los que tienen posibilidades; la prostitución de los eclesiásticos que pasaron de alabar a los dirigentes demoleedores de iglesias a adular a los palurdos ricos. El horror ante la prostitución de la mente, no del cuerpo, me hizo enamorarme de la “Antología de la vergüenza” de Virgil Ierunca, despertó mi fascinación por la posición y el sentido conferidos a esa gestión por su autor.

El tema de la marginación

Actualmente, al tratar la cuestión del trabajo sexual, utilizo otros argumentos, libertaristas³⁷, y otros, en nombre del derecho de la persona a su propio cuerpo³⁸. Pero más allá de cualquier encaje legitimador que añadiría a la preocupación por tratar la dignidad de las trabajadoras sexuales, por muy “al día” que esté la bibliografía al respecto, tengo claro que el resorte fundamental de mi actitud en esa cuestión sigue siendo el encuentro que tuve, a los 15-16 años, con la novela corta de Maupassant. Más tarde,

37 En el sentido de libertarismo o libertarianismo.

38 Fui miembro (un período fui el único hombre) del Consejo director del Centro Asociación por la Igualdad, donde tuve varios enfrentamientos tempestuosos con respecto a la adopción de una posición clara por parte del Centro en la cuestión de la despenalización de la prostitución. Efectivamente, el Centro aceptó implicarse en ese problema, tras muchos intercambios de argumentos y contraargumentos apasionados, y emitió su opinión acerca del proyecto de ley sobre la reglamentación de los servicios sexuales, presentado al Parlamento ya en el año 2001.

las diatribas de Marx y Engels contra el filisteísmo burgués encontrarían ya un campo abonado.

El encuentro con Maupassant influyó en mi sensibilidad para con las formas de marginación, a su vez, resultado de la mezcla no predeterminada de indiferencia y crueldad que corroe, de manera muy inesperada para mí, tanta gente. En el comunismo echaba la culpa al sistema. El modelo lo constituían Solyenitzin, no Zinoviev. Hoy, la indiferencia y la crueldad se han perpetuado, pero la responsabilidad es otra. Cristina, mi hija, siguió los avatares de una de sus profesoras y de la hija de ésta. Condenada a vivir en una silla de ruedas, la niña de la que hablo, con una minusvalía física, sufría síquicamente cada vez más a medida que crecía y era más consciente de la hostilidad de los otros niños hacia ella. Llegó un momento cuando la profesora que menciono se fue a California con un contrato de dos años. Según me contaron, la niña había florecido. Porque la amistad con la que se les trata allá a las personas discapacitadas y el sentimiento de igualdad que inspiran las relaciones interhumanas le devolvieron la vida.

Los dos años acabaron, la familia regresó a Rumanía, la niña se reencontró con aquellas miradas crueles que le gritaban “¡Eres anormal!”. La sociedad rumana la venció de nuevo.

Pasado un tiempo, quise contar en una revista cultural – mejor dicho, transmitir, porque yo también la había oído – la historia de una niña gitana que iba casi a diario al río y se quedaba horas y horas en el agua³⁹. Preguntada por la gente que empezaba a asombrarse porque se bañaba tan a menudo, ella explicó que quería de todo corazón volverse blanca. Es ésta una historia capaz de penetrar con violencia en la mente de cualquiera. Que pone

39 El artículo no se publicó; pero no por el argumento de la gitanilla, sino porque yo había expresado mi simpatía por los escritos moralistas – ¡en aquel entonces! – del periodista y, actualmente europarlamentario Traian Ungureanu.

de relieve, con una fuerza que ningún indicador sintético bien programado puede tener, los pequeños dramas que se consumen en silencio⁴⁰, los pequeños-grandes dramas generados por el desprecio, la exclusión, el rechazo⁴¹.

El vínculo, con poder generalizador, entre compasión, actitud frente a la marginación y crueldad, explica, a mi juicio, por qué para muchos el amor por los animales adquiere en cierto momento un componente ético. El ser humano crea marginaciones y exclusiones en el mundo de los animales, igual que lo hace en el mundo de los humanos. Al menos en el campo, donde iba a pasar las vacaciones de verano, a algunos animales se les tiene antipatía sin motivo alguno, y cuando es posible se los mata. El ejemplo típico es el de las serpientes. A madre la habían asustado en su infancia, siguiendo esa lógica del medio ambiente, y no soportaba ver una serpiente ni siquiera en la pantalla. Me indigna esa actitud y, probablemente, por un sentimiento de rebeldía, adquirí la costumbre de capturar y jugar unos minutos, durante mis viajes, con serpientes y lagartos. Más adelante, enseñé también a los hijos a acariciar su piel fluyente, a mirarlos a los ojos.

40 Anécdota contada por Maria Ionescu, activista gitana que llegó a ser la jefa de la Agencia Nacional para Gitanos.

41 Dejo así la serie de esas tres palabras, aunque el estilo puede sugerir a muchos la música declamatoria que tanto gustaba al comunismo. De vocablos como “exclusión” y “rechazo” (u otros asimilados a ellos) abusan hoy también las publicaciones, llamémoslas honorables, que los utilizan para explicar el éxito de Al-Qaeda o los vandalismos que cometen en las capitales europeas los jóvenes musulmanes. Pero el abuso no tiene por qué determinar el rechazo. Los temas de la exclusión y la humillación son naturales para cualquier persona que se da cuenta que en toda sociedad existe crueldad y que la eliminación de la crueldad representa uno de los temas más profundos de la comunidad. Entre la idea de la compasión del budismo y la ideología de los modernos – véase la variante de unos liberales norteamericanos a los que aprecio, como Richard Rorty, Judith Shklar o Avishai Margalit – , existe un hilo, una continuidad, que no debe verse obstaculizada por la perversión del léxico llevada a cabo por comunistas o ultranormativistas.

Y qué asombroso ser es el lagarto. Al ponerlo de nuevo en el suelo, el ser capturado con cuidado se queda un momento inmóvil. Si lo miras a una distancia de unos centímetros, la imagen se vuelve colosal. Su piel escamosa, fluyendo en arabescos, capta la luz como si fuera un teclado de matices. En aquellos instantes de espera, los lagartos respiran hondo y, como tienen la cabeza alzada, el movimiento del pecho abombado llena los pequeños seres de una patética vida.

Mis sentimientos por los animales iban a alimentarme también, más tarde, la indignación por la conducta de Ceaușescu. Le he odiado por su afán asesino de cazar. Por su placer sádico de abatir a tiros osos atraídos con señuelos ante un fortín inexpugnable. Por su afán de clavar el garfio en los esturiones capturados con antelación y guardados para él en redes especiales. ¿Qué otra cosa son esas terribles costumbres si no satisfacer su necesidad de matar? La actitud de Ceaușescu hacia las personas jamás me pareció más condenable que su comportamiento con el mundo animal. Los humanos tienen por lo menos la capacidad de defenderse. Pueden resarcirse mentalmente por lo que les pasa físicamente. Un animal no puede salvarse siquiera mediante ilusiones, símbolos u orgullo.

Marginación de las víctimas y de los miembros de la resistencia

Al ser invitado a formar parte del Consejo del Frente de Salvación Nacional y del Grupo por el Diálogo Social, con su gigantesca proyección en la primera parte del año 1990, beneficié, sin quererlo, de cierto reconocimiento social. De modo que no tengo razones subjetivas para lamentar la falta de *fair-play* hacia las víctimas y los miembros de la resistencia, como tendría, por ejemplo, el iniciador de SLOMR, Ion Cană⁴². Por eso me

42 Junto con el sacerdote Calciu y el economista Brașoveanu, Ion Cană creó, en 1979, el Sindicato Libre de los Trabajadores de Rumanía (SLOMR). En unas semanas, SLOMR tenía ya 2400 miembros. Cană estuvo encarcelado

permiso hablar con más facilidad de la competición simbólica desencadenada tras la gran victoria contra el mal y la mentira. Habían pasado solo unos meses desde la revolución y los autores de las pequeñas rebeliones entre líneas se habían convertido en héroes de primera del anticomunismo. Los filósofos que buscaban el sentido de su vida con becas occidentales llegaron a ser víctimas ejemplares. Más recientemente, las reuniones de los Consejos Nacionales y de las Conferencias Nacionales de la Unión de Escritores de Rumanía fueron calificadas por el actual Comité Director de la Unión como “foros políticos contestatarios sin punto de comparación en la Rumanía comunista”⁴³. Al extremo de la mistificación, algunos declaman sin tartamudear que la resistencia en Rumanía se redujo a un solo, único y memorable individuo⁴⁴.

Pero ¿dónde estarán las voces que cualquiera las puede encontrar, si quiere, en los más abiertos y más claros archivos, a saber, los archivos de “Europa liberă”? ¿Cuántos periodistas mostraron su interés por saber – pongo un ejemplo cualquiera de los archivos – cuál fue la suerte del abogado baptista Nelu Prodan,

20 meses, después de 7 años se marchó a los Estados Unidos, y regresó a Rumanía en 1990 (Véase la entrevista publicada en *Cotidianul*, 14. 11. 2006, “Un sindicat în ciuda lui Ceaușescu” ‘Un sindicato a despecho de Ceaușescu’). Mi amigo Teodor Vulcan (Dodo) se encontró con Ion Cană a mediados de los años ’80, poco tiempo antes de su salida de Rumanía.

43 Nicolae Manolescu, “Scriitorii și Securitatea” (‘Los escritores y la Seguridad’, *Romania literară* 36, 8.09.2006).

44 El escritor Paul Goma. Los rituales de la lamentación o de la apreciación de algo o alguien son formas de diluir o de fortalecer, respectivamente, unos bienes comunitarios. Cuando lamentamos el asesinato de unas personas, defendemos, implícitamente, evitarlo en el futuro. Cuando apreciamos un acto de resistencia valiente ante el Mal, otorgamos al heroísmo, la constancia y a una determinada forma de sacrificio una presencia más viva en la sociedad, y todo esto representa un capital del que se beneficiará la colectividad entera. Es por eso por lo que no enfatizaría en el derecho abstracto de una persona de respetar los rituales de reconocimiento, sino en la importancia que tiene para la comunidad su discernimiento de nombrar y apreciar los valores.

detenido el 22 de diciembre de 1987 por haber defendido en un tribunal varios fieles, incluido el redactor cinematográfico Nestor Popescu, ingresado a la fuerza en una clínica psiquiátrica⁴⁵? Y ¿qué habrá pasado con Dragoș Oloeru, condenado en base al artículo 166 del Código Penal, es decir, por motivos políticos? ¿Habrá sido natural su muerte en la cárcel, en 1985? ¿Quién se decidió a hablar del papel de unas personas que conozco yo también, como Teodor Vulcan o Grigorie Florescu que apoyaron con su resistencia clandestina⁴⁶ a las grandes personalidades que asumieron abiertamente el enfrentamiento con el régimen, como Carmen Popescu? Los ejemplos ponen de manifiesto que la resistencia en Rumanía es más difusa, más amplia y más compleja de lo que les gusta a los autores de mitologías. Estoy todavía impresionado por la total sombra que ocultó, hasta el año 2008, la represión del movimiento yoga en los años '80⁴⁷.

La tristeza por la manera en la que se mistifica la realidad de más allá del telón de los recuerdos es una de las motivaciones de estas líneas. Comenzaré hablando de Grigorie Florescu, porque tiene una relación directa con el primer interrogatorio que le hizo la Securitate; por tanto, está asociado a esa historia de arreglo de cuentas con un régimen obsesionado por decidir el destino de cada uno de nosotros con la voluntad y la arrogancia de aplastar a todo el que se le interpone.

45 Un libro como el de Patricia González Aldea, *Începutul sfârșitului* ('El principio del fin'), publicado inicialmente en Helsinki, en 1975, y luego en Bucarest, por la Editura Curtea Veche, en 2008, que se refiere a la persecución de los baptistas en los años '80, no podía abarcar detalladamente esas historias de la resistencia.

46 Cierta resistencia clandestina practicaron también los miembros de los Consejos Nacionales de la Unión de Escritores, pero de esta resistencia se habló y se le dio un significado simbólico excesivo.

47 El descubrimiento se materializó en el volumen Gabriel Andreescu, *Reprimarea mișcării yoga în anii '80* ('La represión del movimiento yoga en los años '80'), Iași, Editura Polirom, 2008.

CAPÍTULO 2. LOS AMIGOS

Grigorie Florescu. Las fotocopias

A Grigorie Florescu le conocí en Ecran Club. Fui a aquella Casa de Cultura de los Estudiantes, situada justo al entrar en el complejo de residencias estudiantiles Grozăvești de Bucarest, para un curso de dirección de películas para aficionados, impartido en aquella época por Timotei Ursu. Fueron meses y meses en los que vi decenas de películas, desde Griffith y Eisentein hasta Bergman y Godard, aprendí cuándo se toman las imágenes en *racourçi* y cuándo en *plongé*, y soñaba por las noches con guiones cuyas escenas iba a filmar, en función de los recursos limitados de la película. También en aquel período descubrí la existencia de las clases de yoga impartidas por Gregorian Bivolaru, en el mismo edificio, en las que me matriculé también en los años 1974-1975. Anteriormente, había asistido durante medio año, aproximadamente, a clases de *hatha yoga* en el Estadio 23 de Agosto, dadas por un profesor muy mayor, creo que ya tenía 80 años, un yudoca que había descubierto en Japón, qué curioso, que le interesaba la filosofía hindú. A algunas clases de Ecran Club asistió, como ya lo dije, también Grigorie Florescu. Comprendí que el joven bajito y delgado, con un rostro de rasgos firmes, era técnico. ¿Era tal vez miembro de alguna comunidad fervientemente religiosa? Me causaron esa impresión sus ojos ardientes, que parecían clavados hacia el interior, pero también su manera desinteresada de implicarse en cantidad de cosas. Grigorie Florescu “se agenciaba” libros de yoga, más exactamente, tenía la posibilidad de fotocopiarlos y repartirlos entre los interesados. Los 50 céntimos de moneda rumana, que se pagaban por página, cubrían las cantidades que se debían pagar a los obreros que corrían con el riesgo de hacer las fotocopias.

Florescu vino a casa varias veces. Charlábamos sin reservas; así me enteré que había presentado una solicitud para emigrar a los Estados Unidos y, consecuentemente, de cuando en cuando le llamaban los de la Securitate para interrogarle. Él me proporcionó, fotocopiados, los libros de yoga de André Van Lysebeth – un buen punto de partida para el lector occidental –, pero también *L'Archipel du Goulag*, la gran novela-testimonio de Soljenitzin. En aquel entonces era alumno de la Facultad de Física⁴⁸. Este libro me impactó enormemente. Hasta entonces no había imaginado, a pesar de todos los antecedentes, que el Mal tiene una cara tan monstruosa. Ese impacto ideologizó para siempre mi actitud hacia el comunismo. Cuando en junio de 1982, el presidente Reagan pronunció su famoso discurso sobre “El Imperio del Mal”, me bebí y celebré sus palabras⁴⁹. La gente como Florescu practicaba una oposición discreta, arriesgada y esencial. Fotocopiaban aquí, en Rumanía, en condiciones de extrema vigilancia, libros que tenían la fuerza de alimentar destinos, establecían vínculos entre las personas y transmitían informaciones. Ese tipo de resistencia no podía ser asimilado por los guionistas de la Securitate a ninguna forma de colaboracionismo; por eso lo castigaban metódicamente, obsesionados, con maldad.

En una ocasión, Florescu me contó que los oficiales que le interrogaban se habían vuelto violentos. Durante los interrogatorios, habían empezado a pegarle. Estaba decidido a marcharse lo antes posible de Rumanía. Después de algún tiempo, creo que estábamos ya en 1976, me avisó que había recibido el visado de salida de Rumanía. Le compré los últimos libros, nos despedimos y, desde entonces, no nos hemos vuelto a ver.

48 *L'Archipel du Goulag* ('Archipiélago Gulag') se publicó en Francia, en 1973. Lo que significa que la novela había logrado traspasar las fronteras de Rumanía en menos de un año.

49 Ronald Reagan, *Speech to the House of Commons*, 8 de junio de 1982.

El primer interrogatorio

Florescu, no obstante, me escribió desde Austria. Me explicaba, en una postal ilustrada, por qué se había ido de Rumanía, como si quisiera disculparse. Luego siguió el silencio, y unos meses más tarde recibí el primer sobre que me envió desde los Estados Unidos. Le siguieron otros y otros, los últimos con novedades: notas con direcciones en el reverso. Me pedía que las metiera en sobres y las echara a un buzón de correos.

Se encontraron en esa ocasión dos ingenuos. Uno de ellos era Florescu. Se imaginaba, probablemente, que sus cartas enviadas de los Estados Unidos me llegarían sin pasar por la Unidad Especial “S”, que se ocupaba del control de la correspondencia. No le dije haber sido llamado a algún interrogatorio, porque no lo habían hecho, pero claro, si a él le vigilaban de cerca, inherentemente, ahora me vigilaban también a mí. Una persona realista se hubiera dado cuenta.

El segundo ingenuo era un servidor. Por respeto *ad litteram* por el carácter privado de la correspondencia, nunca leí las notas que repartía a su petición. Ninguna, siquiera para hacerme una idea. Hoy consideraría, probablemente, que si hago algo que implica riesgos y responsabilidades, tengo el derecho de saber de qué se trata. Hago lo que se me pide, pero en conocimiento de causa. De todas formas, cualquiera que fuese el contenido de las notas, no me habría negado a cumplir lo que me pedía Florescu⁵⁰.

Ese era el telón de fondo de mi vida cuando, en el verano de 1979, una tarde, recibí una llamada telefónica a casa de parte de alguien que se presentó solo por su cargo oficial. Con una voz elegante, pero sugestiva, “el cargo” me dio una cita para la próxima mañana, en la calle Academiei.

50 Leí lo que contenían las notas del primer sobre, que recibí después del interrogatorio que estoy relatando.

Estaba clarísimo quién se interesaba por mí. Pero lo más chocante me pareció el momento elegido. Estaba casado desde 1974, pero nunca hasta 1979, mi mujer había salido a un coloquio a otra ciudad, eso es, con un programa cuyos detalles se podían conocer oficialmente, mientras los hijos – Liviu tenía entonces cinco años y Cristina solo uno – tampoco estaban en casa en aquel momento, así que no tenía que cuidar de ellos. Estaba solo en perfectas condiciones para que me acosen a preguntas, en situación de control total.

El día siguiente, alrededor de la diez, creo recordar, llegué al punto convenido. El que me dio la bienvenida era un joven sonriente, amable, casi bonachón. Me dio las gracias por haber acudido a la cita, me dijo que trabajaba en el Ministerio del Interior y me pidió, por favor, que le acompañara a la sede de la Policía (Milicia, en aquellos años) capitalina. No le hice ninguna pregunta, le seguí, subimos a no recuerdo qué planta, el joven abrió la puerta y me entré en una habitación grande. Delante de mí se materializó un personaje vestido de paisano, alto y bien alimentado, me dio la mano, yo se la di a él, me la estrechó con fuerza. Estaba claro que la excesiva presión había sido premeditada. Finalmente, me enseñó la silla que me esperaba a unos tres metros de su escritorio macizo. Su colega más joven se sentó en otra silla, arrimada a la pared, para tener a la vista, quizás, todo el panorama, o quién sabe, para aprender.

“¿Por qué cree Ud. que le hemos llamado?”, o “te llamamos”, no recuerdo si me tuteó, aunque era sensible a este detalle. No tenía ni idea. Y seguimos así los dos un buen rato. Pero teníamos que llegar a alguna parte, a la cuestión que les interesaba. Tal vez, “porque frecuento las bibliotecas extranjeras”, dije. Está bien, pero piense también en otra cosa, dijo el oficial de paisano. ¡Ah!, había presentado en la Inspectoría Escolar una solicitud para poder mandar al *Journal of Philosophy* un artículo de lógica, y me la habían denegado.

Tampoco era eso. Entonces efectivamente puse cara de asombro. ¿De qué “otra cosa” podía tratarse? Se dieron cuenta, evidentemente, que no quería ocultarles nada, de modo que el oficial que se había presentado con el grado de coronel, me recordó las notas de Florescu que yo enviaba a varios destinatarios de Rumanía.

Les contesté en breves palabras que sí, que las había recibido, Florescu fue mi amigo y, por tanto, lo más normal era hacer lo que me pidió. En todo caso, no las leí, no tengo ni idea de lo que significan. Los dos se daban cuenta que soy totalmente sincero, incluso ingenuo, pero por eso mismo, difícilmente abordable. Tenían que hacerme una demostración, así que el robusto coronel alzó la voz, me miró hecho una furia y me dijo que mi amigo de los Estados Unidos hizo... cochinadas. No me dijo qué “cochinadas”. Me pidió que la mañana siguiente le trajera las cartas de Florescu. Las traeré, le dije. “¡Y no mande más por correo las notas que encuentra en las cartas de Florescu!”, añadió. Eh, eso era distinto. ¿Cómo rechazar la petición de mi amigo? “Pero miraré a ver si contienen algo ilegal.” “¡Miralo!”, me contestó rápido, apurado por reconquistar su posición, para parecer que la iniciativa era suya por completo.

Era una conducta que volvería a ver frecuentemente más adelante. Los procedimientos en vigor parece que exigían que los que interrogaban debían tener la última palabra. Si chocaban con una negativa, tenían que prolongarla de alguna manera con una manifestación de su voluntad.

Otra impresión en aquel encuentro se refiere al compañero del coronel, sentado en la silla de la pared. Él era el “poli bueno”. En las entrevistas que hice con los ex yoguis del grupo Bivolaru⁵¹, acosados en los años ’80, todos me hablaron de ese reparto de papeles. “Mi” joven oficial hacía el suyo con brío. Sonreía lleno de encanto todo el tiempo, e intervino unas o dos veces, concilia-

51 Con la periodista Oltea Mutulescu.

dor. Unos 8-9 años después, descubriría entre los cuatro agentes encargados de mi vigilancia, por tanto haciendo un trabajo antipático, a una persona de ojos azules (mira por donde), que me resultó angelical. Le hubiera contado todas las penas que tenía en mi corazón. ¿Cómo puede uno seguir confiando en la primera impresión después de tales experiencias?

En fin, entonces tuve la sensación, que también se fue afianzando con el tiempo, que la Securitate tenía el perfil psicológico preparado perfectamente antes del primer interrogatorio. En la charla de 1979, en el despacho de la Securitate disimulado en la sede de la Policía de la capital, los dos oficiales evitaron en el último instante seguir por un camino que hubiera conllevado seguramente una confrontación.

“No vayas más – continuó el coronel – a las bibliotecas extranjeras”. (Mira, parece que sí, me tuteó.) “¿Cómo que no vaya más?”, le repliqué yo. “Necesito los libros que tienen, las publicaciones periódicas. No es esta la razón de ser de las bibliotecas?” “Sí, claro, que es esta”, se tragó la respuesta, irritado visiblemente. “Pero ten cuidado, son también agencias de espionaje”, quiso añadir el oficial, confirmando la tesis de la última palabra.

Podía irme ya. Me tendió la mano y me acerqué al escritorio para estrechársela. “¡Vacíate los bolsillos, por simple curiosidad!”, dijo cuando yo estaba ya delante de él, presumiendo de esa última demostración de autoridad de la que quería convencerme a toda costa.

Los vacié. En una mano tenía un manojito de llaves y un montón de monedas, no sé cómo tenía tanto metal. La mano izquierda estaba llena de objetos metálicos, todos depositados con mi mano derecha. Observé su mirada atenta, caí en la cuenta... entendí la importancia del momento. El mínimo temblor de mi mano la hubiese convertido en un enorme instrumento a punto de tintinear. Pero yo había practicado el yoga. Podía controlar mi respiración y los músculos del brazo. Había renunciado a la vida tantas veces junto a los héroes de Malraux, que no iba a hu-

millarme ante esos soldados del partido. Ante unas personas que se quedaban tías de espanto a las órdenes de un infame como Ceaușescu. Quedé largo rato con el brazo tendido, inmóvil, sonriendo tristemente para mis adentros, lo que se repetiría cada vez que quedábamos los tres: yo, “ellos” y la existencia.

Las bibliotecas extranjeras

Una de las batallas que el coronel no ganó en aquel (primer) interrogatorio era la de las bibliotecas extranjeras. Frecuentaba la Biblioteca francesa y – luego, después de un tiempo – la Biblioteca americana, desde el primer año de mi carrera universitaria. Las horas pasadas en la avenida de Dacia 77 eran una de mis razones de felicidad. Allí leí con pasión a los politólogos franceses, en primer lugar a Raymond Aron, pero también a Lacan – en el más difícil francés que he visto en mi vida –, a Marcel Mauss, la gran revelación, los libros de Claude Lévy-Strauss, que todavía no se habían traducido al rumano, o a Michel Foucault, imposible de encontrar en otros sitios en aquel entonces. Leía los periódicos y los semanarios que se diferenciaban terriblemente de la plúmbea prensa comunista. Para mí, el Occidente se mostraba brillante, como *Le Point*, *Le Nouvel Observateur* o *L'Express*. A la Biblioteca francesa me une también un recuerdo que hizo imposible que siguiera cualquier otro camino en la vida – pienso ahora –, distinto del que he seguido. Corrían los años 1976-1977, cuando leí los primeros artículos sobre las prácticas de los jemereros rojos en Camboya, convertida poco después en Kampuchea Democrática. Entre otras cosas, me enteraba de *les exercices de cruauté*, los ejercicios de crueldad. Algunos “ejercicios” utilizaban monos. Se reunía a niños soldados de 13-14 años en la orilla de un río, y sus superiores echaban al agua los monos, que se parecen a los humanos, como ofrenda a los cocodrilos, que ya estaban acostumbrados a esos regalos. Como viven el miedo espasmódicamente, los monos que los militares dejaban que se balancearan un rato

encima de las bocas zamponas gritaban horriblemente. Luchaban con desesperación por escaparse de su destino decidido ya, hasta que caían en las bocas abiertas. Tales escenas transformaban a los soldados, niños de corta edad todavía, en los más sádicos y más feroces defensores de los mandamientos de Angkor. En las clases de anatomía, como las llamaban, colgaban de una rama, cabeza abajo, a algún enemigo del pueblo, y uno de los niños le abría con la bayoneta la caja torácica, para que quede a la vista el latir del corazón en el organismo aun vivo algunos minutos.

Leía todas esas atrocidades y me avergonzaba que existía. En el mundo había tantos horrores y yo no podía hacer nada, pero nada de nada de nada, para ponerles fin. El infame Partido Comunista Rumano hacía declaraciones tras declaraciones en las que repetía la importancia de la no injerencia en los asuntos internos de la Kampuchea Democrática. Como dije antes, había leído ya a Solzhenitsin – en la Biblioteca francesa descubrí que casi todo lo había dicho antes Boris Souvarine – , y todas las informaciones nuevas que llegaban del mundo de la hoz y el martillo reafirmaban y amplificaban a las antiguas. Al terminar la carrera era un anticomunista furibundo, sentimiento que me dejaba solo dos opciones: irme, huir de Rumanía o “golpear abiertamente” el régimen, según mis posibilidades.

A la Biblioteca americana iba con menos frecuencia, en parte porque no encontraba lo que esperaba. Naturalmente, hallé algunos libros, allí descubrí por primera vez a Robert Nozick y Robert Dahl; con los textos del último, con sus fórmulas, trabajaría incluso más tarde, lápiz en mano. Pedí que trajeran un tomo a la biblioteca, pero no lo trajeron. Vi también dos o tres documentales, escuché dos o tres conferencias, que tampoco me entusiasmaron. Pero lo que contaba era el ambiente; allí ondeaba la bandera norteamericana, la única potencia que tenía tanto la fuerza como la voluntad de derrotar el “Imperio del Mal”. El coronel escondido en su cuarto de Calea Victoriei que me había exigido no ir más a aquellos sitios, a las bibliotecas extranjeras,

no se imaginaba el desprecio que me provocó solo la idea de que yo obedecería la orden.

Sobre judíos y palestinos en la clase de orientación

El segundo encuentro con el representante de la Securitate tuvo lugar casi un año después, en 1980. Entre tanto, me había trasladado al instituto de Armășești, un pueblo a unos 60 kms. de la capital, donde impartía física. Desde allí podía viajar en lanzadera, viaje largo, diario y obligado. La comunidad de aquel instituto del departamento de Ilfov la formaban personajes de novela. El director Ion Saghian, que tiraba a las chicas del pelo y las insultaba delante de todo el mundo cuando formábamos en el patio, perteneció durante el período estalinista al sistema de represión. En los años '50 fue director de una cárcel, y hacia la vejez, recibido como recompensa la dirección del instituto. Pequeño universo donde reinaba como un amo. Junto a los clanes acostumbrados a las vicisitudes, que negociaban sus intereses y vicios, habían llegado allí también unos cuantos flamantes licenciados que no pegaban nada en el lugar. La lanzadera marcó la suerte de mucha gente destinada a otras carreras, pero originó también encuentros que, de otro modo, nunca se hubiesen producido. Allí mi destino se cruzó con los del escritor Hanibal Stănculescu y de Mia Nazarie, dos intelectuales genuinos traídos a Ilfov por los vientos y las tempestades de los tiempos. Ellos tampoco habían terminado la pasantía⁵², de modo que a las 5.40 de la madrugada, en la Estación del Norte, subíamos todos al tren ómnibus para Urziceni⁵³, en el que también regresaríamos alrededor de las 6 de

52 Si bien el estado garantizaba a todos los licenciados un puesto de trabajo a través del mencionado reparto (Ver nota 29), esos no podían negarse a aceptar el puesto y tampoco podían cambiar de trabajo antes de haber trascurrido tres años (n.tr.).

53 Ciudad del departamento de Ilfov, importante nudo ferroviario (n.tr.).

la tarde. En el libro *Clipa* ('El instante'), Stănciulescu describe en una variante literaria la atmósfera y los personajes de Armăşeşti. Los que compartimos con él la sala de profesores del instituto podemos decir que Stănciulescu no cambió mucho la realidad. Sus páginas son más bien ejercicios de observación y fidelidad caracterológica. Las "etiquetas" que usa, por muy fantasiosas que fueran, no logran disimular a los actores. Yo me reconocí enseguida en el judío que se dedicaba a leer libros durante el viaje en tren, a la ida y a la vuelta.

En el instituto de Armăşeşti era también profesor tutor. Entre otras cosas, tenía también la obligación de dar las clases de orientación al curso cuyo tutor era. Algunas, con temas ya programados, de tipo política interior, política exterior. Les hablaba a los alumnos de lo que consideraba que deberían saber. Les conté mucho sobre el conflicto palestino-israelí. Les expliqué también algunas cuestiones de política interna y, consecuentemente, por qué no debían creer todo lo que decían los cotidianos – que, en aquel tiempo, en un período de escasez, hacían unas declaraciones fantasmagóricas sobre la producción de patatas.

Precisamente sobre eso, lo que les expliqué a los niños, me hizo preguntas, un buen día del año 1980, el oficial de la Securitate que vino a la escuela expresamente para hablar conmigo. Era relativamente joven, casi deslucido; su traje tiraba a gris oscuro. Se notaba la marca de fábrica: la Securitate de nivel departamental. No fue insistente, no parecía curioso, me causó la impresión de que hacía lo que hacía sin ganas, por obligación. Le conté mi experiencia en el instituto, cómo les expliqué a los niños la historia que conllevó los enfrentamientos entre judíos y palestinos... y eso fue todo. Entonces estaba seguro que esa visita se debía a Saghian, una bestia con obsesiones de policía que utilizaba a los niños con cualquier fin, inclusive, era evidente, para obtener informaciones sobre lo que decían los profesores en clase. No sabía entonces que la Securitate reclutaba confidentes también entre

los alumnos y, por tanto, Saghian no era necesario para obtener informaciones sobre el contenido de las clases.

El encuentro con el oficial de la Securitate en el instituto de Armășești tuvo lugar hacia el final de mi carrera docente. Naturalmente, tuve conflictos con Saghian. Luego, con el jefe sindical, después de intentar, sin éxito, que los profesores se solidaricen contra la conducta abusiva del director hacia los compañeros y los estudiantes. Luego, con la Inspectoría Escolar de Ilfov, cuando, después de haber sido enviado con los alumnos a un campamento de trabajo no permití a la administración de la obra que obligara a los niños a cargar cemento en polvo con palas. Los adultos de aquel sitio, jóvenes activistas del partido o simples obreros, eran tan canallas, que enviaban a los estudiantes de 15-16 años a trabajar en su lugar en el silo lleno de cemento en polvo.

A finales del año 1980, iba a terminar la pasantía y a trabajar en el Instituto de Meteorología e Hidrología (IMH)⁵⁴.

Ion Iliescu y Ana Blandiana en el IMH

En los institutos de investigación la vida era sosegada, al menos comparada con la de la industria y del campo. Casi todos tenían una plantilla sobrecargada y casi todos ofrecían una vida relajada, como una recompensa por la falta de oportunidades científicas y por los sueldos más bien regulares. En el laboratorio donde trabajaba, el de hidrología de las vertientes e hidrología experimental, estaba encargado del aspecto matemático de los modelos para los fenómenos hidrológicos de las cuencas pequeñas.

54 No era fácil sacar una plaza en un instituto de investigación. Debía uno tener enchufes. A veces, las plazas vacantes se guardaban sin sacarse a concurso años enteros, a la espera del hijo, la hija, la sobrina o el amigo de algún mandamás. La suerte hizo que el IMH necesitase un físico, y si la plaza no se cubría en un plazo de tres meses se perdía.

Trabajaban allí, en 1984, Pompiliu Miță, Viorica Moldoveanu, Petre Stanciu, Dan Vlad, Ana-Livia Drăgan, Elena Niță, Constanța Dinculescu, Rodrig Niculescu, Mircea Muscanu, Ștefania Crângariu, Marius Petrescu, Silvia Ciobanu, Ioan Rusu y varios técnicos. El listado completo se encuentra en el libro *Un secol de la înființarea Serviciului Meteorologic al României* ('Un siglo desde la creación del Servicio Meteorológico de Rumanía'), que vio la luz aquel mismo año, pero nunca llegó al mercado. Después de la publicación, la dirección del Consejo Nacional de las Aguas se dio cuenta que en las listas de autores que llenaban las páginas del tomo aparecían numerosos científicos que entre tanto habían preferido establecerse en el Occidente. ¡Había que eliminarlos de las listas! La orden llegó a la dirección de IMH, y de ahí más abajo a los jefes de laboratorios. Varios meses, los investigadores del IMH estuvieron enfrascados en la operación de tachar con tinta china negra los apellidos proscritos en los centenares de ejemplares de la tirada. Los respectivos apellidos figuraban en un documento mandado por la Securitate. No sé cuántos empleados se negaron explícitamente a participar en esa deplorable expulsión de los ex compañeros de la historia de la disciplina. Yo, de todas formas, no acepté hacerlo. Cuando la operación estaba a punto de acabar, llegó la orden de destruir toda la tirada. Como los que se habían ido habían sido prolíficos, los tomos se habían llenado de manchas negras, producían un efecto feo y ridículo. No obstante, algunos escondieron algunos ejemplares. El director Constantin Diaconu, coordinador científico del trabajo junto con Dumitru Bacinski me ofreció, inmediatamente después de la Revolución, uno de los ejemplares salvados.

En el instituto había muchos ingenieros, geógrafos y geólogos, lo que influía en los estándares con los que trabajábamos. Por lo tanto, lo tenía fácil, preparaba mis estudios en las primeras semanas, y quedaba libre las siguientes, para ocuparme de mis propios estudios. En aquel período me acostumbré a escribir

con letra muy pequeña, para que la persona que eventualmente miraba por encima de mi hombro no comprendiera lo que estaba escribiendo. En IMH oí por vez primera el nombre de Petre Roman. Había llevado un artículo a la *Revista de Hidrologie*, en el que presentaba un método de mejoramiento de los indicadores estadísticos para las cadenas cortas de datos. Como se trataba de unos hallazgos matemáticos, me dijeron que el artículo tenía que ser revisado y evaluado por alguien que trabajaba en la facultad. Y éste fue Petre Roman. Memoriqué su nombre y apellido, porque parecía que los de la revista le apreciaban por sus conocimientos. Cuando años después, descubrí que Roman admiraba a Mihai Drăgănescu, el autor de las enormidades “ortofísicas”, el mismo que sería elegido, después de 1990, el primer presidente de la Academia Rumana, pensé por la enésima vez: ¿con qué facilidad se deja uno seducir por los detalles!

Durante mi estancia en IMH, conocí a dos personas que estarían muy presentes en mi vida post-decembrista. Periódicamente, la dirección del instituto, o del sindicato, organizaba encuentros con personalidades de las que sospechaban que despertarían el interés de los investigadores. Una vez, fue invitado Ion Iliescu. Había llegado al IMH en su calidad de ex ministro de las Aguas. ¿Invitado por cortesía? ¿Figuraba por casualidad en la lista de invitados? No lo sé. Su presencia creó una especie de rumor silencioso en el instituto. Durante las aproximadamente dos horas (creo recordar) que pasamos en el salón de actos del IMH, habló comedidamente y al grano. Pero sobre todo, introdujo un subtexto crítico acerca de la evolución de la situación, ínfimas alusiones anti Ceaușescu, que confirieron al acontecimiento un aura memorable.

La segunda invitada del instituto, cuya actuación recuerdo muy bien, fue Ana Blandiana. Había regresado no hacía mucho de su viaje a Egipto, gracias a una beca Herder. Nos conquistó desde el primer instante al decirnos: “Me doy cuenta que pocos de Uds. pueden hacer una semejante excursión al extranjero. Sé

que fui una privilegiada. Trato de compartir con Uds. al menos algunas cosas de que a mí me llenaron el alma”. Contó sus impresiones no solo con su don de escritora. Rezumaba un calor increíble. Sin recurrir a palabras cortantes, compartió con nosotros la intensa antipatía hacia el régimen que nos obligaba a vivir en suciedad.

Blandiana contó, hizo ella misma preguntas, y leyó algunos de sus poemas. Al final dejó la impresión de solidaridad totalmente especial, de vínculo entre el que habla y los que escuchan cuando todos notan, al unísono, sobre sus cabezas la sombra de un Mal abominable. Además, era tan educada, que parecía llegada de las sombras de un tiempo perdido. ¿Cómo no iban a quedar grabados en la memoria tales momentos? Reconocería esos detalles de su personalidad más tarde, cuando trajinábamos los dos en la “cocina” de la Alianza Cívica. La fuerza de Ana Blandiana de hacer que la Alianza resista, desde 1991, cuando llegó a ser la presidenta de la misma, hasta el momento cuando abandonó ese cargo, se fundamentaba en sus calidades humanas. Estuve presente cuando charlaba con personas poco o nada conocidas que venían a la sede de la Alianza de todos los rincones del país. Tenía una empatía que no he vuelto a encontrar en absolutamente ninguno de los “militantes-jefes” de la organización. Su cortesía hacía un intenso contraste con la dureza de las relaciones interhumanas de aquellos años.

Los compañeros

El despacho donde trabajaba en el Instituto de Meteorología e Hidrología era una autentica exposición de personas. Se hablaba mucho, se contaban chistes continuamente y nos reíamos, a veces amargamente, a cuenta de Ceaușescu. No todos, y los valientes más, pero el ambiente era más o menos éste. Prácticamente, no entiendo cómo la Securitate podía aun castigar a los “culpables” a mediados de los años '80, cuando el cachondeo sobre el régimen

era casi general. No se limitaba a ironías discretas. Imagínense a alguien que llega al trabajo y pide una píldora contra el vómito. “¿Por qué tienes vómito?”, llegaba la esperada pregunta de los compañeros. “Anoche estuve viendo la tele. Y habló de nuevo Ceaușescu.” Seguían unas sonoras carcajadas. Algunos se arriesgaban y manifestaban en voz alta su deseo de marcharse de Rumanía.

Un recuerdo lleno de consideración se merece Constanța Dinculescu. Era licenciada en Geografía. Constanța era una mujer llena de vida y buena como persona, daba una nota particular a aquel grupo poco convencional. Su alegría sincera no afectaba su sensibilidad para con los dramas de los hombres. Que, con el paso de los años, se le presentaban cada vez más a menudo. Escuché muchas historias suyas, entre otras, la del encuentro con un anciano que se había quedado sin nada, y le pidió un mendrugo. A la mañana siguiente, cuando volvió a encontrarse con él, el anciano la pregunta: “No sé qué hacer, señora... ¿suicidarme?” [He reproducido la conversación en “Ultimele pagini de jurnal” (“Las últimas páginas del diario”).]

Los dramas de su entorno habían transformado a Constanța Dinculescu en el más elevado sentido de la palabra. Después de la Revolución intentó dedicarse a acciones humanitarias. Sin embargo, falleció poco tiempo después, en un hospital, como consecuencia de una hemorragia que los médicos, ocupados con sus cosas, no se dieron prisa en curar.

Otra señora que participaba de la atmósfera contestataria era Ana Drăgan. Tenía una hija sumamente bella, cantante en el Minisong de Luchian Mihalea. Su marido se había afincado en Suecia, así que ella presentó una solicitud para emigrar junto con el resto de la familia. Consecuentemente, en el instituto era una proscrita. Se le encargaban únicamente trabajos sin importancia, no le subían el sueldo ni le daban premios. Como no tenía pelos en la lengua, usando el lenguaje de la época, podríamos decir que hacía propaganda pro occidental y pro civilización escandinava.

Una de las más pintorescas “figuras” del laboratorio queda Ioan Rusu. Había terminado Geografía, se había refugiado al calor agradable del laboratorio al que daba vida especialmente con chistes políticos, cuentos sobre el sexo libre, o enseñándonos sus fotos tomadas con un perfecto sentido de la instantánea. Y que no se me olvide: con sus encurtidos preparados con miel y con la experiencia de un solterón entrado en años. “Se necesitan solo valentía e imaginación”, comentaba, cuando alabábamos sus preparados en la celebración de su santo o de su cumpleaños. Después de 1989, se convirtió en un anti-Iliescu y sigue siéndolo, lo que demuestra que sus chistes no eran los de un provocador.

La actitud hacia Ion Iliescu después de 1990 sería, particularmente en el IMH, un perfecto papel de tornasol para lo que ocultaba la relación de la gente con el régimen anterior a la Revolución. No hay que olvidar que Iliescu gozaba de una peculiar notoriedad en todas las entidades dependientes del Consejo Nacional de las Aguas. Mi presencia en el laboratorio era un motivo más para que la Securitate solicite la colaboración de muchos compañeros míos. Por lo menos desde 1986, los teléfonos de nuestro despacho estaban intervenidos ininterrumpidamente, y algunos investigadores habían sido llamados a “ayudar” en 1987, cuando se estaba preparando mi detención.

En el laboratorio tuvimos también personas nefastas y momentos dramáticos. Petre Stanciu, el secretario de partido, que había salido de su aldea con un descomunal anhelo de trepar, hacía de tiempo en tiempo demostraciones de autoridad con los compañeros. En la mayoría de los casos, con poco efecto. Teniendo en cuenta la gran diversidad de las personalidades que trabajaban en el laboratorio y de los enchufes que tenía cada uno, a Stanciu no le quedaba otro remedio que tirar de los hilos y desahogar sus rencores a espaldas de los demás. Nombrado poco tiempo después de la Revolución director del Instituto de Hidrología y Administración de las Aguas – ¡lógico, había sido secretario de partido! – ese ingeniero tan tenaz como limitado

llegó a ser el blanco de la prensa. Un artículo de marzo de 2005 publicado en *Curentul* consideraba el instituto “el feudo del director Petre Stanciu”.

Sobre Stanciu llegaría a saber más cosas – que se sospechaban, naturalmente – en un expediente que consulté en el CNSAS en 2006: “El 19 de junio de 1984, tuve una conversación con la fuente oficial Stanciu Petre⁵⁵ del IMH, quien, entre otras cosas, me habló del ingeniero Andreescu Gabriel y el investigador científico Vulcan Teodor, quien, recientemente, solicitó el visto bueno para emigrar definitivamente de Rumanía con su familia a los EE.UU. Hay que resaltar que Vulcan Teodor es miembro de la secta ‘baptista’ y difundió los preceptos de la misma entre los empleados del laboratorio de investigación de la contaminación del aire (del IMH, departamento Afumați), donde trabaja actualmente. No se obtuvieron otras informaciones: Firmado: Anghel, 19.04.1984”⁵⁶.

El instituto era relativamente grande, raras veces lo que sucedía en un departamento llegaba a interesar a los demás. La esposa de un compañero de laboratorio, traductora de inglés en el mismo instituto, murió al negársele la asistencia médica necesaria. Se había quedado embarazada, un médico la ayudó a abortar, aparecieron complicaciones, ella no quiso desvelar el nombre del facultativo al que había recurrido, y la Fiscalía prohibió a los médicos que la ayudaran. Un crimen. Licenciada de la Facultad de Lengua Inglesa, era una persona joven, independiente, llena de vida, en absoluto propensa a ser víctima. Dejó huérfano un hijo de cuatro años. Había charlado con ella varias veces. Su drama me dejó una herida que sumé, como hacía sistemáticamente entonces, a la lista de fechorías del régimen.

55 En los documentos oficiales, en Rumanía, aparece primero el apellido y después el nombre de pila (n.tr.).

56 Archivo CNSAS, 1151081/1, folio 14.

¡Alégrate!

El más importante de los recuerdos de este apartado es el reencuentro en el instituto con Teodor Vulcan, Dodo, para los amigos. Él se convertiría en mi “partenaire” durante el período de disidencia. Estuvimos juntos desde principios del año 1981 hasta 1987, cuando logró emigrar a los EE.UU. A través de él, establecí muchos contactos que iban a resultar esenciales para lo que había planeado. Y, además, debo mencionar el calor con que me había arropado y, de esa manera, me había protegido en los años cuando no tenía a nadie con quien compartir pensamientos con razón ocultos.

Una vez llegado a América, Dodo hizo toda clase de diligencias para protegerme. Después de la Revolución, Dorin Tudoran me relató las conversaciones telefónicas con Teodor Vulcan, quien insistía que debía hacer algo para salvarme, “sacándome” de Rumanía. Cuando me encontré por primera vez con Tudoran me dijo a propósito de Dodo: “Nunca conocí a un rumano que se preocupara tanto por otro rumano como hizo tu amigo”.

A Teodor Vulcán le conocí en el primer curso de carrera. Nos alojábamos en la residencia estudiantil de avenida de 6 Martie, y entrenábamos en los terrenos deportivos de atrás. Ambos practicábamos el cross, y hacía unos meses que nos encontrábamos para correr juntos.

Le encontré después de empezar a trabajar en el Instituto de Meteorología e Hidrología. Teníamos muchas cosas de que hablar. Nos unió en amistad sobre todo nuestro interés común por el yoga y más o menos las mismas lecturas anticomunistas. Se refería a menudo a *Rebelión en la Granja*, de Orwell. A mí no me atrajo esa alegoría demasiado burda; en cambio me gustó la novela *1984*, sobre la que escribí un ensayo.

Los dos conservábamos en nuestras memorias lo que les había pasado a nuestros padres. Un día, después de morir su padre, Dodo vino a verme conmovido por lo que le había dicho el ad-

ministrador del edificio donde vivía su padre. Cuando el oficial de la Securitate buscó al administrador para preguntarle por el señor Vulcan – algo que hacía periódicamente – y se enteró de que había fallecido, no pudo contener su satisfacción: “¡Nos libramos también de éste!”.

Dodo era un personaje totalmente original, poco convencional en el mundillo del IMH. Siempre que se encontraba con conocidos en los pasillos del instituto les decía con una cara radiante: “¡Alégrate!”. Aconsejaba a todos a consumir celidonia, les explicaba las ventajas de ser vegetariano, y a los más informados les proponía sesiones de *shank prakshalana*⁵⁷. Una persona con parecido comportamiento no tenía ni la más mínima posibilidad de abrirse camino profesionalmente en un instituto de investigación socialista, aunque fuese como él, muy dotado⁵⁸. Cuando era alumno de secundaria había llegado a participar en olimpiadas internacionales de física, dominaba varias lenguas extranjeras – inglés, español, alemán, francés – , sus lecturas eran muy diversas. En nuestro mundillo, el de los físicos, se hacía la distinción entre teóricos y experimentalistas. Hay pocos dotados de talento para las dos facetas. Dodo las combinaba. Tenía imaginación teóri-

57 Técnica para limpiar el organismo, que consiste en beber una gran cantidad de agua tibia salada y empujarla, mediante ejercicios, por el trayecto digestivo.

58 Casi todos los informes de sus compañeros para la Securitate se refieren a su pertenencia a una determinada religión, y a su dieta. En uno de sus múltiples informes, la “fuente oficial” Dumitru Mihiu, jefe del Laboratorio de Física de la Atmósfera, escribía lo siguiente: “Está bien preparado profesionalmente, pero no está dispuesto a comprometerse de modo total. [...] Intentó y sigue intentando difundir en el Laboratorio de Física de la Atmósfera ideas y conceptos místico-filosóficos de tipo IOGA [sic], siguiendo dietas recomendadas por esas teorías y ejercicios, como, por ejemplo, descansar cabeza abajo, o comer brotes de trigo mezclados con miel. Como resultado de su actitud, algunos compañeros comenzaron a seguir esa dieta [...] Además, se interesa por los cultos (sectas) religiosos, y declara que participa en las reuniones de los mismos”. (Informe del 23.05. 1984, Archivo CNSAS I151081/1, folio 9).

ca. Cuando volví a encontrarle a principios de los años '90 en los Estados Unidos, acababa de ultimar un modelo no lineal de dinámica atmosférica que demostraba que el efecto invernadero influye no tanto en el calentamiento, como en la amplificación de las perturbaciones atmosféricas. Unos años después, parece que varios laboratorios le dieron la razón.

Dodo era creyente, pero no aguantaba dogmatismo alguno, por muy ligero que fuera. En 1982, a finales de marzo, se hizo miembro de la Iglesia Cristiana Bautista de la calle Popa Rusu. Para él, el cristianismo significaba, de manera muy concreta, amor, y entre las disciplinas yóguicas le había atraído el *habti yoga*, el yoga de la devoción. Me decía apesadumbrado por no compartir su llamamiento divino y su alegría: “¡Trata de rezar!”. Yo, que no me permitía ningún tipo de ilusiones, ni la de la vida tras la muerte, intenté hacerlo unas cuantas veces por él. Recé, porque lo deseaba Dodo. Oía mis palabras como un sonido mecánico y frío. “No funciona – le dije –, no estoy hecho para eso.”

Tenía un irrefrenable anhelo de ayudar a los demás. No hubo amigo suyo que se haya mudado de casa y a quien Dodo no le haya echado una mano a transportar los muebles. Me ayudó también a mí a cambiar de sitio las colmenas. Tras llegar al instituto me compré varias, porque las empresas apoyaban las actividades que suplían la gran carencia de alimentos. Lo hice pensando en la eventualidad de un despido. Eso era también un método, te rescindían el contrato laboral, y luego te detenían como “parásito”. Sabía que les había pasado a algunos indeseables del régimen, y me preparaba a formar parte de esa categoría. Los apicultores gozaban de una situación especial, porque se les reconocía su trabajo. Eso explica el haber pasado noches enteras trasladando las colmenas de un lugar a otro en la época de la recogida del néctar.

En 1983, Dodo hizo un viaje a Hungría con su mujer, intentó pasar la frontera con la República Federativa Socialista de Yugoslavia clandestinamente. Los detuvieron los guardias fronterizos húngaros por “intento de cruzar fraudulentamente la fron-

tera”, y se les ordenó que abandonaran Hungría en un plazo de 24 horas, a la vez que, naturalmente, se informó de los hechos a los compañeros rumanos. Al llegar a Rumanía fueron interrogados en la Comisaría Departamental del Cluj que, el 20 de octubre de 1983, alertó a la Dirección 2ª del Departamento de la Seguridad del Estado. Desde aquel instante, su suerte fue sellada.

En realidad, a Dodo le habían incoado ya un expediente de vigilancia informativa desde el año 1982. Su nombre codificado era “Victor”. En el expediente no se especifica el motivo por el cual fue puesto bajo vigilancia. El primer informe (en orden cronológico) del expediente contiene incluso un matiz positivo: “A Vulcan Teodor se le conoce como un elemento tranquilo, equilibrado, con una actitud correcta. No hace confesiones a los vecinos y evita las intimidaciones con ellos. [...] No se conocen contactos suyos en el extranjero. [...] Lleva una vida familiar armoniosa, se lleva bien con su esposa, y ambos quieren mucho a sus hijos”⁵⁹.

Lo más probable es que se le haya formado ese expediente como consecuencia de sus contactos con la Iglesia Baptista. El fragmento antes citado fue escrito a mediados de julio de 1982, y su incorporación en la lista de fieles de la Casa de Oraciones de la calle Popa Rusu se hizo en marzo del mismo año.

En 1984, Dodo solicitó emigrar a los Estados Unidos. Logró hacerlo apenas a mediados de 1987, después de tres años de presiones que minaron su vida y la de su familia. Fueron los años cuando nuestras relaciones se estrecharon más que nunca, años cuando me dejaba abrazar mentalmente por la luz de la libertad hacia la que se dirigiría mi amigo.

¿El tiempo habrá cambiado algo en mi perspectiva sobre Dodo? En el “Posfacio” al volumen *Spre o filosofie a disidenței* (‘Por una filosofía de la disidencia’), escrito en 1990, recalcaba lo siguiente: “Teodor vivía mucho más concreta y abiertamen-

59 Carta U.M. 0800 dirigida a la 2ª Dirección, del 14.07.1982 (Archivo CNSAS I151081/1 folio 6).

te la aventura del bien. Recogía ‘casos’, informaciones sobre las víctimas del régimen: iglesias demolidas, ciegos impotentes en manos de torturadores, hijos y esposas a las que no se les permitía viajar al extranjero a encontrarse con su padre (marido) emigrado quién sabe dónde, e intentaba darlos a conocer en Occidente. Gracias a la colaboración con Teodor Vulcan, mi vida fue envuelta en un aire de pintoresca clandestinidad, de un extraordinario sentimiento del bien anónimo, pero se abrió también a nuevas personas”⁶⁰.

Hoy, cuando leo estas líneas, siento lo mismo. La única diferencia es que hoy tengo más tiempo para detalles, estoy más motivado para hablar de esas historias y, además, he leído el expediente de vigilancia informativa de Dodo, que ratifica plenamente mis antiguas impresiones.

Relaciones clandestinas

Un día, Dodo me hizo salir de mi despacho, nos retiramos al hermoso jardín de los cerezos del IMH y allí me contó, casi riéndose, lo que le había pasado unos minutos antes. Llegó con retraso al trabajo y se encontró, exactamente delante del instituto, con dos jóvenes españoles de viaje por Rumanía. Eran sindicalistas, muy de izquierdas, llegaron con la cabeza llena de fantasmagóricas mitologías comunistas. En los pocos días en que pasaron por Bucarest, su ideología les impidió comprender lo que habían visto. Dodo hablaba bien español y entabló una conversación con ellos. Les preguntó qué querían ver, les acompañó por los alrededores, les habló de Ceaușescu, del miedo de los rumanos que no podían contar la verdad, de la escasez. Los puso como hoja de perejil por sus expectativas fantasiosas, que nada tenían que ver

60 Gabriel Andreescu, “Posfacio” a *Spre o filosofie a disidenței*, București, Editura Litera, 1992, p. 193.

con la realidad..., en fin, intentó adoctrinarlos. Les indicó incluso algo de bibliografía: Solyenitzin, Orwell.

Gracias a su naturaleza particularmente comunicativa, en los Estados Unidos se sintió como pez en el agua. Aquí, en Rumanía, la empatía de mi amigo le permitió establecer numerosas relaciones “clandestinas”. Algunos de sus amigos eran baptistas. A él le atrajo su autenticidad y su activismo social. Otros estaban interesados por el yoga. Conoció personas en conflicto declarado con el régimen, como el médico Ion Cană y Carmen Popescu. Finalmente, estaban los que habían solicitado emigrar a los Estados Unidos, lo que haría también Dodo, en 1985, y otros, como Petre Tudor, un joven tan hermético como eficaz, que apoyaban activamente este tipo de diligencias.

Una tarde-noche, los dos buscamos una dirección en el distrito 4, el barrio bucarestino Giurgiu, para reunirnos con Florian Rusu, partidario de Ion Puiu, por aquel entonces el más activo miembro del Partido Nacional Campesino, junto con Corneliu Coposu y Nicolae Carandino⁶¹. Dodo fue a la dirección que conocía, le encontró, pero Rusu le dijo que no tenía tiempo para recibirle. Le acompañé a Dodo porque podía serle de ayuda a la hora de sacar de Rumanía algunas informaciones. Había logrado establecer un contacto en la Biblioteca de la República Federal de Alemania (volveré a hablar de este detalle), al que le entregaba los materiales conseguidos por Dodo a través de sus múltiples relaciones, y él les enviaba a “Europa liberă”. En el archivo de la

61 En el Archivo de “Europa liberă” encontré un texto excepcional fechado el 10 de octubre de 1986, referente a la conmemoración del 30º aniversario de la Revolución húngara. Los cuatro autores del texto eran Ion Rațiu, afincado en el Reino Unido, y tres miembros del PNT, que vivían en Rumanía: Corneliu Coposu, Ion Puiu y Nicolae Carandino. “*The Romanian democratic leaders specifically fought for freedom 30 years ago and to express their admiration for the Hungarians who so valiantly fought for freedom 30 years ago and to proclaim their determination openly to join the struggle for political democracy, pluralism based on the principles of self-government, peaceful re-unification of a divided Europe and its democratic integration, as well as for the rights of minorities.*”

emisora encontré recientemente una carta de ese género dirigida a Vlad Georgescu, que me demostró que mi contacto de entonces funcionó. Reproduzco un fragmento: “Adjunto, le envío una MEMORIA y le pido, por favor, que la lea en su programa como cualquier memoria anónima. Las informaciones detalladas me las proporcionó una valiente joven, ex colaboradora de la señora Carmen Popescu, que las obtuvo sobre el terreno y las comprobó ‘en vivo’. La rigurosidad y la seriedad de esa persona están fuera de cualquier suspicacia. Espero que no le resulte excesivo si le pido que envíe la traducción de la memoria a la Asociación Mundial de los Invidentes, a Paris”.

A Diana Raicu, “la valiente ex colaboradora”, una joven con gafas de altísima graduación, que me contó cosas tremendas sobre los abusos a los invidentes, la conocí, naturalmente, a través de Dodo. La volví a ver en 1993, en California. Llegó a Riverside, donde estaba yo, después de conducir el coche unos miles de kilómetros. ¡Ella, la chica que en Rumanía difícilmente encontraba lentes para poder vivir como persona autosuficiente! Había cambiado de modo increíble. Era activista cívica también en América, y había perdido todos sus complejos de inferioridad y toda la timidez.

Carmen Popescu

Cuando conocí a Carmen Popescu, a mediados de los años '80, tenía ella alrededor de 40 años. Era de altura mediana y extremadamente delgada. Su cuerpo mostraba las huellas de los años de reclusión. Más adelante me enteré que en la cárcel se declaró en huelga de hambre largos períodos de tiempo.

Cuando ya tuvimos confianza la una con el otro, me relató también otros detalles. Tuvo los primeros conflictos con las autoridades en los años '70. Trabajaba en la Coopertiva “Tricotextil”, donde descubrió los chanchullos de la dirección. Protestó, la despidieron, denunció la empresa ante los tribunales y ganó el

juicio, la despidieron de nuevo. En este contexto, se enteró de la creación del Sindicato Libre de los Trabajadores de Rumanía y se afilió al mismo inmediatamente. Ella, como los demás miembros, fueron obligados a elegir entre un pasaporte para abandonar el país o la cárcel. En aquellos tiempos se había difundido la idea – probablemente a iniciativa de la Securitate – de que el SLOMR era la solución para obtener rápidamente un visado de salida del país. Es posible que eso fuera verdad en algunos casos, pero Carmen rechazó el pasaporte, a sabiendas de lo que la esperaba. A finales del año 1979 fue acusada de parasitismo. Había sido despedida del trabajo, no encontró otro, y entonces conoció el penal.

Tras salir de la cárcel, intensificó sus acciones contestatarias. Logró ponerse en contacto con algunas organizaciones internacionales. Si mal no recuerdo, con la Organización Internacional del Trabajo y con Amnistía Internacional. Había redactado un escrito que completaba los principios del SLOMR con referencias a la situación de la mujer e intentó enviarlo “al otro lado”. La Securitate logró hacerse con el documento oculto en un recipiente estanco e impermeable en el depósito del inodoro. Como escuchaban las conversaciones con sus amigos, los de la brigada T.O (técnico-operativa) de la Securitate se enteraron de su propósito. Le hicieron varios registros domiciliarios, pero no descubrieron el documento. No obstante, en cierto momento, los oficiales de la Securitate se dieron cuenta que el muy buscado objeto se hallaba en “algún sitio más húmedo”. Llegaron a su casa, registraron el baño, y lo encontraron. Tenían en mano la clave de la acusación: tentativa de propaganda contra el régimen socialista (artículo 166 del Código Penal). Fue condenada a seis años de prisión. El 15 de mayo de 1981 entraba por la puerta de la cárcel donde ya había estado.

Me contaba con sencillez sus conversaciones con los jefes de la 6ª Dirección en el arresto de la Dirección para Investigaciones Penales. Los desafiaba. Siguió las represalias. Por la manera en

que fue tratada, se declaró, como he mencionado, en huelga de hambre. Más de 300 días de huelgas, entre las que recuerdo una de 52 días, sin ningún tipo de asistencia médica⁶². Fue puesta en libertad después de dos años y tres meses. Una vez fuera de la cárcel, continuó transmitiendo informaciones al extranjero sobre la represión en Rumanía.

Las radiografías

Carmen era una persona auténtica y modesta; hablaba de ella únicamente cuando se le preguntaba, lenta y lógicamente, muy controlada. Me inspiraba total confianza. No por razones afectivas, sino por la impresión casi material de tener delante a una persona a la que nada en el mundo pueda doblegar. Ella no odiaba, pero juzgaba el régimen y sus instrumentos con una firmeza implacable. Algunos de nosotros tuvimos de vez en cuando consuelos sentimentaloides. Yo, al menos, algo de tipo: en definitiva, ellos, los oficiales de la Securitate que amenazan, chantajea y destruyen las vidas de la gente, son también víctimas, de alguna manera: algunos, del sistema, otros, de las circunstancias, y otros, simplemente de la vida. Carmen Popescu consideraba las cosas según unos criterios simples: bien-mal, honor-vileza. No era una persona cultivada, pero había adquirido mucha sabiduría. Cuando queríamos entender alguna acción de la Securitate, Dodo, yo y otros le pedíamos consejo. En 1987, Carmen fue la primera que llamó por teléfono a Teodor Vulcan, a Nueva York, para informarle de mi detención. Le transmitió casi todas las informaciones que tenía y, después de una pausa para pensar, le dijo: “Le van a escenificar un juicio por traición”. Con esta etiqueta transmitió Dodo la información sobre mi arresto. Y, efectivamente, esa fue la acusación de la 6ª Dirección. Incluso la idea

62 Hasta el 10 de diciembre de 1982 había pasado por siete períodos de huelga de hambre de 32 días, una de 52, otra de 21, y otra de 16 días.

de poder utilizar tal etiqueta en lo que a mí se refería me pareció fantástica.

Iba a averiguar la idea que me había hecho sobre las relaciones entre Carmen y los jefes de la Securitate dentro de poco, cuando seguí sus huellas en la prisión de la Calea Rahovei 39. En el interrogatorio que dirigió el jefe de la 6ª Dirección, el coronel Gheorghe Vasile, éste se refirió varias veces a Carmen Popescu. Le volvía loco su simple nombre. Ninguna otra referencia le provocó tal parlamento lleno de una impotente frustración. Era evidente que la ex miembro del SLOMR se había enfrentado a él y que venció al hombre duro que había aplastado a tantos.

Iba a averiguar también la voluntad “de acero”, diría, de Carmen, en condiciones dramáticas. En 1986, emigró a los Estados Unidos, pensando que había llegado el momento de garantizarle un futuro a su hija, entonces adolescente. Allí se afilió a la Amnesty International, lo que le permitió seguir ayudando a otros. Se vio obligada a tratarse de un primer cáncer descubierto inmediatamente después de pisar la tierra norteamericana. Todo sugiere que la enfermedad fue la consecuencia de las innumerables radiografías que le hizo el médico de la prisión. “¿Tal vez te has tragado una cuchara?”, comentaba cínicamente el mercenario que trabajaba en nombre del juramento de Hipócrates, para justificar por qué le hacían placas día tras día. Ese era el castigo por su actitud: ¡irradiarla! El médico es el culpable del acto criminal, pero la orden la había dado, seguramente, Gheorghe Vasile.

A finales de los años '90, Carmen volvió a Rumanía por un tiempo; tenía un tumor en la cabeza que le provocaba unos dolores horribles. Nunca se mostró autocompasiva. Falleció en Nueva York, el 24 de enero de 2004, tras largos años de sufrimiento, sin que la opinión pública le rindiese alguna vez un homenaje. Se publicaron solo breves noticias, gracias a los amigos⁶³. El Museo

63 El 11 de febrero de 2004, su amiga Mara Ștefan publicó una nota en el periódico *Ziua*, donde evocaba algunas de las frases de Carmen después

en memoria de las Víctimas del Comunismo y de la Resistencia de la ciudad de Sighetu Marmației le dedicó una sesión conmemorativa. Pude escribir sobre Carmen Popescu un amplio artículo que se publicó en dos números seguidos de la revista *Timpu* de Iași, tras consultar el expediente de vigilancia informativa de la ex disidente. O, más exactamente, una parte del expediente, la que se halla en el Archivo CNSAS, porque un montón de datos, que conozco muy bien, no aparecen allí, aunque era de esperar que aparecieran.

Jamás conocí a una persona tan justa ante la vida como fue Carmen. Me pregunto ¿por qué en Rumanía, las personas más inquebrantables que yo conozco, ella y Doina Cornea, fueron dos mujeres? Cuando oigo a alguna vedette que se jacta con algún gesto metafóricamente provocativo, pienso en Carmen. Su ejemplo me determina a ser relativamente escéptico también en lo referente al rigor de mi conducta. ¿En qué medida habré respetado el anhelo de valentía con el que me habían conquistado la literatura y la vida?

Virgil Mureșan

Dodo me presentó a dos personas que iban a desempeñar un importante papel en el período de búsquedas de los años '80. Una es Virgil Mureșan, otra, Vasile Cuculeanu. El primero era investigador en el Instituto de Biología y Patología Celular de Bucarest (IBPCB), creado por Nicolae y Maya Simionescu. El matrimonio Simionescu trabajó entre 1970 y 1979 en las Universidades Rockefeller y Yale, respectivamente, invitados

de descubrir la Rumanía post decembrista: “¿Qué significa la voluntad de un pueblo que no se define como tal? Me da miedo casi miedo pensar en un futuro que ya es pasado. No veo por ninguna parte pureza, buena fe, dignidad, sino afán de poder, de enriquecimiento, microbio que, por otra parte, no puede ser combatido”. Esas eran sus búsquedas, No se obsesionaba con la política, sino con la vida: pureza, buena fe, dignidad.

por el futuro premio Nobel, George Emil Palade⁶⁴. De vuelta a Rumanía, crearon el instituto al que, por un período, Emil Palade y los norteamericanos ayudaron con su tradicional generosidad e ingenuidad. Toda esa historia es digna de los señores Bond: investigadores que trabajan años enteros en los EE.UU, para luego regresar aplaudidos de las autoridades, que les ofrecen la dirección de un instituto después de concederles fondos para su creación, y luego asisten a la participación de un premio Nobel norteamericano en la promoción de la ciencia rumana. Guiones como éste no podían tener otros directores que los “servicios” de Bucarest. Lo demuestran implícitamente “la lista de Liviu Turcu” y los conocidos criterios referentes a la identificación de los agentes con influencia: “estudiaron y se especializaron mucho tiempo en los países occidentales; participaron corrientemente a eventos científicos en Rumanía, y tienen contactos con importantes políticos, miembros de los *think-tank*⁶⁵ o de otras organizaciones y entidades occidentales”⁶⁶. Y la continuación se amolda al espíritu de nuestra historia contemporánea: Nicolae y Maya Simionescu tuvieron una ascensión profesional fulminante después de la Revolución, llegaron a ser miembros de número de la Academia Rumana en 1991, y la segunda, incluso vice-directora de esa más o menos honorable corporación.

A situaciones similares, algunos llegan también por casualidad. Virgil Mureșan era licenciado en Biofísica, era el número uno de su promoción, y, en ese concurso de circunstancias, fue invitado a los Estados Unidos a especializarse en el dominio en el cual destacaba Emil Palade. Después estaba planeado que participara en el desarrollo del IBPCB. Y así se hizo. Tras regresar a Rumanía se dedicó a investigar y publicó rápidamente unos es-

64 Palade recibió el Nobel junto con otros dos colegas en 1974.

65 Grupo de expertos, laboratorio de ideas (en ingl., en orig., n. tr.).

66 Liviu Turcu, “Linșaj public de proporții” (‘Linchamiento público de grandes proporciones’), *Jurnalul Național*, 9.11.2006.

tudios que anunciaban una carrera científica de excepción. Poco tiempo después, sin embargo, Emil Palade ya no tuvo voz ni voto en la vida del IBPCB, y el ambiente del instituto cambió dramáticamente. Por lo que me contó Virgil Mureșan, ya no se le dejaron publicar sus investigaciones si los jefes no figuraban también como coautores. Después, ya no recibió el visto bueno para participar en los eventos científicos celebrados en el extranjero. Los organizadores le invitaban sistemáticamente, y las autoridades, empezando con el director del IBPCB, Nicolae Simionescu rechazaban sus solicitudes también sistemáticamente. En fin, Virgil me habló también de varios negocios, como la importación de ordenadores norteamericanos, cuyo envío al Este estaba prohibido. El papel del Instituto de Biología y Patología Celular era, por tanto, múltiple. No recuerdo los detalles, me quedé solo con la atmósfera oscura de las historias.

En esas condiciones, Virgil Mureșan presentó una solicitud para emigrar a los EE.UU. con su señora y su hija. Vivió una auténtica pesadilla. Años enteros se le molestó terriblemente. Virgil Mureșan era un intelectual de alta categoría, con una cultura musical impresionante, lecturas literarias y críticas sistemáticas en su haber, pero no era un héroe. “Los muchachos” se dieron cuenta también cuál era su punto vulnerable. En las condiciones de vida que le habían creado, su hipersensibilidad era un handicap. Me encontré con Virgil en aquellos años, e intenté darle ánimo y apoyarle en la medida de lo posible con mi optimismo algo autista ante las debilidades. He vengado las humillaciones que sufrió, al describir algunas en un artículo publicado en *La Nouvelle Alternative* (“Méditations crépusculaires”). Mediante mi contacto en la Biblioteca de la República Federal de Alemania pude enviar una carta dirigida a Monica Lovinescu, que era su tía, pidiéndole que le ayudara a obtener el visado de emigración. Descubrí apenas en el 2002 que efectivamente recibió la carta. *Jurnalul* publicado el mismo año revela lo que escribió Monica Lovinescu el 7 de enero de 1988:

Día muy ajetreado (almuerzo después de las 5 de la tarde) a causa de una noticia de Carmen Popescu transmitida con errores por un intermediario, Mircea Alexandrescu, según la cual mi sobrino (el hijo de Rodica) que quiere emigrar a los Estados Unidos, Virgil Mureșan, fue detenido. Aviso a “Europa liberă”, a Mihnea, a la BBC (mediante Dinu Z.) y la Radio France International, se me pasa por la cabeza obtener la confirmación de la noticia. A través de Maria B. me entero del número de teléfono de Carmen Popescu (ex disidente) y la llamo a Nueva York; en realidad habían detenido a un amigo de Virgil Mureșan, Gabriel Andreescu, y ella temía que, dada la amistad de los dos, a mi sobrino también podría pasarle algo. Aprovecho para ponerla al día con todas las gestiones que hice por él en los Estados Unidos y vuelvo a comenzar con las llamadas para comunicar el nombre del detenido...⁶⁷.

De hecho, Carmen Popescu, que conocía bien las normas de la casa, tenía todos los motivos para preocuparse. Dodo le había dado todos los detalles. Incluido el hecho de que Virgil era una de las cuatro personas que había recibido copias de mis textos. Y no informar a los órganos de la Securitate sobre los materiales catalogados como “acto de traición” podía significar que Virgil pase detrás de las rejas entre 2 y 7 años.

El contacto con el mundo libre

En toda esa historia, tuvo un papel nada marginal la posibilidad de enviar, a partir de cierto momento, materiales mediante la

⁶⁷ Monica Lovinescu, *Jurnal* (‘Diario’), București, Editura Humanitas, 2002, p. 264.

Biblioteca de la República Federal de Alemania, que ya he mencionado. “A partir de cierto momento” significa, de hecho, el año 1984. Hasta 1984 habían transcurrido unos años en los que me obsesioné con la pregunta “¿Cómo hacer lo que hay que hacer?”.

La gran diferencia entre una dictadura y un sistema totalitario es la perfección que alcanza el último en dominar a la población. Algunas dictaduras, como las de Guatemala o Argentina, en ciertos períodos – por no hablar de las autocracias africanas – , fueron más sangrientas que los regímenes de Europa del Este en las últimas dos décadas del comunismo. Pero la capacidad del comunismo de controlar a la población nunca fue igualada por los regímenes “simplemente” autoritarios. Recordemos cuánto tiempo pasó hasta que la gente se enteró de la huelga de Vale Jiului, de 1977. Y había sido un movimiento de masas durante algunos días, que determinó la presencia allí de la dirección del partido, y movimiento de tropas. Estaba absolutamente claro que una protesta callejera, una carta indignada dirigida al secretario general del partido y otros actos de ese tipo políticamente no tenían valor. Las cárceles y los hospitales psiquiátricos fueron testigos de muchas tragedias de personas que infringían una sola vez la disciplina y fueron rápidamente aisladas del resto de la sociedad; valientes cuya oposición les importó únicamente a ellos. Todas, absolutamente todas las acciones que causaron impacto en el régimen fueron las de repercusión internacional. La disidencia interna se volvía funcional solamente si se integraba en el movimiento anticomunista internacional.

Esas cosas las tenía claras desde hacía tiempo. ¿Conclusión? El contacto con el mundo libre. Pero la capacidad del control ejercido sobre la población por el régimen de Bucarest se basaba precisamente en su posibilidad de cortar los vínculos con el extranjero. Aunque estuve al acecho de todas las ocasiones durante años, no encontré medio alguno de enviar mensajes al Occidente de manera segura.

También es verdad que cumplía con ese proyecto de vida, perfilado en la segunda mitad de los años '70, sin prisas. En 1978 tenía ya dos hijos. No podía dejar a mi mujer sola con ellos en los momentos más difíciles, cuando eran muy pequeños. Pensaba, de un modo más o menos elaborado, que era importante que los niños crecieran lo suficiente para que entiendan lo que sucedía. Y si yo desapareciera en las mazmorras comunistas a la edad cuando hubieran comprendido el significado de la situación, por lo menos eso ayudaría su conciencia. Había calculado, por un método de tipo *wishful thinking*⁶⁸, la edad a la que un niño empieza a comprender esas cosas: a los 7-8 años. Además contaba con el hecho de que al enfrentarme al régimen, mi familia podría emigrar, para escapar de la gran cárcel del cruel, ridículo y palurdo régimen ceaușista.

Esos últimos párrafos no se refieren a los hechos de aquel período, sino a sus ensoñaciones. Explican cómo me había construido un mundo imaginario, una teoría, una práctica de la disidencia. Existía en esas ensoñaciones que saco a la luz ahora del fondo de mi alma una gran dosis de autismo psicológico. Me di cuenta de eso apenas después de la Revolución, porque el aislamiento que produce la disidencia le protege a uno del contacto con la realidad. Impone censurar las confesiones incluso delante de los más allegados.

Anteriormente, habrán existido momentos favorables para entender las implicaciones de los actos de disidencia en las vivencias profundas de las personas cercanas, momentos que no aproveché. Por lo menos recuerdo una conversación con mi padre. Había salido de la cárcel y di un salto a Buzău a ver a mis padres y a explicarles lo que había pasado. En cuanto a mi madre, ya sabía yo a qué debía esperarme, pero en cuanto a padre... estaba seguro de su solidaridad. Contaba incluso con su orgullo. ¡No en vano me enseñó tantas cosas! Y, sobre todo, me enseñó lo que

68 Sueños vanos, ilusos (en ingl., en orig., n.tr.).

significaba ser valiente. Mi padre entraba en el patio de alguien – cuando era pequeño parecía muy normal que alguien entrara en un patio ajeno, hiciera una pregunta, se interesara por algo – sin temer al mastín que ladraba detrás de la valla. Los perros sentían eso y no le atacaban.

Era invierno, padre estaba de espaldas a la estufa, casi pegado a ella, y yo le contaban. “Padre – le dije cuando me echó en cara el dolor que les causé – , ¿es posible que precisamente tú no entiendas que debía ‘hacerlo?’”. Y añadí unos argumentos típicos. Me contestó con calma, con una matización que yo jamás había mostrado: “Gabriel, quizás tengas razón. Pero tú eres mi hijo”. Nada de patetismo en su tono, en su voz que sonaba melodiosa y suave, de hombre al que le gustaba cantar romances, voz que yo nunca tuve.

La familia Vieru

Contactar con la Biblioteca de la República Federal de Alemania fue el resultado de otra amistad, con Sorin Vieru. A Sorin (que luego llamaríamos Sorel) le conocí en unas condiciones que calificaría de divertidas. En 1980, aproximadamente, había entregado a la *Revista de Filosofie* un estudio titulado “Estructuras matemáticas en la semántica del silogismo asertórico”. El redactor en jefe, Mihai Ciurdariu se lo dio a Sorel para un informe de evaluación, junto con los datos del autor: el nombre de la calle y el teléfono; pero con un par de dígitos inversados, éstos eran los de la casa de un amigo de la familia, el médico Elmano Costiner. Su hijo, Sorin Costiner, estudiaba Matemáticas y se interesaba por la lógica. Sabiendo que era muy tímido, Sorel pudo pensar que éste era el posible autor del estudio, y había ocultado de manera graciosa su número de teléfono. Intrigado, Sorel llamó, me localizó, y quedamos en vernos. En la redacción de la revista, donde nos citamos, le conocí, una persona de una caballerosidad y una finura intelectual nunca vistas.

De nuevo por pura casualidad, descubrí en un puesto callejero de Buzău un tomo de lógica firmado Sorin Vieru, y fue el primer libro de lógica que compré en mi vida. Paulatinamente, nuestra relación se hizo más profunda. Un papel nada secundario tuvo el hecho de que nuestros hijos, Liviu y Vlad eran más o menos de la misma edad. Dábamos paseos en barca con ellos en Lacul Tineretului, cercano a su casa, e imaginábamos aventuras que fascinan la mente de unos niños de 10 años.

Sorel pertenecía a una conocida familia de intelectuales judíos. Su hermano mayor era el conocido compositor Anatol Vieru. A pesar del delicado encanto del especialista en lógica, estoy seguro, y esa no es solo mi opinión, que la fuerza que irradiaba el hogar de la calle Trestianeii procedía de su esposa. Gina Vieru te envolvía en una atención igualitaria y protectora. Nunca vi a nadie que invirtiera todo en los seres de su alrededor. Me hechizaba la manera en que presentaba a algún conocido. Hablaba como si hubiera descrito, con entusiasmo siempre joven, una gran flor, un nenúfar o una peonía. O un girasol al que tanto amaba. Tenía el gran don de ver la belleza interior del ser humano, y eso no porque fuera superficial o ingenua. ¿Qué le confería calidad a aquella soberbia interior, no afectada por los sentimentalismos y tampoco por alguna motivación espiritualista? En los años que seguirían, el matrimonio Vieru se convirtió en la más estrecha relación de familia.

Sorel tenía muchos amigos en el mundillo cultural de Bucarest. Dedicó un recuerdo aparte a los artistas plásticos Mariana Macri e Ioan Avramescu, hijos del sacerdote Mihai Avramescu, convertido en ciertos círculos en una leyenda. Otros amigos de Sorel habían logrado afincarse en el extranjero y él se carteaba con ellos. Podía acceder a una bibliografía prohibida o inaccesible para una persona ajena a aquel ambiente. El me dio los libros de Zinoviev

y Bukovski⁶⁹. Y gracias a él pude leer algunos libros espléndidos como la obra maestra *Gödel, Escher, Bach*⁷⁰.

A Sorel le conté sin reservas todas mis preocupaciones. Y así fue que, por iniciativa propia, rompí una lanza a mi favor ante Constantin Noica. Con Noica tuve un breve intercambio de cartas, le visité en 1983 a Păltiniș, comprobamos cada uno nuestras expectativas... De todos modos, en el otoño de 1984, Noica me envió los documentos para una beca DAAD, porque me había sugerido que aprendiera alemán y pasara un tiempo en la Alemania occidental. Me presenté con el dossier a la Biblioteca de la República Federal de Alemania de Bucarest. Me matriculé en un cursillo, el director me ayudó a rellenar los papeles y a enviar la aplicación, y después de un tiempo aceptó ayudarme a enviar dos estudios a la revista *Zeitschrift für Literaturwissenschaft und Linguistik*. La confianza se gana paso a paso. En 1985, se marchó, pero hablé con su sucesor, al que se suponía que él le había contado mi historia, y así conocí al director adjunto, Mathias Serwo. Tras varios encuentros, quedamos en que él enviaría mis materiales a “Europa liberă”.

Lo conseguí. El Telón de Acero había sido atravesado. Un tiempo después, una carta de confirmación de Vlad Georgescu me demostró que mi correo clandestino funcionaba.

69 Difícilmente acepté el escepticismo del primero; en cambio, la fantástica energía del segundo me vino como anillo al dedo. Conocería a los dos después de la Revolución. Los dos parece que tuvieron una evolución entristecedora, siguiendo la línea de una antipatía hacia los occidentales, que no justificaron con argumentos sólidos.

70 Douglas Hofstadter, *Gödel, Escher, Bach: an eternal golden braid*, New York, Basic Book, 1979.

CAPÍTULO 3. POR UNA FILOSOFÍA DE LA DISIDENCIA

Los años de formación

La disidencia es una cuestión tan personal, que incluye también la manera en que reacciona el ser humano ante unas decisiones que pueden ser fatales para él. Y desde este punto de vista surge una diferencia entre los miembros clandestinos de la resistencia y los disidentes. Los primeros pueden separar, hasta el momento de ser descubiertos, si esto ocurre, la vida cotidiana de las acciones subversivas. En cambio, la vida de un disidente sale a la luz en su totalidad; por eso debe colocar cuidadosamente cada pieza que integra su existencia, para que esa construcción resista, para que no se disperse en migajas inútiles.

Al encontrar la manera de enviar a la emisora “Europa liberă”, a través de la Biblioteca alemana, informaciones que recibía lo más a menudo de Dodo y de sus amigos, tuve, finalmente, la oportunidad de dar rienda suelta a mis fantasías concernientes a – o soñar con – el enfrentamiento con el régimen. Transmitir datos era solo el primer paso; el segundo fue la “construcción” de mi propia contestación política. Me propuse, antes que nada, unir mis preocupaciones abstractas con las muy concretas de la vida diaria. ¿Cómo? Aplicando modelos analíticos a las cuestiones referentes al funcionamiento del régimen comunista.

¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?

Vuelvo a mis años de formación, porque podrían constituir quizás una explicación para ese trayecto algo tortuoso hacia la proyección de una oposición al comunismo.

No era una persona de mucho hablar. Me formé teniendo como modelo a los científicos, no a los hombres de letras. No obstante, en los años '50, '60 y '70 vivíamos en un mundo do-

minado por el formidable prestigio que tenía la literatura y, generalmente, la cultura humanista. Pocos se lo pueden imaginar hoy en día, en un mundo de las oportunidades, de la cultura predominantemente audio-visual. Mencioné antes el papel de mi hermano Liviu, el verdadero intelectual de la familia, a la hora de crear en casa una biblioteca seria de literatura clásica. Él estimuló también mi entusiasmo por el francés y, durante los años de instituto, me propuso la lectura de algunos autores universales. Con talento para las lenguas extranjeras, pero también para las matemáticas, descubrió, como autodidacta, autores rumanos que no se podían encontrar en aquel tiempo en los libros de texto de literatura rumana: Nichita Stănescu, Geo Dumitrescu, Gellu Naum y Ștefan Bănuțescu o Mircea Horia Simionescu con su *El Ingenioso bien temperado*.

En el vasto edificio adosado al lado izquierdo de nuestra casa de la calle Democrației vivía un adolescente interesado por el teatro. Allí, en un espacio rodeado de muchas tuyas perennes, se organizaban espectáculos interpretados por mi vecino y sus amigos. Entre ellos, otro adolescente, del otro extremo de la calle, llegaría a ser un conocidísimo crítico dramático, George Banu. En los años de primaria los miraba fascinado por los ojos de la red metálica que separaba las dos casas. Para mí era un mundo oscuro, que comprendería mucho más tarde. De hecho, a diferencia del cine, nunca me atrajo el teatro.

En la infancia, mi generación y dos o tres generaciones anteriores tuvimos un espacio común de lectura: Julio Verne, Alejandro Dumas, Karl May, Daniel Defoe, Walter Scott, Mark Twain y al menos unas novelas de Dickens y Balzac⁷¹. Todos los amigos los habían leído, y no con indiferencia, sino con entusiasmo. El

71 Valentin Constantin, de la ciudad de Arad, profesor de relaciones internacionales y auténtico amante de la literatura, autor de unos textos que me parecieron memorables [“Meseria de a fi antiamerican” (‘La profesión de ser antiamericano’), *Ideii în dialog*, junio, 2005], me decía en 2006: “Un día les pregunté a mis alumnos cuántos habían leído a Julio Verne. En toda

interés por los libros y los autores se transmitía de padres a hijos, y de los niños a otros niños. Los libros y los autores contribuían, evidentemente, a estimular el gusto por la lectura, aunque la clave no fuese la del arte literario. En los años de instituto empecé a concienciarme de la fuerza educativa de las novelas y de la naturaleza del texto literario. Entonces descubrí a André Malraux, mi escritor más querido durante un largo período de tiempo, que me formó en los años adolescentes. Precisamente cuando falleció Malraux, empezó mi carrera docente: impartía física en un instituto de artes de Buzău. Me enteré de su desaparición el mismo día del 23 de noviembre de 1976. En el aula les dije a los estudiantes que no iba a dar la clase, sino que les hablaría del escritor al que tanto quería. Les hablé de *La condición humana* y *El camino real* (la novela que más me ha gustado), les leí algunos pasajes y aforismos, inclusive el que me gustó tanto en la adolescencia: “Si de veras llegásemos a poder comprender, ya no podríamos juzgar”.

En mi primera adolescencia, me pasó a mí también lo que suele pasarles a muchos jóvenes, en general, y a los adolescentes del comunismo grisáceo con más razón: sufrí la sed insaciable de comprender a la gente y al mundo. Esa sed estaba integrada por curiosidad, pero también por emociones nunca experimentadas hasta aquel instante, por la búsqueda de un destino que exige autosuperarse. En el mundo del comunismo, en cualquier rincón del país o en la capital, ese comunismo amaestrado a cortar las alas, la respuesta a esa sed no podía ser más que la lectura. Encontré una excelente descripción del hambre de lectura de aquellos tiempos en los recuerdos de Nicolae Catrina, sobre quien escribí en uno de mis libros:

el aula levantaron la mano dos o tres. En aquel instante me di cuenta que pertenecemos a mundos diferentes”.

En aquel período leía muchísima filosofía, novelas, leía mucho, muchísimo, además de los libros de yoga. Me impresionó el personaje de Giovanni Papini, el hombre que quería leer absolutamente todo, quería asimilar toda la cultura del planeta. Y empezó valientemente desde la A. Había elaborado una especie de enciclopedia de toda la cultura del mundo y desde la primera letra del alfabeto se sintió abrumado por la multitud de obras y autores de los que no había oído hablar, pero que le resultaban muy interesantes. Se dio cuenta que era imposible alcanzar su meta. La novela corta se titula *Un uomo finito* ('Un hombre acabado'); al final de su vida, el personaje comprende que no realizó nada, únicamente movió un poco el dedo en la dirección a la que anhelaba llegar. Esto me dejó una huella muy profunda, porque me di cuenta que asimilar así horizontalmente es imposible. Ya desde entonces intenté descubrir algo esencial, algo que apague mi sed de saber, de absorber la cultura, el arte, el conocimiento en general, pero al mismo tiempo que me ofrezca una estructura que se puede condensar, sintetizar de alguna forma en todas esas cosas. Y cuando empecé a leer estudios sobre la espiritualidad, me di cuenta que, finalmente, encontré lo que buscaba. Porque todo lo que sabía, todo lo que había estudiado antes comenzaba a enlazarse, a plasmarse en algo cada vez más coherente, más completo.⁷²

72 *Reprimarea mișcării yoga în anii '80* (2008, 'La represión contra el movimiento yoga en los años '80'), Iași, Editura Polirom, 2008, p.115.

¿Por qué es importante la literatura en la vida de un no literato?

Grigorie Florescu me regaló también a mí una fotocopia del libro de Papini, *Un uomo finito*, más bien porque insistió en hacerlo exactamente antes de irse de Rumanía, es decir, en 1976, aproximadamente. En Buzău no existían, o no sabía yo que existieran, círculos intelectuales que contestaran a mi curiosidad de entonces. Solo después de llegar a Bucarest, a la facultad, a principios de los años '70, fueron posibles para mí los grandes encuentros culturales. Desde entonces he vivido en el mundo feérico del que habla el fragmento de Catrina. Ya he mencionado el cursillo de dirección de cine organizado en Ecran Club, que cambió totalmente mis inclinaciones, porque hasta entonces me gustaban las películas de vaqueros. La melodía de Ennio Moricone de *Un dólar agujereado* no obstante, dejó una huella en mí que me obsesionó toda la vida. En Ecran Club vi toda la filmografía importante. Los que más me gustaron fueron Fellini, Antonioni y Visconti, y más tarde, cuando en Rumanía se proyectaban únicamente películas de directores rusos, Konchalovsky, Bondarchuck y Tarkovsky (el de *Andrei Rublev*).

Entonces descubrí, de la noche a la mañana, la pintura, gracias a los libros de Perruchot dedicados a la bohemia parisina. Soñaba por las noches o me daba cuenta por primera vez que soñaba en color. Había encontrado un autor almibarado, y, al final, mi comentarista plástico preferido fue Gombrick (el de *Arte e ilusión*). Escuché las opiniones de los estudiantes de Bellas Artes que conocí, y más tarde me “apropié” de los comentarios de la pintora Mariana Macri. Pero la cultura plástica sin estudios se queda frágil. Y más aún cuando se trata de música. Me pregunto solo ¿por qué un ignorante en materia puede sentirse tan atraído especialmente por la música de los preclásicos, sobre todo por la de Bach? ¿Por qué, sin ser dotado para la música, una obra musical me impresiona como ninguna otra forma de arte?

Y vuelvo a la literatura. Una vez dentro de un ambiente culturalizado, en aquel tiempo, la lectura se convertía en una ocupación natural, que seguía una dirección, como las aguas el cauce de un río: los grandes clásicos rusos, los existencialistas, los autores latinoamericanos, cuando se pusieron de moda. He leído sistemáticamente durante los primeros años de carrera, como hacían muchos compañeros. El terrible sabor de aquel abrazo entre la juventud y las novelas, en el que fermentaban también peligros ocultos, se asocia simbólicamente a algunas imágenes. Un compañero que iba a fracasar en Física tragado por el vicio del bridge, y que luego huyó de Rumanía, vencido quizás por las emociones de algún héroe de Camus, su escritor favorito, tiraba cada dos o tres días en el hueco que estaba encima de su armario, los libros leídos y la ropa sucia. Se mezclaban, se cubrían, se alimentaban mutuamente.

No obstante, el hecho de que mi relación con la literatura fue la de un autodidacta, de que nunca fui a un cenáculo literario, con su fantástica capacidad de objetivar los gustos, iba a imponer sus límites, naturalmente. Me hubiera gustado descubrir más temprano a Marguerite Yourcenar. Me preguntaba: ¿cómo es posible que existan esos autores y tú no te hayas enterado?

Apenas en mi segundo año como profesor, mi compañera Mia Nazarie me habló de *El juego de abalorios* y del autor del libro. Herman Hesse cambió mis estándares. Cada vez que tuve la ocasión, regalé el *Siddhartha*, que se había publicado en el mismo tomo con *El lobo estepario*.

Poco tiempo después, mi centro de interés se desplazó hacia la crítica literaria. A finales de los años '80, tuve unos debates estilísticos detallados con un autor que considero admirable, Paul Tumanian, que se quedó en una relativa oscuridad, porque en nuestro país, la visibilidad literaria depende de la pertenencia a un clan, si el escritor no se beneficia de Dios sabe qué concurso

de circunstancias favorecedoras⁷³. Es un escritor de gran rigor estilístico, y yo era muy sensible a ese tipo de detalle. Un simple fallo en la construcción o en el lenguaje del texto me apartaban del mismo, igual que en la infancia trataba de librarme de una serie que tenía un sello defectuoso⁷⁴. Le dije una vez que la novela *Matei Iliescu* me desilusionó. Esta novela de Radu Petrescu, que me había parecido — ¡finalmente, una! — “perfecta” perdía su rigor en cierto momento. Paul Tumanian me dijo: “Alrededor de la página 200, ¿verdad?”. Yo también había apuntado la página 200.

A finales de los años '70, me interesaron los ejercicios de “poética matemática”, poco tiempo antes de haber tenido la oportunidad de conocer al profesor Solomon Marcus, que representa para mí el espíritu enciclopédico de la cultura rumana. Es, indudablemente, *el punto de referencia*, por la extensión y la profundidad y, particularmente, por haber transformado lo pluridisciplinario en un arte personal. Pero hubo muchos matemáticos y físicos conocidos en aquellos años que habían convertido la literatura en una referencia en su formación. Cómo puede llegar a ser tan importante el universo creado por los escritores en la vida de unas personas de las que no se puede afirmar de ninguna manera que se hayan consagrado al arte del vocablo lo entendería más tarde gracias al estupendo estudio de Richard Rorty sobre la dignidad filosófica de la literatura. Con sus argumentos, las dos, literatura

73 Después de 1990, escribí un entusiasta posfacio al reeditarse lo que llamaría su obra maestra, *Domnul Marius și doamna cea mică* ('El señor Marius y la señora pequeña', București, Editura Ararat, 1990).

74 Me sorprendió Gabriela Adameșteanu cuando me replicó, durante el breve período en que fuimos compañeros en la redacción de la revista 22 (allá por 1993 ó 1994), que dos o tres páginas menos logradas de una novela no disminuyen su valor. Estuve meditando mucho sobre el comentario de esa escritora a la que había descubierto de un modo muy raro: en un artículo con intención difamatoria publicado en la revista *Săptămâna*. La cita con la que el autor quería demostrar su afirmación era, sin embargo, muy larga... y me sedujo.

y filosofía se elevaban un peldaño más en la escala de la existencia⁷⁵.

Los paradigmas

Aunque la literatura se había vuelto tan importante, como dije, no representaba el modelo del devenir y de la satisfacción. Para mí, el “supremo sabedor” era el científico. Ésta era también una tesis del período comunista y junto con el contexto que favorecía masivamente la educación racionalista, es probable que se hubiese colado subrepticamente en mi visión sobre el mundo. La ciencia como modelo de conocimiento no depende, sin embargo, de la ideología de Lenin, y aunque el sistema llegó a apoyar la cultura científica, la situación no define una simpatía por el ethos científico como tal, que asumió únicamente como caricatura, sino, en el fondo, una profunda hostilidad. El comunismo apoyó stricto sensu la ciencia positiva y repudió toda “ciencia” que tenía impacto en la libertad de la persona (véase la psicoanálisis). O aquel tipo de conocimiento que ofrece el “misticismo” oriental que, más allá de la primera impresión, es cercano al ethos científico por el papel primordial que otorga a la actitud abierta, al experimento y a la comprobación. No obstante, a la educación socialista no se le puede negar el haber apoyado el prestigio de las ciencias positivas, una de sus rarísimas aportaciones benéficas.

En secundaria, encontré en las bibliotecas y leí a escondidas epistemologías de las matemáticas, a filósofos de cuya fama me iba enterando. Al leerlos esporádicamente, demasiado temprano y sin asesoramiento, los filósofos clásicos no me convencieron en absoluto, y cuando volví a ellos ya habían sido enmendados pun-

75 Richard Rorty, *Contingency, irony and solidarity*, Harvard MA, Cambridge University Press, 1989. El autor considera también que la democracia es prioritaria frente a la filosofía (Richard Rorty, *Objectivity, relativism and truth. Philosophical Papers I*, Harvard MA, Cambridge University Press, 1991).

to por punto por la epistemología moderna⁷⁶. Con el paso del tiempo, se seleccionaron temas de los más abstractos y “de última hora”, de manera que viví una forma divertida de esnobismo: buscaba libros cuyo título contenía la palabra “fundamentos”. Hoy, cuando veo en una portada ese adjetivo sustantivado, ya sé que un libro con semejante título fue escrito por un autor menor.

En la Facultad de Física tuve compañeros que se beneficiaban de una experiencia y madurez intelectual superiores. Contaban con la tradición de la escuela, con el ambiente personal. Y ahora, después de haber conocido a tantos hombres, todavía los evoco impresionado por su calidad. Mihai Dobre, que hizo física nuclear y está en la actualidad en el Canadá, según tengo entendido, tuvo un impacto crucial sobre mí del que nunca se enteró y no tenía cómo hacerlo. Sus colegas también habían notado que tenía dotes naturales, al ver cómo leía los tomos de matemáticas, con fluidez, con expresión serena. Tuvo amigos adultos que le habían asesorado. La experiencia de los tres meses de fascinación por la literatura marxista se convirtió en papel mojado después de leer, a sugerencia de Dobre, a Piaget, Gonthier, Bachelard, en términos más generales, la filosofía neo-racionalista, y consultar los textos importantes de las ciencias humanas, comenzando por Marcel Mauss y Claude-Lévy Strauss. Aquellas magnificencias de la poética de la materia escritas por Gaston Bachelard llegaron rápidamente en el top de los regalos que hacía a los amigos. Asombrosamente, hoy día, muchos de los universitarios que estudian ciencias sociales no tienen ni idea de los maestros de los años '70, como si alguien pudiera pasar por alto su aportación.

76 Las categorías *a priori* de Kant están reescritas desde la perspectiva de la distinción de Carnap entre las cuestiones externas e internas de un universo de discurso; la gran separación propuesta por Gödel entre verdad y decidibilidad replantea todas las grandes concepciones filosóficas sobre la verdad; y así por el estilo.

En la literatura cuentan los autores, las corrientes llegan después. En la ciencia, los creadores están bajo la sombra de los paradigmas. Disciplinas como la gramática generativa, las estructuras de orden o equivalencia, la teoría de los juegos, la dinámica de los sistemas no lineales, la teoría de las catástrofes, los fractales, etc., están vinculados tipológica y metodológicamente con las matemáticas, pero son también modos de describir la lógica del mundo vivo. Su definición como entidades formales, quizás una casualidad lingüística poco inspirada, falla en el criterio primero, su naturaleza de formulación conceptualizadora de una belleza y una sustancialidad que se elevan por encima del pensamiento común como el sol en la bóveda celeste. Alguien que no tiene la experiencia de las ciencias exactas difícilmente intuye la alegría que esas construcciones ofrecen a la mente humana. Los que promueven en Rumanía también en la actualidad sus ideas sobre las “formas vacías” de las matemáticas – obsoletas ya en la proto-epistemología de principios del siglo XIX – se comportan como el emperador desnudo, cuyo pase de moda sin vestimenta pone de relieve la falta de ropa. La lectura del mundo matemáticamente estructurada no es únicamente precisa y hermosa. Es también muy práctica, pero no por ayudar a producir coches y portátiles, sino por su fuerza de desprender la mente de la verborrea de los libros que se explayan por páginas y páginas de alarde ensayístico, teológico, etc., cuyas ideas se pueden esclarecer mucho mejor y con mayor claridad en unas cuantas líneas.

Para el científico, la medida de la comprensión de las cosas es la posibilidad de consultar las revistas de especialidad y producir competitivamente para publicar en sus páginas. Desde el punto de vista de ese test, yo me aventuré más allá mi disciplina y entré en algunos dominios necesarios para aprender la “epistemología del mundo”. El primer estudio que publiqué (en la *Revista de Statistică*) después de terminar la carrera, sobre un algoritmo de jerarquización de los objetos de acuerdo con varios criterios, era el resultado colateral de mi iniciación en las estructuras del or-

den. Resulta interesante destacar que nuestros matemáticos habían obtenido notables resultados en ese campo, entre ellos, el joven, en aquel entonces, Gheorghe Păun con el que tuve un breve contacto gracias al profesor Marcus. Siguieron luego estudios en la *Revista de Filosofie, Studii și Cercetări Lingvistice, Revue Roumaine de Linguistique* y otras. Estudios sobre temas relacionados con mi especialidad de físico publiqué más tarde, a partir de los años '80, cuando ya era investigador en el Instituto de Meteorología e Hidrología.

Desde finales de los años '70, intenté publicar trabajos de poética matemática y epistemología también en Occidente. Para enviar los manuscritos era necesario pedir la aprobación del Ministerio de Educación, y la respuesta fue: “No podemos aprobar el envío, porque no tenemos un evaluador que sepa inglés”. Pensé: “¿No son capaces de leer un estudio en inglés y quieren que les pida permiso!?”. Y envié los textos por correo simple. Dos o tres veces recibí respuestas en las que se me pedía completar o aclarar los estudios enviados, procedimiento habitual de las revistas especializadas, que sugiere que el estudio se publicará si se operan las modificaciones indicadas. Hubo un momento en que la comunicación se interrumpió. Mis iniciativas de publicar en el extranjero fracasaron.

Son pocos los matemáticos y los físicos auténticos; para eso es necesario un don especial. Yo no lo tenía. El tipo de investigaciones que llevaba a cabo pertenece a la cocina de las disciplinas. Desde el período de las clarificaciones me quedaban unas “grandes” preguntas. Me enfrenté con la primera: ¿el lenguaje natural tendrá una lógica propia, más fuerte que la lógica del lenguaje matemático? Tarde ocho años en contestar a esta pregunta. Para esa investigación consulté todo lo que encontré en las bibliotecas públicas, luego en la biblioteca de la *Revista de filosofie* – donde había más revistas internacionales de lo que me esperaba – y todo lo que podían ofrecerme los amigos. Concluí el trabajo en 1985, y sintetiqué el tema y los resultados en el vo-

lumen Sistemele axiomatice ale logicii limbajului natural. Funcții și operaționalizare ('Sistemas axiomáticos de la lógica del lenguaje natural. Funciones y operacionalización'). El manuscrito tuvo buena acogida en Editura Științifică și Enciclopedică al principio, y los evaluadores recomendaron la publicación. Pero tras un tiempo, se hizo un largo silencio⁷⁷. A causa de mi expediente de la Securitate, en Rumanía no se me permitía publicar siquiera un libro que contenía fórmulas.

*Un volumen y después una revista en búsqueda
de la "disidencia teórica"*

Lo relatado antes pretende explicar lo que se ocultaba detrás de la idea de hacer trabajar el pensamiento abstracto al servicio de la resistencia. Me parecía que estaba dentro de mis posibilidades y que era una forma ofensiva y exótica de protestar. Retrospectivamente, veo las cosas de manera diferente. El mundo libre tenía suficientes analistas capaces de investigar la diferencia entre el Bien y el Mal político. Realmente necesarios, porque faltaban, eran el ethos en la actitud de aquellas personas llamadas a representar a las naciones cautivas y aquel lenguaje capaz de movilizar los corazones en mi propio país y en Occidente. Por muy elegante que fuese (o tal vez por este mismo motivo) el pensamiento adelantado de Mihai Botez⁷⁸, no pudo tener el

77 El volumen fue publicado con el mismo título por Editura ALL, en 1992.

78 El matemático Mihai Botez fue amigo de Vlad Georgescu, el director de la sección rumana de "Europa liberă", al que envió cartas sistemáticamente, entre octubre de 1979 y octubre de 1985, para que se leyeran en los espacios radiofónicos. Él enunció los principios de acción de la "disidencia solitaria" en la carta enviada a Vlad Georgescu el 30 de marzo de 1981: "Lo que hemos logrado hasta ahora, con bastante éxito, creo que es la implantación, en "estreno", en Rumanía de un nuevo estatus social e incluso político, declarado crítico hacia la política del gobierno, todavía dentro de los límites de la legalidad (proclamada, naturalmente, no efectivamente aplicada). [...] Mi

impacto de las protestas literarias de Dorin Tudoran o de Mircea Dinescu y Dan Deșliu, en su momento. Por mucho que me haya atraído, por motivos subjetivos, el modelo del primero, llegué a reconocer la superioridad práctica de los mensajes esencializados de los literatos.

A comienzos de los años '80, no pensaba de ese modo y tampoco iba a poner en valor un eventual don de escritor. Porque no lo tenía. En aproximadamente un año y medio elaboré nada menos que 14 textos "analíticos", con el propósito de recopilarlos un libro. Reproduzco los títulos en rumano, aunque algunos estaban en inglés: 1. *Un efect structural din perspectiva unui model generativ al puterii* ('Un efecto estructural desde la perspectiva de un modelo generativo del poder'); 2. *Cu privire la conceptul de sistem politic* ('Sobre el concepto de sistema político'); 3. *Democrație, totalitarism, topologie: dinamică, evoluție și stabilitate* ('Democracia, totalitarismo, topología: dinámica, evolución y estabilidad'); 4. *Autocritica: un model analitic într-o interpretare etologică* ('Autocrítica: un modelo analítico en una interpretación etológica'); 5. *Diferențieri cantitative și calitative în opoziția democrație-totalitarism* ('Diferenciaciones cuantitativas y cualitativas en la oposición democracia-totalitarismo'); 6. *Anomalii la scară mică în sistemele totalitare* ('Anomalías a pequeña escala en los sistemas totalitarios'); 7. *Două concepte preferate de propagandă comunistă: exploatare și progres* ('Dos conceptos favoritos de la propaganda comunista: explotación y progreso'); 8. *Individualismul*

actitud actual es: estoy aquí, soy rumano, estoy profundamente implicado en el destino de mi pueblo y, de acuerdo con mi conciencia y en parte mi profesión de analista político y futurólogo, afirmo abiertamente, donde pueda hablar y lo más alto que pueda, que la política de los actuales gobernantes de Rumanía, particularmente a partir de 1971, es fundamentalmente equivocada, tuvo y sigue teniendo consecuencias catastróficas para el estado actual de ese país y tendrá resultados devastadores para su futuro...". En 1987, durante una visita en Occidente con motivo de una beca de estudios, pidió asilo político en los Estados Unidos (véase también, Tudorel Urian, "Singularitatea disidentului de cursă lungă" ('La soledad del disidente de fondo', *România literară*, 31, 2003).

între realitate umană și valoare socială ('Individualismo entre realidad humana y valor social'); 9. *Semnificația ecologiei pentru studiul totalitarismului* ('El significado de la ecología para el estudio del totalitarismo'); 10. *Subterfugii semiotice în discursurile românești asupra drepturilor omului* ('Subterfugios semióticos en los discursos rumanos sobre los derechos humanos'); 11. *Regimul din România anilor '80: totalitarism decadent* ('El régimen de Rumanía en los años '80: totalitarismo decadente'); 12. *Descurajare nucleară sau apărare strategică? Ce spune teoria jocurilor* ('¿Disuasión nuclear o defensa estratégica? Qué significado tiene la teoría de los juegos'); 13. *Cât de departe poate să meargă dezarmarea nucleară?* ('¿Hasta dónde puede llegar el desarme nuclear?').

Al final, escribí la "Introducción". Manifesté mi deseo de que los textos se publicaran en un tomo. El título del mismo, tal vez enfático para algunos, proponía un dominio: la *Disidencia teórica*.

Evidentemente, esos estudios exigían esfuerzos. Trabajaba todo el tiempo: en los momentos de descanso en el IMH, después de terminar mis obligaciones profesionales, cuando encontraba un hueco entre los compromisos familiares, o cuando viajaba en tren. Estaba pasando a máquina la variante definitiva. La máquina de escribir la compré no me acuerdo en qué circunstancias, y la registré en la policía⁷⁹, naturalmente. Sobre todo, de noche. Hoy todavía, en mi olfato persiste el olor a "quemado" que notaba de madrugada, cuando acababa la última línea del último folio.

Al fin y al cabo, ¿qué valor tenía lo que escribía? Algunos textos eran del nivel de unos ejercicios analíticos. Me preguntaba

79 En los años '80, una ley obligaba a todos los propietarios de máquinas de escribir particulares a registrarlas en las comisarías de policías. El ciudadano debía personarse con la máquina, escribir en una hoja todos los caracteres del teclado, en minúsculas y mayúsculas, dejar la hoja en la comisaría y firmar un impreso (n. tr.).

si, aceptando que los elementos decisorios actúan, sin excepción alguna, con el fin de conservar la estabilidad política, podemos esperar una evolución hacia el progreso estructural. Buscaba la respuesta en los modelos operacionales de la “democracia” y del “totalitarismo” definidos sobre la base de las interpretaciones topológicas de la estabilidad y la inestabilidad. Una demostración matemática me permitió establecer que, en la medida en la que “la conducta de los elementos decisorios está bien descrita mediante una relación de tolerancia – reflexiva, simétrica, pero non transactiva – el progreso estructural es posible”.

Las especulaciones acerca del “totalitarismo decadente” tenían como punto de partida un texto de Marguerite Yourcenar. Cuatro nociones permitían la elaboración de un grafo con 21 nodos o vértices, y el grafo identificaban un núcleo (en el sentido matemático del término) capaz de sintetizar la naturaleza decadente de la sociedad rumana.

En otros casos, el método volvía a la argumentación tecnificada de mis opciones ideológicas. En el texto referente a la disuasión nuclear, apunté algunas deficiencias en la solución de la disuasión: imposibilidad de motivar las opciones del adversario mediante decisiones propias; dificultad de convencer al adversario de la firmeza de la respuesta nuclear; imposibilidad de controlar totalmente las estrategias nucleares. Estas deficiencias integraban un modelo del tipo de la teoría de los juegos que me permitía “demostrar” la gran fragilidad de los sistemas democráticos frente a un compañero totalitario. De esa manera argumenté la utilidad de la Iniciativa de Defensa Estratégica propuesta por Reagan, que me entusiasmó antes de haber testado su racionalidad con medios matemáticos. En aquel entonces no me había enterado, porque no podía conseguir ese tipo de estudios, de la adaptación de la crisis de los cohetes de Cuba a los términos de la teoría de los juegos. Y, está claro que para todo estudio rigurosamente científico, era imprescindible conocer esos antecedentes de la investigación.

Escribí también unos estudios más sólidos, como la crítica de la definición analítica que Robert Dahl propuso para el concepto de “poder”. Yo sugerí una variante: “el poder estructural”, medido con la ayuda de una cadena generativa de decisiones. Mediante un teorema sobre la longitud de las cadenas de derivación, llegué a la conclusión de que la solución democrática se vuelve ventajosa cuando es útil el aumento de las cadenas de derivación, situación específica de las decisiones de tipo tecnológico, económico o cultural. La fórmula totalitaria adquiere “eficiencia” en las situaciones cuando se busca la disminución de la longitud de las cadenas de derivación: vigilancia política, concentración del poder, etc. Le enseñé ese último estudio a Solomon Marcus, al que respetaba como a un auténtico mentor. Y mi confianza en él fue justificada. El profesor me pidió que cambiara una sola palabra: poner “autoritarismo” en lugar de “comunismo”. Con esa modificación, el estudio se publicó en *Cahiers de Linguistique Théorique et Appliquée*, que en Rumanía había fomentado la aplicación de los métodos generativos desarrollados en el estudio de los lenguajes a dominios distintos de la lingüística.

Supongo que sin la amplia referencia a mi período de formación, esa manera de concebir y empezar la disidencia parecería una rareza difícilmente comprensible. Afortunadamente, la vida iba a poner más orden de lo planeado por mí en mis proyectos.

Envié los estudios mencionados por correo a Teodor Vulcan y, a la vez, a “Europa liberă. No ocurrió nada. Para que algo ocurra, alguien tenía que apostar por el contenido de los mismos, luego hacer un considerable esfuerzo por traducirlos, y apoyar su publicación, convirtiendo, eventualmente, el libro en un “caso”. Escribí esos estudios con prisas, y sin la bibliografía obligatoria de una investigación científica actualizada, para lograr entrar en las páginas de las revistas de teoría política. Y algunos de los textos, si no todos, eran totalmente oscuros para los que verdaderamente se interesaban por el fenómeno comunista. ¿Qué podía significar para unos historiadores como François Furet o Robert Conquest

la idea de que “la dinámica de los grupos pequeños puede ser descrita mediante una cadena Markov absorbente”? Y que la absorción (la anomalía) explica la tendencia del grupo dirigente de los sistemas totalitarios a fracasar en situaciones anómalas, como tal vez el culto a la personalidad.

En mis últimos envíos a través de Mathias Serwo de la Biblioteca de la República Federal de Alemania propuse incluso un proyecto de revista internacional titulada *Disidența teoretică* (‘Disidencia teórica’), ideada como promotora, en sus dos secciones, una académica y otra documental, de “la teoría analítica de la disidencia, como disciplina, con la intención de que se comprenda mejor el fenómeno de la disidencia, aumente su eficacia y se afirmen los valores con significado universal a los que está vinculado, explícita o implícitamente, el movimiento disidente”. Palabras sin *text appeal*⁸⁰.

Esos proyectos no dieron frutos. Demuestran únicamente cómo había asumido el símbolo y la identidad del disidente y cuánta energía gastaba para darles sentido.

Probablemente, alguien de “Europa liberă” habrá hojeado algunas páginas de mis estudios, porque después de ser detenido, la emisora transmitió una semblanza mía, que completaría en los años siguientes. Los comentarios me ensalzaban como autor, para defenderme a mí y animar a otros. Es significativo que las calificaciones de los textos analíticos las pusieron especialistas en filología.

El ser nacional

En los años ’80 siguió la degradación de la vida de un modo imposible de sugerir hoy en día a los que nacieron después de la gigantesca fractura de la Revolución. Ni siquiera los que sufrieron directamente el impacto de aquellos tiempos ya no pueden

80 La expresión pertenece a Mihaela Miroiu.

revivir verdaderamente el período de frío, hambruna y vergüenza. Los nostálgicos de los años ceaușistas no insultan solo la memoria, de todas formas caprichosa, sino también la comprensión de lo que les pasó.

La serie de estudios antes mencionada defiende la idea de que, a mediados de la década de los ochenta, yo estaba presa de una especie de furia por hacer algo. Me había fascinado Vladimir Bukovski con su paso de un penal a otro, convirtiendo cada período de libertad en nuevas y febriles actitudes anticomunistas. Pero había surgido en mí también algo nuevo, una nueva atracción, inexistente antes, por la atemporalidad. Era un estado que no había vivido antes, ya que no tenía nada que ver con la experiencia de atemporalidades de otra índole, como el anhelo de conocimiento trascendental en la lectura de Pañtajali⁸¹, o el sentimiento de la armonía cósmica que ofrece la ciencia, como sabemos gracias a escritos de Einstein. La suspensión del tiempo tenía que ver esta vez con el lamento de la historia. Redescubría Bucarest, sus barrios antiguos, las calles con nombres de vaivodas, en el momento exacto en que eran mordidas por los bulldózers. Una vez entré en un chalet fantástico de la zona Uranus, en una calle bordeada de tilos gigantes. Volví a buscar esta calle. Toda la zona estaba cubierta de escombros estériles.

Las ruinas habían originado una brusca atracción por “el espíritu rumano”: el interés por el libro de D. Draghicescu, *Din psihologia poporului român* (‘Sobre la psicología del pueblo rumano’), muy citado en la actualidad, no en aquel entonces, y las obras de Constantin Rădulescu-Motru, Mircea Vulcănescu, Ion Petrovici, Constantin Stere, Ștefan Zeletin; y el deleite de leer, detenidamente, los cuatro tomos de la *Enciclopedia României* (‘Enciclopedia de Rumanía’), editada por Fundația Regală en

81 Referencia clásica en el sistema yoga (Véase para más detalles, Pañtajali, *Yoga sūtra*, București, Editura Herald s.a., en la traducción de Walter Fotescu).

1937, que se encontraban en la Biblioteca Centrală Universitară⁸². Gina Vieru me llevó a casa del arquitecto Constantin Joja, cuyo ser intenso y tímido, entusiasta y bondadoso parecía vigilar su fascinación por el “infinito lirismo” de la arquitectura, teorizado en el volumen *Sensuri și valor regăsite* (‘Significados y valores re- encontrados’). La nostalgia por el mundo descrito en esas nuevas lecturas, que el comunismo había destrozado, se llevaba bien con los paseos cada vez más frecuentes, sobre todo en otoño, por las sendas de los cementerios.

La emoción despertada por el discurso sobre lo específico nacional no fue como aquel baño de marxismo que duró tres meses, en mi adolescencia, porque ya no era ideologizada. No podía adquirir precedencia con respecto a los valores racionalistas, y de ahí la empatía, al final, con las variantes positivistas de la investigación social del período de entreguerras, como la de Petre Andrei. No me identificaba con la lógica de los pensadores del rumanismo, en cambio empecé a amar sus almas.

Proyectada sobre este telón de fondo, la culpabilidad por todo el drama *de mi alrededor* – yo mismo nunca me sentí una víctima, porque había descubierto el sentido esencial del yoga, por tanto era un hombre libre – se identificaba cada vez más con la presencia de los dos dirigentes, con sus rostros blandengues Nicolae Ceușescu y Elena Ceușescu. Cuanto más personalizado es el mal, tanto más sencilla es su explicación; cuanto más cerca está la solución del cambio, tanto más el contenido de la redención es más concreto. ¿Qué significaba enfrentarse a esos rostros huecos? Ya no me atraía la batalla con la lógica del sistema, ni me consideraba su analista. Me sentía un testigo.

82 Gabriel Andreescu, “Subiectiv, despre identitatea națională” (‘Subjetivo, sobre la identidad nacional’), en Gabriel Andreescu (coord.), *Naționaliști, antinaționaliști... O polemică în publicistica românească* (‘Nacionalistas, antinacionalistas... Una polémica en la prensa rumana’), Iași, Editura Polirom, 1996, p. 167.

Confesar significa pensar. El primer ensayo en el que cambié el estilo de todo lo que había escrito con anterioridad, en el verano de 1986, trata sobre el refugio en la atemporalidad: “A su escala espacio-temporal, los resultados concretos son únicamente una excepción; el disidente está llamado a cumplir abnegada y pacíficamente su misión existencial, con un sentimiento que podría llamarse *kármico*, porque no pretende ser solo una expresión de la compasión, sino también de la comprensión, entre otras cosas, la comprensión de la razón histórica y universal que trasciende la existencia diaria”⁸³.

La obsesión del “disidente” como personaje principal marca todavía la impronta de su actitud. Esta vez hablé sobre valores. No sobre cadenas Markov, sino sobre la compasión. No invocaba el núcleo de los grafos, sino la abnegación⁸⁴.

Lo que no se podía perdonar

He dejado la huella de ese estado de ánimo en todo lo que escribí desde el verano del año 1986. Me atraía el diálogo con los libros, otra prueba de la inclinación hacia la atemporalidad-historia que reconoce su significado en una de las definiciones que se dieron a la filosofía: la ininterrumpida conversación que el ser humano tiene a lo largo de los siglos consigo mismo, con sus propios problemas, según la definición de Richard Rorty, al que no había leído, pero le encontré citado en varias obras. No

83 Gabriel Andreescu, *Spre o filosofie a disidenței* (“Por una filosofía de la disidencia”), București, Litera, 1992, p. 30.

84 Llegaría a la comprensión en términos cultos de esa experiencia apenas a principios de los años ’90, cuando descubrí a Richard Rorty, y medité sobre su recorrido desde los temas de epistemología u ontología a los problemas que se refieren, en esencia, a la ética. Su idea de que vale la pena preocuparnos menos por el método y más por la “política”, significa también que es preferible renunciar a la tentación de buscar fundamentos filosóficos últimos a nuestras opciones políticas.

era consciente, sin embargo, que había imbuido el tema de la atemporalidad. Queda la sorpresa que me llevo en el presente al releer mis textos de aquel período. No hay ninguno que no trate sobre el esfuerzo de distanciarse del contexto y el escenario del drama social de los que, en realidad, se nutrían. La obsesión de retirarse en algún lugar, más allá de la realidad, se reencuentra en la agenda muy didáctica del sabotaje al sistema mediante la no participación, se cuele en los llamamientos declamatorios a la dignidad, se reconoce en los acentos temáticos o en el pastiche a veces kitsch de los lemas y las citas. Y las citas que utilicé y deseé compartir con otros tenían también un aura positivo-manifiesta, como esa joya de Walter Rathenau: “Aunque una época abrumada es digna de respeto, porque no es obra de la gente, sino de la humanidad, por tanto de la naturaleza creadora, que puede ser dura, pero nunca falta de significado. Si la época que vivimos es dura, tanto más tenemos el deber de amarla, de protegerla con nuestro amor, hasta que apartemos las masas pesadas de materia que ocultan la luz que brilla del otro lado”⁸⁵.

Desde el verano de 1986 hasta el verano de 1987, escribí diez ensayos; los primeros llegaron a Occidente, con la ayuda de la Biblioteca de la República Federal de Alemania. La sensibilidad de los temas elegidos: la dialéctica de la degradación, de la culpa, el paralelismo con el mundo de Orwell, el enfrentamiento entre la tesis de Claude Lévi-Strauss: “Ninguna sociedad es fundamentalmente buena... ninguna es fundamentalmente mala”, y el ejemplo rumano explica la radicalización de aquellos textos.

Quedaba, no obstante, algo que no me dejaba en paz. El gran tema de aquellos años no era rebatir el comunismo o sus metas teóricas, por muy natural que fuese su planteamiento en el contexto de aquella nefasta década de los ochenta. En definitiva, se habían escrito bastantes páginas críticas, que llegaban o volvían a Rumanía a través de “Europa liberă”, que podían calmar el ape-

85 Gabriel Andreescu, *Spre o filosofie a disidenței*, cit., p. 49.

tito intelectual de definir el país de aquellos años. Los aspectos verdaderamente graves, los más graves, eran entonces “los impulsos enfermos, la futilidad, el grotesco orgullo del jefe del estado rumano, del hombre que es el más directo responsable del escándalo de la evolución social”⁸⁶.

Todas esas palabras expresaban la verdad, o al menos eso pensaba yo. Y ya que definían la verdad, éstas eran las palabras que había que escribir, negro sobre blanco. Y luego, difundirlas, pregonarlas. ¿Quién podía hacerlo? Llegados a este punto, las cosas podían seguir un rumbo sin posibilidad de volverse atrás. Percibía esto, incluso “lo sabía emocionalmente” desde una tarde del otoño de 1985. Fui a ver a Sorel (Vieru) a su casa, sin avisarle. Le encontré inmóvil en el sofá, con la cara trastornada por la tristeza; con su modo de vivir el dolor, delicado, levemente encogido de hombros, con una desesperación discreta: “Ya no se puede hacer nada”.

Sorel había estado en el entierro de Gheorghe Ursu, ingeniero conocido en el mundillo artístico por sus aficiones culturales. La familia y algunos allegados pudieron ver las huellas dejadas por los verdugos en el cuerpo de su amigo. La Securitate quiso transmitir un mensaje claro: así acabarán los que seguirán el ejemplo de Ursu.

Pero, ¿qué ejemplo? La causa de los interrogatorios fue el descubrimiento del *Diario* de Ursu. Algunas líneas del *Diario* insultaban en términos cáusticos a Elena Ceaușescu. La familia tenía todos los motivos para considerar que este crimen era la venganza de “ella”. Éste era el límite del límite en los últimos años de vida de los dos tiranos. La Securitate podía hacer la vista gorda ante cualquiera cosa. Pero no si se trataba del aspecto físico y las infames palabras de los dos dirigentes.

86 *Ibidem*, p. 9.

Lo demás es vivencia

Durante la primavera de 1987, he vivido un momento difícil. Hasta entonces, no abordé en mis escritos el tema de los dos dirigentes paranoicos. El hecho de no referirme, con mesura, a Nicolae y Elena Ceaușescu, a los que no perdonaba, aunque no los tachaba cada dos días de viles, el hecho de no hablar de su responsabilidad, no solo delante del espejo, hubiera significado que me callaba por miedo. Hubiera significado que me engañaba a mí mismo con mis entusiasmos opositoristas. Independientemente de su importancia para los otros, los textos que elaboraba en aquel contexto eran el campo de batalla entre mi yo y mi yo. A principios del año 1990, intenté, en el “Posfacio” al libro *Spre o filosofie a disidenței*, publicado en 1992, contar en unas breves líneas las hesitaciones que me asaltaban en 1987: “¿Que imperiosa necesidad me dominó cuando empecé a imaginarme guiones de una disidencia de tipo intelectualista? ¿En qué medida se trataba de vanidad⁸⁷? [...] Pero había también racionalidad en lo que estaba haciendo. A veces, demasiada; estuve elaborando quizás años enteros un guion conveniente, el guion de la disidencia (seudo)sabia?”⁸⁸.

Es difícil hablar de cosas tan íntimas. Lo que quería decir en aquel “Posfacio” lo obvié, reemplacé, con una duda que había adoptado la forma de la modestia con papel estilístico. Añado eso ahora, al penetrar en una zona de lo privado, ya que el deber de estas líneas pasa obligatoriamente por un ejercicio de sinceridad. Cuando escribí los textos que ya no permitían volver atrás (“Paranoia și prestația socială” ‘La paranoia y la prestación social’, “Spectrul culpei” ‘El espectro de la culpa’) tuve delante de mis ojos la imagen intensa, casi concreta, del pelotón de ejecución. Algo así no se puede contar más que a medias. Lo demás es viven-

87 *Ibidem*, p. 191.

88 *Ibidem*, p. 194.

cia. Allende todo juicio sobre la substancia y el estilo de los textos, los que vivieron aquel período pueden imaginar lo que significan en el contexto de la época, declaraciones públicas de tipo: “El culto a la personalidad de los años ’80 conllevó la degeneración de las relaciones sociales hasta una infamante pobreza; relaciones entre una población de esclavos y unos pocos amos. Esa es la gran culpa hacia una sociedad donde, en el espejo de la historia auténtica, Nicolae Ceușescu y sus mandarines no serán absueltos”⁸⁹. O: “La evidencia: la realidad aplastante del totalitarismo. Y a su lado, en fila o encabezándola, la psicología paranoica del dirigente de Rumanía, reduplicada últimamente con inconfundibles señales de senilidad”⁹⁰.

Al entrar en esa zona privada de los recuerdos, no pienso ni un instante que mi enfrentamiento con la posible (¿probable?) muerte fuera el único. Me avergüenzo al pensar en lo duras que fueron, comparativamente, las adversidades que sufrieron otros. Me sentí angustiado, recientemente, cuando encontré “mi tema” en la entrevista⁹¹ que se le hizo a una persona acosada por la Securitate, Petru Groza, quien, al contar su experiencia llegó a mencionar el siguiente detalle: “Asumir la muerte creo que fue mi lección. Sientes miedo y llega un momento cuando te preguntas: ‘En realidad, ¿qué pueden hacerme? Peor que matarme, nada’ [...] A partir de aquel instante, cuando decidí incluso morir, me tranquilicé, y lo asumí todo. Inmediatamente después, sentí que el cielo se abría y que llegaría a buen puerto. Fue como un milagro”.

Los miedos

89 *Ibidem*, p. 94.

90 *Ibidem*.

91 Entrevista que le hice junto con Oltea Mărculescu el 14 de enero de 2006.

Mis genes no son los de un hombre valiente. Todo lo contrario. Evoco aquí, como anécdota o para subrayar la paradoja, que en la infancia era incluso muy miedoso. Identifico mi primer miedo enorme en un suceso guardado en la memoria, aproximadamente cuando tenía tres años. Mis padres me llevaron a ver una película con el Gordo y el Flaco. La escena sucedía en un laberinto, de noche; el Flaco, sentado en un banco, giraba los dedos gordos a la luz de una farola, mientras una tercera mano se coló entre sus manos desde la otra parte del seto vivo, y entró en el juego. El farsante, vestido de blanco, se disponía a aparecer de improviso ante el pobre Flaco para espantarlo. “El fantasma” se deslizó hacia la derecha del cómico... El Flaco se volvió hacia él... Y yo solté un grito que se oyó en toda la sala.

Tenía miedo de quedarme solo por la noche, pero desde entonces el miedo a la oscuridad fue horrible. Sobre los 14 años, ya no aguanté ese miedo. Empecé a pasear por la tarde-noche por el bosque de Buzău. Eventualmente, me adentraba unos cinco metros entre los árboles sumidos en la sombra. Pero no superaba el gran test de adentrarme más lejos y de quedarme en el bosquecillo una parte de la noche. De día me proponía cualquier cosa, pero al caer la noche, aquella energía patética se convertía en un ovillo que cabía en un puño.

Adiviné la solución. Llegar con luz del día a un lugar de donde no podía huir cuando oscurecía. Un sábado partí de Buzău hacia la colina de Istrița. Al anochecer, me entré por casualidad en una espesura. Cuando ya no se vio nada, efectivamente no hubo modo de salir de allí. Me aovillé bajo unas matas. Hacía ya muy frío, era noviembre. Alrededor, la noche empezó a susurrar. Un sinfín de bichos comenzaron a moverse, a un metro de mí llegó un conejillo – ¡no es mentira! –, todo podía ser incluso atractivo. Pero no lo era, porque hacía un frío tremendo. A causa del frío, no de la oscuridad, esperé como agua de mayo que despuntara el día.

Despuntó el día, me fui de allí. Y entonces algo cambió en mí de verdad. Si volviera a sentir miedo, seguro que sería de otra índole. En la adolescencia me desperté una vez a mitad de la noche, atraído hacía fuera de la casa por una angustia que aumentada terriblemente. Salí al patio, decidido a mirar el cielo. El inmenso precipicio estaba a punto de derrumbarse, conmigo y con sus leyes. Aquel miedo cósmico parece que no tenía nada que ver con la psicología.

Me quedé con la fascinación por los que vencen su miedo. La escena más tremenda imaginada en la literatura la encontré en *La condición humana*. Dos de los héroes de Malraux esperan a que se los arroje, igual que a los demás compañeros, al fogón de la locomotora que empuja un tren de Ciang Kai-shek hacia el frente. De hecho, son unos privilegiados: cada uno tiene una cápsula de cianuro. Que pueden romper antes del horroroso fin. Pero no lo hacen. A su lado unos conocidos sollozan mirando la boca tragona del fogón. Les dan a ellos las cápsulas.

Al segundo héroe con el que me identifiqué lo encontré en las páginas de *El camino real*, del mismo Malraux. Se infecta su ojo para vencer. ¿Quién imaginó escenas más terroríficas? Me vienen a la memoria cuando la vida trae a cuenta la crueldad y la compasión.

En aquel entonces, sin embargo, no me ayudaban únicamente esas reverías de adolescente. Eran tiempos cuando la libertad significaba también la libertad de distanciarse de tales fascinaciones. Hice pocas referencias al apoyo que me ofreció el practicar yoga. Para explicar – y explicarme – cómo apareció concretamente y se manifestó *mi caso de disidencia*, decidí escribir sobre mis experiencias intelectuales. Esta preferencia está relacionada, tal vez, también con el hecho de que el yoga representa una vivencia muy íntima, y es difícil hablar de cosas substancialmente íntimas. Aunque leí y practiqué poco los ejercicios, el yoga constituye el conocimiento que determinó mi vida y, en todo caso, modificó mi relación con mis miedos y el tema de mi propia desaparición.

Esa disciplina lleva hasta el último extremo las consecuencias lógicas de los principios que asume. Para el que sigue su camino, el autocontrol puede volverse total, la valentía, plenaria, el amor, completo, la devoción, absoluta, hasta que cada uno de esos atributos se muestra únicamente como la sombra de algo más amplio y con más sentido. Ningún tabú, ningún temor obstaculizan la vía de esa búsqueda existencial. El yoga es transparente y consecuente. Son pocos los que alcanzan todas las promesas de la disciplina, pero emprender el camino es en sí, para el ser humano, un replanteamiento en la propia vida de proporciones imposibles de alcanzar mediante la sabiduría cultural. Comparados con la manera en la que la disciplina yoga responde a las aspiraciones de un ser humano, las religiones, las movilizaciones colectivas exitosas de asombrosa propensión mercantil y de poder social, parecen un desliz, si no una farsa.

Cuando el candor no tiene límites

Había que enviar al extranjero las páginas escritas por la noche lo antes posible, a través de la Biblioteca de la República Federal de Alemania. La vía parecía fiable. Después de la Revolución me enteré de la generosidad de muchos diplomáticos alemanes que se ofrecieron a ayudar a otros contestatarios rumanos. Todo se desarrolló con tranquilidad hasta la primera parte del año 1987. Fue entonces cuando se produjo la catástrofe. Dodo, el único que estaba al corriente de mi contacto a través de la Biblioteca, fue a hablar con la recepcionista. Mencionó mi nombre para que la mujer le ayudara, “porque tenía que enviar algo al otro lado”. Naturalmente se negaron, y su acción llevó a la interrupción del contacto. ¿Cómo es posible que una persona inteligente cometiera tal imprudencia?

Dodo reunía en su persona, de manera increíble, al adulto y al niño. Era una gran persona por la manera en que se ocupaba de los de su alrededor con alegría y sabiduría: de su madre, de la

tumba de su padre, de Gheorghită, su hijo con el que nadábamos juntos en el lago Tei, de los amigos y conocidos. Cuando estuvo en los EE.UU. con una beca de solo 650\$ al principio, cuidando de su esposa y de los niños, no se olvidó de ahorrar 50\$ de esa pequeñísima suma, para ayudar a los que se habían quedado en Rumanía. Uno descubría al niño que llevaba dentro por su modo de esperar el abrazo de la madre o por el sufrimiento que se le leía en la mirada ante una palabra inapropiada de los amigos.

También era como un niño por la exagerada confianza que mostraba en los de su alrededor. Por todas esas razones le pareció lo más natural del mundo personarse sonriente en la recepción de la Biblioteca alemana y decir algo así como: “Querría hablar con el señor X, quien tiene un negocio con el señor Andreescu”. Y eso no es todo.

Un día, Dodo me dijo: “Le di también a Cuculeanu tus textos”. Me quedé de piedra. Cuculeanu, físico también, compañero de Dodo en la sección del IMH de Afumați, especialista en física nuclear, parecía interesado por los textos sobre el yoga y, en general, por la literatura prohibida. Y eso fue suficiente para conquistar a mi amigo. Cuando quería a alguien, Dodo lo describía de la siguiente manera: “Tiene un alma delicada”, o “Es especial, es un buen hombre”. La bondad parecía ser para él la cualidad que más contaba. En términos parecidos caracterizó también a su compañero. Anteriormente, a invitación de aquél, nos habíamos encontrado los tres... charlamos... Cuculeanu era inteligente, sabía captar la atención. Un día, no obstante, Dodo me dijo, de paso, como si no tuviera importancia, que nuestro amigo, con quien hablaba sobre *pranayama* y las miserias del ceaușismo, viajó a Occidente, hizo un cursillo de especialización en Francia, etc.

¿A quién se le enviaba a Occidente en aquellos tiempos para hacer cursillos de tecnología nuclear? No comenté nada, pero desde aquel instante presté más atención a lo que decía.

Y ahora, Dodo me informó que le había dejado dos o tres escritos míos muy anticomunistas a la persona enviada por el go-

bierno comunista tiempo atrás a ver cómo avanzaba en el mundo libre el dominio científico con las más sensibles aplicaciones militares. ¿Tenía sentido comentar eso de alguna forma? De todas maneras, algún día tenía que suceder lo que era imposible que no sucediera.

Fui detenido el 24 de diciembre de 1987, excarcelado gracias a la amnistía de Ceaușescu, el 26 de enero de 1988, y, en febrero del mismo año, obligado a abandonar mi laboratorio de Băneasa y a trabajar en la sección de Afumați del Instituto de Meteorología e Hidrología. Donde trabajaba también Vasile Cuculeanu, como dije antes. Me visitó a menudo en un período cuando otros me evitaban, me preguntaba varias cosas, pero él no decía nada. Cuando, a finales del mes de mayo de 1989, inicié la huelga de hambre, me buscó inmediatamente. Íbamos a diario a trabajar, con la salvedad de los casos cuando me llamaban para interrogarme. Cuculeanu se sentaba encima del escritorio que estaba enfrente del mío y empezaba a explicarme por qué sería conveniente renunciar a la huelga de hambre. Al principio me habló amistosamente. Argumentó, con razón, que era preferible cuidar de mi propia salud. Cuando, al final, hartado de la murga que me daba, alcé la palma de la mano abierta, símbolo de la frase “¡Acaba de una vez, por favor...!”, se enfadó. Ya no tenía ilusiones con respecto a él.

El ex alumno que hizo prácticas de tecnología nuclear insistió en acompañarme varias veces desde la entrada al instituto hasta el autobús que me llevaba a casa. Llegó incluso a decirme que él también quería enviar algo urgentemente a “Europa liberă”. Y me preguntó si podía ayudarlo. “Puedo hacerme cargo yo de tus materiales, le dije, llegarán donde deben llegar.”

Era una modalidad de transmitirles a “los muchachos de ojos azules”⁹² un mensaje: “Tened cuidado, todavía conservo mis con-

92 Apodo dado a los agentes del Servicio de seguridad de Rumanía (n. tr.).

tactos con el extranjero”. En realidad, en aquel entonces, vigilado ininterrumpidamente por un coche, desde casa al trabajo y vuelta a casa, estaba aislado y sin contacto alguno con cualquier posible mensajero. Apostaba fuerte pensando, correctamente creo, que los contactos con el ancho mundo significan protección. Sin embargo, el especialista en tecnología nuclear no daba su brazo a torcer. Quería saber “cómo enviaba las cartas”. Le contesté que no debía hacer tales preguntas. “El contacto” no habría aprobado que le facilitara los datos. Se puso nervioso ante mi negativa, se volvió grosero. Cuculeanu no estaba bien entrenado. Se había pasado. Desde entonces, lo evité ostentativamente.

Después de 1990, me enteré de que Vasile Cuculeanu llegó a ser, en cierto momento, el director adjunto del instituto, lo que encajaba en la lógica del régimen instaurado por Ion Iliescu. Lo encontré en 1995, en la Embajada de Francia, con motivo del 14 de julio. Estaba allí junto con otros compañeros del IMH, que conocía. Se me acercó, intercambiamos nimiedades, y, de pronto, empezó a hablarme del estudio que había publicado junto con Valentin Stan y Renate Weber acerca de las relaciones de Rumanía con la República de Moldavia. El mencionado estudio era ya, desde hacía algún tiempo, tema de controversias públicas, porque ponía de manifiesto, en el lenguaje de las relaciones internacionales, algunos aspectos evidentes como: si Moldavia es un estado independiente, hay que reconocer como tal esa realidad; los discursos oficiales que niegan la situación real son contraproducentes para Rumanía, tanto en el interior del país, como en el exterior. Según la unanimidad de los artículos críticos publicados por los periódicos, estaba claro que detrás de la ira de la prensa se hallaba la gente del Serviciul Român de Informații (SRI, ‘Servicio Rumano de Información’). Tuve la confirmación en el propio informe presentado en noviembre de 1995 “concerniente al cumplimiento de las atribuciones del SRI” en el período 1994-1995. El texto redactado por el SRI se refería a “acciones destinadas a influir e desinformar”, así como a la “difusión de te-

sis e ideas con la finalidad de favorecer [...] la adopción de ciertas actitudes y posiciones, a nivel del estado en sus relaciones con otros países”. Se ponía como ejemplo “la disuasión de algunas de las tendencias que puedan coadyuvar a la normalización de las relaciones con la República de Moldavia”⁹³. Y he aquí y ahora a Cuculeanu, que en su vida había firmado muchos estudios de física, pero nunca mostró interés por el más insignificante tema de política exterior, reprochándome, allá, sobre el césped recién cortado de la Embajada de Francia, mi actitud con respecto a Moldavia. “Es como si escupieras a tu madre”, me lanzó, usando aquel estilo patriotero que demuestra el fariseísmo de la más baja ralea. No suelo decir tacos, pero en aquel momento tuve ganas de hacerlo. Se le veía el plumero a ese juego suyo, lo que me determinó a replicarle en tono *alto*: “Sé a quién pertenecen esas ideas. Pronto recibiré el expediente de la Securitate y buscaré tu nombre”.

Exageré, claro. Ni entonces, ni hoy, después de más de 14 años desde aquel encuentro pude leer el expediente de vigilancia informativa abierto a mi nombre por la Securitate.

La clave era su expediente, no el mío

No llegué a leer mi expediente, pero sí, el de Vasile Cuculeanu. Tuve la oportunidad de verlo en el contexto de las investigaciones que llevé a cabo acerca de la cultura disidente, parte del tema más general de la cultura alternativa⁹⁴. Tras mi solicitud, recibí del CNSAS un dossier cuya portada, manoseada por muchas manos securistas prometía muchas informaciones útiles. Además

93 Describí todo eso más detalladamente en el volumen *Solidaritatea alergătorilor de cursă lungă* ('La solidaridad de los corredores de fondo'), Iași, Editura Polirom, 1998.

94 Proyecto en el que trabajé en el Instituto Nacional para la Memoria del Exilio Rumano.

del apellido Cuculeanu Vasile, estaba escrito: “PCR, CUCU Colaborador (índice antiguo 101830)”. Y: “CCS. 3ª Dirección, 3111/TG/nota con la propuesta de abandonar al colaborador CUCU”.

La primera página del expediente presentaba una síntesis sobre la forma en que mi ex compañero de Afumați empezó a apoyar la Securitate: “El colaborador CUCU” fue reclutado el 30.08.1969 para la vigilancia general de los ciudadanos rumanos que viajan al extranjero y de los extranjeros que hacen visitas a IFA [Institutul de Fizică Atomică ‘Instituto de Física Atómica’]. El informe del mes de marzo de 1969, con el visto bueno del teniente coronel Nardin Ion, proponía preparar y advertir a Cuculeanu Vasile, sin afiliación política, acerca de su viaje de especialización a Noruega. Con esa ocasión, me enteré de que hizo también una especialización en Inglaterra⁹⁵.

Después de ser reclutado, el Instituto de Física Atómica le envió a una especialización en Francia por un período de un año. El expediente pone de manifiesto el interés particular de la Securitate por la vida privada de Cuculeanu⁹⁶. Existen además también notas que constituyen un esbozo del modo en que un joven investigador se convierte en confidente. La nota del 5 de mayo de 1971, firmada “Săndulescu”, eso es, un colaborador que ponía a disposición de la 3ª Dirección informaciones sobre Cuculeanu, destaca que éste, especializado en Francia en reactores rápidos, figuraba en una lista de propuestas para viajar a Alemania en septiembre de 1971. Cito: „Los colegas de IFA aprecian mucho a Cuculeanu, es amable y presentable, causa buena impresión. Considero que el jefe de la sección 1, Purica, es el que más le apoya para que ascienda y viaje al extranjero. Considero

95 Archivo CNSAS, R53528, s.f. 22-23.

96 Están implicados en el caso nombres de personas que más tarde serán importantes, como el coronel (en aquel entonces) Emil Macri y el capitán E. Moraru.

que es un elemento con futuro, adecuado para ser instruido como tal, teniendo en cuenta que participará en negociaciones importantes, técnico-comerciales con vista a adquirir equipos nucleares” (Archivo CNSAS, R53528, f. 3) “Săndulescu” era probablemente un físico de gran éxito, visto que el documento de la 3ª Dirección habla de la preparación que recibió Cuculeanu con vistas a “las tareas que debe cumplir durante su viaje a Inglaterra, RFA y Bélgica”.

El expediente del CNSAS tiene pocas páginas, y hace constar que en el año 1972 el confidente Cuculeanu fue “licenciado”, en gran parte debido a su vida personal. En el mismo expediente aparece la nota de la Unidad Militar 0920 de Bucarest, del 15 de noviembre de 1976, que solicitaba a la Unidad Militar 0680 de Bucarest el expediente del ex informador⁹⁷ para consulta. El documento fue leído y devuelto. Todo sugiere que la Securitate tenía la intención de volver a reclutarlo. Ese mismo año, Cuculeanu se había afiliado al PCR, como aparece en la portada del expediente del CNSAS, por tanto iba a “ascender” al estatus de colaborador, y en tal caso, según las normas fijadas por Nicolae Ceușescu, ya no se le abría otro expediente de vigilancia informativa. Quizás se había convertido en candidato a una carrera más ambiciosa, de agente encubierto.

La salida

Estamos todavía en el año 1987. A Dodo ya le había dado, finalmente, el visado de salida a los Estados Unidos. Despedido de su cargo en el instituto, y trabajaba de jardinero en una embajada, con la ayuda de su amigo Petre Tudor. Iba a marcharse, era feliz. Iba a evadirse de aquella horrorosa mazmorra. Y como la felicidad no es total si no la puedes compartir, quería traer a su nueva patria, el país de todas las posibilidades, también a otros.

97 E.R. n.º. 101830/680 /Archivo CNSAS, R53528, f. 25).

En el último período de su vida en Bucarest, después de haber recibido el visado, una infinidad de veces trató de convencerme de irme también. Él se las arreglaría para que yo reciba una invitación, se ocuparía de las gestiones necesarias, de los detalles. ¿Por qué quedarme? ¿Por qué acabar destruido?

La cuestión de irme de Rumanía ya no me interesaba desde el instante en que logré enviar los primeros materiales al extranjero. Entonces, en 1987, la Securitate se hubiera alegrado si me habría marchado. Pero me habría sentido extremadamente avergonzado de haber transformado todo lo que me pasó hasta entonces en un pasaporte. Me parecía oír el estribillo: “¡Esos rumanos, que alzan la voz únicamente para recibir el visado de emigración...!”

Días antes de acompañarle a la estación de trenes, y, por supuesto, durante ese último trayecto, Dodo tocó de nuevo el tema de la emigración. “Eres más útil allá”, me decía gravemente, buscando los más convincentes argumentos.

Evitaba contestar. Pero él necesitaba oír un “sí”. De acuerdo, Dodo, le dije, cuando llegues allá, ya veremos. En la estación le sonreí en señal de aprobación. Le miraba fijamente. Intentaba conservar su imagen en mi retina. Sabía, me imaginaba que lo sabía, que nunca volvería a verlo. Le acompañamos mi hijo, Liviu, y yo. Esperaba que un buen día, Dodo le recibiera al menos a él, a mi hijo, en la tierra de promisión. Entre las pocas cosas que mi amigo dejó antes de irse – regaló con entusiasmo todo lo que tenía – se hallaba también un mapa grande de los Estados Unidos. Lo colgué en la habitación de Liviu. Y le dije: “Es de Dodo, para ti”.

*

Después de la Revolución, me encontré con Dodo unas siete u ocho veces, en varios lugares por todo el territorio de los EE.UU. En 1993, me recogió en Riverside e hicimos el más grandioso viaje de nuestras vidas: siete días, recorriendo California, Arizona, Utah y el Gran Cañón, luego Wyoming y Yellowstone

Park, Montana, Dakota del Norte, Dakota del Sur, Colorado y, al final, Nuevo México, su casa. En 1999, me esperó en el aeropuerto de Jakonsville. Nos abrazamos, y nos dirigimos hacia el aparcamiento rodeado de palmeras enormes, en la maravillosa atmósfera del clima limpio, cálido y húmedo de Florida. En cinco minutos, antes de llegar al coche, se desencadenó una lluvia tropical, que no se podía imaginar en Bucarest, por mucho que lo soñara uno. Había que recorrer 15 metros desde el refugio más cercano, junto a la estación de buses, hasta su coche. Ninguna posibilidad de llegar sin mojarse. Después de los primeros pasos estábamos calados hasta los huesos. Los dos vestíamos pantalones cortos, blancos, y camisetas, hacía calor, éramos deportistas, nos encontrábamos a gusto. ¿Esperamos? ¿Pero, cuánto tiempo? De pronto, sin hablar entre nosotros, ¿quién sabe?, quizás mirándonos de reojo, nos quitamos las camisetas, echamos a correr hacia el coche, abrimos las puertas y, en el mismo instante, nos arrancamos los pantalones y los calzoncillos a la vez, empapados, y nos dejamos caer en los asientos, tratando de no mojar el interior del coche. Una explosión de alegría. Estábamos sentados, en bolas, la lluvia repiqueteaba alegre en el capó, en el parabrisas, la luz filtrada por las gotas era verde, por el verde crudo, el verde de las palmeras que cubrían el telón de fondo... y nosotros estábamos riendo. Reíamos a carcajadas. Estaba vivo, en el Paraíso. Por un instante, al vivir aquella felicidad, evoqué la escena de la partida de Dodo en tren, de la estación de Bucarest Norte, el verano de 1987. Le había dicho “¡Adiós!”, ocultándole en la memoria.

Hurry, la emigración, el Occidente

La idea de emigrar, mejor dicho de huir a Occidente, fue tiempo atrás, en los años '70, un refugio, y se convirtió en cierto momento incluso en un tema práctico. El “plan” tenía que ver con otro amigo, Szabo Ștefan, o Hurry para los amigos. La casualidad hace que mi período adulto, el período de mi enfrentamiento al

régimen, esté vinculado a tres amistades con personas muy, muy diferentes entre sí. Cada una se correspondía a un estrato intenso de mi yo que, según parece, no podía compartir con ellas más que por separado. Tan separadamente, que raras veces mencionaba a uno en presencia de los otros dos. Ya hablé de Dodo y de la familia Vieru. En relación con el sueño de huir a Occidente, debo evocar a Hurry.

Hurry era compañero y amigo de mi hermano. Cuando nos encontramos la primera vez, los dos eran alumnos del Instituto de Petróleo y Gases, que en los años de su carrera se había trasladado a Ploiești. Hurry era... el deportista. Había practicado el boxeo, con aspecto de galán guapo y simpático, que gustaba a las chicas; era atento con el sexo opuesto, pero no correcto; era orgulloso y, por este orgullo exagerado, modesto en las relaciones con los demás. Iba a pasar algún fin de semana a Ploiești desde el penúltimo curso de instituto, para entrenar con él, pero también para compartir el ambiente protestatario de aquellos jóvenes sin dinero, sin preocupaciones y rebeldes. Un oasis de libertad y, para algunos, de irresponsabilidad.

Nos hicimos amigos; me atraían tres cualidades suyas, que no había encontrado en otros en igual medida: era digno, valiente y fiel, igual que los héroes de mis queridas películas del oeste, que habían alimentado mis aspiraciones. Hijo de un noble húngaro venido a menos, hablaba de su origen más bien irónicamente. Para mí, como si no existiera. Es posible, sin embargo, que, a principios de los años '90, cuando la tensión entre rumanos y húngaros se volvió la fuente de oro de las manipulaciones políticas, mi posición fuera influida por la propensión de Szabo Ștefan al honor, en contraste con la falta de dignidad de mis co-étnicos.

Los años corrían, pasaron muchas cosas en la vida de cada uno. Al terminar los estudios, recibió un trabajo en una empresa de utillaje petrolero de Târgoviște. Yo seguí mi camino. Nos veíamos de cuando en cuando, porque necesitábamos cada uno, creo, una cura de hombría. Íbamos al gimnasio (cuyas llaves te-

nía siempre), hacíamos gimnasia de aparatos, él más, corríamos, él menos, íbamos a la sauna, y allí, nosotros, los callados, nos poníamos a charlar hasta hartarnos. Le gustaba su profesión, me llevaba con él a oler la tierra empapada de petróleo de la empresa donde trabajaba, y a veces hablaba de sus profesores. Pero no tenía sueño alguno que se haga realidad de verdad en Rumanía. Vivía totalmente alejado de las pequeñas intrigas que eran la sal de la vida en las empresas socialistas y sin las cuales no había posibilidad alguna de llegar más arriba en la profesión. Hurry no ideologizaba y no era ideologizado, pero era incapaz de integrarse en el mundo gris del socialismo. Nos hubiera gustado vivir en un mundo libre y nos alimentábamos mutuamente las almas hablando de la vida en ese mundo.

He guardado en la memoria un flash particular de nuestros encuentros. Estábamos de excursión a la montaña con nuestros hijos; delante de nosotros, las muchachitas, Cristina y Luiza, que tendrían entonces unos 4 años, muy animadas, hacían planes sobre cómo será, y qué maravilloso será el futuro en su isla, una verdadera isla de las chicas. “¿Cuánto tiempo más se atreverán a soñar algo así?”, me pregunté, y me di cuenta de una de las grandes iniquidades del comunismo: a partir de cierta edad, uno ya no podía invertir en sueños. Bastaba entender un poquito las reglas de aquel mundo para prohibirles volar, en el instante, a tu mente y a tu alma.

Por eso iba a Târgoviște; corríamos juntos por los senderos que atravesaban los maizales, hasta la orilla de Dâmbovița. Al borde del agua, nosotros, los adultos, nos imaginábamos cómo íbamos a cruzar a hurtadillas, de noche, la valla de alambre de púas que marcaba la frontera (alambre de púas para recordarnos, probablemente, “nuestra prisión de cada día”, en palabras de Ion Ioanid). Si uno de nosotros caía herido, el otro tenía que huir. Y del otro lado de la frontera cuidaría de la familia del caído. ¡Sacrificar tu vida, para que tu amigo escape!

Efectivamente, vivíamos las películas. Una vez le conté a Hurry que había leído una noticia en una revista francesa. En algún lugar de Alaska, existían bases militares que avisaban con tiempo de la llegada de los cohetes soviéticos. No había muchos que querían trabajar allá, a causa de las condiciones climáticas muy duras, a pesar de que los sueldos eran inmensos. ¡Qué bien lo hubiésemos pasado nosotros algunos años con el helor de Alaska! En aquellos búnkeres, practicando deporte, soldados luchando contra el Imperio del Mal.

Hurry tenía familia en Hungría. Había estado allí otras veces. En los primeros años de la década de los ochenta, decidimos que iría de nuevo al país vecino, con el fin concreto de sondear las posibilidades de pasar a Austria. Salió para Budapest.

Hurry no era un tipo práctico. No encontró ninguna solución. Pero lo que contaba era que vivíamos en aquellos años un sueño común. Una relación entre hombres, aquella relación viril que añoraba, que te anima a dar tu vida por tu amigo.

Mioara

Los encuentros con Szabo Ştefan se espaciaron cada vez más, y lo que acabo de contar es más bien el telón de fondo de lo que significaba la vida verdadera de los años '80.

El gran problema de aquellos tiempos y hechuras seguía, no obstante, lo que les podía suceder a los de mi entorno. Hubo muchos contextos históricos en los que, si uno se enfrentaba a la autoridad, con él desaparecía toda su familia. A Siberia fueron enviados no solo los “refuzniks”, sino también sus esposas (sus esposos) y los hijos. Por no hablar del destino de las familias de la China del Gran Salto Adelante y de la Revolución cultural. Si hubiese sospechado que la vida de mis hijos estaba amenazada, no me habría planteado arriesgarla. ¿Habría llegado a aceptar una vida de esclavo? En el régimen ceauşista no existía ese temor. Surgían implicaciones, pero en los límites de „lo habitual”. El

desagradable profesor tutor del primero de ESO le regañó a mi hijo y le bajo la nota en conducta, en 1988, por lo que había hecho su padre. Esto fue una muestra de impotencia.

Como dije, desde el instante en que empecé a enviar mis primeros textos a “Europa liberă”, deje de plantearme la cuestión de la emigración. Me disgustaban las estrategias de los cazadores de pasaportes. Podía permitirme pensar de ese modo también porque era libre de las demás obligaciones. Libre, gracias a mi señora. Lo voy a explicar.

Mioara sabía lo que hacía yo, cómo pensaba. Con la salvedad de los detalles. En ningún momento me dijo que tenía miedo. No intentó disuadirme. Debido al egocentrismo mediocre de los hombres, yo estaba además tan convencido que lo que hacía era exactamente lo bueno para los dos, que no creo haberla preguntado de verdad a mi mujer si mi imagen de nuestro futuro se correspondía con su imagen. A mí me tocaba luchar, a ella y a los niños, marcharse. Cuando, en 1988, puse sobre papel lo que me había ocurrido, invitado por la Embajada norteamericana en relación con “los motivos que determinaron mi investigación y detención”, uno de los temas abordados fue la eventual emigración de mi mujer y de los hijos. Mis argumentos fueron el estado de tensión y la presión que pesaba sobre ellos. En definitiva, era acusado de traición. La señora Kristensen, encargada de los problemas de emigración de la embajada, me sorprendió al decirme que una petición de esa clase probablemente no sería solucionada de manera favorable, dado que “el estado americano fomenta una política de reunificación de las familias, no de separación”. De no haber hecho este comentario, habría presentado en el acto una solicitud de visado en sus nombres.

Más que la comprensión de Mioara, contó para mí la confianza total en la dedicación, la entrega, con las que criaría a nuestros hijos, cuando se quedara sola. Me detengo en esos detalles, para explicar lo impredecible que podía ser el camino de los que, en un algún momento, se opusieron al régimen. Los problemas que

me planteaba eran, probablemente, los pensamientos de cualquiera que tuviese una familia. Afortunadamente, mi señora demostraba una absoluta claridad y estabilidad en lo que concierne al futuro de los seres cuyos responsables éramos.

Notaba en Mioara una valentía sencilla, sin pizca de orgullo. Cuando, después de mi detención, “el equipo” se presentó en casa para practicar un registro, ella se plantó en la puerta y no los dejó marcharse – amenazando que empezaría a gritar por la escalera del edificio – hasta que no le enseñen el acta del registro. Pateó las calles entre la Fiscalía militar, la sede del distrito del PCR y Calea Rahovei 39, para enterarse al final qué había pasado conmigo. Después de salir de la cárcel, la dirección del instituto la amenazó con el despido, si no me convence que renuncie a la huelga y a las entrevistas. “¿Y qué me reprochan a mí?”, contestó, simplificando las cosas de un modo que ya no permitía contraargumentos ni prolongar la discusión.

Después de la visita a la Embajada americana y la salida de la cárcel, me llamó Gheorghe Vasile, jefe del Departamento de Investigaciones Penales. Me dijo en un tono que él pretendía retumbante: “Ya no irás a más a ninguna embajada. O renuncias a esas tonterías, o presentas una solicitud de emigración y te irás con los norteamericanos cuando nosotros te hayamos expedido el pasaporte y el visado”. El día siguiente debía contestarle si había escrito la solicitud. Antes de dormirme, acostados los dos, en la oscuridad, le dije a Mioara: „Piensa si quieres emigrar. Si quieres, mañana presentaré la solicitud.” La dejé a ella que decidiera, porque yo ya “les había causado muchos disgustos” a ella y a los míos.

Ella me contestó que lo decidiera yo.

Convivía con una persona de verdad, sobre todo con una mujer de verdad, a las que varios insultaron con su imperdonable tesis, después de 1990: todos los rumanos colaboraron con el régimen. Esos héroes discretos fueron olvidados a veces, o los que estaban muy cerca de ellos ni siquiera se habían fijado en ellos. La vida

los situó a la sombra de los valientes que querían lucirse, algunos sedientos de ideologizar su existencia “singular”.

El diplomático

Antes de marcharse, Dodo se resarcíó del gran perjuicio causado a comienzos del año: la interrupción del contacto con la Biblioteca de la RFA. Me puso en contacto con un extranjero, del que me enteré en la Securitate que era diplomático. Con Dodo había establecido también un código para comunicarnos. Si le llegaban los materiales que le enviaba, iba a responderme que había recibido “las postales ilustradas”. Tras llegar a los Estados Unidos, logré llamarme por teléfono varias veces y, en cierto momento, me hizo entender que “el contacto” funcionaba. Había recibido ya dos textos míos.

Empecé a verme con Jesús Gerardo Camacho-Vaca, el diplomático mexicano, según el arreglo ideado por mi amigo. Los dos íbamos a Parcul Aviatorilor dos horas antes de la hora fijada previa llamada telefónica. Siempre lo llamaba yo. Llevaba los textos en un sobre, que le entregaba solo en el momento de despedirnos. Hasta entonces, paseábamos lentamente por los senderos del parque, charlábamos sobre la situación de Rumanía, sobre lo que pasaba en el mundo, los cambios del campo comunista, que empezaban a ser espectaculares. Todo esto, hasta el día del 24 de diciembre de 1987.

Doy un salto en el tiempo. A comienzos del año 1990, intenté localizar mi expediente de vigilancia informativa sin ningún éxito. Teniendo en cuenta quién fue durante tantos años el dirigente del país y del SRI, renuncié a tales diligencias hasta que se produjeron los cambios que trajeron al frente del Servicio de Informaciones a Costin Georgescu, en 1997. Antes, sin embargo, en 1996, me di cuenta que en la Fiscalía General podría encontrar algo: mi expediente penal. Lo pedí y, efectivamente, lo recibí el mismo año. Un dossier de unas decenas de folios, con mandatos, ordenanzas y

una selección de mis declaraciones, que me ayudaron a situar más exactamente en el tiempo y el espacio todo lo ocurrido.

En la primera parte del expediente di con una NOTA escrita en una máquina de escribir de letras muy grandes, el tipo de máquina se usaba, según la gente informada, *en o para* el Comité Central del PCR. Según este documento, fui detenido el 24 de diciembre de 1987, cuando traté de entregarle al segundo secretario para problemas políticos de la Embajada de México – así me enteré por primera vez del cargo de aquel extranjero que era mi contacto – varios materiales. “Textos de contenido hostil a nuestro estado”, apunta el oficial en el estilo de la institución y la época, “que iban a ser entregados al diplomático mexicano, para Vlad Georgescu, director de la redacción rumana de la emisora autodenominada „Europa liberă”, y Vulcan Teodor, ciudadano rumano emigrado a los EE.UU. en el pasado agosto de 1987”. Pero no me chocó ese descenso al mundo de las vulgaridades típicas de una época ya crepuscular desde hacía algún tiempo, sino el siguiente pasaje, que transcribo a continuación: “En esta ocasión, J.G. Camacho-Vaca le solicitó a Andreescu G. que recopilara informaciones y elaborara informes sobre: la producción anual de cereales; los supuestos efectos negativos en la economía rumana en las condiciones generadas por las modificaciones operadas últimamente en la política económica de algunos de los estados miembros del COMECON; la evolución de las relaciones políticas entre R.S. de Rumanía y la URSS, tras la negativa de los EE.UU. de conceder a nuestro país la cláusula de la nación más favorecida; algunos aspectos de la historia de entreguerras y posbélica de Rumanía que no se hicieron públicos; otros aspectos de naturaleza sociopolítica”.

Los expedientes de la Securitate

Este pasaje de la nota existente en mi expediente de vigilancia informativa me resultó muy extraño. Yo me encontraba con Camacho-Vaca porque quería enviar a Dodo y a “Europa liberă”

textos de carácter anticomunista y anticeaușista. Éste era el único motivo y lo único convenido. Durante nuestros paseos por el Parcul Aviatorilor, hablábamos, como lo dije antes, de lo que pasaba en Rumanía y en el mundo. Yo mismo le pregunté varias cosas al mexicano. Algunas curiosas, como: qué se sabe en el extranjero sobre lo que sucede en mi país, qué importancia tienen, en su opinión, las tensiones del bloque comunista, cómo evoluciona la imagen de Ceaușescu en las principales capitales occidentales, cómo se puede ayudar a la resistencia de Rumanía. A su vez, él me preguntó, y parecía muy interesado, de la revuelta de Brașov. Además, en el otoño de 1987, Ceaușescu había declarado que tendríamos una fantástica cosecha de cereales, casi 30 millones de toneladas, dato que nadie se creyó – los millones aumentaban de una semana a otra – , y Gerardo Camacho-Vaca me preguntó, muy asombrado, si esto era real. En uno de los cinco encuentros con el diplomático mexicano hasta mi detención, hablamos mucho del impacto de la perestroika y, en general, de la política de la URSS en Rumanía y el sistema comunista en su totalidad. El mexicano me hizo saber que le interesaban más cosas.

Este fue el contexto en que me decidí a investigar (también) esos aspectos. Logré terminar dos análisis a los que se refería explícitamente la nota del Departamento de la Seguridad del Estado (DDS): uno, sobre la probable cosecha de cereales (con resultados diferentes, naturalmente, de los de la propaganda), otro, sobre el posible impacto en Rumanía de los últimos cambios operados en el COMECON. Los hice con mucho gusto, ya que para un analista eran un reto. Tenía que aprovechar al máximo las más diminutas informaciones, basándome en una cadena de razonamientos muy semejante a la practicada por los investigadores de las ciencias empíricas. Unos meses después, me divertí cuando uno de los oficiales que me interrogaban me dijo

que no entendía por qué utilicé tres evaluaciones distintas⁹⁸. Si ya había llegado a un resultado, se preguntaba el oficial, por qué seguí investigando los otros dos posibles. El oficial no podía de ninguna forma hallar el motivo de la evaluación por separado de unos datos diversos.

Lo curioso es que mis charlas con Gerardo Camacho-Vaca sobre uno u otro tema tenían lugar en un parque, entre árboles. No había alma en un rayo de diez metros. Solo él y yo sabíamos de qué estábamos hablando. Y hubo otra cosa. Exactamente en el período de mis charlas en el parque, en la mayoría de los casos a la hora del atardecer, un compañero de trabajo, un tío muy divertido que nos hacía desternillarnos de risa casi a diario a todos los del despacho, empezó a lanzar algunas sugerencias sustanciosas acerca de la cosecha de cereales del año que me interesaba. Sugerencias que utilicé, evidentemente, porque me daban pistas sobre posibles direcciones de búsqueda para las variantes con las que trabajaba. En aquel entonces, me interesaron por su utilidad; más tarde empecé a incluirlas en el rompecabezas.

A todo esto hay que añadir otro pequeño detalle. Gerardo Camacho-Vaca me preguntó una vez, hablando de una posible visita a Braşov, si necesitaba dinero. Se ofreció a ayudarme. Por supuesto, le contesté que no. Sucedió una sola vez, pero fue suficiente para asombrarme.

Después de salir de la cárcel, allá, en el verano de 1988, la casualidad hizo que viera a Gerardo Camacho-Vaca conducir un coche a gran velocidad por avenida de Olteniței. Entonces me dije: si a mí me encarcelaron por enviar a través de la embajada los textos acusadores prueba de mi traición, a él ¿por qué no le declararon *persona non grata*? Tenía muy claro entonces, como

98 Había trabajado con tres tipos de fuentes y tres juegos de datos para demostrar que todos convergen hacia un resultado situado entre los 16 y los 19 millones de toneladas. (Después de la Revolución, me enteré de que, efectivamente, la cosecha de cereales de 1987 fue de 16 millones de toneladas.)

lo tengo también ahora, que tales medidas se toman únicamente en casos excepcionales. Pero me quedó grabada en la mente la imagen de su coche dirigiéndose hacia las afueras de Bucarest. Una de las explicaciones triviales de mi detención sería que el diplomático mexicano participó en la operación, chantajeado o en interés propio. Como todas las personas tienen derecho a la presunción de inocencia, esta hipótesis quedó en el más oculto rincón de mi ser. Sin embargo, cuando en 1996 leí la nota de la DDS que mencioné, la hipótesis cobró cierto peso. Me persiguió. Nunca la mencioné. Apenas cuando empecé a escribir estos recuerdos, surgió un elemento nuevo que sintetiza todo, por decirlo así⁹⁹.

El cuento del expediente destruido

Tras cambiarse la dirección del Servicio Rumano de Informaciones en el 2006, me dirigí a las autoridades competentes, solicitando mi expediente de vigilancia informativa. Como el CNSAS, al que también había presentado la solicitud, declaró que no lo encontraba en los archivos, publiqué una carta abierta al flamante director del servicio, y luego me personé en la institución, porque, evidentemente, “ahí” se hallaba la clave de lo que estaba buscando. Debo reconocer que tanto el Sr. George Maior, como los otros con los que hablé, se comportaron con total cortesía. Ordenaron que se resolviera “el caso”, y el 2 de noviembre de 2006 recibí una respuesta.

Era una carta en la que se afirmaba que el expediente de vigilancia informativa ya no existía, dado que “no fue archivado, porque se destruyó durante los acontecimientos del pasado di-

99 La primera parte de los recuerdos que se convirtieron en el presente libro, se publicó, como serie, en el suplemento del sábado del cotidiano *Ziua*, a finales del año 2007. Lo que explica que algunas referencias al “presente” o “reciente” remiten al año 2007.

ciembre 1989, según consta en la declaración del comandante Tonescu Alexandru, ex oficial de la 3ª Dirección, publicada en el diario *România liberă* del 19. 12. 2003. Teniendo en cuenta que en esa fecha el expediente lo tenía el respectivo oficial y no había sido archivado, se puede afirmar con total certeza que no fue microfilmado”. (Mientras, el comandante Tonescu había fallecido.)

La primera rareza es que el SRI, en vez de mencionar disposiciones internas y actas para ejecutar las medidas oportunas, invoca declaraciones en la prensa. Había, no obstante, una referencia a un documento. En el archivo del SRI, existía la ficha referente a la incoación de un expediente, ficha cuya copia recibí en el mismo sobre. La leí lentamente y vi que la decisión de la 3ª Dirección de abrir mi expediente de vigilancia informativa tenía como fecha... el 28 de noviembre de 1987. Y había también otra información impactante. En el apartado “Núcleo de las informaciones” aparecía como motivo “sospechoso” de ser agente del diplomático mexicano “Albu”.

En otras palabras, el SRI me contesta que me abrió un expediente de vigilancia informativa apenas tres semanas antes de detenerme. Y a la pregunta “¿Dónde está mi expediente que estoy buscando?”, el SRI me explica que sí, existió, le enviamos también la prueba de que el expediente no pudo haber sido microfilmado, puesto que, al ser abierto tan tarde, se trabajaba todavía con él en los días de la Revolución, cuando fue destruido.

El equipo técnico del SRI preparó un guión que, probablemente, consideró muy inteligente. Pero no lo era, porque los alegatos negaban con demasiada indiferencia las evidencias. ¿Cómo puede mantener alguien que los interrogatorios del período 1979-1980, llevados a cabo por unos oficiales, se realizaron sin haberseme incoado un expediente de vigilancia informativa por la 1ª Dirección del Departamento de Seguridad del Estado, que se ocupaba de los “peligros” internos? La metodología obligaba a tomar tales medidas. Los oficiales con los que hablé entonces tenían una cantidad de informaciones que demostraban un

largo acoso informativo. Todo lo que representaba oposición al régimen estaba bajo la vigilancia de la 1ª Dirección. ¿Cómo era posible que mis relaciones de los años '80 con los que habían presentado solicitudes de emigración, con Constantin Noica y sus allegados, con Carmen Popescu, quien trabajaba con el movimiento SLOMR, no hubiesen conllevado la apertura de un expediente de vigilancia informativa por parte de esa dirección?

La 3ª Dirección se ocupaba de contraespionaje. En el instante en que había establecido contacto con un diplomático sospechoso de actividades “hostiles”, era natural que se me incoara un expediente. En un caso como ese, la 3ª Dirección iba a hacerse cargo de las informaciones de la 1ª Dirección, y las dos direcciones estudiarían en paralelo los expedientes existentes. Ésta era la metodología.

A esto hay que añadir la siguiente pregunta: ¿por qué el segundo expediente fue abierto, según ellos, tan tarde, el 28 de noviembre de 1987? En aquel momento, la Securitate conocía muy bien la naturaleza de mis actividades contra el régimen y los contactos que tenía. Una noche, al regresar del encuentro con Gerardo Camacho-Vaca, al lado del Muzeul Antipa, vi un coche Dacia aparcado inútilmente en el espacio verde. Sabía perfectamente qué papel tenían los cuatro individuos que esperaban tranquilamente en el coche. Pude ver mejor al que estaba al volante, alto, robusto. Era exactamente el equipo que iba a detenerme en diciembre, y el chófer fue el oficial que me puso las esposas. El coche lo vi antes del 28 de noviembre de 1987¹⁰⁰.

Supongamos que la ficha de registro del expediente era real. En tal caso, todos los elementos conducen a la idea de que en los meses de septiembre-octubre de 1987, la Securitate hizo todo un montaje para aplastarme bajo una acusación de “traición”. Como

100 Ni siquiera sería necesario aportar tantas pruebas “tan evidentes” para demostrar que la investigación comenzó antes del fin de noviembre de 1987.

no tenía acceso a informaciones secretas y no las poseía, había que completar el encaje de bolillos concerniente a “la amenaza para la seguridad del estado”, según el artículo 157 del Código Penal. El apartado dos del mismo contemplaba “los mismos hechos, si guardan relación con otros documentos o datos que, por su carácter e importancia, hacen que los hechos perpetrados peligran la seguridad del estado”. El tema de la producción de cereales ¿habría podido incluir algo que tenga que ver con los “datos y documentos” capaces de amenazar la República Socialista de Rumanía!? Entonces, habría que sospechar que el interés del diplomático por la productividad de la agricultura rumana no fue más que una provocación destinada a suplir las exigencias formales del Código Penal.

Que mi contacto con el mexicano no fue el motivo, sino mis textos, lo ponen de manifiesto no solo el sentido común, sino, concretamente, la conducta de los oficiales que me interrogaron en la prisión. El que dirigía la investigación, el coronel Mihai Popa, sacó en una ocasión de su archivador la fotocopia del ensayo “La paranoia y la prestación social”, me la dio y alzó la voz: “¿Ves lo que está escrito aquí? ¿Qué es esto?”. No se atrevía a pronunciar el nombre de Ceaușescu. En todo el período que estuve en Rahova, no he oído a nadie pronunciar el nombre de los dos dirigentes comunistas. Mihai Popa parecía sudar con solo ver escrito el nombre “Ceaușescu” en las páginas donde yo ponía al dirigente como hoja de perejil.

Con su juego actual, el SRI elabora, consciente o inconscientemente, un guión calumniador. Cuando desaparezca la memoria viva, un investigador inocente concluirá que, teniendo en cuenta la ficha de registro y el expediente de vigilancia penal de los archivos, conformes la una con el otro, en mi caso, la Securitate trató con un sospechoso de espionaje. El expediente de la 3ª Dirección de contraespionaje fue destruido, el expediente de vigilancia informativa de la 1ª Dirección lo tiene bien oculto el actual SRI; por tanto, quedan únicamente las “pruebas” de la

acusación. Bonito esquema: se filtra el material que genera la sospecha y se elimina todo el material que podría anularla.

Para completar el panorama, habría que añadir que tanto el informe que proponía el sobreseimiento de la vigilancia penal, fechado el 5 de enero de 1990 y firmado por el coronel Mihai Popa, como la ordenanza de cese de la vigilancia penal, del 12 de enero de 1990, firmada por el coronel de justicia Mihai Ștefănescu (incluidos en el dossier de vigilancia penal) conservan la ambigüedad. Cuando esos peones de un régimen oficial y criminal sintetizaron mi caso en unos documentos que usaban exactamente los términos de la antigua Securitate (el 5 y el 12 de enero, respectivamente, esta ya no existía; si era así, ¿cómo podía Mihai Popa hacer informes oficiales?), ¡motivaron sus documentos en base al Decreto de amnistía y gracia del Consejo del Frente de Salvación Nacional del 4 de enero de 1990! Conclusión: ¡era libre por clemencia del CFSN!

Volvamos, no obstante, al año 1987. ¿Cómo podía siquiera imaginarme entonces una mínima parte de lo que sucedería después? ¿Cómo podía esperar que cayera el régimen? ¿Quién podía pensar que cientos de miles de hombres, dos años después, invadirían las calles de Timișoara, Bucarest y otras ciudades? ¿Que los dos tiranos serían abatidos por un pelotón de ejecución? ¿Que Rumanía preferiría, en tres elecciones generales, un presidente ex “apparatchik”, y la heredera de la ex Securitate seguiría manipulando a las personas y los expedientes 20 años después de una revolución anticomunista?

En el otoño de 1987 presentía una sola cosa. Que pasarían únicamente unos meses hasta que me detengan.

La detención

Llamé por teléfono al número que me dejó Gerardo Camacho-Vaca, hablamos y quedamos en vernos el 23 de diciembre de 1987. Él sugirió que lo aplazáramos para el día siguiente. La

Noche Buena. Las fiestas navideñas estaban llegando. Había preparado un sobre con novedades y aforismos – entre ellas algo sobre el estallido de Braşov del pasado 15 de noviembre – , el índice del volumen en el que se recopilaría todo lo que había enviado antes, la carta en la que volvía a proponer la publicación del libro. Gerardo se había ofrecido a hacer algunas gestiones para la publicación. (Desde la perspectiva actual, otro motivo de recelo.) Lo enviado cerraba una etapa, era el fin de una fatigosa primera parte de la carrera que había elegido.

Necesitaba un descanso. Me había permitido incluso una pequeña “locura”. El 24 de diciembre por la mañana, compré una botella de champán que quería llevársela a Hurry, a Târgovişte, para celebrar el éxito de la operación envió de textos y el hecho de que, de momento, “había escapado”. Después de entregar el sobre, viajaría unas horas – encantadoras para mí – en el tren ómnibus, y seguirían el abrazo, aquellas palmaditas viriles en la espalda, los recuerdos de las proyectadas aventuras cuyo placer compartía con mi amigo.

Entré en la estación de metro de Piaţa Sudului, llegué a Piaţa Victoriei, subí la escalera hacia la salida de la calle Iancu de Hunedoara, y llegué, siguiendo el mismo itinerario de siempre, a la calle. A unos 30 metros, en la acera de Palatul Victoriei, un hombre vestido como obrero de la construcción, con botas hasta la rodilla, miraba atentamente la boca del metro. Al verme, se sobresaltó. Miró a otra parte, hacia el horizonte, se volvió lentamente y se dirigió con pasos acompasados hacia el parque. Esperaba que le adelantara, pero yo también aminoré el paso. No le quedaba más remedio; al llegar a la esquina del parque se dirigió hacia el lado izquierdo. Por donde solía pasear yo. Esta vez, elegí el lado derecho. Sabía muy bien quién era. No era la primera vez que le veía. Ni se me ocurrió renunciar. De todos modos, ¡algún día tenía que suceder! Caminé por entre los árboles y dentro de 10 minutos ya estaba sentado en el banco donde solía esperar al diplomático mexicano.

En el parque no había alma viviente. Por un lado patrullaba un policía. Y, en la esquina del pequeño restaurante salía de entre los árboles algo nuevo. Un furgón celular, con una ventanilla en la parte de arriba, medio cubierta por una cortinilla negra. Su papel era evidente. El suspense flotaba en el aire. Y, sin embargo, no notaba inquietud alguna.

Gerardo debía llegar a las dos. Pasaron cinco minutos, diez, quince... Se retrasaba un poco más de lo habitual. Dos y media. Lo vi, finalmente, a lo lejos. Vestía una cazadora marrón, deportiva, que le permitía llevar las manos en los bolsillos. Se acercaba a paso lento, cruzó la calle, llegó al parque. Miré hacia abajo, a la izquierda, para abrir el cierre de la cartera. Cogí el sobre y mientras cerraba la cartera, me levanté. Creo que di tres o cuatro pasos mirando siempre hacia abajo, a un lado. Cuando levanté la vista, me encontré a 3 ó 4 metros de mí con cuatro hombres, que se me acercaban como un torbellino. “¡Eh, Ud. tiene que venir con nosotros!”, me gritó el de en medio. Parecía un gigante. Uno de ellos agarró mi cartera, el cancerbero me cogió de los brazos, me los volvió a la espalda y me puso las esposas.

Miré la grava del suelo, entorné un poco los ojos y me dije, azorado: “¡Ha empezado!”.

En Rahova 39

Callaron ellos, callé yo también. Llegamos a galope al coche. El mismo coche Dacia gris que había visto aparcado, una noche, al borde del parque. Los mismos cuatro securistas que me habían mirado con ojos de acero. Uno de ellos iba a ser el jefe de mi investigación, el coronel Mihai Popa. Volvería a ver a los demás mucho más tarde, en el equipo que vigilaba la entrada del edificio de la calle Izvorul Mureșului.

Ahora no estudiaba sus miradas. Las esposas ya me apretaban dolorosamente hasta que llegamos al coche. Cuando me metieron al fondo del coche, entre ellos, las esposas me hicieron más

daño. No sabía que no debía mover las manos. El coche se dirigió hacia Calea Victoriei, llegó a la Policía de la Capital, donde me llamaron en 1979, me condujeron a un despacho, me sentaron en una silla. Entró una persona con un rostro respetable, tomó la cartera, se le agrandaron los ojos llenos de curiosidad al ver la botella de champán, y luego empezó a hojear mis papeles... Tras 3 ó 4 minutos dijo simplemente: “¡Lléváoslo!”.

Me arrestaron. Las escenas se sucedían como en una película muda. De nuevo las esposas, de nuevo el coche, de nuevo Calea Victoriei. Llegamos a la Calea Rahovei 39. Logré leer el letrero, sabía lo que significaba. Se abrieron los portales de hierro, me llevaron hasta una puerta; a la izquierda, el guardia empezó las formalidades. Me tomó las huellas digitales, después me pidió que me quitara la ropa, miró en mi boca, entre los dedos, las axilas, me hizo inclinarme y me miró entre las nalgas. Así me enteré de que éste es el ritual del arresto. Firmé por los “efectos” que se quedaron ellos. Luego entré en el despacho del jefe de la investigación.

“¡Escribe!” Habrá dicho más cosas, pero esto se me grabó en la memoria: ¡escribe! Que cuente todo lo que había hecho. Que explique por qué me encuentro con el agente extranjero y por qué redacto “libelos hostiles”. Estas dos palabras se repetirían infinidad de veces. Paulatinamente, iba aprendiendo los códigos de la institución.

Empecé a escribir. Mi primera declaración. Andreescu Gabriel, hijo de..., nacido el..., nacionalidad, licenciado, profesión, casado, con hijo, libre de servicio militar, sin antecedentes penales, con domicilio fijo en..., “declaro que”. Repetiría esta fórmula no recuerdo más cuántas veces. Enumeré los temas que había investigado: “Un efecto estructural desde la perspectiva de un modelo generativo del poder”, “Acerca del concepto de sistema político”, “Sobre el concepto de sistema político”, “Democracia, totalitarismo, topología: dinámica, evolución y estabilidad”, “Autocrítica: un modelo analítico en una interpretación etoló-

gica”, “Anomalías a pequeña escala en los sistemas totalitarios” y así por el estilo. No recuerdo si les di o no todos los títulos; en el expediente preparado por la Securitate para el tribunal no están mis primeras declaraciones. Escribí de todas formas sobre mi interés por los aspectos matemáticos de las ciencias sociales y mi deseo de escribir un libro sobre “Disidencia teórica”.

“¿Nos estás tomando el pelo?”, dijo el coronel Popa al leer mi declaración. Tiró al suelo las hojas ostentativamente y añadió: “¡Escribe!”.

Y seguí escribiendo. Sobre la “disidencia teórica”, sobre Carmen Popescu y Teodor Vulcan, la Biblioteca alemana, el diplomático mexicano y sobre todo lo que me pidió que le contara, porque sabían nombres y acontecimientos. Acababa una declaración, me daban otros folios, doblaba el margen izquierdo dos centímetros, empezaba con Declaración, Gabriel Andreescu, hijo de..., nacido el..., avanzaba con el boli y concluía: “La presente está escrita de mi puño y letra y, como tal la mantengo y la firmo”. Firmado.

Los libelos que “denigraban” el régimen socialista

“Los primeros estudios, agrupados bajo el título ‘Disidencia teórica’, sobre los que hice anteriores declaraciones detalladas, se deben, principalmente, a mi interés profesional: el interés por los problemas matemáticos que plantean determinados aspectos y fenómenos sociales. Posteriormente, con la serie de estudios agrupados bajo el título ‘Disidencia filosófica’, sobre los que hice anteriores declaraciones detalladas, se impusieron nuevas motivaciones, a saber:

– la necesidad de entender la sociedad rumana [...], que considero que presenta evoluciones negativas;

– la necesidad de encontrar una respuesta, y de expresarla, a un gran número de problemas éticos que plantea la participación de una persona en la vida familiar y la vida social rumana;

– el sentimiento de compasión, que me determinó a insistir en los aspectos negativos de la sociedad rumana, considerando que revelar los fenómenos deficitarios es la primera condición para superarlos.

La convicción de que lo que pienso y escribo es sincero, sin interés, y, consecuentemente, tiene un determinado sentido determinó mi decisión de publicar esos materiales.

Menciono que nadie me animó a escribir los materiales que he citado hasta ahora. Menciono también que no tuve y sigo sin tener la intención de obtener un beneficio personal al elaborarlos y eventualmente al publicarlos. No los presenté a las editoriales rumanas, por estar convencido que toda propuesta de ese tipo habría tenido como consecuencia la retención y destrucción de mis textos, porque no están conformes con las concepciones oficiales sobre la realidad socioeconómica rumana y se consideran hostiles al régimen socialista de la República Socialista de Rumanía.

Considero que dichos materiales, de carácter crítico hacia la sociedad socialista de la R.S. Rumanía no son dañinos a la sociedad, pero lamento cualquier palabra que haya escrito que pudiera perjudicar a mi país.

La presente está escrita de mi puño y letra y, como tal, la mantengo y la firmo. Firmado.”

*

He transcrito esta declaración, que se halla también en mi expediente del tribunal, que escribí aproximadamente en las primeras 48 horas de mi detención, porque revela muchas cosas de lo que pasó desde entonces. Estoy seguro que deja al lector la impresión de ingenuidad. Pero la ingenuidad del texto no es únicamente “natural”, por así decirlo.

Lo primero que evidencia la declaración es el hecho de haber aceptado tener un diálogo con “los órganos”. Este hecho no re-

sultaba evidente al principio. Si me hubieran dado una paliza en los primeros momentos, o me hubieran hecho un informe solicitando la pena de muerte, probablemente me habría refugiado en un obstinado silencio. Pero nada de eso. Sabía que habían encontrado los textos escritos sobre los dos paranoicos. Había aceptado la conclusión lógica de todo lo que sabía sobre el funcionamiento del sistema – en primer lugar, el caso de Gheorghe Ursu –, es decir, la peor de las variantes posibles, que monten mi asesinato.

Lo que ocurrió en el instante de mi arresto, no obstante, sugería que podía sobrevivir. Pensaba solo de paso en lo que deberían sentir mis padres, mi hermano, mi mujer. Pero de vez en cuando me estremecía, como un destello, la emoción al pensar en el futuro de mis hijos. Deseaba volver a verlos algún día y que ellos me volvieran a ver.

Lo que tal vez más me impresionó de Doina Cornea fue el hecho de haberle implicado, en un momento, a su hijo, Leonid Juhas. Hay que ser verdaderamente creyente, pensé, ver en todo lo que ocurre la expresión de la voluntad de una divinidad, esperar la salvación en el mundo de más allá, para aceptar sacrificar a tu hijo.

Sobre Carmen Popescu ya he hablado. Del modo en que se enfrentó todo el tiempo a los “apparatchics”, a los oficiales de la Securitate y a los carceleros. La escuché fascinado y leí fascinado su expediente. Yo no seguí esa línea de acero. Ni siquiera odiaba a los securistas. Los consideraba instrumentos triviales del mal personificado por el matrimonio Ceaușescu. Podía mirarlos incluso con empatía, sin dificultad alguna. Ahora me imagino que en mi subconsciente hice un trato: yo no os creo problemas, vosotros no os excedáis.

Les dije desde el primer instante: no tengo nada que ocultar, soy sincero. Creo que esta actitud resultó difícil para ellos. Tenían fijados unos objetivos y no solían fracasar. El primero, tal vez, por orden de importancia, era detener a cuántas más personas implicadas. El mero hecho de saber lo qué había hecho yo podía

significar la detención, si no me había delatado anteriormente a la Securitate. Para no acabar en la cárcel, debería firmar, probablemente, un compromiso con la institución. Desde hacía dos años había comprado y estudiado el Código Penal y conocía muchos detalles. Suponía que me servirían y así fue.

Me pidieron que desvelara los nombres de los que me ayudaron a elaborar los materiales, que dijera quién los envió al extranjero, quién estaba al corriente, quién los guardó. Escribí sobre Petre Tudor, Teodor Vulcan, Carmen Popescu, Servo Mathias. “¿Nos estás tomando el pelo?”, repitió Popa esa frase que parecía agotar su imaginación, al leer lo que declaré. “¿Oye, que nos estás tomando el pelo!?”, gritó, esforzándose por parecer amenazador. “Todos se marcharon de Rumanía”, dijo él. “Quiero saber los nombres de los que te ayudaron aquí.”

“Únicamente éstos”, le expliqué. No voy a mentir ahora solo para que haya más.” Los que me interrogaban me obligaron a escribir decenas de folios sobre mis conocidos. Les interesaba, en particular, Sorin Vieru, quizás por haber descubierto que conocía mis textos. “Es una persona delicada, tímida, si le hubiera contado lo que estaba haciendo, habría podido asustarle”, repetía, para explicar por qué no le había confesado mis pensamientos a mi buen amigo. Pero me exigían que volviera a hablar de mis relaciones con él, esperando, probablemente, que se me “escaparía” algo por descuido.

El segundo objetivo de los securistas era que retractara mis acusaciones contra el régimen; renegar del contenido de “los libelos hostiles”. Pero yo les dije desde el principio: eso es lo que escribí, consideré que era mi deber hacerlo, y cumplí con mi deber, ahora cumplan Uds. el suyo.

¿Cómo puede una persona que lleva un interrogatorio solucionar tal situación? Únicamente, presentándole al detenido la declaración de retractación y torturarlo hasta que la firme. Parece, sin embargo, que esta solución no estaba al alcance de la mano. Es por eso que una de las grandes batallas entre nosotros, que

duró desde las primeras horas de interrogatorios hasta el último día pasado en la prisión de Rahova 39 se libró por la cuestión de mis críticas al régimen socialista. Los que me interrogaban me pedían insistentemente que me refiriera, de mi puño y letra, a los textos en los que “*denigraba* el régimen socialista”. Para evitar el enfrentamiento, les contesté: no estoy discutiendo aquí si tengo o no tengo razón. Mi opinión es que lo que escribí es verdad, su opinión es que lo escrito es denigrante. Que cada uno escriba lo que cree. Y para que no haya dudas, escribiré: “los libelos que se considera que *denigran* el régimen socialista”. Y seguí así, y las referencias mías a los textos que *se considera que denigran el régimen* deambularon por mis declaraciones durante el tiempo que estuve en el arresto de la Securitate.

Finalmente, el tercer objetivo de la investigación era concluir el expediente para poder presentarlo en instancia con argumentos sólidos. Desde este punto de vista podían estar contentos. Tenían mis ensayos, mi reconocimiento firme que eran de mi autoría y, más todavía, el hecho de que seguía defendiendo lo que había escrito; por tanto, tenían todos los elementos necesarios para acusarme en base al Artículo 166 por “propaganda contra el régimen socialista”.

La declaración que transcribí más arriba encierra también otro episodio. La Securitate tenía las fotocopias de los textos enviados a través del diplomático mexicano. Las sacaron de los archivadores en varias ocasiones. Pero me di cuenta que en el juicio necesitaban los originales en papel carbón. Los habían buscado en nuestro piso, pero no habían encontrado nada. Popa me hizo preguntas con retranca, y al final quiso saber, casi tímidamente, si hay algo más en casa. No hacía falta andar con ambages. En un estado verdadero-falso de sinceridad, les indiqué el lugar: entre el altillo y el armario del comedor. Me pidió una aceptación por escrito para el registro domiciliario.

Lo hice. El interrogatorio acabó casi bruscamente y me mandaron a mi celda. Unas horas después, cuando me trajeron de nue-

vo para interrogarme, Popa estaba radiante. Los habían encontrado, tenían las pruebas. En el acta del 25 de diciembre de 1987, el teniente coronel Mateiuc Pavel, el comandante Niculescu Adrian y el capitán Florea Constantin declararon que el registro empezó a las 18.15 h. y terminó a las 21.50 h., se efectuó en presencia de mi esposa, y se encontraron y se confiscaron “1. Una máquina de escribir portátil marca Erika, serie 5690307, con estuche negro, usado; 2. Cuatro sobres con cartas del extranjero; 3. Cuarenta y cuatro hojas de papel carbón usadas; 4. Varios apuntes escritos a mano y algunos a máquina”.

Los apuntes escritos a máquina eran los más incriminatorios. Me convertiría en uno de los presos políticos del comunismo.

“Una bala en la cabeza”

Había llegado a Rahova hacia las 16.00 h., el 24 de diciembre. Me interrogaron non-stop hasta el día siguiente, aproximadamente a las seis de la mañana. Durante la noche, los que me interrogaban se turnaban, yo me quedé allí a consumir sin interrupción el papel del estado. Descubrí que la situación en que me hallaba estimulaba el organismo mucho más de lo que se puede sospechar. Llegó la mañana sin tener que luchar contra el sueño. Entonces me llevaron a los sótanos del edificio, a una celda. Tenía unos dos metros por cuatro, y dos pares de literas superpuestas. “Siéntate abajo”, me dijo el guardia, indicándome la litera de la ventana.

Me cubrí con una manta que había allí, bastante fina, y cerré los ojos. En aquel instante, toda la angustia de las últimas 20 horas invadió mi cuerpo. En unos minutos, estuve a punto de sumergirme en un sueño profundo. Ellos lo sabían también. Era su profesión. El guardia llegó en seguida, me tocó y me dijo: “¡Arriba!”.

Arriba había llegado un turno nuevo, fresco. Se reinició el interrogatorio. Las mismas preguntas, u otras, de nuevo los folios en

mi mano, de nuevo el doblar los bordes, de nuevo las declaraciones. Así pasaron otras 24 horas. No recuerdo haber ido siquiera al baño. Escribí hasta que empecé a odiar todos los documentos oficiales. Nadie de los que se hallaban en Rumanía no figuraba como conocedor de lo que había hecho yo, ninguna declaración asumía la denigración del régimen socialista. Me llevaron a la celda al alba de la segunda mañana. Me dejaron dormir unas horas.

Que pasaron rápido. Me despertaron y me llevaron a una habitación que desconocía, en el sótano, donde el coronel me pidió que firmara un papel. Había tomado nota de las acusaciones. “¡Recibirás una bala en la cabeza, traidor!”, ladró el coronel, esta vez con auténtica maldad. Me acusaban de traición. De espionaje para un agente extranjero. Las palabras cayeron como un palo.

Tuve muchísima confianza en mí mismo, y todo lo ocurrido no hacía más que reforzarla. Resistí a una investigación larga, no acepté nada que violara mi voluntad, llegué a un *modus vivendi* con los encargados de los interrogatorios que parecía, al final, la situación más razonable en el contexto dado: yo cumplía con mi deber, ellos ejercían su profesión. Una avenencia que parecía que cada uno habíamos aceptado. Ellos tenían todo lo que necesitaban para obtener mi condena. ¿Qué más querían? ¿Implicar a alguien más? ¿Apearme del burro? De verdad, ¿no habían comprendido que no podían llevarme a tal extremo? Me pareció que “nos conocíamos ya” y que cada uno había jugado según unas reglas de juego implícitamente aceptadas.

En realidad, me engañaron. Me humillaron. Me fabricaron un expediente de espionaje, y en lugar de una condena política *digna*, amañaron una acusación horrorosa. Al final, se vengaban de la violencia de las palabras con un pelotón de ejecución¹⁰¹.

101 Algo más tarde, me enteraría que me aplicaban el apartado 2^a del Artículo 157 referente a la traición. Como no tenía acceso a datos secretos que pudiese transmitir, recurrieron a la fórmula “generosa”, que mencioné anteriormente, que castigaba “los mismos hechos, si guardan relación con otros documentos o datos que por su carácter e importancia hacen que los

De haberlo sabido, no habría conversado con esos caníbales, en palabras de Osip Mandelstam. La acusación me ponía en una situación vergonzosa. Aquella fórmula patética y obsoleta de mi declaración “pero lamento cualquier palabra escrita por mí que pudiera perjudicar a mi país”, revela parte de mis sentimientos de aquel entonces. “País”, “patriotismo” constituían un doble refugio. Primero, porque teniéndolos en cuenta a la hora de hacer algo, tu acción tiene un sentido, tiene fuerza. No era nada juicioso renunciar a la vida únicamente por pronunciar en voz alta las palabras que se arremolinaban en ti. Además, la referencia al país legitima al rebelde, y los impugna a ellos. La confrontación simbólica actúa aunque los jugadores en ese partido no sean conscientes de eso. Iba a encontrar apoyo al pensar en la nación a través de varios expedientes de personas que vivieron bajo amenaza. El caso ejemplar para mí sigue siendo el de Vasile Vetișanu. Preso en el banco de mordazas de la Securitate, que le pedía que firmara un compromiso e informara sobre sus amigos del partido campesino, C. Coposu e I.Ciobanu, aceptó firmar una declaración (destruida después) que invocaba la afirmación de “los valores culturales nacionales y la revelación de unos hechos antinacionales”¹⁰².

Estaba tan trastornado por lo que me habían hecho, que me ocurrió algo que no creí que podía sucederme. Sentí como mi mano izquierda se me dormía. Gemí levemente y me deslicé al suelo girando sobre el brazo. Luchaba para que la garra no se extendiera hacia el corazón. Popa se había puesto blanco. Llamó rápidamente a alguien. Vino, efectivamente, alguien, un tío que parecía más bien judoka que médico. Me palpó, no sé si me puso

hechos perpetrados peligren la seguridad del estado”. El castigo previsto no era la pena capital, sino “solo” prisión de 5 a 15 años, suspensión de algunos derechos y la incautación parcial de los bienes.

102 “Cazul Vasile Vetișanu și aplicarea Legii 187/1999” (‘El caso Vasile Vetișanu y la aplicación de la Ley 187/1999’), en *Revista Română de Drepturile Omului*, 25, 2003, p. 70.

alguna inyección, luego me miró atentamente la cara, que no estaba crispada. “¡De acuerdo!, dijo él, creo que hay que darle una lección.” Popa, al que le había dado el pánico, intentó defenderme tímidamente.

Tras unos cinco minutos estuve mejor¹⁰³. Le dije que no firmaría nada. Que todo fue una puesta en escena y que, desde aquel instante estaba en huelga de hambre. Ya no había nada que hablar.

No sé qué cara habrían puesto los otros oficiales de Securitate. Pero estaba claro, Popa no tuvo réplica. Torpemente aceptó lo que le dije y tuvo que enviarme a mi celda.

La prisión

No por mucho tiempo. Al no saber qué hacer, Popa se dirigió al jefe de la Dirección de Investigaciones Penales, que se ocupaba de mi investigación. Me llevaron al despacho de doble puerta de Gheorghe Vasile. Amplio, como en las películas que iba a ver años más tarde sobre el lugar donde reinaba Erich Mielke, el jefe de la STASI en la Alemania Oriental. Estaba de pie delante del escritorio. Le habían dicho que había iniciado una huelga de hambre. “¡Acaba con esas tonterías!”

Bajito y forzado, de ojos pequeños y muy vivos, había nacido para mirar a todos desde arriba, aunque, muy probablemente, todos los que se encontraban con él le superaban en altura. Parecía siempre a punto de aplastarle a uno, sin embargo, a pesar de este instinto que llevaba en la sangre, no se excedió conmigo. Habló en un tono imperativo, pero conciliador. Estaba claro que quería recurrir a la inteligencia, no solo a su posición. No me doy cuenta qué me determinó más a insistir en mi negativa de seguir comunicando con ellos. Gheorghe Vasile se enorgulleció con ese

103 No he contado nunca a nadie este episodio, ni siquiera a mi familia.

“éxito” o, al menos, más adelante apostó por la estrategia que había empleado hasta entonces.

Acepté renunciar a la huelga.

Siguieron cuatro semanas de celda. Me llamaban cada vez menos a interrogarme, escribía cada vez menos declaraciones. Pasaba el tiempo en el habitáculo de hormigón. Era vegetariano, pero, teniendo en cuenta el contexto, decidí comer todo lo que me daba energía. La comida me pareció aceptable, y el trigo mondado¹⁰⁴, bueno de verdad. En un rincón de la celda estaba el inodoro, y encima, una ducha. Una vez a la semana teníamos, por unos minutos, agua caliente. Servía también la fría, y me duchaba cada vez después del paseo al aire libre, al que tuve derecho después de un tiempo. El lugar del paseo era un pequeño terreno, de unos cuatro metros de ancho y ocho de largo, cubierto con una red. Corría. Hacía mi sesión de jogging dando vueltas bajo el cielo filtrado por los ojos metálicos. Nunca me dijeron: “¡Aquí no está permitido correr!”.

Todos los días, a horas distintas, practicaba mis ejercicios de yoga. Una vez entró un oficial mientras estaba en la posición *shahsara* (apoyado en la cabeza) y le dijo al carcelero: “¿Tú no ves lo que está haciendo este?”. “¿Déjalo en paz!”, le contestó el guardia, en un diálogo muy probablemente preparado de antemano. Querían demostrar que eran ellos los que me dejaban hacer mis ejercicios, que no les imponía yo mi programa. El método del manual: demostrad permanentemente que tenéis el control. Si me hubiesen impedido hacerlo, habríamos llegado rápidamente a la pregunta: “¿con qué derecho?”. Habría sido un enfrentamiento vano también para ellos.

Este no era el comportamiento habitual de los securistas. Me enteraría de esto en el 2006, cuando le hice una entrevista a Petre Roşu, detenido porque había seguido unos cursillos de yoga en

104 Papillas de trigo mondado o pelado, sin envoltura celulósica ni germen, comida típica en las cárceles de Rumanía hasta 1990 (n.tr.).

los años '80: “Yo respiraba por la ventana derecha de la nariz para controlar mis emociones, me apoyaba con las manos en el escritorio y hacía discretamente la *Uddhyana bandha* (técnica de retracción del músculo abdominal derecho). [Los que me interrogaban] estaban decididos a arrancarme las declaraciones que necesitaban. En cierto momento, el que estaba delante de mí me dio una palmada en las manos: ‘Oye, tío listo, ¿practicas el yoga aquí, nos estás tomando el pelo?’. Dejé de hacer la *Uddhyana bandha*¹⁰⁵. A Roșu, como a otros adeptos del yoga, se le prohibió toda práctica yogui durante toda la detención.

Yo practiqué constantemente mis ejercicios. Me di cuenta, por una vez más, de lo importantes que pueden ser. Organizan la vida de uno, alzan unas paredes alrededor de la vida propia que los de fuera no pueden traspasar. Estuve obsesionado por ir a la cárcel para superar el test único de la celda. ¡Estar solo, conmigo mismo, entre cuatro paredes! El oficial Popa citó una vez, entre irónico y malhumorado, una de las frases que habían logrado descubrir: “Cuando me metan en prisión, pondré delante de la puerta un felpudo, me limpiaré los zapatos, me los quitaré y entraré con ellos en la mano”.

Escuchada a la sombra de los guardias, esta frase parecía lóbresca.

La celda, sin embargo, no era un lugar para pasar las vacaciones. Hacía frío. Estábamos en pleno invierno, y la penitenciaría no tenía calefacción. Encima de la cama donde me acostaba, arriba – la celda propiamente dicha estaba bajo el nivel del suelo – había una ventana, entreabierta todo el tiempo. Se utilizaba una varilla giratoria, con la que se podía aumentar o disminuir la abertura. Por ahí, naturalmente, se colaba una corriente de aire. En los primeros dos días me dio una punzada en la espalda, un dolor intercostal en la parte izquierda. Luché contra el dolor

105 Entrevista realizada por Oltea Mutulescu y un servidor, en 2006.

también mediante mis ejercicios. Pero todavía hoy, después de 23 años, si tengo un resfriado, lo noto primero allí.

Otro problema era cómo matar el tiempo. Apenas al final de mi detención tuve derecho a recibir algún libro. Pedí Dostoievski, y también Hemingway, creo recordar. Lo más difícil era pensar en la situación de mi familia y, particularmente, en los hijos. ¿Cómo reaccionaron ante lo ocurrido? ¿Cómo estarían? ¿Cómo se encuentran? Este es uno de los motivos por los cuales un día de prisión es mucho más largo que un día en libertad. Entonces pude calcular el peso del tiempo vivido en la cárcel. Cuando llegué al CPUN y empecé a votar varios proyectos de ley, estaba asombrado por la facilidad con la que los representantes aun sin elegir del pueblo repartían los años de prisión. ¿Violación del orden público? Tres años. ¿Ultraje? Cinco. Eran años de vida de una persona. Años vividos en una celda. No tenían ni idea los CPUN-istas que alzaban la mano riendo tontamente qué significaba vivir en una prisión. No sentían la mínima curiosidad por la relación entre culpa y castigo. Decidían los destinos de unos hombres con una indiferencia insoportable.

Los vecinos

Un buen día, trajeron a mi celda a un hombre más o menos de mi edad. Algo más bajo que yo, apacible, al que le gustaba contar historias. ¿Cómo había llegado a la prisión de la Securitate? Hizo una tontería. Económica. Trabajaba en una empresa de Moldavia. Traslataba cosas pesadas con una apiladora. Unos compañeros le convencieron que transportara hasta la valla de la empresa bienes que se utilizaban dentro. Los de fuera los sacaban y los vendían en el mercado negro. Hizo esto unos años seguidos. Le pillaron. Todos le culparon a él, que no obtuvo casi ningún provecho. Todo le cayó encima solo a él. Se llegó a una cantidad importante de dinero que, en la nueva legislación de Ceaușescu, se interpretaba como socavación de la economía nacional. Estaba investigado por

la Securitate y podían caerle hasta 20 años. Sabía que era culpable; hizo una tontería que tendrá que pagar. Pero pensaba en los que se habían quedado en casa. Su mujer. Los hijos. Que se arreglen de otra forma por lo menos ellos. Que comiencen otra vida sin los disgustos que les había causado él.

¡Una buena historia para sufrir junto al compañero de celda! Indudablemente, la Securitate no olvidaba incluir entre sus temas obligatorios el perfil psicológico del inculpado, visto que me había suministrado un confidente de su tipo. El cuento estaba destinado a alimentar perfectamente mis sensibilidades: una culpa relativamente pequeña se castigaba injustamente con mucha dureza; y como ensalada, el sincero arrepentimiento de alguien que reconoce su tontería, la preocupación por la familia; y como postre, la renuncia, para ofrecer a su familia una nueva vida.

Me habían conquistado. Pero yo era mucho menos hablador que mi vecino. Sabía que, en principio, la Securitate utiliza confidentes en las celdas. O micrófonos. Estaba acostumbrado a pensar todo lo que decía. Nunca mientras estuve en la prisión conté algo sobre personas que podían verse implicados a causa de mis recuerdos, con la salvedad de unas cuantas, necesarias para dar explicaciones y que, de todas maneras, estaban fuera del alcance de la mano de la Securitate, por muy larga que fuese ésta: Dodo, el mexicano.

De hecho, mi intuición estuvo siempre a la zaga de mi mente o como máximo en paralelo. Los primeros días no tuve la menor sospecha con respecto a mi compañero de celda. Tampoco observé algo sospechoso con el paso del tiempo. Él me dio la información, hacia el final de la segunda década del mes de enero de 1998, de que es posible que se decrete una amnistía. Por tanto, era posible que le liberasen. Me preguntó si quería enviar ún mensaje a los amigos de fuera.

Le repetí el número de teléfono de mi casa y le pedí, por favor, que les dijera a mis queridos que los quería y que me encontraba bien. No tenía nada más que decir. No sabía qué efectos tendría la amnistía en mi caso, puesto que estaba acusado de traición. Hasta

que me dieron el pase de salida, ni siquiera supe que me habían condenado en base al apartado 1º- 2º del Artículo 157, lo que significaba que no me exponía al riesgo de la pena capital; podía ser condenado “solo” a máximo 15 años de prisión y la incautación de los bienes. Me rechazaba a mi mismo las ilusiones, pero brotaba una leve esperanza.

El compañero de celda regresó del último interrogatorio para recoger sus cosas y despedirse. Parecía apresurado y, esta vez, algo distraído. Yo también iba a salir poco después. El colmo fue que me encontré con él, apenas unos días tras ser liberados, en el pasaje de la Universidad, cerca de las escaleras mecánicas que dan al Museo de Historia. Caminaba rápido, llevaba una cazadora negra y tenía un aire conspirativo. (Se parecía como dos gotas de agua a los personajes que vería el 18 de enero de 1990 en la puerta de Gelu Voican Voiculescu en Palatul Victoria, conquistado entonces por la multitud con la ayuda de los de dentro.) Antes de analizar atentamente el rostro del ex compañero de celda, me lancé a abrazarlo. Me miró, era evidente que no se alegró al verme, me dijo rápido que tenía prisa, y se marchó. En aquel instante, desapareció definitivamente toda duda sobre su papel en la celda de Rahova 39.

De todos modos, parece que los que llevaban la investigación no quedaron muy satisfechos con sus servicios. ¿Cómo explicarme de otra manera la aparición en mi celda, unas tres semanas después, de un joven que no había cumplido los 18, que no se molestó explicarme por qué había llegado allí y no a una penitenciaria de derecho común. El primero fue el serio, éste, el cantamañanas. Contaba cantidad de historias, desde atracos a mano armada hasta sexo con chicas, pasando de una pregunta a otra... pero no me incitaba en absoluto a hacer confesiones.

¿Quién puede saber lo que ocurre bajo una coraza de hormigón?

El 25 de enero de 1987, me llevaron a un cuarto algo más selecto que el de mi oficial. Esta vez, Mihai Popa, presente también, estaba sentado en una silla, arrimada a la pared, en un papel

secundario. Al escritorio principal estaba sentado el coronel de justicia Mihai Ștefănescu, vestido de uniforme militar de color azul, que me gustó sin quererlo. El fiscal militar, me enteraría más tarde, estaba especializado en enviar a los rebeldes a la cárcel. De otro modo, tenía aspecto distinguido. Alto, bien hecho, sin ser corpulento, no sugería una profesión brutal, sino más bien algo parecido a la del profesor. El tono y su conducta fueron, de principio al fin, decentes, de forma que no lo puedo relacionar de ninguna manera con la serie de los profesionales del crimen iniciada en el imaginario rumano por Vășinski, que él, seguramente, continuaba y representaba. Me temo que, al leer lo que acabo de escribir, otro encausado, que conoció al fiscal-coronel y se enfrentó a él en condiciones totalmente diferentes, podría sentirse indignado con mi descripción.

El fiscal me explicó que firmaría la prórroga de la orden de arresto preventivo por 30 días más, y que para hacerlo necesitaba una declaración. Me leyó un fragmento de uno de los materiales enviados a “Europa liberă”, cuyas copias en papel carbono encontraron en casa. Comentó luego, como para sí mismo y realmente de forma apreciativa, preguntándose cuándo habré tenido tiempo de escribir esos textos bastante cincelados... y ya, la declaración... Gabriel Andreescu, hijo de... nacido el..., nacionalidad..., titulado, profesión, casado, hijos, servicio militar... firma.

Me dictaba él para terminar rápido, según me dijo, de manera más elegante que el oficial que le acompañaba. Reconocía los hechos que ya había reconocido tantas veces, era una presentación fluyente y sintética de mis acciones... mencionaba el envío al extranjero de los libelos de contenido hostil que “denigraban el régimen socialista”.

Por tanto, llegamos también a este punto. El fiscal volvía a la historia de los libelos de contenido hostil y a su carácter denigrador que habían provocado muchos gritos en la habitación de los interrogatorios. Esta vez, seguí escribiendo las palabras dictadas, algo más acompasadamente, porque necesitaba tiempo para pen-

sar en la situación, pero también esperaba ver qué querían al final. El fiscal había pronunciado con suavidad el sintagma explosivo, y Mihai Popa en aquel momento dejó de respirar. Al ver que sigo escribiendo, el jefe de la investigación se relajó tan visiblemente, que me pregunté cómo pudo llegar a una posición tan estresante un oficial tan incapaz de disimular su estado de ánimo.

Llegué al final. Una declaración breve, de mejor estilo esta vez... “¡Firma!”, dijo en el mismo tono, como de paso, el fiscal.

La declaración tenía dos páginas. Pasé la primera, volví a leer la segunda... “Sabe Ud., le dije al fiscal, no tengo nada que ver con lo que está escrito aquí, con una sola excepción. Ya lo he dicho, no puedo firmar una declaración en la que afirmo que mis textos denigran. Ésta es su opinión, no la mía.”

Mihai Popa explotó. El fiscal no llegó a tanto, pero hizo una mueca de enfado. “¡Firma!”, me gritó Popa, y empezó a amenazarme. En tantos días de gesticulaciones ridículas, el jefe de la investigación no había logrado imponerme ni la más mínima autoridad. Esto lo sentía él también, pero dio la señal: “¡Firma!, ¡firma!...” Se levantó y llamó a otro oficial, el que no había entendido por qué era necesario calcular tres veces la probable producción de cereales.

Otro que no sabía cuántas veces son cinco. No era suficiente. En aquel momento llegó el comandante. El peso pesado. Tenía una fuerza que parecía barrer a todos los que estaban alrededor del escritorio. Gheorghe Vasile tenía a su favor el hecho de haberme convencido a renunciar a la huelga de hambre. Estaba seguro que desde entonces me dominaba y, una vez, cuando intentó sonsacarme una información, hizo un test que, probablemente, demostró su eficacia en otros casos: “¡Quítate las gafas!”, gritó y clavó su mirada en la mía, pidiéndome una respuesta.

Esa vez, el procedimiento fracasó. El despacho era grande, sin gafas los veías a todos como a través de una nube y, consecuentemente, más pequeños. Me divirtió la situación, y su demostración se esfumó en alguna cuestión colateral.

Por otro lado, debido a un cálculo que había vivido de manera desagradable, no intenté cambiar su impresión. Nunca me pegó ni me insultó, porque esto hubiera provocado una crisis. (Y yo era colérico, aunque me controlaba mucho.) En cambio gritó, me amenazó y me tuteó.

Ahora también empezó en tono *alto* e impuso su ritmo: “¡Firma!”... “¡Firma!”... “¡Firma!”. Gritaban entrecortadamente los cuatro. El comandante, el fiscal y los dos oficiales daban palmadas en el escritorio, acompañando aquel ritmo que habían inventado, ¿quién sabe?, en aquel momento, o que figuraba ya en algún libro clasificado sobre los interrogatorios.

Tenía el boli en la mano y miraba fijamente la hoja de papel. Me sentía como dentro de una esfera rodeada por un tumulto de ladridos. Me dije: ¿qué importa una línea azul dibujada como firma? ¿Quién puede saber qué ocurre bajo la coraza de hormigón de Rahova 39? ¿Es tan fácil hacer el gesto de firmar el papel con el boli! Acabaría bruscamente todo aquel jaleo inútil.

¡Estuve a punto de firmar la declaración! Pero tiré el boli y dije lo contrario: “¡No firmo!”.

Se detuvieron en seco. Quedé con el fiscal y Mihai Popa; los otros dos prefirieron abandonar la habitación lo antes posible. “De acuerdo!, me dijo Mihai Ștefănescu, ponga un asterisco y escriba ‘los libelos considerados denigrantes para el régimen socialista.’”

Hice la corrección y estampé mi firma. Comprendí lo fácil que era dejar escritas en un papel cosas que habría podido evitar. ¡Y por cuántos motivos! Algunos no se dan cuenta de la gran diferencia entre la frase “libelos que denigran” y otra en la que se afirma que se consideran denigrantes. ¿Cuántos no interpretan una firma como mero garabato en un papel? O, simplemente, su mano se mueve a la orden voceada por los que le interrogan? Todos esos motivos no contradicen la esencia pura del ser humano, y un compromiso firmado no es ni mucho menos la más importante prueba de la colaboración con los órganos de la Securitate, como decidió en su momento, la dirección necia del CNSAS.

CAPÍTULO 4. EL INTERMEDIO

La excarcelación

El día siguiente, 26 de enero de 1988, me llamó el comandante de la unidad para decirme, sin explicarme muy bien por qué, que a lo largo del día saldré de la cárcel. Firmé la hoja de excarcelación, luego recorrí en sentido contrario el camino de los procedimientos de la encarcelación, y recibí al final incluso la botella de champán que me habían quitado 32 días antes.

La amnistía y el indulto concedidos magnánimamente por el supremo jefe del país con motivo de su cumpleaños, el 26 de enero de 1988 – ¡70 años! – permitían librarse de la cárcel a todos los acusados por hechos que no constituían infracciones castigadas con más de diez años. En caso contrario, la instancia iba a establecer la duración de la pena, de la que se restaban 10 años.

Ahora bien, la condena por traición, incluso en la variante del 2º apartado, llegaba a 15 años. La amnistía firmada por Ceaușescu no significaba, de forma directa, salir de la prisión. Comprendí relativamente rápido que la medida se debió a la publicidad que se hizo en torno a mi caso en el extranjero, especialmente por la emisora “Europa liberă”. La noticia de mi detención cruzó la frontera muy pronto. Uno de los mensajeros fue Mihai Șora, que viajaba a Alemania precisamente aquel fin de diciembre del 87. Al enterarse de lo ocurrido gracias a Sorel Vieru, apuntó entre las notas de su agenda mi nombre y, al llegar a su destino, anunció inmediatamente la emisora de radio de Munich.

Los días siguientes a mi regreso a casa, me llamaron por teléfono tanto Dodo como Mihnea Berindei. Por primera vez oí la voz de este último, aunque sabía, naturalmente, quién era. “Estoy bien, he salido de la prisión”, dije, y luego se cortó la comunicación con el extranjero. Iba a restablecerse exclusivamente cuando,

por motivos varios, los del servicio de escuchas recibían la orden de confirmar alguna llamada que probaba que no había desaparecido.

La conclusión es que la Securitate decidió seguir investigándome en libertad. La regla de oro, según la cual si uno se convierte en un caso internacional se salva, se verificó también esta vez. Pero yo no podía conocer los detalles de la internacionalización de mi caso allí en Rahova 39.

Me pareció extraño, primero que me excarcelaran; segundo, que lo hicieron por la tarde-noche; y tercero, que me sacaron de la cárcel en un coche, en el que se sentaron Mihai Popa, el hombretón de su chófer que me había detenido y otro de los oficiales que me habían interrogado. Salimos por la calle Coșbuc, hacia Piața Unirii, pero no giramos a la derecha, hacia Parcul Tineretului, por el recorrido habitual, sino por la Calea Călărași. Parecía un camino que salía de Bucarest. Tenía todos los ingredientes para que uno se imaginara lo peor. Veía el futuro con una tristeza cuyo sabor era casi idéntico al que sentí más tarde, el 22 de diciembre de 1989, cuando me llevaron en un coche, en plena noche, de Buzău a una dirección que no podía imaginar.

Por un trayecto tortuoso, el coche llegó no obstante, ¡sorpresa!, a la calle Izvorul Mureșului. ¡Estaba en casa! Subimos las tres plantas, Popa llamó a la puerta, Mioara salió, sus ojos se abrían cada vez más, asombrados... “Se lo entrego”, dijo con una mueca cáustica el securista.

La explicación de mi salida de Rahova 39 de un modo tan particular, y de la manera en que le fui entregado a mi mujer con aquellas palabras la tuve solo al recibir del CNSAS el expediente de vigilancia de mi padre. Allí encontré la grabación de lo que Mioara le dijo a mi padre, y que él también comentó con otros, en un período en que los de T.O. grababan todo lo que se decía en casa de mis padres de Buzău. Mioara le pidió al oficial de la Securitate, al que, después de mucho tiempo, llegó a contactar, que la llamase por teléfono cuando concluya mi investigación.

Ante el asombro del individuo al oír tal petición, argumentó: “Porque sé que excarcelaron a muchos que pasaron por aquí, y no llegaron a sus familias..., no llegaron más a sus casas, dijo, y si alguien se interesaba por ellos, se le contestaba que habían sido puestos en libertad hacía 3 días, pero se los encontraba en alguna cuneta, atropellados por los coches...”

Los amigos

Abracé a mi familia; estaba también la madre de Mioara, que vivía en Constanța, para mayor protección de los niños. Estuve escuchando ávidamente los detalles del período en que me ausenté. Mioara me estuvo buscando un mes entero en la Fiscalía, donde le repetían lo mismo: “No está registrado en nuestras bases de datos”¹⁰⁶. El 4 de enero, a mitad de la noche, Dodo logró comunicarse con ella telefónicamente. Y ella le confirmó que estaba preso; por eso multiplicó sus intervenciones a mi favor. Pero, ¿quién sabe qué traería el día de mañana?

La mañana me traería las voces apagadas de mi familia. Me enteraría de otras cosas.

En cuanto se supo lo de mi detención, Priscila Banu, la madre de una compañera de curso de mi hijo, Ioana (pocos años después, Ioana, se convertiría en su esposa), llamó a Mioara. Se ofrecía a acoger en su casa a Liviu, si eso servía de ayuda. Gina y Sorin Vieru también la llamaron y se encontraron. Para Mioara este vínculo y la familia fueron el más importante apoyo.

Al enterarse de la detención por la Radio “Europa liberă”, Costina y Vasile Fulga también llegaron desde Constanța para animar y ayudar a Mioara. Costina fue compañera mía de instituto, en el Liceul B.P. Hașdeu de Buzău. Quedamos en buenas relaciones de amistad, a pesar de haber pasado muchos aconteci-

106 Esas experiencias están resumidas en una memoria suya del 12 de enero de 1988.

mientos en la vida de cada uno. Ella hizo la carrera de geología, recorrió montañas, entró a formar parte del círculo de espeleología “Focul viu”, ‘El fuego vivo’. Gracias a ella tuve la posibilidad de participar en la exploración de la cueva de Polovraci, cuando se descubrieron unos kilómetros más de galerías, convirtiéndose así en una de las más largas del país. En aquella ocasión conocí a Cristian Lascu, el líder indiscutible del círculo, al que le mencioné, en el otoño de 1989, en una charla sobre la posibilidad de crear en Rumanía un movimiento de oposición “que resista”, el ejemplo de los búlgaros y los grupos ecologistas que tuvieron éxito allí, y cuyas demostraciones conllevaron, efectivamente, el derrocamiento del régimen, en noviembre de 1989.

El marido de Costina era también geólogo, oriundo de Făgăraș, una persona tranquila, muy varonil, en estilo y pensamiento, que me gustó desde nuestro primer encuentro. Él me contó una historia que me fascinó, y que luego he incluido en la recopilación de pequeños textos titulada “Las últimas páginas del diario”, que también emprendería el camino a “Europa liberă”. El suceso ocurrió en algún lugar de Maramureș y la historia empieza con unos topógrafos que se vieron obligados a pasar por el patio de un campesino para hacer sus mediciones. El individuo no se lo permitió. Los topógrafos se quejaron al alcalde, el representante del poder llega y llama insistentemente a la puerta. El campesino le pide sosegado que deje de amenazar. El alcalde procura abrir la puerta, pero el campesino le dice: “¡Si entras, te rajo!”. El alcalde, acostumbrado a pisotear a los otros, descorre el cerrojo, entra y se encuentra con un cuchillo en el pecho. En el juicio, el campesino lamentó la muerte del representante de la autoridad, pero explicó que aquél había violado las reglas del lugar. Quería poner en guardia al juez: él tiene tres mozos en casa. Los tres, más fuertes que el acero. Todos harán lo que hizo él. Y, si el estado quiere violar su propiedad, necesitará más de tres alcaldes.

Vasile contó toda la historia riendo satisfecho y olvidándose de la parte sangrienta. La satisfacción por aquel orgullo total-

mente desaparecido en el mundo donde vivíamos la sentí yo también, intensamente. Incluí la narración entre los textos enviados a Occidente a través del correo clandestino.

El gesto de Costina y Vasile se repitió inmediatamente después de mi excarcelación. Vinieron de nuevo a Bucarest, a pesar de saber que estaban bajo vigilancia y que esto traería consecuencias; lo que de hecho les pasó en el trabajo. Aunque en casa nos escribíamos notas cuando queríamos comunicarnos algo confidencial, ellos hablaban sin cuidado y lo hacían incluso por teléfono.

Tenían dos hijos. Hacían lo que hacían sin imaginarse que en 1989 les liberará una revolución. Ni siquiera tuvimos una relación muy estrecha – los últimos años nos vimos raras veces; como para que la Securitate considerara las visitas apresuradas, humanamente, normales. Su temeridad era un reto al régimen.

Otro cambio de actitud, de la misma índole, sucedió con la familia Miroiu. A Adrian le conocí en 1978, cuando me interesaba la lógica modal, dominio cuyas puertas se me abrían en aquel momento. Nos encontramos en la parada BIG-Berceni, centro comercial grande y ceniciento, que podía ser, no obstante, un punto de referencia en los años de extremada pobreza del socialismo. Vivíamos cerca, pero no era únicamente esto, tenía con ese número uno de la promoción de la Facultad de Filosofía otro punto en común: había nacido en Buzău. Debido a la política particular promovida con los profesionales de primera magnitud, al final de la carrera Adrian logró quedarse en Bucarest, como redactor en la Editura Político, donde se ocupaba de los libros de filosofía analítica, lógica y epistemología.

Nos encontramos también “en familia”. Mihaela era indiscutiblemente la cabeza visible del matrimonio Miroiu, pero también de un pequeño grupo de intelectuales que se reunía semanalmente en su casa, y hablaban de filosofía, arte y política. Añadían página tras página a su revista *hand made* con un título autodesconspirante: *Câr-Mâr* (‘Refunfuño y Gruñido’), el nombre del grupo. Eran más jóvenes que nosotros; unos años, no más. En

algunas de sus veladas se bailaba, se hablaba con humor o de manera sentenciosa, “casi se divertían”, y, probablemente, eso se debía también a su situación económica un poco mejor que la de otros. Entre ellos, el pequeñajo, Andrei, con el que ambos hacían filosofía, como se enterarían más tarde, *philosophy of children*.

Tal vez nos apreciábamos mutuamente, yo a ellos, seguro, pero los contactos siguieron siendo esporádicos; la diferencia de edad, la impresión de que, sin embargo, pertenecíamos a mundos distintos no permitían en aquel período tener una relación más profunda. En 1987, éramos conocidos, no amigos.

Después de salir de la prisión, avisé a la gente con la que tenía vínculos que era mejor para ellos que no me buscaran. Para la mayoría mi advertencia era superflua. Pero el matrimonio Miroiu me / nos buscó inmediatamente. Les advertí también a ellos. La reacción fue más clara aún: desde aquel instante, Adrian y Mihaela estuvieron muy presentes física y afectivamente. Se convirtieron en parte del pequeño grupo que nos aseguró la protección a un importante nivel, difícil de detallar, el del confort que te da la presencia humana.

La revolución significó efectivamente algo para mis nuevos amigos. Les permitió hacer dos carreras, de acuerdo con sus capacidades, algo inimaginable antes del cambio. Demostraron su atracción por el *leadership* profesional del reconocimiento, tranquilo-casi tímido, en el caso de Adrian, impetuoso en el caso de ella. Auténtica jefa de la escuela feminista después de los cambios, Mihaela, quien coqueteaba con la literatura cuando ésta significaba algo, cristalizó su estilo en los años 2000. Unos días después del derrumbe de las torres gemelas, el 21 de septiembre de 2001, escribió las más extraordinarias páginas que he leído sobre la ausencia de las mujeres en el mundo musulmán.

En uno de sus muchos libros que firmó años después, Mihaela pone de relieve las implicaciones de nuestra amistad, tema que obvió, discretamente, en todas nuestras conversaciones: “Los chicos y las chicas de la cooperativa servicios de información esta-

ban en sus puestos desde hacía mucho tiempo, me vigilaban y, a veces, me amenazaban. Estaban contentos, sin embargo, porque no escribía manifiestos. Estaban descontentos porque no me callaba la boca delante de los alumnos y los compañeros. [...] Además, tal vez, lo más grave desde el punto de vista de los camaradas imbuidos de responsabilidad, era mi amistad con Gabriel Andreescu¹⁰⁷.

Mariana Macri, creadora de tapicerías, y una de las visitas muy presentes durante mi protesta mediante la huelga de hambre, estrechó también de modo parecido sus relaciones conmigo. El resultado más importante del nacimiento de ese núcleo de amigos que se apiñaron, en el sentido recto de la palabra, en torno a nosotros, que manifestaban su solidaridad casi ostentativamente, fue el sentimiento de comunidad que invadió la familia. No había otra cosa por la que pudiera serles más agradecido.

El llamamiento de la Solidaridad polaca

Me devolvieron a mi familia, pero me alejaron de los compañeros. Tuve que marcharme del laboratorio de hidrología de las vertientes pequeñas, e instalarme en el laboratorio de radiación solar, en la filial de Afumați. Mi trabajo de fin de carrera versaba sobre la radiación solar captada por las superficies de revolución simétrica, pero no creo que ese sea el motivo por el que me colocaron en aquel laboratorio. De hecho, no sé nada sobre las razones de este traslado.

Siguió un período confuso. Desde mi perspectiva, había ocurrido algo que encajaba perfectamente en el proyecto de disidencia. Las protestas pseudo-filosóficas habían llegado a Occidente,

107 Mihaela Miroiu, Mircea Miclea, *R'Estul și Vestul* ('El r'esto y el Oeste'), Iași, Editura Polirom, 2005, p. 168. El título encierra un juego de palabras intraducible al español: rum. *restul*, escrito sin apóstrofe, significa 'el resto', mientras rum. *Estul* significa 'el Este' (n.tr.).

me habían encarcelado – como dije, era un test con el que soñé – , en realidad, tuve mucha suerte. ¿Y luego qué?

La vigilancia era total. Tal vez lo era antes, pero ahora era también visible. Un coche seguía a diario el bus en el que iba a Afumați y paraba antes del puente de la terminal. Los otros pasajeros también lo habían visto. Me estaban investigando en libertad y, por tanto, me llamaban periódicamente a hacer declaraciones.

Mi objetivo no había sido éste, ir a trabajar cada día acompañado. Sumergirse en una vida inútil y anónima no significaba solo fracasar, era también peligroso. Me había cautivado el activismo explosivo de Bukovski, y ahora me sentía inútil como a finales de los años '70. El telón que me separaba del mundo verdadero ya no era de acero, parecía un muro de algodón que le ahoga a uno, y en el que cada golpe esta destinado a ahogarse sin ruido.

Mientras tanto, estaba esperando. Una tarde del mes de marzo, cuando escuchaba “Europa liberă” – costumbre cotidiana – oí la noticia sorpresa: el sindicato polaco Solidaridad dirigido por Lech Walesa decidió celebrar una conferencia internacional en Cracovia, a la que invitaba a disidentes rumanos. La voz archiconocida leyó la lista de los invitados, que transcribo aquí: Ion Puiu, Doinea Cornea, Radu Filipescu, Mariana Celac Botez, Dan Petrescu, Liviu Cangiopol, Florian Rusu, Nicolae Fiștioc, Gabriel Andreescu¹⁰⁸. La reunión iba a celebrarse entre el 25 y el 28 de agosto de 1988.

108 Más tarde, en los materiales de la Securitate, descubrí que habían sido invitados los del grupo “România liberă” afincados en Hungría, los participantes y/o simpatizantes en los acontecimientos de Brașov y especialistas en los problemas polacos: Maria Cela, Monica Crețu y Eugen Crețu – véase el informe del teniente-coronel Gâdea Constantin de la 1ª Dirección de la Seguridad del Estado (DDS), firmada el 13 de agosto de 1988, concerniente a “la acción de Cracovia” del 25 de agosto de 1988 (Archivo CNSAS, D. 21/2, s.f. 26-29).

Estaba sentado en la moqueta con las piernas cruzadas, en posición de loto, y di un brinco. Sabía que no había modalidad alguna de llegar a Cracovia. Pero podía enviar algún material. Un mensaje, una carta que, puesta en valor por el contexto, adquiriera relevancia internacional. Tenía a disposición unos meses, porque los organizadores tuvieron el detalle de dejarles a los participantes un período de preparación.

Antes que nada, el deber de honor: pedir el visado para ir a Cracovia. En 1987, aproximadamente, “los órganos” inventaron el sistema de exigir a los que querían recibir un pasaporte para salir al extranjero una especie de visto bueno del ente donde trabajaban. Método interesante de hacer cargar a los compañeros con la negativa. Me presenté al IMH y entregué la solicitud de viajar a Polonia. “¿Pero, no trae la carta de invitación?”, me preguntó el jefe del servicio de personal, el señor T. Ionciã, en un tono civilizado, saboreando, probablemente, la ironía de la pregunta. No tengo esa carta, pero la invitación es de dominio público. Gracias a “Europa liberă”, le dije. “Lo intentaremos”, me contestó con el mismo tono amable, y me dijo que le preguntara por la respuesta.

Lo hice pero puramente de forma, pero borré de mi área de interés la gestión, que no tenía relevancia práctica. Tenía que concentrarme en el modo de enviar el mensaje a Cracovia. No existían muchas posibilidades. Yo no tenía la posibilidad de contactar con las bibliotecas extranjeras. Descarté la idea de buscar a alguien que me llevara el texto. Entre los conocidos de la familia Vieru había algunos que viajaban de cuando en cuando a Occidente, pero obvié cualquier alusión al tema. La idea de tener remordimientos de conciencia por alguien que intentaría ayudarme me parecía insoportable.

Guardaba, sin embargo, un as en la manga: la carta de la Embajada de los Estados Unidos, recibida en abril de 1988, por la que se me invitaba a hacerles una visita. Debía ir a la embajada y hablarles de los motivos de mi detención. Me preguntaba por qué habrían permitido que la carta llegara a mi buzón. Tenía dos

explicaciones posibles: una, que las autoridades tenían un acuerdo con el Departamento de Estado para que ese tipo de mensajes lleguen a los destinatarios; otra, que contaron con que yo presentaría una solicitud de emigrar y, de este modo, se libraban “del caso”. Estaba incluido en la serie de aquellas personas cuyas protestas y críticas, como decían por el mundo los representantes de Rumanía, no eran más que una modalidad de obtener un pasaporte.

Así que redacté la carta. Escribí sobre la muerte de la ideología comunista, el cansancio de las sociedades del este de Europa, sobre los “profesionales de la firmeza”, firmeza que evita nuevos sufrimientos a sus semejantes, y terminé con una fórmula tan refinada como autista-política: “...el universo tiene su propia sabiduría, a la que los hombres no se pueden oponer infinitamente”.

Transcribí el texto en un trozo de papel lo bastante pequeño para esconderlo en los zapatos. Era papel cebolla de unos tres centímetros por siete, despegué la plantilla de plástico a la altura del tacón, puse el trozo y volví a pegar la plantilla. No se veía, aunque mirara uno atentamente. Luego fui a la caseta que estaba delante de la Embajada de los EE.UU., enseñé la invitación y pedí permiso para entrar. La respuesta fue un “no”. Llamé a la embajada, pedí hablar con la señora Sutton, según recuerdo, la que había firmado la carta, hablé con ella, y Miss Sutton me pidió que la esperara en la calle Batiștei, cerca de la embajada. Vino, me acompañó y, con un movimiento protector se situó entre mí y el guardián en uniforme de policía, empujó la puerta con la mano y... ya estaba en territorio norteamericano.

Le expliqué rápido que quiero transmitir un mensaje, su contenido y su destino. Me invitó primero a escribir sobre mi detención, lo que hice más o menos meticulosamente. Luego, en una hoja amarilla rayada, que todavía veo ante mis ojos, copié la carta para Cracovia en tamaño aceptable. Para mi sorpresa, me invitó a tener una conversación con la responsable de emigración, la señora Kristensen. Ésta me preguntó si deseaba, eventualmente, ir

a los Estados Unidos, y me dijo que podía presentar una solicitud de emigración a los EE.UU.

En otros tiempos, la invitación me había entusiasmado, pero mi paso por Rahova 39 había excluido, como lo dije tantas veces, el tema de mi emigración. No sé si el “no” que le contesté fue lo bastante firme y centrado en lo esencial, pero le expliqué, en cambio, que mi deseo es que mi familia reciba el visado de emigración si llegara a ser detenido, idea que posteriormente repetí en cada encuentro en la embajada. “La política de los Estados Unidos es de reunificación de las familias, no de separación”, me contestó ella, como ya lo mencioné, sin hacerme vacilar en mi convicción de que si llegara a estar entre rejas, los míos emprenderían el viaje a América.

Las medidas “complejas y combinatorias” de la Securitate

Estuve aproximadamente dos horas en la Embajada norteamericana. Salí por la puerta vigilada por policías rumanos con malas miradas, nadie me paró, y me dirigí lentamente a casa, donde llegué, esta vez, sin incidentes. Estaba seguro que la carta de adhesión a la conferencia de Cracovia llegaría al destinatario adecuado. Había logrado sacar algo más de la prisión de Ceaușescu, que parecía hermética.

“Europa liberă” difundió la carta a mediados de septiembre de 1988. A Cracovia no llegó nadie de Rumanía; en cambio, a los participantes se les entregaron dos cartas, una firmada por Doina Cornea, otra, por mí. Los textos se publicaron en la prensa internacional (entre otros medios, la revista *L'Alternative*) y fueron analizados como representativos para el tipo de pensamiento fomentado por las voces críticas de Rumanía.

Mucho más tarde supe que, a raíz de lo escrito por mí, me habían elegido para formar parte del Comité de Investigación y Documentación de los Países del Este, de Polonia. De todas formas, no tuve los medios para desempeñar este cargo. Me encon-

tré con los líderes de Solidaridad únicamente después de 1990. Descubrí apenas en el año 2006, al consultar el Archivo CNSAS, el listado de medidas tomadas por el Departamento estatal de la Securitate para impedir a los invitados¹⁰⁹ a enviar mensajes a la Conferencia de Cracovia. Transcribo un breve fragmento de un documento mencionado ya:

*Gabriel Andreescu de Bucarest y Dan Petrescu de Iași hicieron ya algunas diligencias para participar en la reunión.

*Referente a Dan Petrescu, informo que se actuó de forma combinada a través de la dirección de la Biblioteca Universitaria de Iași, donde trabaja, para que no se le permita salir al extranjero. A saber, la dirección de la biblioteca le contestó que, actualmente, su viaje al extranjero no ha lugar, porque no han transcurrido aún 11 meses desde que firmó el contrato.

*Estamos informados que tiene la intención de escribir y enviar un material a Cracovia, aprovechando determinadas circunstancias.

*Liviu Cangiopol, vigilado por la Securitate de Iași, hasta la fecha no ha hecho gestión alguna para viajar a Polonia.

*Doina Cornea de Cluj fue recibida el 14.06 [1988] por el jefe de la Securitate de Cluj en una audiencia, y, al referirse a la invitación de participar a la reunión de Cracovia, que recibió mediante “Europa liberă”, afirmó que ella no se consideraba disidente sino opositora a la política del partido. Preguntó si podía mandar una carta de agradecimiento a Lech Walesa, explicándole por qué los disidentes de Rumanía no se pueden reunir. Insistió también en que se le informara si hay garantías de que la carta llegará a su destino. Aunque el 20.07.1988 tuvo otro encuen-

109 El informe evidencia que las invitaciones a la reunión de Cracovia se habían enviado también por carta y a través de la revista *Kontakt*, editada por los miembros de Solidaridad en Francia. El teniente-coronel Gâdea Constantin apunta en un escrito que la Unidad Especial “S” las había interceptado en su totalidad.

tro con el jefe de la Securitate, no volvió a tocar este tema. Es posible que haya transmitido verbalmente ciertos mensajes a la reunión que es objeto del presente informe, mediante los periodistas belgas Bigolet y Dubjie, el inglés Almond, que la contactó el 20, 21 y 27.07 [1988], así como a través de las ciudadanas de Alemania Occidental Hilbert y Suhan, quienes la contactaron el 01.08.1988. En la actualidad está en Rumanía también su hija, con su marido, quienes, inicialmente, le dieron a entender que se quedarían hasta el fin del mes. Tenemos bajo control la actividad de todo el grupo y actuaremos de acuerdo con la evolución de la situación operativa.

¡He aquí, guardadas durante décadas, descripciones claras sobre la actitud de Doina Cornea y Dan Petrescu! El documento del Archivo CNSAS, sin embargo, hace hincapié de manera peculiar en la amplia movilización de fuerzas para prevenir toda sorpresa relacionada con la conferencia. El oficial de la Securitate había subrayado “la identificación y comprobación de todas las personas que solicitan viajar a Polonia o países vecinos”, que a nivel departamental la Securitate establezca medidas “correspondientes”, y para cada caso en particular, “medidas complejas y combinatorias”. Se pedía que se impidiera abandonar el país a “los elementos” invitados. En el período mencionado se había establecido “el control total de los mismos, para prevenir eventuales contactos con extranjeros o rumanos de viaje por ese espacio, que pudieran transmitir posibles mensajes”.

La visita de Gheorghe Huțanu

Es de suponer, teniendo en cuenta la amplitud de las medidas preventivas, que a la Securitate le hubiese caído bastante mal el fracaso a la hora de excluir toda voz de la disidencia rumana en Cracovia. Había sido un test de la capacidad del régimen de controlar la población mejor que los otros países socialistas cada vez

más influidos por la *perestroika*. Es de suponer también la rabia de los oficiales reprendidos por sus superiores. Había suficientes motivos para esperar una provocación.

Me llamaron unas cuantas veces para interrogarme. A los securistas les ponía nerviosos mi explicación: había enviado la carta por correo ordinario. Pasó también ese temporal, pero estaba mucho más atento que de costumbre. Y siguieron algunos acontecimientos que parecían un guión prendido con alfileres. El personaje principal era un individuo de Buzău, Gheorghe Huțanu. Debo advertir que en aquel período estaba bajo una estricta vigilancia, me seguía un coche 24 horas de las 24, adondequiera que fuera.

Un domingo del mes de julio de 1988, Mioara tuvo que ir a un simposio en alguna localidad del país. Los hijos estaban de viaje. Me quedé solo, como no me había ocurrido casi nunca. Y justamente entonces, por la mañana, recibí una llamada de una persona que me dijo que era de Buzău, un conocido de mi padre, llamado Gheorghe Huțanu. Me explicó que oyó hablar de mí en “Europa liberă”, y que quería encontrarse conmigo aquella misma mañana. Le contesté que estaba bajo vigilancia y que no quería crearle problemas. Era extraño que se arriesgara. Las llamadas, así como los micros en casa no ofrecían ninguna posibilidad de tener un contacto discreto, y él debería haberlo sabido. No obstante, insistió. Le cité en el Parcul Cișmigiu.

Hubo también otros motivos para que sonase la alarma. Me acordé que la primera vez cuando un oficial de la Securitate me citó en el centro, en 1979, me llamó exactamente cuando Mioara estaba fuera, en un simposio científico. También un domingo en el que, de modo totalmente excepcional, estaba solo. Y puedo contar con los dedos de una mano cuantas veces hubo situaciones idénticas en 15 años. Naturalmente, la Securitate prefería tender sus trampas cuando no podía comunicarme, consultar con alguien, o dejar algún mensaje. Estaba convencido que el fracaso al interceptar el mensaje a Cracovia los incitaría a vengarse.

Fui al Parcul Cișmigiu, donde teníamos la cita. Por el camino, no me siguió nadie. Estaba curioso por ver qué me esperaba en el parque. Me esperaba una sorpresa, pero tampoco pude decirle categóricamente que “no” a la persona que pidió verme.

Me contó que fue compañero de mi padre, detalle que a mí me sugirió un guión elaborado con muchos pormenores. Me dijo que había enviado cartas a “Europa liberă”, que la emisora había radiado. No sabía nada de él, pero hace poco descubrí dos cartas suyas que habían sido leídas en el programa de “Europa liberă”.

Me dijo que estaba preparando un texto dirigido a las instancias superiores del partido y del estado. Me lo enseñó, eligió unas páginas y me las dio, para pedirme mi opinión. Miré a mi alrededor. Hasta aquel momento todo tenía el aspecto de un delito flagrante preparado con todas las de la ley.

Miré rápidamente las páginas, vi acusaciones al régimen, le dije que si lo encuentran con este texto puede ser detenido, exactamente como me pasó a mí en 1987. Insistió en que cogiera el sobre. Quería que se lo llevara a la familia de Mihai Botez, quien, seguramente, afirmaba él, tenía la posibilidad de enviarlo al extranjero. No recuerdo si le pregunté por qué no se le ocurrió ir directamente a ver a la familia Botez, ya que tuvo la valentía de contactar conmigo, en vez de recurrir a tales rodeos. Debía devolverle el sobre lo más rápido. Se lo puse en mano. Después de meterlo en su cartera, me quedé más relajado. “El momento” del flagrante delito parecía haber pasado. Le pedí el número de teléfono de su casa. Y le prometí que le llamaría de vez en cuando, como medida de protección.

Nos despedimos y me fui directamente a casa, con la convicción de haber escapado dignamente de una trampa. En agosto fui a Buzău a ver a mis padres. Le llamé desde un teléfono público, me contestó, me dijo que estaba bien... y nada más.

Aproximadamente un mes después, volví a llamarle; esta vez me dijo que tenía problemas. Sin quedar, media hora más tarde vino a casa de mis padres. No quise hablar con él en casa, pero

lo hice mientras lo acompañé cuando se marchó. Había estado encarcelado un mes.

Gheorghe Huțanu decidió renunciar a su actividad. Invocaba la enfermedad y la necesidad de relajarse.

Huțanu después de 1990

En noviembre de 1988, me trajeron de nuevo a la Securitate para interrogarme. Poco a poco, me llevaron con sus preguntas, al encuentro con Gheorghe Huțanu. Lo sabían todo. Me pidieron una declaración por escrito, conté todo lo que ellos sabían, pero en la conversación omití mencionar a Mihai Botez. Después de la fórmula “La presente está escrita de mi puño y letra y, como tal, la mantengo y firmo”, tras unos minutos, en los que, probablemente, el oficial leyó la declaración, me llevaron al jefe de la Dirección, el duro Gheorghe Vasile.

Entré en su vasto despacho, de doble puerta y toda clase de sistemas de seguridad. Esta vez estábamos a una distancia de unos metros. Dijo algo por decir algo, yo también dije algo “por decir algo”, y, finalmente, tocó el tema... Mihai Botez. Interesante. Parecía querer transmitirme un mensaje. Mihai Botez no regresará. Porque si lo hace, será detenido directamente en el aeropuerto y llevado directamente a la prisión. “Ellos” habían descubierto cosas que le convertían en delincuente.

¿Por qué quiso hablar de Mihai Botez? Yo no había tenido ningún contacto con él. De todos modos, mencionar sin ton ni son al conocido disidente confirmaba mis sospechas respecto a Huțanu. Posteriormente, “Europa liberă” informó de la decisión de Mihai Botez de quedarse en Occidente y de sus motivos, que hizo públicos en el mismo instante cuando decidió no regresar a Rumanía: las autoridades tenían pruebas de que había aceptado dinero de una fundación occidental. De vuelta a Rumanía, habría sido acusado de haber vendido informaciones hostiles al país. Los abogados le aconsejaron que no se arriesgara a pasar por

un juicio en el que, “esta vez”, su situación habría sido difícil de defender jurídicamente.

El argumento del dinero no me convenció en aquel momento, y menos todavía unos años después, cuando pude identificar con más facilidad las variantes mediante las cuales la Securitate legitimaba el encarcelamiento de un opositor. ¿Habría querido el coronel Gheorghe Vasile que yo propalase esa información? De esa manera contrarrestaría las suspicacias expresadas más tarde por Dorin Tudoran acerca de la disidencia de Botez. O, pura y llanamente, habrá sido el juego del hablar y el tantear, que implica tantas cosas dichas al azar.

La historia parecía tener también un final. Un tiempo después de crearse el Grupo por el Diálogo Social y salir la revista 22, Gabriela Adameșteanu me trajo una carta de un lector, para la publicación. Tenía varias páginas, bastante bien escritas, y me acusaba de haber contribuido a represaliar a su autor. Estaba firmada por... ¡Gheorghe Huțanu! Le expliqué a Gabriela cómo pasaron las cosas, y ella decidió por sí sola no publicar la epístola que parecía un engendro típico de aquellos tiempos turbios.

Tiempo después de crearse Alianța Civică (‘Alianza Cívica’), fui a Buzău a participar, en calidad de vicepresidente del Consejo Nacional en aquel entonces, a una reunión de la filial local. Entre los líderes de la filial estaba Gheorghe Huțanu. Estaba callado, reservado, totalmente inadaptado a su posición de activista cívico. Ni yo, ni él mencionamos nuestros encuentros del pasado. Volví a Buzău por conversaciones políticas en el período de creación de la Convenția Democratică (‘Convención Democrática’). Huțanu formaba parte también de la CD, como representante del Partidul Național Țărănesc-Creștin Democrat (PNTȚ-CD), pero no estoy muy seguro. Era la trayectoria típica de un ex confidente.

En los años 1993-1994, le perdí de vista completamente. A Huțanu ya lo tenía encasillado.

Un acontecimiento puede tener muchas explicaciones

Aun así, la idea de que algún día tendré la prueba de su colaboración con la Securitate y de la faena de 1988, nunca me abandonó. En el 2007, inicié una investigación acerca de la resistencia durante los años '80. Como sabía que Gheorghe Huțanu era el autor de unos textos enviados a “Europa liberă”, pensé que era una buena ocasión para interesarme por él. Fui al CNSAS, donde estaba acreditado, presenté la solicitud para tener acceso a los expedientes del archivo a su nombre, y le indiqué a la jefa del departamento: “no solo los expedientes de vigilancia informativa, porque Gheorghe Huțanu, *por lo que sé*, debería tener también un expediente de red¹¹⁰.”

Exageraba. Pero tenía también la experiencia anterior, cuando un expediente-prueba de colaboración con la Securitate me llegó unos meses más tarde, solo después de haber pedido revisarlo¹¹¹. Recibí el expediente de vigilancia informativa a principios del

110 Expediente llamado también en ciertos períodos “personal”, que reunía, por capítulos, todos los materiales utilizados para captar a un informador, y los resultados obtenidos por éste durante toda su actividad como tal. El expediente se actualizaba permanentemente con nuevos documentos que debían justificar la utilidad del informador, sus cualidades, y el resultado de las verificaciones hechas por sus superiores. También incluía un registro de las recompensas (cantidades de dinero recibido, facturas, regalos). Cuando el informador dejaba de colaborar con la Securitate, se añadía un informe justificando el cese (traición, falta de posibilidades, fallecimiento, etc.) [Radu Cristescu, *Spionajul și contraspionajul pe înțelesul tuturor. Mic dicționar al serviciilor secrete* (‘Espionaje y contraespionaje para todos. Pequeño diccionario de los servicios secretos’), București, Editura Evenimentul Românesc, 2000, p. 53-53] (n. tr.).

111 En el año 2006, solicité y se me entregaron los expedientes de vigilancia informativa del profesor de yoga Sorin Mario Vasilescu. Como encontré algo raro durante la lectura, tras un tiempo, pedí volver a verlos. Cuando fui al CNSAS, me dieron los tomos que había leído, pero, sorpresa, también un expediente de red. Si no me hubiera obligado la escrupulosidad del investigador, me habría quedado con una visión del caso seriamente alterada. Para más detalles, véase Gabriel Andreescu, *Reprimarea mișcării yoga*

año 2008. Era grande, cinco tomos. El señor Huțanu era hombre de mucho mundo.

No me había hecho ningún feo. En los años 1949-1950 estuvo en prisión, dos años y seis meses. Envió, efectivamente, una carta abierta a “Europa liberă”, que encontré en el archivo de Open Archive Institute de Budapest, y luego en el fondo creado por Mihnea Berindei en la Bibliothéque de Documentation Internationale Contemporaine de Nanterre.

En ese caso, ¿por qué envió Gheorghe Huțanu su epístola hostil a la revista 22, en 1990? Una explicación podría ser la intoxicación, práctica sistemática de la Securitate para crear disensiones, disgregar los grupos. El expediente del Archivo CNSAS demuestra que los oficiales de Ilie Merce¹¹² intentaron y lograron crear suspicacias entre Huțanu y su cuñado¹¹³.

Gheorghe Huțanu abrigaba un descontento auténtico a causa del comunismo y los comunistas y, de vez en cuando, lograba llamar al pan, pan y al vino, vino. Lo hizo a lo largo de muchos años y lo repitió incluso después de que la Securitate le dio otro golpe más. Cuando vino a verme, en 1988, Huțanu seguía recogiendo materiales que consideraba subversivos y escuchando “Europa liberă”. Entre los textos incriminatorios que le confiscaron estaba

în anii '80 ('La represión contra el movimiento yoga en los años '80'), Iași, Editura Polirom, 2008.

112 Ex coronel de la Securitate, que trabajó en los años '80 en la 1ª Dirección, departamento de arte y cultura. Actualmente es parlamentario por parte del Partidul România Mare ('Partido Rumanía Grande').

113 Transcribo un fragmento de la Nota-análisis del 8 de septiembre de 1989: “Dado que se prevé crear disensiones entre Constantin Mircea y Huțanu Gheorghe, se realizó un registro (el 16.07.1989) en el piso de la familia Constantin, cuñado del segundo [...] El día 18.07.1989 fue interrogado con fines informativos Constantin Mircea, quien reconoció haber escuchado a veces con Huțanu Gheorghe los programas de radio de “Europa liberă”, y que los comentaron. Se le dio a entender que sabíamos esto por la declaración de Huțanu Gheorghe” (Archivo CNSAS, expediente I 233672, t. 3, s.f. 354-354v).

también el borrador de un llamamiento dirigido a la dirección superior del partido, “así como una carta titulada “Muy estimada señora”, fechada el 1 de julio de 1988, dirigida a la señora del profesor Mihai Botez”¹¹⁴.

Huțanu era valiente cuando estaba solo, consigo mismo. Pero no resistía ante los oficiales de la Securitate. Yo conocía los métodos de los que interrogaban. Los oficiales dictaban las declaraciones. Le pedían únicamente que las firmara. ¡Y él las firmaba! Probablemente los securistas se regocijaban al amenazarle excesivamente, pidiéndole que reconociera haber sido informado del envío al extranjero de nuevos textos hostiles; sería acusado de traición, crimen, castigado con la pena capital y la incautación total de sus bienes. No hubo ningún caso de autores de cartas enviadas a “Europa liberă” que fueran castigados con la pena de muerte. Seguramente que los securistas de Buzău experimentaban una gran satisfacción mirándole a Huțanu como escribe al dictado las ineptias que le obligaban a reconocer, como si se hubiese puesto él mismo la soga al cuello.

La embajada que desempeñó un papel

Después del interrogatorio concerniente a la carta enviada a Cracovia, llamé por teléfono a la señora Kristensen. Nos encontramos en la calle Batiștei, y le hablé de la reacción de las autoridades. Cuando me volvieron a traer a Rahova 39, escribí en mi declaración que me había encontrado con la diplomática norteamericana y que di fe de la amenaza de los securistas de que llegaría tras los barrotes.

A comienzos del mes de noviembre de 1988, tuve otro encuentro en la Embajada de los Estados Unidos. Casualmente le había telefonado de nuevo a la señora Kristensen. Contenta, me comunicó que me habían mandado una invitación a una reunión

114 Archivo CNSAS expediente I 233672, t. 3, s.f. 349v.

que se iba a celebrar en la misma sede de la Embajada. Me preguntó si podía acercarme en aquel momento. Bajó, y me recogió en la calle Batiștei. En la Embajada me esperaba Ingmar Judit, que se presentó como la representante del gobierno norteamericano en la Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa. Estaba en Rumanía para documentarse sobre la situación de los derechos humanos, de acuerdo con el mandato de la CSCE. Me habían invitado a mí también, pero, en aquella ocasión, las autoridades retuvieron la invitación, porque tomaban medidas para evitar confesiones de las víctimas, objeto de informes presentados en las reuniones internacionales. Era un encuentro clave. ¡Qué suerte! Estoy convencido que la Securitate se imaginó que tuve una posibilidad secreta de comunicarme, si contacté con la Embajada en aquel mismo momento.

Le dije a Ingmar muy concretamente lo que había que decir sobre lo que sucede en Rumanía. Era muy joven; me asombró que los norteamericanos enviaban a conferencias con viejos diplomáticos comunistas experimentados en la maldad muchachas tan jóvenes. La ingenuidad y la estereotipia, evidentemente, eran algo propio de mí. Quizás porque parecía tan ingenua, tuvimos una charla muy amistosa. Años después, ella también me confesó que la sorprendí en aquel momento, porque, a diferencia del comportamiento habitual, no me quejaba de lo que me pasaba a mí. Hablaba de lo que les ocurría a otros. Me quedé con un cálido recuerdo de ella, que tuve la oportunidad de confesárselo después de la Revolución, a finales de marzo de 1990. La encontré en Budapest, donde me había invitado el National Republican Institute para participar en la monitorización de las elecciones de Hungría. Luego quedamos en buenas relaciones; ella seguía trabajando para la CSCE, y yo tenía contactos con varios medios institucionales y políticos, incluida la CSCE. Después se hizo periodista free lance, escribía artículos sobre la región que conocía. La relación con Ingmar se interrumpió a mediados de los años

'90. En la actualidad, siento no haber conservado su dirección: le habría mandado cada Año Nuevo una felicitación.

Vuelvo al tema. Todo lo bueno se paga. Salí con las dos ciudadanas norteamericanas, y en la avenida de Bălcescu, aproximadamente a la altura de la sala Dalles, nos despedimos. Unos diez metros más adelante volví la cabeza y llegué a ver sus siluetas alejándose en el atardecer; cuando volví la mirada hacia adelante, un oficial uniformado de la Policía me agarró del brazo. Me llevó hasta la agencia de las Líneas Aéreas Hebreas, en Batiștei, y me dijo que esperara. Estaba rabioso y era brutal, diría que estaba a punto de darme una paliza. Me quedé esperando... Muy tarde, cuando casi anochecía, me dijo, en el mismo tono, que hubo una confusión.

Me fui a casa, al barrio Berceni, en metro, trolebús, y andando, llegué al bajante de basura donde debía doblar la esquina para ir hacia el edificio donde vivía. Allí mismo, detrás del bajante, me esperaba el equipo de la Securitate, los que me detuvieron en diciembre de 1987.

¿Por qué no me arrestaron inmediatamente? ¿Por qué fue necesario el montaje de la calle Batiștei? ¿Sería otro esquema de su algoritmo psicológico? La jornada que había vivido fue llena de acontecimientos de gran carga emocional. Por mucha fe que tenga uno en sí mismo, la emoción, inclusive la positiva, consume. Los que juzgan distanciados cómo reacciona una u otra persona ante las adversidades de la vida olvidan a menudo lo diferentes que son los seres humanos. Mitos, filosofía, amores y sensibilidades, ideología, psicología y fisiología. En la calle Batiștei había orinado junto a un muro, porque estaba bajo tensión desde hacía unas horas. Y ahora, ¡helos de nuevo aquí, esperándome! Sentí un cansancio muy intenso. ¿Cuántas horas me retendrán? ¿Toda la noche? ¿Cuántas decenas de declaraciones me pedirán? Y en casa, ¡me estaban esperando sin saber nada!

Ya no sé cuánto tiempo estuve allí. A la Securitate le gustaba trabajar de noche.

Los periodistas de Mihnea

Después del acontecimiento Cracovia, parecía que de nuevo perdía el horizonte, a pesar de la conversación de la Embajada americana. Vigilado en permanencia, evitando recurrir a los conocidos como canales de comunicación, para que no corran el riesgo de la prisión, hubiera quedado completamente incomunicado con el Occidente, si todo lo ocurrido antes no habría tenido consecuencias independientemente de mi voluntad. La suerte fue que, mientras tanto, Mihnea Berindei, entonces vicepresidente de la Liga para la Defensa de los Derechos Humanos en Rumanía, con sede en París, me incluyó en la lista de los opositores activos, que interesaban a los periodistas que se atrevían a llevar a cabo investigaciones en el feudo de Ceaușescu.

Lo que hizo Mihnea a lo largo de los dos años, desde diciembre de 1987 hasta diciembre de 1989 – publicar los textos enviados a Occidente, publicitar mis acciones, preparar a los periodistas cuyo objetivo era Rumanía –, confirió sustancialidad a mis actos en el país. Además, la propaganda de Mihnea contribuyó también a mi seguridad. Fui consciente todo el tiempo, entonces como ahora, de lo mucho que le debo a Mihnea. Y no solo a él. En la Liga eran muy activos también Dinu Zamfirescu, quien difundió mis entrevistas en Francia, Sanda Stolojan, la presidenta de la organización, la que firmaba las listas de los presos de conciencia que se enviaban a organizaciones de todo el mundo; Adriana Combes, hija de la señora Cornea, quien casi renunció a su vida familiar para apoyar la tímida protesta de la Rumanía de los últimos años de Ceaușescu. Con Ioana Brătianu, la secretaria de la Liga, que se encargaba del trabajo ingrato, no tuve relaciones.

No conozco a nadie, ni siquiera entre los adversarios de Mihnea, que no reconozca el hecho de que fue el motor y, con diferencia, el más eficaz miembro de la Liga de París. Después de 1990, fue él quien me llamó por teléfono para el encuentro

con otros opositores del régimen de Ceaușescu, y fue él quien inició, al facilitar tales contactos, el Grupo para el Diálogo Social, donde di mis primeros pasos del período poscomunista. Mihnea me ayudó mucho tiempo y sustancialmente en mis iniciativas posdecembristas, como en la creación del APADOR-CH¹¹⁵ y la Alianza Cívica. Otros hechos suyos fueron absolutamente personales, como, por ejemplo, mi inclusión en la lista de los últimos becados de la Fundación para Cultura. Mi primer viaje a Occidente: París, agosto de 1990. Mihnea me esperó por la mañana en la Gare de l'Est, y me hizo descubrir lo que significaba el *café au lait* con un *croissant beuré*. Me enseñó edificios del tercer *arondissement*, que no habría podido admirar nunca como simple turista.

En 1988, no sabía que que llegaría a vivir el año 1990 y no me imaginaba cuántos lugares del mundo conoceré tras la desaparición del Telón de Acero. En 1988, trataba de avanzar centímetro a centímetro por el camino extremadamente estrecho que había elegido. Este camino era de un solo sentido, y quedarse parado no era un estancamiento, sino una peligrosa pérdida.

Y no me quedé parado, porque uno de los periodistas enviados por Mihnea me llamó el otoño de 1988. No sé cómo, pero milagrosamente, el teléfono funcionó. Nos citamos en la Piața Romană. El periodista trabajaba para *L'Événement du jeudi*, una de las pocas publicaciones que leía apasionadamente en el período cuando podía ir a la Biblioteca francesa. Comenzó a llover, así que caminamos juntos por las calles que desembocan en la avenida de Magheru, bajo su paraguas negro, grande, que nos abrigaba a los dos. Marchábamos los dos por la acera, mientras él me hacía preguntas y yo las contestaba una por una. Estábamos en la calle Edgar Quinet cuando, varias veces, un coche – de la Securitate – se salió de la calzada y casi nos atropelló. (Algo parecido me pasó

115 Asociación para la Defensa de los Derechos Humanos en Rumanía-Comité Helsinki (n.tr.).

un año más tarde, cuando hacía jogging por las calles de Buzău.) Se imaginaban, posiblemente, que esas señales dulcificarían las declaraciones que hacía al periodista.

El mismo guión se repitió el 4 de noviembre de 1988. Esta vez, nos encontramos en casa. En el acta por la multa que me pusieron en base a la ley que prohibía los contactos con los extranjeros se lee: “El día 4.11.1988, el antes mencionado concedió en su domicilio una entrevista grabada audio y video a unas emisoras de radio y televisión extranjeras sobre problemas de interés político y socioeconómico del estado rumano, sin el permiso de los órganos competentes, violando el artículo 15 de la Ley n.º. 23/1971”.

Después de cada encuentro o suceso, seguía el interrogatorio. Me traían o me llamaban a la sede de Rahova 39, que conocía de memoria. Me hacían preguntas a gritos y me pedían explicaciones que llenaban decenas de páginas. Me repetían las mismas amenazas y órdenes en cada encuentro: poner fin a mis acciones hostiles, y rechazar toda invitación a charlar con periodistas extranjeros.

Año 1989

En el Este, el año 1989 empezaba de modo espectacular. La historia se encrespaba sin relación alguna con Rumanía, aparentemente. ¡Y vaya que la tenía! Pero en Rumanía la represión y la locura parecían inmutables. Sin embargo, había cada vez más sorpresas. La primera del año fue la carta de los 6 ex “apparatchics” comunistas coordinados por Silviu Brucan. “Europa liberă” y el Occidente le hicieron una gran publicidad, y con razón. Porque sabían interpretar muy bien el significado de las actitudes. En “casa”, era más difícil ser entusiastas a la larga. La frase que acusaba a Ceaușescu de haber cambiado el papel de la Securitate que, *en vez de defender las conquistas del socialismo* ahora le defendía a él, se entendía – desde mi punto de vista – como una ofensa.

Siguieron las cartas abiertas de Mircea Dinescu y Dan Deșliu. Todavía hoy, teniendo en cuenta el contexto de aquel entonces, me parecen de una fuerza colosal, capaz de impresionar por un momento incluso al lector occidental interesado vagamente por lo que estaba ocurriendo en el mundo. Un día, me levanté de la silla de un salto: el redactor de “Europa liberă” leía un fragmento de la carta de los siete intelectuales en apoyo a Mircea Dinescu¹¹⁶. Aumentaba el número de personas que le decían “no” al régimen. La lista la encabezaba Geo Bogza, al que conocí, le visité incluso en su piso en frente del Museo Nacional de Arte, donde me habían traído Gina y Sorel Vieru¹¹⁷. Le llamé en seguida para expresarle mi entusiasmo y apoyo. Bogza contestó con cierto descontento – me pareció – por mi reacción, que, quizás, habrá considerado exaltado y, quién sabe, contraproducente.

Toda moneda tiene dos caras. El escándalo Răceanu nos hizo ver la dimensión de la reacción contra los contestatarios. Mircea Răceanu era el hijo de Grigore Răceanu, ex dignatario comunista, ahora uno de los autores de la carta de los seis. En asambleas públicas, los asalariados de la patria pedían la pena capital para el diplomático acusado de haber trabajado como espía de los norteamericanos. ¡Horroroso! Los guardianes del régimen estaban enfurecidos. En mi buzón encontré un recorte de periódico con ribete negro. Era el Comunicado de la Fiscalía General de la República Socialista de Rumanía, que precisaba: “Los órganos de la Securitate estatal descubrieron la grave traición hacia los intereses del país y del pueblo rumano, de Răceanu Mircea, ex diplomático, quien aceptó trabajar como miembro del servicio de espionaje de una potencia extranjera”. El final era de esperar:

116 No hice hincapié entonces en el carácter “sindicalista” del texto, que obviaba totalmente poner el comunismo en tela de juicio.

117 Allí volví a ver a Ana Blandiana y conocí a un hombre de una delicadeza que se me quedó grabada en la memoria más que cualquier otra cosa en aquella noche: Romulus Rusan.

“Los órganos de la Fiscalía y de la Securitate estatal siguen investigando para descubrir toda la actividad del traidor y la responsabilidad que le incumbe, quien, al concluir las investigaciones, será entregado al tribunal acusado de espionaje y traición, y juzgado de acuerdo con las leyes de nuestro país”.

Tras unas amenazas, recobraba la tranquilidad únicamente después de escribir algo visceralmente anticomunista. Escribí entonces un comentario al libro de Mircea Iorgulescu, *Marea trăn-căneală* ('La gran cháchara'). Era el tema político-literario más ardiente del momento. El mundillo cultural lo leyó en clave anti-comunista, alegoría del régimen. No logré enviar al extranjero ese comentario, escrito con letras de un milímetro en un pequeño rollo de papel, finito, para que quepa en un zapato. Tampoco llegó a publicarlo después de la Revolución.

Mi interpretación era muy diferente de la de Mircea Iorgulescu. El mundo de Caragiale parecía realmente bonachón comparado con el mundo comunista. Permitía la burla y la ironía. Su mundo era como máximo cínico-transaccional, no grotesco-criminal, como demostraba ser la sociedad en la que vivíamos. Al batallar alegóricamente con el presente, Iorgulescu le traicionaba, de hecho, a Caragiale.

La tesis esencial de mi texto, mucho mejor redactada, la encontraría años después en un artículo firmado por el periodista de Buzău Corneliu Ștefan. En un estupendo artículo publicado en el periódico *Opinia*, en 2002, titulado “¡Caragiale no puede ser nuestro contemporáneo!”, invocaba como argumento de su interpretación el destino del movimiento antimonárquico de Ploiești, del 8 de agosto de 1870, conocido como “La Revolución de Ploiești”¹¹⁸. “Los revolucionarios” de Ploiești, liberales radi-

118 Corneliu Ștefan era también el director del periódico. Completamente alejado de su situación de periodista de una publicación comunista, desempeñó un papel importante en la creación de un espacio de libertad en la comunidad de Buzău. Con autoridad y flexibilidad, conocedor de la trastienda y de las reglas, logró destruir el monopolio FSN-PSDR en la

cales, llevados ante el Tribunal de Târgoviște, en un juicio con jurado, fueron todos absueltos, aunque el cargo, minar el poder del estado, era evidente. Reproduzco el comentario de Corneliu Ștefan:

Este veredicto es el fundamento de la actitud de toda la vida de Caragiale. Si los protagonistas hubieran sido condenados a penas muy duras, de acuerdo con el código penal de entonces, Caragiale no habría escrito ni *Conu' Leonida față cu reacțiunea*, ni *D'ale Carnavalului*, ni, sobre todo, *Boborul*. No habría ironizado durante 40 años “la república” y a “los republicanos”. El momento habría significado para él un recuerdo dramático, por no decir trágico. Porque los revolucionarios de Ploiești de 1870 no se convirtieron en unos “comuneros” rumanos, asesinados o desterrados, sino, todo lo contrario, volvieron a sus ocupaciones, inclusive a sus tabernas y terrazas. Caragiale creyó en la democracia, y, al final, el mejor producto de este modo de entender el mecanismo político del estado. [...] El gran escritor no puede ser contemporáneo nuestro, de la sociedad aterrorizada por un partido, donde la Justicia, como poder de estado no existe más que para validar sus decisiones. La justicia de hoy habría condenado a “los republicanos” de Ploiești a la pena máxima, es decir a cadena perpetua.

La justicia a la que se refería Corneliu Ștefan y que no tenía a su disposición más que la cadena perpetua como pena máxima,

prensa local a principios de los años '90. Es autor de unos artículos magníficos. Corneliu Ștefan (nacido el 21 de octubre de 1941) falleció el 9 de febrero de 2003, cuando le quedaban muchos años de vida.

era en todo caso superior a la justicia comunista. Porque la justicia de los años posdecembristas no se apropió su esencia, heredó de ella “solo” sus lacras.

Sobre la dignidad

Los materiales que presentaba “Europa liberă” acerca de los opositores eran más que elogiosos. Era evidente que la redacción de la emisora intentaba animar a la resistencia rumana. La valentía personal podía verse estimulada también por el aura que envolvía a los críticos del régimen. A la motivación que determinaba a un disidente afirmar en voz alta que “vivimos en el Imperio del Mal”, se podía añadir, como pálido soporte, el orgullo de convertirse en un héroe alabado a través de las ondas. Y, además y sobre todo, la publicidad equilibraba un poco el sentimiento de soledad y de lucha sin esperanza. En Rumanía no existía una comunidad de opositores que ofreciera a un nuevo contestatario un refugio “entre los suyos”, como ocurría en Polonia o Checoslovaquia.

No existía la esperanza de que, un buen día, el régimen se derrumbe y el aislamiento se acabe. Nunca esperé vivir el momento de la caída del comunismo. Mi futuro era un muro.

Lo que decía “Europa liberă” sobre un autor rumano u otro debe ser contemplado con comprensión, pero también con cautela. Últimamente tuve acceso a los archivos de “Europa liberă” y redescubrí la necesidad desesperada de los redactores de sensibilizar la audiencia. El implícito llamamiento: “Salid del estado letárgico” se reconoce tanto en lo que decían los redactores, como en los materiales escritos sin relación con la emisora. Cada palabra en bruto de un autor razonable era motivo de celebración, cada artículo con alusiones se cargaba de significados. En los textos del archivo aparecen subrayadas, marcadas en azul o rojo las líneas que llamaron la atención de los periodistas.

Aprovechando que la lista de mis publicaciones recibidas por la emisora abarcaba varios dominios – física, lógica, lingüística, poética, politología, etc. – y que los textos que proponían la modelación matemática de algunas cuestiones referentes al totalitarismo habían causado muy probablemente mi detención, los redactores de “Europa liberă” me hicieron un semblante de individuo enciclopédico, de hombre “de las Luces”. En estas presentaciones exageradas, existe no obstante un elemento de contenido real. Lo mencionan Monica Lovinescu y Virgil Ierunca, pero, particularmente, Șerban Orescu, especialmente en la reseña del 30 de mayo de 1989 a los tres textos publicados en Occidente hasta aquella fecha (la carta al Congreso de Cracovia, “Le droit d’ingérence” (‘El derecho a la injerencia’), publicado por *Libération* y “Méditations crépusculaires” (‘Meditaciones crepusculares’), publicado por *La Nouvelle Alternative*): el tema de la dignidad¹¹⁹.

Efectivamente, la palabra aparece de modo obsesivo en los textos enviados. Orescu pudo citarla repetidamente. “...es necesaria y se puede exigir una elemental dignidad”, “La clase sobre dignidad no es demasiado tardía para nadie...”, “En una primera etapa, debemos reconquistar nuestra propia dignidad...” y así por el estilo, para concluir: “El concepto de dignidad es fundamental para G.A...”.

Tal vez, la palabra “dignidad” como tal es demasiado enfática. Más viva, más personal, realmente orgánica es la otra faceta de la dignidad, la humildad¹²⁰. Una explicación sencilla de la manera en que transcurrieron mis relaciones con los dueños del palo y la

119 Șerban Orescu, *Domestic bloc*, 30 mai 1989. Recueil d’émission à la diffusion de l’Europe libre, Bibliothèque de Documentations Internationale Contemporaine.

120 Mencionada también por Șerban Orescu, en una cita de *La Nouvelle Alternative* 13/1989: “Si alguien me preguntara qué se soporta más difícilmente en esta sociedad... mencionaría la intolerable experiencia de la humillación...”.

zanahoria refleja mi frustración por las humillaciones a las que me sometían los órganos del poder o las circunstancias. La manera en que Ceaușescu se pavoneaba dando clases (a todos, por tanto, también a mí) sobre cómo debo pensar y vivir me determinó a usar los más duros improprios del vocabulario, al referirme a él. Las amenazas de los securistas eran inherentemente humillantes, porque suponían que uno era sea cobarde, sea pusilánime, sea interesado. Cada vez que me gritaban, sabía que al regresar a casa me consideraré vengado escribiendo algunas líneas que pretendían ser hirientes. Cuanto más tensaban la cuerda, tanto más aumentaba la probabilidad de mi venganza en un texto.

Refugiado en la ideología de un Gran Culpable, no odiaba a los cancerberos de los órganos de represión, porque, hasta cierto punto, los consideraba también a ellos víctimas (por ser cautivos del sistema inhumano que defendían). Las clases de yoga, las lecturas budistas o simplemente humanistas me determinaban evitar clasificar a la gente en muy buenos y muy malos. Por eso, no me podía apoyar en el odio por los securistas cuando debía enfrentarme a sus presiones, sino precisamente en las manifestaciones de acoso que herían mi dignidad, y que yo ideologizaba como resultado en los textos enviados al mundo libre. De modo que, en las ocasiones cuando mantenía con los securistas una conversación respetuosa, lo que sucedió no pocas veces, podíamos tener un diálogo razonable. Nunca recurrí a las provocaciones. Creo que esta explicación es útil para entender la coherencia o la aparente disonancia de algunas acciones mías de aquellos años.

Al mismo tiempo, la presencia ininterrumpida de mi herida personal limitaba de modo evidente la imaginación política y la relevancia de los textos que se centraban en la misma. Lo afirmo con total sinceridad: las cartas que envié a Occidente aquellos años – Cracovia, París – supuestamente “mensajes de la resistencia rumana”, me parecen aburridas. Cartas como aquellas no podían animar a la gente, y menos todavía a movilizarla. Los panfletos firmados por escritores – Dorin Tudoran, Dan Petrescu, Dan

Deșliu, Mircea Dinescu – tienen una fuerza incomparablemente mayor, responden bien a las expectativas gracias a su energía y vivacidad, en fin, encuentran la clave para aliviar a tantos individuos condenados a callarse. Esos textos pueden ser etiquetados verdaderamente como textos con impacto político.

Solo la verdad, pero no entera

Hay que preguntarse si la literatura anticeaușista gana únicamente gracias a “la verdad” política de los textos vitriólicos; si, eventualmente la estética dominada por un matiz moralizador – que practiqué yo también –, no plantea igualmente una cuestión referente a su verdad humana. El tema me lo sugirió, solo implícitamente, un oyente de “Europa liberă” en la respuesta que consideró que debía dar a una carta de Doina Cornea del año 1987¹²¹.

La conocida opositora repetía en aquella ocasión una serie de ideas a las que la asociamos; en las que creía y le daban fuerza, como: “Pero la condición esencial en la técnica de restauración interior o de cultivo de las virtudes es la libertad, una libertad entendida como purificación, como liberación de todo lo que subyuga: resentimientos, egoísmos, codicias, sed de poder, pero también miedo, cobardía, mentira, hipocresía”.

La misma noche en que se leyó la carta, “un habitante de Iași confuso”, pero “aún bajo la impresión del maravilloso texto de la señora Cornea, y esto no es la primera vez”, oyente fiel de sus cartas, que le encantaban espiritualmente y le producían un sentimiento de envidia por su coraje de dirigirse a Uds. abiertamente”, cogió la estilográfica con la intención de llamar la atención sobre unos detalles que no saltaban a la vista necesariamente. Cito:

121 La carta de Doina Cornea se publicó en *Listener's mail* 32, del 11 de octubre de 1987.

...el régimen totalitario de la Rumanía de hoy recurre, a su vez – pero de otra manera – también a la conciencia de cada uno de nosotros. ¿Qué otra cosa puede significar, aunque sea en sentido demagógico, la creación “del hombre nuevo? ¿Cómo interpretar los reiterados llamamientos al espíritu equitativo y ético a través de todos los medios propagandísticos manipulados por el régimen? ¿Y qué otra cosa puede significar, si no exactamente la tendencia a la superación, es verdad, espiritual, correctamente exigida, por la señora Cornea? Es decir, la apreciada señora nos pide también a nosotros “actuar” sobre nuestro capital intelectual y afectivo.

Para ser más explícito, el autor describe para sus oyentes un baño de vida real:

Tuve la oportunidad de pasar unas horas en la consulta de un psiquiatra. Escuché conmovido los testimonios de unos pacientes. Uno de ellos, un transportista, había intentado suicidarse, unos años atrás. ¿Por qué motivo? Tiene tres hijos, gana lo suficiente para criarlos (su mujer también trabaja), pero no tiene qué hacer con el dinero. No puede comprar nada. Confesó su incapacidad de comportarse como un padre de familia responsable con los suyos. Le pedía una solución al médico, además de aquella a la ya había recurrido. Los últimos tres años no tuvo vacaciones. Estaba agotado y tan delgado, que la ropa le quedaba muy holgada y parecía colgar de una percha. Decía que su existencia era vana y que, si los niños se quedaran sin padre, estarían en la misma situación, ya que su padre de todas formas no les podía ayudar.

El oyente de “Europa liberă” puso también otros ejemplos, más dramáticos aun, y al final comentaba:

Comparen ahora el estado de elevación intelectual recomendado por la señora Cornea con la situación real de Rumanía y traten de contestarme: ¿qué se puede hacer? Se puede ofrecer todavía un apoyo moral, el refugio en la intimidad afectiva y meditativa del individuo? ¿En la fe? ¿En la esperanza? ¿En promover la verdad, a toda costa? Alguien recomienda la verdad, solo la verdad, pero no entera...

La carta me pareció abrumadora por el gran sentido común expresado con modestia. La posición de excepción de los disidentes conllevó a veces la ruptura con la realidad. Los disidentes llegaron a regirse en su vida por unos estatutos especiales en todos los sentidos. ¡Pensemos solo en los pelotones de vigilantes y perseguidores que los acosaban! Y en la terrible presión que vivían, y en el carácter de excepcionalidad reforzado por los de su alrededor sea mediante su solidaridad sacrificial, sea mediante actos de traición cobardes o maliciosos; todos estos aspectos modificaban su contacto con el mundo real. La inteligente carta leída por “Europa liberă” el 29 de noviembre de 1987 es útil para cualquier investigación interesada por el pensamiento político de la disidencia rumana. Los textos moralizadores que menciona llegaron al autismo, por haber seguido una lógica automoralizadora; dichos textos hablan, en definitiva, de sus autores. Claro que los disidentes se reconocieron o se vieron retratados en los textos, sus ideas contaron para ellos. Para los demás, contaba menos el pensamiento y más el ejemplo. Y Doinea Cornea era un ejemplo, un modelo de existencia humana sin par en el período cenagoso de los años '80.

Elmano Costiner. La huelga de hambre

Hice esa pequeña digresión en el campo de la dignidad, porque puede explicar el estado en que vivíamos a principios del año 1989 y sus consecuencias. Los gritos de los dirigentes a sus súbditos, a los que habían condenado al hambre y al frío, exactamente cuando un viento de racionalidad barría el Este, eran no solo malignos, encima eran desafiantes. Las invectivas eran no solo pesadas sino también humillantes. Estaba acusado de traición. “¡Mira lo que te espera!”, decía el mensaje con ribete negro, concerniente a Mircea Răceanu, que me pusieron en el buzón de mi casa. Las amenazas querían achicar más aun al individuo. Me curaba las heridas esperando la ocasión de una respuesta a medida. En este contexto, me enteré, igualmente por la emisora “Europa liberă”, de la celebración en París de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, cuyo punto principal en el orden del día era la situación de los derechos humanos. La Conferencia iba a celebrarse entre el 30 de mayo y el 23 de junio de 1989.

¿Qué otro momento podía ser más propicio a la acción que una reunión de la CSCE de Helsinki¹²²? Una protesta, una huelga de hambre, he aquí un auténtico coctel Molotov capaz de equilibrar en parte la nueva arrogancia del régimen. Había que escribir el texto, había que enviarlo a la conferencia, había que anunciar en París la huelga de hambre, había que darles garantías a “a los del otro lado” que todo sigue de acuerdo con el plan establecido... Había que, había que, había que...

Les hablaba a los amigos más íntimos de ese momento de excepción, de lo que hubiese querido hacer y, sobre todo, lamenta-

122 Jacques Baumel, presidente de la *Fondation du Futur* había criticado el uso del sintagma “dimensión humana” en vez de “los derechos humanos”, ya que consideraba que el primero era una manifestación de hipocresía. Desde el punto de vista conceptual, hay que matizar las cosas, porque el término “dimensión humana” puede abarcar aspectos – v.g. el de los refugiados – que superan la estricta esfera de los derechos y las libertades.

ba el drástico resultado totalitario del sistema que había logrado cortarme toda posibilidad de contacto con el mundo, aunque vivía en la capital del país, una ciudad con más de dos millones de habitantes, con centrales telefónicas y un gigantesco flujo de correspondencia, con turistas extranjeros y con embajadas.

Hubo un momento en que se perfiló una posibilidad, prueba de que la condición de bucarestino tenía sus ventajas. El historiador Liviu Rotman, a quien conocí antes de emigrar a Israel, llegó a Bucarest y me transmitió que quería verme. El encuentro tuvo lugar junto a la valla de su casa, en la zona de Piața Romană. Le pedí que informara de mi decisión de declararme en huelga de hambre durante la reunión de la CSCE de la capital francesa, en señal de protesta por la situación de los derechos humanos en Rumanía.

Los pocos minutos que pasó conmigo junto a la valla le costaron a Rotman un registro extremadamente drástico en el aeropuerto; una historia traumática; estuvo a punto de perder el vuelo. Llegado “al otro lado”, le mandó una carta a Victor Esterhazy de “Europa liberă”, y luego las cosas siguieron su curso.

No podía saber si la cadena había funcionado. Pero, de todas formas, el mero anuncio de la huelga me pareció una prueba imponderable. Y entonces apareció una persona providencial. Al doctor Costiner le conocí a principios de los años '80, a través de nuestros amigos comunes, Gina y Sorel Vieru. Elmano Costiner, o Malcic, como le llamaban los amigos, era judío de Bucovina y había vivido momentos terribles. Había nacido en Chernovits, pero su familia fue deportada en junio de 1942. Los cinco miembros de la familia llegaron a un campo de trabajo más allá del Bug, en Naraiavka, donde murieron casi todos los internos judíos. Tras algunas diligencias, el gobernador de Transnistria hizo que los Costiner fueran trasladados a Moghilev. Sobrevivieron de milagro. Más tarde, leí sus recuerdos sobre el viaje que hizo de niño en un vagón que le transportaría, junto a otros enanos como él, al campo. Un poquito mayor que los demás, llegó a cuidar de

los más pequeños asustados por la muerte. Quizás esto explica que haya elegido la profesión de médico psiquiatra infantil.

En aquel entonces sabía únicamente que era de Bucovina, y se había educado en el espíritu de la cultura alemana, particularmente la austriaca; era un gran amante de Musil. Iba semanalmente a la Biblioteca alemana, no faltaba a ningún concierto sinfónico importante de la orquesta filarmónica, en el Ateneo, o de la orquesta de la Radiodifusión rumana, y visitaba todas las salas de exposiciones de Bucarest.

Esta persona de inmensa delicadeza fue uno de mis fieles visitantes después de salir de la cárcel. Antes no éramos íntimos, así que sus visitas “a los vecinos” – nos separaba un bloque de viviendas – eran la expresión de su solidaridad con mis acciones. Una solidaridad, paradójicamente, manifiesta y a la vez discreta. Comenzamos a dar algunos paseos, solos, para que nadie pueda interceptar nuestras conversaciones sobre temas sensibles. En uno de nuestros paseos le hablé de la reunión de la CSCE.

Unos días después, me invitó a dar otro paseo. Una amiga suya iba a viajar a París y había aceptado llevar mi nota.

Estábamos vigilados a cada paso. Seguramente que vigilaban también las relaciones de Malcic y atarían cabos con su amiga que iba a viajar a la capital de Francia. No tenía ni idea que ya desde abril me habían invitado a París y que este hecho radicalizaría las medidas de seguridad. Si encontraran mi nota, la amiga de Costiner sería condenada a una pena entre 2 y 7 años por ayudar a un traidor.

El señor Costiner me convenció hacer algo que había evitado sistemáticamente: aceptar que otra persona se arriesgue por lo que hacía yo. Escribí todo en una nota minúscula, con letras de un milímetro. Más tarde me enteraría de que pasó la frontera oculta en un cigarrillo, en un paquete a la vista, en el salpicadero del coche Dacia y que luego fue enviado a sus destinatarios.

Malcic no se limitó a esto. Este hombre valiente, de cuerpo tan delicado como su alma, me visitó a diario durante la huelga

de hambre ofreciéndome sus cuidados médicos y aconsejándome. Le enseñó a Mioara cómo preparar la infusión que bebía en grandes cantidades para no deshidratarme. Después del trabajo, Malcic llegaba al portal de mi bloque, les pedía a los policías-securistas que le dejaran cumplir con su deber y ejercer su profesión de médico, y entraba en la casa vigilada día y noche... Un Papá Noel de la confianza. Se preocupaba por traerles comida a los niños, a los que invitó a encontrarse con él y a charlar después de que a mí me sacaran de Bucarest.

La disidencia interna habría significado muy poco sin el exilio

La suerte de que la reunión de la CSCE tuviese lugar en París, hizo que mi nota llegara a manos de Mihnea Berindei. El activo vicepresidente de la Liga por la Defensa de los Derechos Humanos de Rumanía ya se había preparado tiempo atrás para el gran evento. Colaboró con la *Fondation du Futur*, cuyo presidente, Jacques Baumel¹²³, había organizado junto con otro movimientos por los derechos humanos la participación en París, “capital europea de la cultura, de unos intelectuales, universitarios y de algunas personas que comparten la pasión por ofrecer a la gente la libertad, la justicia y la felicidad”¹²⁴.

La conferencia de las 35 delegaciones gubernamentales fue apoyada por unas organizaciones que desempeñaban un papel particular en el contexto de los cambios acaecidos en el campo comunista. Las diferencias entre los regímenes del Este se reflejaron también en el destino de las invitaciones enviadas a “algunas personas que comparten la pasión por ofrecer a la gente la

123 Jacques Baumel fue una importante presencia en la vida política francesa (falleció en el 2006); luchó en la Resistencia y tuvo cargos directivos en el movimiento gaullista, inclusive el de secretario de Estado y alcalde.

124 Fragmento del mensaje de Jacques Baumel, “*Pas d'Europe sans liberté de l'esprit*”, Archivo Mihnea Berindei.

libertad...”, léase los opositores. A la reunión programada para las fechas 2-3 de junio de 1989, con el título “*La liberté de l’esprit et la condition humaine en Europe*” fueron invitados, además de los occidentales, un participante de la República Democrática Alemana, diez de Bulgaria, uno de Hungría, uno de Polonia, tres de Rumanía, cuatro de Checoslovaquia, once de la Unión Soviética y tres de Yugoslavia.

Las cartas de invitación se enviaron certificadas el mes de marzo y, teniendo en cuenta los países de los destinatarios, reenviadas a comienzos de abril. A muchos invitados se les prohibió participar. El praguense Zdeněk Jičínský recibió la carta, solicitó a las autoridades checoslovacas la autorización para viajar, pero no recibió respuesta. El escritor Karen Simonian no pudo salir de su país debido a la interdicción de abandonar el país decidida por Partido Comunista de Armenia de 1986. Al académico búlgaro Alexei Cheludenko, miembro del Club por la Perestroika, se le entregó la carta el 27 de mayo. Y como las formalidades para obtener el visado duraban como mínimo una semana, le fue imposible participar.

En breve, los opositores residentes en los ex países comunistas recibieron las cartas, pero se les impidió parcial, *no totalmente*, llegar a París. En cuanto al único polaco invitado a la reunión, no dio curso a la invitación porque... estaba participando en la campaña electoral de su país.

Como representantes de Rumanía fueron invitados Mariana Celac Botez, Radu Filipescu y un servidor. Evidentemente, en nuestro país los opositores no solo no podían salir al extranjero, pero era incluso inimaginable que las cartas que se les enviaban llegaran a los destinatarios. En lo que se refiere a los mensajes que los de dentro mandaban al mundo libre, si lograban traspasar la frontera, tenían la suerte de las botellas tiradas al océano.

La carta que salió milagrosamente al extranjero se benefició de la formidable eficacia de Mihnea Berindei a la hora de valorar las más mínimas señales llegadas de Rumanía. Su intervención

en la conferencia giró alrededor de mi caso. Informó que había empezado la huelga de hambre y puso de relieve los motivos de la protesta: la destrucción del patrimonio nacional y de las aldeas, la violación de los derechos humanos, la equiparación del espíritu crítico con la traición, y la política chovinista, xenófoba del gobierno de Bucarest. La cuestión de la remodelación de las aldeas se conocía ya en Occidente, y la atención prestada por un rumano a las manifestaciones anti minoritarias del régimen, una actitud rara incluso entre los rumanos exiliados¹²⁵ – con excepciones como Mihnea Berindei, Dorin Tudoran¹²⁶, Dinu Zamfirescu¹²⁷ – tenía un peso importante.

Mihnea escenificó también la presentación de la carta. “Antes de leerla, les pido, por favor, que la miréis. La encontrarán en su carpeta de prensa. En realidad, es una copia aumentada. La carta original – porque la que tenéis es la copia del original – tiene este aspecto. Una carta escrita en una hoja de papel de fumar, enrollada en una bujía¹²⁸. Únicamente así pudo ser sacada de Rumanía. Es el método utilizado también por Doinea Cornea para transmitir sus mensajes. Pienso que éstas son las mejores pruebas de que Rumanía es una inmensa cárcel”¹²⁹.

125 Me refiero a los que lo hicieron sistemáticamente. Los documentos evidencian tomas de posición, particularmente con respecto a las relaciones rumano-húngaras, de Monica Lovinescu, Petru Romoșan y otros.

126 Véase la excepcional iniciativa de Dorin Tudoran, Géza Szöcs y Marius Tabacu acerca del respeto de los derechos de las minorías y la creación de una comisión internacional que investigue la realidad.

127 Entre otras, su intervención en el simposio del 18 de septiembre de 1988, Offenbach, “Aspectos internos e internacionales de la política del régimen para con las minorías” (número especial de la revista *Dialog*, octubre de 1988).

128 Como se puede ver, existe una segunda variante para enviar cartas al extranjero.

129 Los detalles referidos se basan en los documentos del archivo de Mihnea Berindei.

Escribí la carta en un papel corriente, no uno de fumas. La escribí para la Conferencia de la CSCE, no al coloquio organizado por la *Fondation du Futur*, del que no sabía nada. Subrayo esto para poner de manifiesto la considerable dimensión de los esfuerzos hechos por los opositores al régimen en el exilio por amplificar la importancia de las protestas dentro del país. Les conferían a veces un aura que no tenían. En realidad, las protestas eran tan pocas, tan edulcoradas, que un joven de hoy o un extranjero difícilmente identificaría el mensaje anticomunista. ¿En qué medida una metáfora puede ser anticomunista? ¿Qué mensaje opositorista contenía la carta de apoyo a Mircea Dinescu en la que no aparecen en absoluto la palabra “comunista” o el apellido de la familia dirigente? Para que los jóvenes perciban lo que se jugaban sus autores, sería necesaria una larga, tal vez incluso demasiado larga presentación del contexto.

La puesta en escena de Mihea sugiere el importante papel desempeñado por el exilio o por otros actores de Occidente – y recordemos nuevamente la aportación singular de “Europa libre” – al destino de las acciones opositoristas del Este así como a la suerte de los iniciadores de las mismas. A mi juicio, a ellos se les debe considerar, objetivamente, coautores de esas manifestaciones. Naturalmente, el riesgo no era el mismo, pero seguramente el mérito sí.

La carta que envié a París no tenía título. Pero Mihnea la tituló “*Le droit d'ingérence*” (‘El derecho a la injerencia’) y la hizo pública en el marco de la Conferencia de la CSCE, a la vez que arregló todo para que apareciera también en *Libération*. La fórmula elegida era una síntesis ideal de su contenido, y encontró también la clave del diálogo Oeste-Este de aquel momento: ¿hasta qué límites los estados comunistas se pueden parapetar detrás de su soberanía? ¿Hasta dónde puede intervenir el mundo libre en nombre de los derechos y las libertades fundamentales? No era en absoluto falto de importancia el hecho de que desde el otro

lado del Telón de Acero se transmitiera un mensaje firme: “Existe el derecho a la injerencia”.

Me enteré de la importancia del título en la divulgación de la carta de 1989 por Pavel Câmpeanu, en 1990. En una charla sobre el mundo al que acabábamos de decir adiós, Câmpeanu, sofisticado conocedor de la suerte de las acciones de resistencia, el mismo autor (bajo seudónimo) de un texto muy debatido publicado por *The New York Review of Books* sobre el régimen de Ceaușescu, apreciaba que el título de la carta tuvo un gran impacto, particularmente el mensaje que éste transmitía. Le escuché, sin decirle nada de nada sobre el hecho de que la fórmula “*Le droit d’ingérence*” no me pertenecía.

Lo que acabo de contar no fue todo. Mihnea Berindei había preparado algo más.

La grabación de Bernard Vaillot

Como si me hubiera tocado el gordo en la lotería de la suerte, la acción de mayo-junio de 1989 subió unos peldaños más gracias a otro acontecimiento: la aparición del reportero Bernard Vaillot, del canal francés de televisión TV5, la noche del 30 de mayo, en el piso de la calle Izvorul Mureșului.

Un oficial de la Securitate en uniforme de policía estaba en el portal del edificio durante el día y un coche aparcado permanentemente delante del edificio vigilaba. Además, nosotros teníamos teléfonos en las habitaciones, excepto, tal vez, en la más pequeña de las tres, “el cuarto de Cristina”, como lo bautizamos, porque inicialmente fue su habitación. Pero ya era inhabitable; a causa de su posición orientada hacia el norte y del frío, tenía humedad.

Era mi segundo día de huelga de hambre y mi padre acababa de llegar. Le ofrecimos como dormitorio el salón, donde teníamos nuestras charlas cada vez que venía alguien a vernos y donde estaba a la escucha el oído secreto del teléfono. Estaba en la cocina, recogiendo algunos materiales para trabajar, cuando oí el timbre.

Un timbrazo alrededor de las 12 de la noche. Abrí, vi delante de mí a una persona relativamente joven, de estatura media, con una cartera en la mano, que preguntó: “*C’est bien ici l’appartement de M. Andreescu?*” (‘¿Es éste el piso del Sr. Andreescu?’).

Después de las primeras palabras que intercambiamos, me di cuenta que Mihnea Berindei le había dado mi dirección. Había aparcado su coche en la zona del Cementerio Bellu (La Plaza Pieptănari), dejó en el coche a su amiga, y se puso a caminar en plena noche, cruzando calles y alamedas hasta que llegó a un edificio en cuya pared estaba una tablilla con el nombre de mi calle, Izvorul Mureşului. Identificó el edificio, entró discretamente, y llegó a mi puerta. Los amigos rumanos tenían dificultades para encontrar la Aleea Izvorul Mureşului en pleno día, y ¡él la localizó de noche! Aparté en seguida este pensamiento. Bernard Vaillot quería hacerme una entrevista para la televisión francesa. Le invité a pasar a la única habitación libre, “el cuarto de Cristina”, donde el reportero empezó a disparar sus preguntas y a filmar. Estaba sin afeitarse, vestido con un jersey..., sugería probablemente el dramatismo de un hombre que vivía en la cárcel llamada Rumanía.

La conversación, en francés, giró en torno a la situación del país. El final fue apoteósico. “La última pregunta”, dijo el reportero. “¿Tiene esperanzas en cuanto al futuro de Rumanía?”, preguntó él. Y yo le contesté: “De momento, en nuestro país la vida está dormitando. Pero nuestro pueblo es muy vital. Un buen día, tras la desaparición de este régimen, la vida volverá a florecer también para nosotros”.

Después de los acontecimientos de diciembre [1989], años seguidos me puse de mil colores al recordar mis “pensamientos” y mis “intuiciones” políticos con respecto a la lógica de la sociedad en la que vivía.

Vaillot acabó, recogió sus aparatos, y nos despedimos delante de la puerta. Bajamos inmediatamente tras él, Mioara y yo, para comprobar que no le pasó nada. El reportero había desaparecido, deslizándose por los muros en la noche. Nos quedamos unos mi-

nutos más, juntos, delante de nuestro bloque, donde, a diferencia de otros, la bombilla de la farola estaba encendida y bañaba de luz la alameda.

Por la mañana me llamaron a la Securitate. Mientras tanto habían cambiado al jefe de la investigación. Parece que se dieron cuenta de la ineficacia de Mihai Popa. El nuevo oficial causaba mejor impresión. Era sobrio, atento, pertenecía claramente a la generación profesionalizada. Popa llevaba siempre un traje marrón, de buen paño, pero que no lograba disimular su aspecto de palurdo. El capitán – eso me pareció entender, ya que no se presentó – vestía unos pantalones gris, camisa blanca, y se le veía algo más relajado incluso en el porte. ¡Y me trataba de usted! Me preguntó por la huelga de hambre: “¿Qué hay de nuevo?”.

La tercera noche, TV5 transmitió el reportaje filmado, y “Europa liberă” lo retransmitió inmediatamente, en la lectura de Șerban Orescu. Por tanto, el periodista francés escapó. Era asombroso. ¿Cómo logró llegar de noche desde el Cementerio Bellu hasta la minúscula callejuela donde vivíamos? ¿Cómo se quedó sin vigilancia nuestra casa precisamente en aquel instante? ¡Y qué suerte que llegó de padre, y esto nos obligó a retirarnos en el único cuarto probablemente sin vigilar!

Estos pensamientos no se borraron de mi mente durante muchos años. Más tarde, cuando la evolución de la Rumanía posdecembrista puso de manifiesto que una parte de la Securitate estaba preparando la caída de Ceaușescu, estuve pensando que quizás a Bernard Vaillot le dejaron premeditadamente a hacer su reportaje. Pero, en tal caso, por qué no los dejaron a los otros? Nunca encontré nada que apoyara mi hipótesis. Este tipo de especulaciones es uno de los más resbaladizos y perniciosos para la comprensión de lo que ocurrió en la Rumanía del año 1989. Vale la pena esperar que se hagan públicos los documentos; si existen.

De todos modos, lo que sucedió la mañana siguiente a la entrevista no apoya esa teoría. Me trajeron desde casa a la Securitate. El jefe de la investigación estaba cadavérico. ¿No había dormido?

¿Le habrían puesto sus jefes como hoja de perejil? Me preguntó con voz amenazadora, qué pasó con la entrevista. “El reportero vino a casa, hicimos la entrevista, se marchó...”, le contesté brevemente. “Por qué no nos lo dijo anteayer?, añadió él. Le pedí que nos contara lo que ocurrió los últimos días. Me contestó que no tenía nada que ocultar”, elevó la voz. “Es verdad, no tengo nada que ocultar, le repliqué, pero no podía informarle sobre la entrevista mientras el periodista se hallaba en territorio rumano”. Y añadí el motivo: Le habrían detenido, tal vez agredido. ¿Cómo podía hablar de él, sabiendo lo que le ocurriría. Me habría pesado la conciencia”.

A Mihai Popa este tipo de “sinceridades” le hacían enmudecer en el primer momento. No podía procesarlas, parecía que el mecanismo de su pensamiento se detenía, y que ya no sabía qué hacer con las manos. Para volver al ruedo, recurría rápidamente a algún parlamento que rezumaba acusaciones y amenazas. Pero esto tampoco le salía muy bien.

El nuevo oficial era de otra clase. Me dijo que ya no tolerarían ese tipo de acciones contra la patria. Con voz grave, sin las habituales estridencias de los acusadores, me hizo saber que me ingresarían en un psiquiátrico. Incluso dictó una declaración en la que se me advertía sobre el ingreso, si seguía con mis acciones. Estampé mi firma en la declaración en señal de haber tomado nota de la misma.

Esta amenaza, que parecía muy concreta por la manera en la que la anunció el oficial, cambiaba la situación. De paso, ya la había oído en boca de Mihai Popa, pero el coronel parecía soltar a gritos todo lo que le pasaba por la cabeza. Conocía la existencia del abuso psiquiátrico, desmesuradamente pérfido, había oído varios detalles sobre el caso de Vasile Paraschiv. La tortura tiene fin, se puede incluir en la lista de las pruebas a superar. Pero que alguien te convierta en vegetal era algo que nunca pensé que po-

dría contrarrestarse. ¿Había alguna técnica? ¿Podía uno oponerse a algo así¹³⁰?

¡Y precisamente ahora, después de la acción tan exitosa, al menos según “Europa liberă”, ya que no podía saber nada de la envergadura que le dio a mi carta Mihnea Berindei! El oficial me explicó, con lógica, que ellos ya no podían tolerar mis actividades. Quería que encontráramos una modalidad de poner fin a todo eso. ¿Tengo alguna queja? ¿Algún deseo? Intentarán satisfacérmelos. “Me gustaría hacer una visita a Francia. Después me tomaría un respiro para restablecerme”, traté de poner punto final a aquella confrontación que había empezado bien, pero se encaminaba hacia un mal final. Me tendió una hoja de papel y me dijo que escribiera una solicitud para viajar a Francia. Escribí un texto breve. “Veremos lo que se puede hacer”, concluyó él la conversación, en un tono más tranquilo.

Salí de allí descontento con mi conducta. La idea de haberles pedido algo, aunque fuera un subterfugio en aquel contexto nada cómodo, me ofendía. Los que me investigaban no volvieron a mencionar nunca la charla sobre el viaje a Francia, y yo mismo preferí quitarme de la cabeza aquella propuesta. ¿Habría pensado el oficial en alguna componenda? Lo dudo. Seguramente tenían grabadas mis charlas con Mioara, sabían como pensaba y lo que había decidido. Pero dieron un paso adelante que nunca antes dieron en nuestros encuentros anteriores. Años después, descubriría en las páginas del expediente de vigilancia informativa de Ștefan Augustin Doinaș cuánta voluntad y cuánta paciencia tenían algunos oficiales para adelantarse un milímetro en la confrontación con un “objetivo” más incómodo.

Regresé a casa andando. La advertencia de un posible ingreso en un psiquiátrico encabeza ahora la lista de mis priorida-

130 Tanto Vasile Paraschiv como Gregorian Bivolaru hablaron de las ATS o de los médicos que los ayudaron a no tomar los medicamentos recetados. Pero esa ayuda es solo una presunción.

des. Sabía que nada era más eficiente para detener la puesta en práctica de tal medida que la más amplia difusión de la información. Lo haría Dorin Tudoran, quien mencionó esa amenaza en su testimonio del 11 de octubre de 1989 en el Comité de Asuntos Exteriores, Subcomité por los Derechos Humanos y las Organizaciones Internacionales¹³¹.

Robert Cullen

La vigilancia era tan estricta, que me preguntaba cuánto tiempo podían permitirse mantenerla así. Al glorioso junio le siguió un banal julio, y llegó el mes de agosto de 1989. Pleno verano, y los hijos con la abuela que vivía en la costa del Mar Negro. El 28 de agosto. A aquella hora, las tres y media de la tarde, estaba solo en el piso del barrio Berceni. El timbre de la entrada sonó como de costumbre, sin aura alguna. Delante de la puerta estaba un norteamericano que se presentó simplemente: periodista. Venía de los Estados Unidos y quería hacerme una entrevista. Pero mejor cito lo que cuenta él mismo sobre este encuentro en el largo artículo publicado en *The New Yorker* del 2 de abril de 1990, titulado “Report from Romania”.

El mes de agosto del año pasado, fui a encontrarme con físico disidente Gabriel Andreescu en su piso del sur de Bucarest. Durante ocho años había luchado tenazmente contra el régimen, principalmente enviando al extranjero cartas y ensayos protestarios a los grupos occidentales pro derechos humanos. Todo este tiempo, el régimen intentó intimidarle. Pasó un mes en la prisión, allá por el año 1988, y la

131 Hallé el texto íntegro del testimonio, con el título “Aislad a Ceaușescu, pero no aislad Rumanía”, en el archivo personal de Mihnea Berindei.

policía le amenazó recientemente con el ingreso en un psiquiátrico si no emigraba o no renunciaba a su actividad política. Llegué a su casa sin ser invitado, y vaciló antes de aceptar que le entrevistara. No obstante, al aceptar, contestó de manera seria, cuando le pregunté por qué en Rumanía, en contraste con países como Polonia y Hungría no tuvo lugar algo más importante que un movimiento disidente puntual. En parte, me contestó, se debe a la historia y la tradición del país; estuvimos sojuzgados durante siglos por el Imperio otomano, y tanto la aristocracia pre-comunista como el régimen comunista no se esforzaron mucho por cambiar esa actitud de obediencia. Por otra parte, continuó, se debe a la eficacia de la Securitate. En ningún país comunista se desarrolló un movimiento disidente en las condiciones de un estalinismo sin límites. Como si hubiesen querido demostrar la veracidad de esa última afirmación, los oficiales de la Securitate me detuvieron en cuanto salí del piso de Andreescu y me expulsaron del país en unas horas. A Andreescu le interrogaron varios días seguidos y, tras negarse de nuevo a emigrar, le confinaron en una pequeña ciudad llamada Buzău, donde ningún extranjero tenía muchas probabilidades de encontrarle¹³².

Es interesante ver lo que significó, desde la perspectiva de un periodista, el encuentro que tuvo conmigo. Casi siempre, el periodista mezcla lo que oye con sus propios conocimientos, sustituye algunas de tus palabras con las que representan referencias en el léxico propio. Yo no utilizaba el sintagma “aristocracia pre-co-

132 Robert Cullen, “Report from Rmania”, *The New Yorker*, 2 de abril de 1990, p.100.

munista”. De ninguna manera me referiría en estos términos a la élite política y social del período antebélico. Ese término supone para mí un contexto occidental de civilización. No llamaría a los latifundistas rumanos del siglo XIX o de la primera mitad del siglo XX “aristócratas”.

Este detalle no tiene mayor importancia, es aceptable. En otro pasaje, se nota que no entendió nada de lo que ocurría. Cuando escribió que vacilé antes de aceptar la entrevista, Robert Cullen tuvo en cuenta los primeros segundos, en los que, antes de entrar en casa, le dije algo así como: “Tenga cuidado. La casa está bajo vigilancia. Si quiere hacerme una entrevista, es posible que le detengan”. Siempre durante los interrogatorios de la Securitate rechacé su exigencia de negarme a conceder entrevistas a los periodistas que me lo pedían. Y no estaba en mi casa, sino en los despachos de Calea Rahovei. Cuando le dije a Cullen lo que le dije, pensé en él, no en mí. Dado que desde la huelga de hambre de mayo y junio, el portal del edificio estaba constantemente vigilado por un agente de la Securitate disfrazado de policía, que pedía la documentación a todos los desconocidos, es de suponer que el norteamericano subió a la tercera planta después de que los que estaban en el coche que le siguió le transmitieron a su compañero que se retirase. Cayó en una trampa. Mi piso estaba a tope de teléfonos intervenidos, “los muchachos”, *in corpore*, abajo. No podía hacerme ninguna ilusión acerca del desenlace del encuentro. Pero él interpretó mi advertencia como una vacilación.

Robert Cullen publicó su largo material, como lo dije antes, apenas el 2 de abril de 1990, después de que los Estados Unidos de América descubrió Rumanía a raíz de la revolución de diciembre. El relato de su viaje y expulsión, lo comentó, sin embargo, Dorin Tudoran, en la emisora “Vocea Americii” inmediatamente después de lo sucedido, y transmitió las opiniones del periodista: yo me había mostrado recatado a la hora de hablar con él porque temía que me ingresarían en un psiquiátrico.

La situación de aquel momento, no la reinterpretación de los acontecimientos en el contexto totalmente diferente del mes de abril de 1990, resulta clara gracias a la reacción que tuve ante las afirmaciones transmitidas por “Vocea Americii”. Logré entonces enviar un mensaje verbal al extranjero, que logró llegar por una vía complicada a Francia y a los Estados Unidos. Les pedía, por favor, que vuelvan a comentar aquella interpretación en la emisora norteamericana. El mensaje, convertido en carta, tras pasar la frontera, puntualizaba mi posición en aquel momento: no quería deponer las armas y tampoco emigrar definitivamente del país; y si mi situación en el trabajo no se iba a solucionar, entonces recurriría nuevamente a la huelga de hambre¹³³.

El destierro a Gura Portiței

La interpretación de Robert Cullen, que de algún modo hirió mi orgullo, me dolió por ser inapropiada, porque precisamente las visitas de los periodistas occidentales me sostenían y me conferían seguridad. Después de un período de reflexión, pensé que podía luchar contra el ingreso en un hospital psiquiátrico también mediante la huelga de hambre. Después de la visita del norteamericano, la Securitate, que comprendía bien lo uno y lo otro, decidió cambiar de estrategia.

Los días que siguieron a la visita de Cullen me interrogaron continuamente. Me pusieron otra multa, y del acta de los interrogatorios pude establecer el momento exacto de la entrevista: 28 de agosto de 1989, a las 15.30 horas. Tuve que pagar a toda prisa otros 500 lei¹³⁴, para no verme aplastado por una multa de 5000 lei. Firmé el acta, llena de errores, por cierto, con las palabras: “no tengo objeciones”.

133 La carta llegó a Dodo, y Mihnea Berindei guardó una copia.

134 *Leu*, pl. *lei*, la moneda rumana en aquel período, que la gente sigue llamando igual, a pesar de que el nombre oficial actual es *ron*, pl. *roni* (n.tr.).

Durante esos interrogatorios, los oficiales cumplieron otra vez con su deber de pedirme que me niegue a conceder entrevistas. Una previsión de algoritmo probable. Después de marcar también este punto, decidieron sacarme de Bucarest.

La expresión “para no verme aplastado por la multa de 5000 lei” no es un simple recurso retórico. Ya había pagado otras dos multas, cada una de 500 lei. La multa para violar la Ley nº. 23 / 1971 era de 1000 a 5000 lei. Ellos me multaban con la cantidad máxima, pero si la pagaba en 48 horas, me libraba con solo la mitad de la multa mínima.

Ahora bien, cada cantidad de este tipo era un golpe bajo para nosotros. Los ingresos de mi mujer y los míos, es decir, los sueldos, llegaban al límite de la dignidad, nos permitían pagar la hipoteca y las facturas mensuales, un vestido modesto cada cuatro años, un traje cada 10, los alimentos diarios monocolor conseguidos con mucha dificultad... “El sobrante” se destinaba a los hijos: clases de inglés, natación, espectáculos. No me doy cuenta como se arreglaban los demás, pero en nuestra casa todo tocaba el límite inferior. Un gasto por encima de los ingresos mensuales peligraba ese frágil equilibrio. Y, de todas formas, me sentía responsable de los sufrimientos que tenían que soportar los míos. ¿Qué hubiera ocurrido si la Securitate me habría obligado, con subterfugios, a pagar las multas de 5000 lei y no de 500, como me permitía la ley? ¿Habría seguido contestando a los oficiales “¿Cómo podría decir ‘no’ a un periodista, si me hace preguntas? Si soy yo el que quiere que me las haga?”, mirándoles inocentemente y con la satisfacción oculta que me llegaba al alma?

Soportar unos interrogatorios y la cárcel puede parecer algo noble. Pero las consecuencias del pago de una multa equivalente a dos veces el sueldo mensual —que se descontaba directamente de la nómina— no suponía heroísmo alguno. Es muy posible que el espectro de la ruina de mi familia me hubiera obligado a renunciar a la práctica de las entrevistas. Y, que conste, no lo habría hecho bajo la amenaza de una pistola. Y he aquí como la teoría de

Machiavelli, quien llamaba la atención a los padres que sus hijos olvidarían su muerte, pero no el haberles robado la propiedad – ideas que había despreciado – adquiriría un argumento particular con ese ejemplo.

Mis comentarios sobre las multas no es una especulación *post factum*. Era consciente de esa cuestión en los años cuando me multaban. Traigo a colación el tema para llamar la atención sobre lo peligroso que es dar un veredicto simple con respecto a los actos de una persona: habrá sido cobarde, o valiente, habrá demostrado nobleza, o vileza. Mientras no se crean movimientos colectivos que absorben a la gente en un funcionamiento del mismo tipo, “los recalcitrantes” se comportan de acuerdo con una multitud de datos concretos que les circunden, que es imposible inventariar ulteriormente. Cuando se trata de seres individuales, las explicaciones conductuales deben tener en cuenta precisamente los detalles.

Para concluir, 500 lei se podían soportar, pero la Securitate decidió poner fin a esta situación. El 5 de septiembre de 1989 me llamaron a trabajar de nuevo en el Consejo Nacional de las Aguas (CNA).

Arresto a domicilio

Tras la visita del reportero norteamericano, me presenté ante el ministro Ion Badea, presidente del CNA, bajo cuya autoridad estaba también el Instituto de Meteorología e Hidrología. Él también me habló de los periodistas. Me gritó, me dijo que me despediría. Pidió que se convocara una reunión del sindicato del IMH, que habría tenido la competencia de transformar “la indignación” de los compañeros de trabajo en una decisión colectiva. La reunión se celebró después de una particular movilización. Tras una hora aproximadamente, se me preguntó: “¿Renuncias?”. Contesté: “¡No renuncio!”. Esa fue la señal de las intervenciones reprobatorias, pero al final el sindicato no decidió nada. Decidió,

en cambio, el presidente del CNA, el 7 de septiembre de 1989: a partir del 11 de septiembre de 1989 me destinaron por razones institucionales a la Estación Meteorológica Gura Portiței, a la orilla del lago Razelm, cerca del Mar Negro.

La medida tomada por el CNA revela varios aspectos de la manera de trabajar de las instituciones en aquel período: por una parte, obedecían incondicionalmente a los órganos de represión, lo que tuvo como consecuencia aceptar varias estrategias aberrantes; por otra parte, hacían un inmenso esfuerzo para conservar la apariencia de legalidad. Para exiliarme de Bucarest, el Consejo estuvo a punto de planificar, de la noche a la mañana, un gran experimento científico. El director Florin Stadiu redactó un informe de tres folios en el que explicaba la importancia del cambio morfológico del litoral rumano del Mar Negro, así como los problemas relacionados con la evolución de la salinidad del lago Razelm. Para profundizar en lo que ocurría, era necesario conocer detalladamente los procesos físicos que se producían en la zona, y Gura Portiței, “rodeada de aguas es ideal para llevar a cabo un experimento meteorológico e hidrológico complejo”. El director no tenía únicamente opiniones generales sobre el inicio de unas investigaciones durante un período de dos años, sino también observaciones precisas sobre su desarrollo: “Al mismo tiempo, la plantilla de la estación [meteorológica de Gura Portiței] debe ser completada con un especialista con estudios superiores, preferentemente un físico, quien, además de participar efectivamente en la recopilación de los datos suplementarios, deberá elaborar una metodología científica para interpretar los resultados experimentales. Consecuentemente, es necesario que dicho especialista tenga experiencia en el campo de la hidrología y de la física de la atmósfera”. Dicho de otro modo, el experimento del CNA necesitaba un especialista que tenga exactamente mi perfil.

Me entregaron en mano la orden del CNA, el 8 de septiembre, y tenía que llegar a mi nuevo destino dentro de dos días, de los cuales uno era un domingo. La dirección del IMH añadió al

informe redactado por el director Florin Stadiu algunos detalles. Les dije en el acto que su gestión para expulsarme a Gura Portiței era inútil.

Dejé también algunos testimonios escritos. El 13 de septiembre envié al CNA una memoria en la que impugnaba la decisión, explicando sus incongruencias. Y el 15 de septiembre, mandé otra al Consejo de Ministros, para informar que: “El 4 de septiembre de 1989 me llamó el presidente del Consejo Nacional de las Aguas, a las 15.00 horas. En la conversación que mantuve con el presidente del CNA, Ion Badea – sobre temas no profesionales – éste me habló en tono ofensivo (usando, por ejemplo, la palabra “canalla”, ¡impresionante!, visto que el presidente del CNA tiene rango de ministro y debería saber respetar su estatus) y me amenazó con enviarme a algún lugar donde “me caería de la cima de una montaña o directamente al mar”.

Rompí las relaciones con el IMH. Encontré un trabajo de jornalero en los invernaderos de la periferia del barrio Berceni. Cuidé claveles durante dos semanas y les hice correr a los oficiales de la Securitate por el camino de ida y vuelta que recorría a marcha forzada; después, me invitaron otra vez al CNA, para que me comunicaran, tras una discusión alucinante, que cambiaron el lugar de mi destino, “como lo había solicitado”, a Buzău, la ciudad donde vivían mis padres.

Cuando salí de la sede del Consejo Nacional de las Aguas, fui directamente a casa y escribí la historia de aquella experiencia, todavía bajo la impresión de todos los detalles. El texto, “Falso retrato de un ministro”, se publicaría el 20 de enero de 1990, en el primer número de la revista 22, publicación del recién creado Grupo por el Diálogo Social¹³⁵.

135 Se republicó en el volumen Gabriel Andreescu, *Patru ani de revoluție* (‘Cuatro años de revolución’), București, Editura Litera, 1994, y se incluye en el presente volumen.

Final de una época en Buzău

Inmediatamente después del encuentro que tuve en el Consejo Nacional de las Aguas dirigido por el camaleónico Badea, recibí la decisión por la que me destinaban a la Dirección de las Aguas Ialomița-Buzău por un período de 6 meses (10 de octubre de 1989 -10 de abril de 1990). Al llegar allí, los policías (¡y un jamón, policías!) estaban delante de la casa. En la calle Democrației, donde vivían mis padres, las farolas tenían bombillas nuevas y por la noche bañaban de luz las casas. Era un privilegio en aquellos años, sin par, diría, ya que al caer la noche la oscuridad cubría toda la ciudad con su manto, sin excepción alguna. Ahora la calle tenía sentido único, lo que implicó cambiar el tráfico en toda la zona. Incluso los que no estaban interesados por la rumorología local se dieron cuenta que en la zona Democrației había sucedido algo.

Los oficiales de Bucarest me acompañaron a la dirección de la Securitate local, a cuyo jefe era el más tarde “famoso” Ilie Merce. La atmósfera de la tarde-noche cuando se hizo la “entrega” me quedo grabada en la memoria solo en líneas generales. Por un lado, los de Bucarest, presentándose con un semblante grave-tranquilo, por el otro, sus compañeros provinciales que prometían, sacando el pecho, que me harían entrar en razón. En aquel instante, creo, nació una discreta connivencia con mis ahora “ex” vigilantes. Los de Buzău eran unos fanfarrones y no encajaban. La diferencia entre unos y otros era flagrante, lo notaban también los oficiales visitantes, y sabían que yo la capto también. Comprendí que Buzău era solo una oficina donde se ejecutaban las órdenes de Bucarest, así que las gesticulaciones de los subalternos me importaron un comino.

La Securitate de Buzău hizo lo que mejor sabía, eso es, mostrar celo ostensiblemente. No solo el círculo de hierro alrededor de la calle donde vivía era exagerado, sino también la vigilancia, esta vez a dos o tres metros de distancia. Por la mañana iba a trabajar, y el oficial, joven y en la mayoría de los casos con aspecto

de palurdo, caminaba detrás de mí, me dejaba en la entrada de la institución y me seguía inmediatamente cuando me iba a casa. De ninguna manera podía ponerme en contacto con alguien. Unas cuantas veces me interesé por algún ex compañero o por conocidos, como las hermanas Mareș, por ejemplo. Veían que me persiguen, nos saludábamos, intercambiábamos unas palabras de circunstancias, nada de verdad.

Una vez, cerca de la calle Democrației, en Mioriței, la calle-juela que significaba mucho para mí, porque por allí iba a la escuela de mi infancia, me encontré con el padre de Gabi Ionescu. Fuimos compañeros desde el primero de primaria hasta el segundo de ESO. Nos detuvimos, hablamos 4-5 minutos, y cada uno siguió su camino... Me di la vuelta después de cinco pasos. Detrás de mí, el securista le acosaba a preguntas al pobre señor Ionescu. El hombre parecía espantado. El contorno de los cuerpos se dibujaba en toda la calle, desierta en aquel momento: un ave de rapiña y, cargado de espaldas, su víctima. Iracundo, me volví y le grité al securista: “¡Voy a poner una queja en Bucarest!”. Le dije también al señor Ionescu que me interesaría por ese incidente esa misma noche en su casa. “Comprobaré si le pasó algo.” Y fui a verle, después del trabajo. Salió de casa, y me pidió que no volviera a pasar por allí.

Advertí a todos los familiares que les convenía dejar de visitarnos. Obedecieron. Nunca iba a ver a mis antiguos amigos, porque quería protegerlos; creo que ellos querían lo mismo. La única excepción en Buzău la hice con Dana y Dudu Dumitru, mi sobrina y su marido, que trabajaban en la Dirección de las Aguas Ialomița. De todos modos, nos encontrábamos cada día en el trabajo, pero ellos también pasaban por casa a veces, y Dudu les ayudaba a menudo a mis padres con su coche Dacia.

El tercero o el cuatro día después de mi llegada tuve el primer conflicto. Me puse el chandal, salí por la puerta, “el policía” intentó detenerme, pero le dije que tenía la costumbre de correr y que no me interesaba lo que opinaba al respecto. Recorrí las

calles cercanas a la calle Democrației, para acabar mi itinerario delante de nuestra puerta. Exactamente el mismo recorrido lo había hecho cuando tenía unos 12 años, en el primer combate memorable entre mi voluntad y mi cuerpo.

El acto de indisciplina fue transmitido en seguida por teléfono; la consecuencia fue que un coche apareció detrás de mí y empezó a seguirme, “atropellándome” casi, de cuando en cuando, porque subió a la acera por donde corría. “Si nos lo proponemos, te atropellamos de verdad”; supongo que se imaginaron que capté la indirecta.

El día siguiente, el policía me informó que no se me permitía correr. “¿Cómo que no se me permite?” Por la tarde ya no corrí por las callejuelas circundantes. Para salvarme del asalto del coche, entré rápidamente por la avenida con castaños y me dirigí al Crâng. La luz disminuía, habrán temido que entraría en el bosquecillo convertido en parque, que linda desde hace más de cien años el lado noroeste de la ciudad, y que desaparecería. Justo en una esquina de la avenida, me detuvo un tío sólido, que me arrastró hasta el coche que frenó bruscamente, y después arrancó en tromba. En los asientos traseros me apretaron un poco, por las apariencias. Jugaban a los ladrones y policías.

Me llevaron delante de Ilie Merce. El comandante gesticuló, repitió lo de “¡Nos las pagarás!”, pero no le salió muy bien... Estaban fuera de juego. Le dije: “Yo acepté venir a Buzău, y no soy yo quién lo pidió. Si me ponen trabas, vuelvo a Bucarest”.

Merce cogió el teléfono y habló con el Centro. Escuchó atentamente, un rato bastante largo... colgó... tenía la voz cambiada. Le habrán dicho, probablemente, que no lograría nada con las amenazas. Me explicó que es el responsable de mi seguridad. Algunos ciudadanos están indignados (¿?)... Es por eso por lo que no puede dejarme correr por la ciudad, no porque él tuviera algo en contra.

Con ese cambio total, llegamos rápido a un acuerdo. Correría por el patio de la Escuela n.º.1, mi antigua escuela de primaria y

de ESO. Allí iba a ir todas las tardes. El securista esperaba en la zona de la entrada. El único que se aventuró a entrar en el recinto, incluso varias veces, fue Grozavu, mi ex profesor de deporte. Nos saludamos, cambiamos unas banalidades..., supongo que conocían nuestra relación desde el período cuando era alumno y quizás le habrán pedido que intente sonsacarme algo. Los agentes de Merce se creían listos. Durante mi estancia en Buzău me enviaron un ex compañero de escuela que trabajaba ahora en la Securitate departamental. Me invitó a unos paseos durante los cuales me explicó educadamente por qué sería mejor que renuncié a mi modo de comportarme. “Podrías ser útil también de otra manera”. ¿Quién sabe? Merce habrá soñado por la noche que logró convercerme a retractarme de mis declaraciones, que le llamaban a Bucarest y el propio jefe de la Securitate le felicitaba por su incomparable perspicacia, que le ascendían, y así por el estilo.

La discusión sobre mi jogging diario no era un capricho. Quien lo practica y recorre largas distancias sabe que este ejercicio no es únicamente físico. La soledad y el diálogo con uno mismo generados por el esfuerzo de aumentar su resistencia son únicos. Solía decirles a los amigos que el correr es el único deporte... metafísico. En Rumanía se difundió una especie de dicho, particularmente entre los amantes de la filosofía, que reza así: hay una oposición entre la actividad física y el pensamiento. Pero la gente olvida que las grandes competiciones entre unos baluartes intelectuales como Oxford y Cambridge se prolongaban con concursos deportivos. Y, sobre todo, si invocamos a los filósofos, habría que recordar que los pensadores griegos practicaban un verdadero culto del cuerpo.

Corría entre 3000 y 5000 metros, nunca como deporte de alto rendimiento. Supongo que la lucha por superar a otros puede pervertir el estado singular del contacto interior con uno mismo. Necesitaba ese ejercicio que significaba para mí incluso más que la conversación cotidiana entre mi yo y mi voluntad. Representaba el vivir del ser a través del cuerpo. Practiqué lo

que hoy llamamos jogging desde que era alumno de secundaria y me imagino que seguiré practicándolo hasta mi último día. Particularmente durante el período de los enfrentamientos con los órganos de represión, con su exacerbada tensión diaria, el correr me ayudaba a desahogarme de la frustración y alimentaba mi confianza.

Comprendí inmediatamente por qué Radu Filipescu practicó el jogging durante sus años en la resistencia. Y se podía intuir también, por qué en los años 2000 solo él, desde su cargo de presidente, tuvo la motivación de animar el GDS, grupo con una filosofía cada vez más intelectualista-elitista-tesista, a defender el complejo deportivo Ștrandul Tineretului de la avenida de Kiseleff. El deporte no se limita a los músculos y a las fibras por las que pasan las señales nerviosas. Seguramente, el deporte tiene que ver con el carácter.

Los últimos días

Sin contactos con la gente, todo el tiempo lo dedicaba a leer y a escuchar la emisora “Europa liberă”, lo que no se podía llamar una vida aburrida. A esto se sumaron algunos gestos de mis amigos. Mariana Macri me pidió que la acompañara a Piatra Neamț para consultar a un sanador. El motivo, probablemente, no era su necesidad de ayudarla, sino el deseo de demostrar que los allegados no me consideraban excluido de su comunidad. Tuve que informar a las autoridades de Bucarest sobre mi decisión de hacer ese viaje, así que, en tren estuve acompañado por un guardián, el hombre de cara serena mencionado antes. Vigilaba, según todas las probabilidades, a la familia Macri, porque me seguía cuando pasaba por su casa. Subimos al tren que venía de Bucarest, llegamos los tres a Piatra Neamț, Mariana fue a la consulta del sanador, regresamos, y yo bajé en Buzău. En esa ocasión pasé unas horas en el pasillo con el securista que me acompañaba y charlamos un largo rato.

En aquel período me visitó de nuevo, en Buzău, Costina Fulga. Dos veces. Era una chica bonachona-ardorosa, al teléfono – me llamó varias veces – , decía abiertamente, sin ninguna reserva, cosas que a otros les hacían mirar atrás, a ver si los oyó alguien. Durante muchos años solicitó su expediente de vigilancia informativa. Incluso en el 2009, el CNSAS repitió desafiante que “no tenía” tal expediente, aunque en su vida hubo muchos episodios que motivaban la vigilancia; y no solo la amistad conmigo, de por sí un argumento suficiente. Las grabaciones realizadas por la Securitate no pueden dejar la menor duda sobre la inexistencia de un expediente pesado a su nombre. Algunas están en el expediente de vigilancia de mi padre, al que le habían puesto el nombre en clave de “Andreica”¹³⁶. Según las primeras notas informativas del archivo del CNSAS, a padre le vigilaban al menos desde 1952. Dos tomos, aproximadamente 200 folios, tratan de su vigilancia en las décadas de los sesenta, setenta, ochenta y los primeros años de los noventa. Los 800 folios restantes (los tomos tercero y cuarto) se refieren a la investigación iniciada por la Securitate departamental a raíz de mis visitas a Buzău. Con fecha del 8 de agosto de 1988, la inspección departamental de la Securitate de Buzău solicitó al servicio “T” la puesta en funcionamiento de una instalación ICT (¿?) en la casa de mis padres de la calle Democrației n° 42. Después de instalar los medios técnicos operativos, la Securitate vigiló a diario todo lo que pasaba en el interior de la casa. Los oficiales responsables de la acción transcribieron de su puño y letra, o pasaron a máquina, todas las grabaciones desde aquella fecha hasta el mes de diciembre de 1989. Los últimos folios del expediente están fechados 29 de noviembre de 1989.

136 Entre los documentos hallé también algunos que utilizaban el nombre clave “Ali”, aunque no descubrí un expediente de vigilancia informativa con este nombre.

El valor humano de las grabaciones es excepcional. Como ya he mencionado, solicité mi expediente de vigilancia varias veces, la última, en el 2007, cuando se me contestó que mi expediente no se encontraba en el archivo del CNSAS, pero que se seguirían haciendo todos los esfuerzos, que de todas formas lo habían hecho, y el resultado fue que sacaron a la luz... ocho páginas que se referían a mi persona. Páginas que, generosamente, me pusieron a disposición.

¡Ocho páginas, exactamente, ni más ni menos! Yo mismo encontré algunas trasapeladas en otros expedientes consultados en el CNSAS. En el 2008, encontré unas decenas de páginas en el expediente de vigilancia informativa de mi hermano. Finalmente, siguió el gran descubrimiento en el expediente de mi padre. Un total, no de ocho, ni ochenta, sino de casi 1000 páginas en expedientes que el Colegio del CNSAS tenía todos los motivos para estudiarlos a raíz de mi solicitud, en virtud de sus obligaciones dictadas por ley. La manera en que esa institución llegó a servir no al ciudadano, sino a los herederos individuales e institucionales de la ex Securitate es uno de los magnos escándalos de la posrevolución.

Repito: el valor humano de las grabaciones recogidas en el expediente de vigilancia informativa a nombre de “Andreica” es excepcional. Un trozo de vida que de ninguna manera nosotros, los sujetos de las grabaciones, habríamos podido salvar de otra forma. Se encuentran grabadas muchas llamadas telefónicas, pero la mayor parte la constituyen las grabaciones de las conversaciones llevadas a cabo en casa. Éramos tres personas que hablábamos, no mucho, pero bastante a menudo, y los oficiales transcribían fielmente, a veces con anotaciones y paréntesis, nuestras charlas. Muchas, muchísimas conversaciones parecen escenas de teatro breve: madre, con sus miedos, padre, con su indignación y sus críticas, eventualmente, yo, con mis ideologías, finalmente, los securistas, con sus transcripciones disciplinadas, llenas de humor involuntario.

“...en lucha con la Reacción”¹³⁷

Puesto S.C.D.T. Nº 6

Estrictamente confidencial. Extracto

Nº. 0016401

Fecha: 11.11.1989

“Andreica”

La madrugada del 11.11.1989, el matrimonio “Andreica” y “Gabi” se despiertan a las 5.30 horas. Gabi está de buen humor y tararea varias canciones.

Esposa del objetivo: Cállate la boca, que quiero dormir un poco más.

Andreica: ¡Cuánto se empecinó... en no mejorar el abastecimiento de la población! ¡Ahora no le queda más remedio!

E: ¿Por qué se obstina tanto con las exportaciones?

A: ¿Tú no te das cuenta que es un tábano? ¿Quién se iba a imaginar que duraría tanto? ¡Un canalla! ¡Eso es! Los minerales los funde en las acerías para las plantas petroquímicas. ¡Eso es! ¡Por eso exporta! ¡No tiene dinero para pagar!

A las 6.15 horas, Gabi está en el colmo de la felicidad, está tarareando continuamente varias melodías, silbando.

[...]

A: Éstos no se han enterado todavía, [...], porque no estuvieron en casa. No se enteraron de Jivkov.

G: ¿Tú crees?

A: Así que... su actitud no ha cambiado.

E: Que no canten victoria porque... el que mejor ríe es el que ríe el último.

137 El título hace alusión a una comedia del gran clásico rumano Ion Luca Caragiale (1852-1912), *Conu' Leonida față cu reacțiunea* ('Don Leonida en lucha con la reacción'). (n.tr.).

*

La “felicidad” a la que se aluden los oficiales se refiere a la caída de Teodor Jivkov, presidente hasta aquel momento de Bulgaria, el último reducto, que demuestra que las fichas de dominó habían empezado a venirse abajo. La otra charla que reproduzco está relacionada con la llegada de Costina. Mi padre quería a mi antigua compañera, su presencia le inspiraba.

*

Puesto S.C.D.T. N° 6

Estrictamente confidencial. Extracto

N°. 0016401

Fecha: 18.11.1989

“Andreica”

Gabi volvió a casa de sus padres acompañado por Costina, a las 17.10 horas. En casa se mantuvieron varias conversaciones:

Andreica: ¿Entre éstos, no estará también uno de los míos, uno que se ocupaba de mí? No creo haberle visto, que ese, siempre que me veía me saludaba. Hubo otro antes, Vandaş, que quería convertirme en agente. Yo iba a Ținteşti cuando me abordó y me dijo que quería hablar conmigo. Me dijo que el sábado a las 18.00 horas. Quería que me convirtiera en securista. Había venido a vernos el padre de un judío, compañero de Liviu. Tenía un anillo valorado en 20.000 lei. Me llamaron a la Securitate y ese me dijo que el judío era espía y que hacía también... Yo le contesté que si descubría algo que me olía mal, le avisaría, pero no tenía la más mínima idea de lo que quería. Me citó, pero le dije que no traicionaba a mis compatriotas. El otro me dice: “Acudirás a la cita”, yo, “No lo creo”. Me lo encontré en Scurteşti, era teniente coronel, yo estaba con uno, Mareş, un ricachón. El griego sacó

una botella de aguardiente y tomamos unas copitas. Le pregunté a dónde iba y me contestó que a Glodeanu Siliștea.

Desde entonces nos encontramos unas cuantas veces, pero nada más, nos saludamos y adiós. Esa es la Securitate, pero hay también algunos que respetan la Constitución.

[...]

Andreica: Hoy no hay programa en la tele; lo tendremos dentro de cinco años, el Congreso...

E: Cállate.

A: Yo paso cerca de ellos, no les digo nada. Pero ellos pueden decir: “Un momento, señor, por qué traes a este gamberro aquí, contigo?” Debes acompañarla a Costina al tren, si la dejas sola...

Costina: ¿Y qué si me piden la documentación?

A: Tiene razón, Costina puede restregarle en la cara su carnet de miembro del partido.

[...]

E: ¡Pobres de vosotros, veréis cómo es la vida!

C: A ese también se le verá el plumero.

A: ¡Tienes razón! Ese no da su brazo a torcer, hombre.

E: Cállate.

A: Mira a Jivkov, que los suyos quieren juzgarlo

E: ¡Déjate de llevar las cuentas de otros.

C: Para mí, uno solo cuenta. Los demás no importan.

A: ¿No oíste? “... y su esposa destruyeron Rumanía?”¹³⁸

E: ¡Cállate!

C: Lo importante es que cada mochuelo vaya a su olivo.

E: Ponte el abrigo de papá. Él ya está entre Pinto y Valdemoro

A: Coge el abrigo de tu padre, le dijo su madre cuando fue a Bucarest a traerse el abrigo, pero este vino con la gabardina.

138 Siempre que se mencionaba el nombre de Ceaușescu, los securistas lo transcribían con “...”. Lo interesante es que no pasaba lo mismo en el caso de Elena Ceaușescu.

C: Tardamos en llegar veinte minutos a pie, pero esos no saben a dónde huimos.

E: El pobre consuegro de Constanța, salía de casa siempre una hora antes.

Gabi tose fuertemente.

A: Hijo, tómate una aspirina.

E: Y toma el abrigo de papá.

A: Para que esos digan que se disfrazó. Nos están vigilando desde el pasado 10 de octubre. Hasta ahora no éramos personas públicas, pero ahora nos vigilan y nos conoce todo el mundo.

E: Pobres de nosotros.

A: Todos me preguntan qué hacen esos delante de mi puerta; yo les contesto que les pregunten a ellos.

C: Eh, qué le vamos a hacer.

A: Cuando se preguntó entonces... La pobre Mioara vino sin él y no se atrevió a decírnoslo; apenas más tarde nos preguntó si podríamos soportar lo que nos diría y nos dijo que sería condenado a 20 años por alta traición.

[...]

A las 10.00 horas, Andreica enciende la tele y ve aproximadamente dos minutos el telediario de noche. Después el sonido desapareció inesperadamente, y se oyó la voz del objetivo: “¡Mejor leo esto!” (se oye el crujir de un periódico). Te voy a leer esto, por ejemplo: “...al hacer balance de la actividad internacional del partido en el IX Congreso, podemos afirmar con justificado orgullo y satisfacción...” (el objetivo imita el tono de voz y la dicción de otra persona, con un acento ostentativo).

Gabi se prepara para poner la mesa. El señor Andreica dice: “¡A la salud de Neculai!”

G: Que se jo... (suelta una palabrota vulgar).

El señor Andreica pregunta: “¿es el grande, el valiente?”

G: El bueno, el justo, el grande, el valiente.

A: Al pobre vaivoda Mircea lo bautizó ahora, después de casi 700 años, “El Grande”, para que pueda ponerse el epíteto “el

valiente”. Lo siento por esos búlgaros, hijo, ¡después de presentar su dimisión, ahora le están procesando!

G: ¡Cómo que le están procesando? ¡Le critican!

A: Pero tú no ves que le reprochan que ocultó, que hizo...

G: ¿No sabes cuáles fueron sus últimas palabras?

A: No.

G: Presento mi dimisión.

E: ¿Quisieron fusilarlo?

A: Solo que... N. comparte la culpa con la familia. Una cosa es estar solo y otra bien distinta compartirla con otro.

E: ¡Termina de una vez! ¡Habla...!

A: ¿Qué? ¿Qué no es así, mujer? A ellos se les procesará juntos.

E: (gritando): ¡Que termines!

A: No solo a uno de ellos.

E: ¡Termina!

A: ¡Madre mía, cómo les arrancaría el pellejo, putos cabrones hijoputas!

E: Tú, tú te metes...! ¡Eres una calamidad!

A: ¿Yo o ellos?

E: ¡Tú!

A: Solo que...

E (le interrumpe nerviosa): ¡Vamos, acaba de una vez por todas, ya no quiero oírte!

A: Espera, mujer, que...

E (gritando): ¡Ya!

A: Espera, mujer, que a mí... ¡yo no quiero decir nada más ahora porque soy viejo! Y ... ¡ya no puedo castigarles!

[...]

Él quiere que vivamos como en Corea, ¡sí señor! ¡Nos castiga a nosotros con zanahoria, remolacha, pimientos y tomates! Porque somos obstinados, no queremos comer en el comedor de beneficencia.

Os dije una vez que había un edificio un poco más para acá de donde vive Nichita y estaba pensando yo, digo: ¿qué pasa con

este edificio? Que todo el mundo estuvo trabajando en él, carpintería, el revoque exterior... Dios sabe qué más habrán hecho, y ahora vi que empezaban de nuevo. Y un tío de por ahí viene y dice: “señor, es que construyeron el edificio sin cocinas. Ahora nos hicieron cocinas. Copiamos los planos de los chinos. Allá no tienen cocinas, comen en las cocinas del estado. Y... creo, estoy convencido que ese hombre no mentía. Como oí también que hacía lo mismo en las aldeas... cocinas comunes.

La injusticia de la vida con las madres

El último documento ofrece todos los datos destinados a reforzar la imagen de un noble padre, modelo de comportamiento, y una madre que nos pide estar de rodillas, desesperada por rescatar mediante comentarios obedientes la altivez de su marido y las hazañas de su hijo. Al explicar los resortes de la querrela con el sistema, la creación de esa imagen era quizás inherente. Pero la imagen está lejos de ser completa.

El período de la historia en la que vivió mi madre fue de lo más ingrato con las mujeres. La tradición conservadora se había mezclado con las fechorías del comunismo. Madre trabajaba enormemente. No recuerdo haberla vista un instante sin hacer algo. Se despertaba de madrugada, daba de comer a los animales del corral, luego nos preparaba a nosotros para ir a la escuela, limpiaba la casa, y después tocaba preparar la comida. Por la tarde, remendaba la poca ropa que teníamos y que siempre había que arreglar, lo que explica la dificultad de imaginarme, más tarde, que había que tirar a la basura, simplemente, los calcetines que tenían un agujero. Cuando íbamos a la cama, ella comenzaba a lavar. Cuando se reincorporó al trabajo, el ritmo fue aumentando. Ella no era un caso único, en el ambiente en que vivíamos, parece que éste era el destino de las mujeres.

Al principio, alejado por trabajos diarios, padre volvía a casa por la noche, y cuando fue rehabilitado y pudo volver a ocupar su

puesto de inspector financiero, regresaba a casa los fines de semana. No podía hacerse cargo de algunos quehaceres de mi madre y, de todos modos, la división del trabajo en la casa era estrictamente tradicionalista. Ella no tenía la posibilidad de conocer o de inventar un modo de pensar feminista, para poder rechazar ese tipo de vida. La fuerza del sacrificio no era una lección que quisiera dar al mundo, sino una manera de defenderse.

Reducir “la aportación” de la madre a las funciones de alimentar y proteger habría sido una injusticia. Madre repetía a menudo: “¿Cortarse el dedo del corazón, dolerá más que cortarse el dedo menique?”. Comprendí entonces, en la zona intensa del subconsciente, que para ella contábamos igual yo y mi hermano. Me hizo sentir siempre que para ella nada valoraba tanto como nosotros. El confort de aquel amor, de aquellos cuidados, de la devoción desesperada se enfrentó orgullosamente con todas las carencias y todos los dolores.

Durante los primeros años, con un padre semiausente, mi madre fue guía de mis primeras emociones formativas. En los tiempos cuando en casa no existía la tele, escuchábamos los cuentos de hadas de mamá, eran el gran tarro de miel de la imaginación. A los niños les gusta que se les repitan las historias, y cuando llegan a leerlas ellos mismos, que puedan repetirlos a los que quieren. Madre era la que ahora me escuchaba. Esperaba el instante cuando su ajeteo disminuía, cuando empezaba a coser o a tricotar un jersey, y le pedía que me escuchara.

Me gustó muchísimo una recopilación de cuentos norteamericanos, *Cuello Rojo*. Eran narraciones amplias y tristes sobre animales maravillosos que, al final, eran presa de algún cazador asesino. Cuello Rojo era el nombre de un urogallo muerto en la trampa de un granuja de Don Valley. El zorro de Siegfried se había ido de sus tierras “por dejar atrás el sombrío recuerdo de su mujer y sus cachorros asesinados”. El marido de la liebre Oreja desgarrada, también había perecido. Pero lo que más me impresionó fue la historia del Mustang trotón. Este caballo salvaje ha-

bía escapado de todos los intentos de los vaqueros de capturarlo. Después de muchas aventuras, terminó por ser cogido a causa de la única prueba que le venció: el joven mustango respondió al relincho de una yegua. Le ataron fuerte las patas delanteras y, aguijoneándolo de un lado y de otro, los vencedores empezaron a conducirlo al rancho. Bufando por el miedo y la furia, el mustango intentó fugarse todo el tiempo. Su dueño, sin embargo, era desalmado y diestro, “no se alteraba y le obligaba continuamente a avanzar”. Llegaron al final del desfiladero, y se divisaban ya los primeros corrales. En aquel momento, el último, el Mustang trotón “reunió todas sus fuerzas para hacer un intento desesperado. Abandonó el sendero y subió, subió cada vez más arriba la pendiente cubierta de yerba, a pesar del lazo que le apretaba y le cortaba en carne viva, a pesar del tiro al aire para detener su descomunal impulso. Arriba arriba, cada vez más arriba, se abalanzó hacia el peñasco más abrupto, dio un salto al vacío y se tiró desde dos cientos pies para estrellarse en las rocas de abajo, pobre cadáver, pero libre”.

El final de la captura del caballo salvaje ocupa dos páginas. Desde las primeras letras sentía un nudo en la garganta. Leía cada vez con más dificultad, y al llegar a las últimas líneas rompía a llorar a mares, desesperado. Madre sonreía dulcemente y esa situación parecía despertar en ella una rara comprensión, fina, como no tenía en otros momentos. “Por qué sigues leyendo, me preguntaba suavemente, si empiezas a llorar?” En realidad, no sabía cómo calmarme; repetía: “Tranquilízate, cielo...” (palabras que raramente pronunciaba), y eventualmente sacaba a colación algún tema que me llamase la atención, sin traicionar la atmósfera de las peligrosas y maravillosas hazañas de las tierras americanas.

Me pregunto apenas hoy, qué me hubiera sucedido si se habría reído de mi emoción. O si hubiera desconsiderado aquellos ratos. Me pregunto: ¿la manera en que me acompañó y me protegió, aceptando a mi lado, mientras leía, la elección del mustango

entre la muerte y la libertad, no habrá contado mucho más que todas las pruebas de orgullo de mi padre durante toda su vida?

Las últimas horas

Las dos conversaciones transcritas por los securistas de Ilie Merce tuvieron lugar después de enterarnos a través de “Europa liberă” de la caída del líder comunista búlgaro. Sugieren únicamente la primera faceta de la esquizofrenia en la que vivíamos los últimos meses del comunismo. La voz de la razón veía con claridad la puesta en práctica del principio del dominó en la Europa Central y Oriental, anticipando el cambio en Rumanía y la aproximación con una fuerza inexorable del momento de una encrucijada. Al mismo tiempo, me faltaba la esperanza subjetiva de que en Rumanía podía ser derrocado el régimen de Ceaușescu. Mi imaginación no era capaz de escribir un guion concreto de la deposición del matrimonio que aterrizzaba el país. Tenía ciertas expectativas optimistas, pero se basaban únicamente en el hecho de que el régimen ya no apretaba tanto las clavijas gracias a la presión internacional reforzada por los acontecimientos de los estados cada vez menos socialistas.

La última grabación del expediente de vigilancia informativa de mi padre era del 29 de septiembre, de modo que me perdí la parte más espectacular de las interpretaciones, referente al período posterior al 16 de diciembre de 1989. Desde el instante en que estallaron los movimientos de Timișoara, los securistas me llevaron hombro con hombro al trabajo, y me acompañaron a casa en la misma formación. Las tardes no podía abandonar la casa. De todas formas no lo habría hecho; aquellos días escuchaba ininterrumpidamente “Europa liberă”. Inexplicablemente, los programas se oían con una claridad irreprochable. Vivía los acontecimientos relatados por la radio en un estado de trance. Daba vueltas a la mesa, bebía ansiosamente las noticias, soltaba alguna onomatopeya. Mamá, impresionada también, renunció a

decirme que me calle. Los infames dictadores vivían el día en que “los gusanos [que] nunca no se hartan” – palabras usadas por Elena Ceaușescu cuando vio una larga cola delante de una tienda, según una leyenda popular, se habían sublevado¹³⁹. El número de muertos, según las informaciones transmitidas por la escrupulosa emisora, era enorme. ¿Habrá asesinado realmente 60.000 personas en Timișoara? El ruido de las ráfagas y los gritos de la gente parecían pruebas irrefutables. Tenía la impresión de que el enfrentamiento tenía dimensiones cósmicas. Aun no me imaginaba que Ceaușescu ya no tendría bajo control la situación. *El hecho más importante, el enfrentamiento con la dinastía Ceaușescu y el lavado de nuestra deshonra*, había ocurrido. No obstante, el anuncio de la visita de Ceaușescu a Irán, y, luego, la sesión de la Gran Asamblea Nacional, el parlamento, de apoyo al régimen, del 21 de diciembre, fueron como una ducha fría. La idea de que la población de Bucarest aplaudiría a los criminales, mientras a los rebeldes de Timișoara se les segaba a balazos era algo insoportable.

El 21 se nos avisó que teníamos que ir *in corpore* al salón de actos de la última planta donde estaba el televisor, para asistir a un importante acontecimiento. Me quedé en el despacho, donde un compañero dejó la radio encendida. Empezó el mísero discurso de Ceaușescu, duró un tiempo... y, de pronto, de la caja metálica estalló el gigantesco estruendo del principio del fin. Oí puertas cerradas ruidosamente, pasos en la escalera... eché a correr yo también, subiendo los peldaños de tres en tres, para llegar al salón de la tele; en la pantalla reinaba la carta de ajuste. ¡*Había sucedido!* Me tiré al suelo, grité, di vueltas por el entarimado...

139 Citada también en la carta de un corresponsal de “Europa liberă”, bajo el seudónimo “El mismo rumano optimista”, enviada a la emisora el mes de octubre de 1989: “Saben lo que dice ella cuando ve las colas? Mira, los gusanos nunca se hartan”.

Dana y Dudu llegaron asustados: ¿Qué me pasa? ¿Me siento mal? ¿Llamamos a un médico...?

En casa, esa exaltación se convirtió en estupefacción. Se hablaba de la sangre que corría por las calles de Bucarest. Las llamadas telefónicas se cortaron. No podía hablar con nadie de la capital, con mi familia, con los amigos... Quise ir a la central telefónica de la ciudad, pero el securista de la entrada no me dejó salir. Esa vez no le repliqué nada. Estaba seguro, las represalias iban a ser terribles. Nadie guardaría las apariencias.

El día siguiente, el 22 de diciembre, me despertaron y me empujaron en un ARO cuatro por cuatro. En el coche había cuatro securistas. Con la salvedad del nuevo jefe de la investigación – o eso me pareció que era – bajo cuya responsabilidad estaba, todos eran caras nuevas. Tenían aspecto de cansados, facciones terrosas, señal de que no habían dormido. Pero noté algo sin precedente: dejaban que se vieran por debajo de sus abrigos las fundas y el correa de las pistolas. Extrañamente, a diferencia de lo que sabía yo, éstos eran blancos. Contrastaban fuertemente con el color gris-oscuro de los trajes. El coche arrancó. No decían nada. No se oían otros ruidos. El ambiente no sugería nada bueno. Cuando llegamos al puente hacia Urziceni, empezó a despuntar el día. Aunque era invierno, el sol pintaba todo el horizonte en rojo anaranjado. Miraba intensamente aquel cielo turbador, para captar en la retina esas imágenes; ¿las últimas? Yo también estaba cansado; y además sentía una vaga tristeza que salía al encuentro de aquella incertidumbre agobiante. Pasamos el puente, a la izquierda, pasamos el cruce con la localidad Glodeanu Sărat, donde nació mi padre, dejamos atrás un bosque, dos, dejamos atrás también Urziceni. Seguimos sin detenernos por la carretera vacía hasta Afumați, entramos en Voluntari... por tanto me llevarían a la Securitate. A la altura de Parcul Tineretului me dio la bienvenida la primera imagen que contradecía lo que sentía y lo que había percibido hasta entonces: un grupo de obreros marchaba hacia el centro de la ciudad por la carretera plúmbea que parecía

llena de barro. En aquel momento, incluso el cielo tenía el mismo aspecto.

Llegué de nuevo al edificio de Calea Rahovei 39. Antes de desaparecer en su boca ávida, le pedí al jefe de la investigación que avisara a mis padres por teléfono que me habían trasladado a Bucarest. Me prometió que lo haría, pero lo hizo solo después de haberse ido Ceaușescu. Le volví a encontrar, unos meses después, cuando acababa de salir del Hilton. Estaba muy bien vestido, tenía un aspecto preocupado y seguro de sí mismo. Parecía en su casa en aquel hotel de lujo. Había pasado a formar parte, probablemente, de la red más alta, la de los negocios a gran escala. Me vio, me miró ceñudo de paso... Eso fue todo. También iba a descubrir a otros securistas jugando bien su nuevo papel. El “duro”, que retiraba su dinero de la Caja de Ahorros en tiempos de oportunidades, me replicó: “¿Puede afirmar que no me porté correctamente con Ud.?”. Los guardianes de Rahova vigilaban las embajadas. Al joven simpático, de cabello largo, de entre unos 23 ó 25 años, el que estaba de guardia en Izvorul Mureșului y me siguió cuando caminaba demostrativamente desde los invernaderos de Berceni hasta Parcul Tineretului, le vi a principios de junio de 1990, cuando se dirigía a la Piața Universității, probablemente con otra misión. No descubrí nada sobre Mihai Popa, no encontré su nombre ni en los escándalos publicados en la prensa. Y en cuanto a Gheorghe Vasile, me enteraría a comienzos de los años '90 que había fallecido.

En el interior de la prisión comenzaron los conocidos procedimientos: registro de la cartera y de cada objeto, quitarse el cinturón, los cordones de los zapatos, desvestirse, control médico entre los dedos, de los dientes y entre las nalgas... conclusión, estaba detenido. La nebulosidad sombría se volvía una nebulosidad algo más optimista, ya que mi presencia fue registrada oficialmente en la 6ª Dirección de la Securitate. Entré en mi antigua celda realmente contento. Dentro... tuve la sorpresa de encontrar a cuatro jóvenes que estaban charlando. Uno había intentado pa-

sar la frontera con Serbia y le habían traído a Rahova un par de semanas antes. A los otros les habían cogido con manifiestos los últimos días, antes o después de haberlos tirado. A través de la ventana abierta, que conocía tan bien (la había abierto o medio cerrado tantas veces) se oían disparos. Ni siquiera en aquel instante pude imaginar que Ceaușescu podría caer.

Vi que faltaba el papel higiénico. Les pregunté a los jóvenes qué pasó, y me contestaron que no había, y cuando lo pidieron, les dijeron que usaran los dedos. Había recobrado mi espíritu protestatario, fui a la puerta y llamé con fuerza. El guardián apareció y le dije, abriendo los brazos a modo de reproche: “¿Dónde está el papel?”. “Marchando”, me dijo cordialmente y regresó con el papel en dos minutos.

Pasaron unas dos o tres horas, llegó la hora de la comida, tomé unas cucharadas de la escudilla, y la puerta se abrió de nuevo. Entró el mismo guardián. Se dirigió a mí, con un amplio gesto con la mano, como si me hubiera sacado a bailar un vals: “Ud. puede venir conmigo”.

Le seguí, me acompañó apresuradamente al despacho de Popa, quien esperaba en un rincón, pegado al escritorio y moviendo nervioso la pierna. “Como ve, quiso Ud. regresar a Bucarest y le hemos traído”, dijo usando esta vez el pronombre de cortesía. Nada más. Rápidamente llegué al despacho de los objetos personales. Allí estaba el propio comandante de la dirección, quien me dijo que estaba libre. Estaba malhumorado, sin dormir, agitado ligeramente. El oficial de guardia me enseñó el cinturón, el cuaderno, los bolis... “¡No falta nada, le aseguro!”, me dijo antes de terminar; tenso, metió todo en la cartera con la que vine y me deseó buena suerte cuando salí.

En las calles había disparos intermitentes, los había oído por la ventana. De los cinco detenidos fui el único invitado a salir de la prisión. La Securitate parecía esperar sentada, con sus prisioneros. Salí por la puerta de la institución, sin letrero, miré atrás: en el portal, ningún movimiento. Me dirigí hacia la izquierda, len-

tamente, esperando llegar a la calle George Coșbuc. Doblé la esquina, caminé más deprisa, siempre echando miradas por encima del hombro, llegué a la calle y, de ahí, eché a correr hacia la Piața Unirii de donde se oía un alboroto confuso. Cuando me acerqué, no pude dar crédito a mis ojos. Por la orilla de Dâmbovița se deslizaba un torrente de gente que gritaba: “¡Olé! ¡Olé! ¡Ceașescu ya se fue!”, algunos con la bandera de Rumanía con un agujero en el lugar del escudo socialista. Me incorporé a aquel torrente gritando y así llegué con ellos hasta la plaza llamada más tarde Piața Revoluției.

Llegué a casa gritando todo el tiempo, tras breves altos en las casas de los amigos que me pillaban de camino. Los siguientes días pasé de la frenesí al cansancio, y al revés. El suspense televisivo de las luchas callejeras, de la movilización de los terroristas y las fuerzas fieles al dictador (solo con este mote identificó al Gran Sátrapa el lenguaje-eslogan del momento) se prolongaba más allá de nuestras fuerzas. Me despertaba y me acostaba conmovido por la música dramática o la letra del nuevo himno. Los minutos tenían entonces la dimensión cósmica de los finales de época. Llegaron también el simulacro de juicio, y la ejecución de los Ceașescu. Estuve mirando hipnotizado como les ataron las manos a los dos, como los llevaron delante del pelotón de fusilamiento, como los cuerpos de los dos fueron segados por las ráfagas de metralleta. Volvería a ver varias veces la película del juicio y el final. Mis ojos estaban pendientes del más pequeño detalle.

¡Ahora se había acabado!

Durante unos días viví el sueño de una vida tranquila, retirada, dedicada a los libros que cuentan la historia del comunismo y su caída. No necesitaba nada más para continuar viviendo mi vida, en un estado de éxtasis que era mi primera vocación¹⁴⁰.

140 No es un recurso estilístico posdecembrista. Esas eran las emociones que vivía aquellos años, y lo demuestra una de las reflexiones enviadas en 1987, que luego se publicaría en *Méditations crépusculaires*: “En los campos

Había sobrevivido a un Imperio del Mal, había visto su derrumbamiento, mi vida estaba vinculada, a su manera, a la caída de ese régimen odioso. Estaba libre de ser feliz cada minuto.

Pasarían pocos días hasta que el timbre del teléfono ponga fin a mi ensoñación, arrastrándome en un torbellino que no solo no pude prever, pero ni siquiera pude imaginar.

¡Lo que seguirá será otra – ¿una segunda? – vida!

FALSO RETRATO DE UN MINISTRO¹⁴¹

El presidente del Consejo Nacional de las Aguas, Ion Badea, tiene rango de ministro. Ministro de... “Época”. Hasta 1989, no me encontré con él. Recuperé esta pérdida de tiempo apenas después de la huelga de hambre del verano. La segunda semana de huelga me llaman al ministerio. Entro en la antesala. Alrededor de la mesita de la ventana y de las dos sillas se apretujan 3 ó 4 personas. Delante, un sofá de cuero completamente sin ocupar, en el que, finalmente, puedo descansar. Un bulldog castaño, bien alimentado, me da vueltas y me empuja con el hocico. Pero debo estar inmóvil. El mayor tiempo posible. Y me quedo así, con los ojos cerrados. Cuando los abro, descubro el embarazo de los anfitriones. Uno de ellos me explica: estoy sentado en el sofá del perro. El perro no está acostumbrado a esto. Se nota que desearía pedirme que me levante pero no sabe cómo hacerlo. Salen de esta delicada situación gracias al presidente, quien me invita a pasar.

desarreglados de Rumanía quedan bastantes granos de trigo para que retirado, alimentándome con la savia diaria de cada uno, pueda atravesar estos tiempos en un permanente éxtasis de la existencia”. El fragmento completo se encuentra en “Impresie, apus de veac” (Impresiones, ocaso del siglo), republicado en el presente volumen.

141 Escribí el texto, publicado en el primer número de la revista 22, el 24 de enero de 1990, inmediatamente después del enfrentamiento en el Consejo Nacional de las Aguas.

El perro me sigue. La habitación es grande y tristemente sombría. En la pared, la foto preferida del presidente: Ceaușescu de visita, junto a un maizal. Entre los que le rodean, Badea, escuchando humildemente las indicaciones.

– Siéntate, me dice, mirándome por encima de las gafas.

Una cabeza con facciones de buho, dulcificadas por la buena vida. Me entero de que oyó de mi huelga hace dos días. Hasta ahora no sabía cómo me llamaba. Lo siente... yo, un joven, declararme en huelga de hambre, arruinarme la salud. “¿Pero por qué la declaraste?”, me lanza la pregunta, curioso. Le contesto reservado: no tiene nada que ver con el trabajo. Los motivos son políticos. Apunta en un carnet mis explicaciones. Mis palabras le irritan. Pero se controla. Para poder trabajar, tengo que comer. Ahora no tiene tiempo para discutir conmigo, le espera un avión. Nos veremos dentro de dos días. Le gustaría charlar conmigo. Sobre muchas cosas, de hombre a hombre. (Claro, podría ser su hijo.) Me ayudará, si es necesario. Quedamos dentro de dos días. ¿Comerás, verdad? Me despido, sin contestarle. De modo equívoco.

Vuelvo dos días después. Tengo que atravesar todo Bucarest, cambiando sus cansados medios de transporte público, lo que, en ese día de la huelga de hambre no era aconsejable. El director general del Instituto de Meteorología e Hidrología me espera con una cara poco radiante. En el hall encontramos a una secretaria. Lleva una bandeja sin tapar, pringada de aceite caliente, llena de trozos de carne; esta vez, muslos de pollo grandes, dorados al horno hasta que la piel sea crujiente. La bandeja, que sube cada día al gabinete del ministro y que contiene tanta carne cuanto come mi familia en dos semanas, se la repartirán el ministro y el perro: un tercio el primero y dos tercios el segundo. Entramos en el gabinete casi en seguida y casi instantáneamente me pregunta: “¿Has comido?”. No, no he comido.

Momento delicado. El bulldog castaño viene hacia mí olfateándome. “¿Pero, en qué quedamos?” La mano del ministro jue-

ga con una estilográfica, nerviosa. Pero la voz sigue bajo control. (Todo un éxito, me dirían en otra ocasión los compañeros, que siempre vieron al ministro únicamente gruñendo y ladrando.) “No comes porque tienes comida”, declara categóricamente. Él, que trabaja para este país desde los 13 ó 14 años, él que hacía la huelga de hambre porque no tenía qué llevarse a la boca, y trabajaba con sus brazos, su espalda, su cerviz... Se tumbaba en las líneas de ferrocarril, y soñaba despierto con un trocito de carne. (Eh, sí, pienso, ¡éste sí que es un sueño que se hizo realidad!) Y luego vuelve a empezar, con los brazos, la espalda, la cerviz... “Y también con la cabeza, camarada presidente”, interviene rápidamente el director, que está escuchando con la estilográfica y el carnet en la mano, preparado para apuntar cualquier cosa. “¿Y tú, que lo tienes todo!”, miente ese advenedizo taimado y concupiscente.

Momento de silencio. Al ministro se le ocurre una última idea. Una última tentativa. “¡Vamos a comer pollo asado!”, se sobresalta y se levanta a medias. Sus brazos se extienden en un gesto de entusiasmo sincero. El sabor de la carne le ilumina bruscamente la cara. “Con mucho gusto, dentro de las siguientes semanas”, le contesto, sin ser capaz de privarme de una fórmula de cortesía.

Esta vez ya no le quedan más que las amenazas. Me acusa metódicamente, pero controla su tono de voz – le escucho con atención, y para ser justo, en cierto modo asombrado – permanentemente. Son exactamente las acusaciones de la Securitate. Y, también, las obsesiones. ¿Por qué acepto que me entrevisten? ¿Por qué mando cartas al extranjero? Soy un traidor. Si se enfureciera, le ordenaría al perro que me ataque. “¡Bobi!”, le llama al perro que está a su lado. Le acaricia la cabeza. La voz se hizo cariñosa por un momento. Está claro, el hombre se volcó con todos sus recursos afectivos en el animal. El perro también busca su compañía con una sorprendente atención. “Bobi...”, dice también el director reflejando en su cara distendida con esfuerzo lo mucho que quiere también él al bulldog.

Miro al ministro a los ojos. Él se ocupará de mí. Por desgracia, se enteró demasiado tarde. ¿Cómo es que me reciben aquí en este estado, cómo puedo trabajar sin probar bocado? No tengo nada que hacer en un instituto de investigación. Me enviarán a algún pico solitario en las montañas. O mejor, en algún rincón del Delta del Danubio. “¡Que me presente Ud. un informe!, le ordena a Drăghici, y Drăghici toma nota muy aplicado.

Le dejo sin despedirme. Voy a trabajar. Un período no tendré más discusiones con la dirección del instituto o del ministerio. Corre ya el rumor sobre una próxima reunión de los trabajadores. La esperaba. La democracia popular trabaja cómoda y eficientemente. La decisión de la Asamblea General de los Trabajadores – incluido el despido – es definitiva. No puede ser impugnada. Las amenazas del ministro pueden correr con generosidad por el lecho de una irrevocable voluntad colectiva. Pasan los días, la reunión está flotando en el aire. La curiosidad de los compañeros es algo cínica. Como la mía, por otra parte. ¿Cómo se comportará la gente? La filial de Afumați es pequeña, personas inteligentes, las relaciones, sobre todo amistosas. Muchos me hablaron de persona a persona; no sufrían una crisis, pero sí, crispaciones morales. En algún lugar, cercanos a la barrera de la impotencia. Para ellos llega el momento de la verdad. ¿Votarán una sanción, no la votarán? Mi deber es prevenir a esos niños cariñosos y frágiles atropellados continuamente por las desgracias del tiempo, pero no por el hastío; no se les pide que corran un riesgo. No habrá resentimientos.

Había también otros, sin embargo, que preparaban la reunión. Mi excelente compañero de diálogo fue llamado al ministerio y amenazado que sería trasladado a Afumați¹⁴². Medida eficaz.

142 El Instituto de Meteorología e Hidrología tenía dos filiales, una, la principal, en Băneasa (en las afueras de Bucarest), y otra en Afumați, lejos de la administración, donde se llegaba con más dificultad.

El día de la reunión, una de las personas claramente indecisa fue enviada por unos días a otra localidad. En cambio, se les pidió a los investigadores que estaban fuera que regresaran, para que la reunión tenga quórum: más de dos tercios.

En fin... La gente está esperando desde la mañana, apretujados en las sillas pegadas unas a otras, en un pequeño salón de la planta alta del instituto. El ministro Badea se hace esperar. ¡Pero cuando llega!... Coches negros oficiales. A su alrededor revolotean los directores y los jefes de laboratorio. De punta en blanco entre sus subalternos, pobres científicos obligados a llevar sus trajes hasta el desgaste total. En ese momento, el hábito hace aun al monje.

Badea toma asiento en la mesa presidencial. A su izquierda está el secretario de partido de Afumați. Aunque – se nota – que le molesta la situación, oculta el orgullo de hallarse junto al Poder, precisamente él, al que hasta entonces el ministro nunca le dirigió la palabra. El presidente del Consejo Nacional de las Aguas presenta la situación. Algo grave ha sucedido en el instituto... El tono y el lenguaje son agresivos, pero de ningún modo estridentes. Este tío sabe controlarse. Ya lo he visto. Inesperadamente, como si el espectáculo tenía que ser memorable, en el salón entra un personaje misterioso y anuncia: al ministro le llaman al Comité Central.

Suspense. Esperamos. Una hora, dos... Un “estratagema”, opinan los optimistas. “Ya veréis que Badea no vuelve.”

Sin embargo, Badea vuelve. ¿Renuncio a seguir con mi actividad de hasta ahora? Me levanto y tomo la palabra. Quiero pasar revista brevemente a la situación desde el punto de vista jurídico: los artículos que se refieren a eventuales violaciones del orden y la disciplina en el trabajo. Ninguno incluye los hechos expuestos por el ministro. Por tanto, no entiendo el motivo de la reunión. Pero no tiene sentido referirme a pasajes del Código Penal: abuso de poder, limitación de algunos derechos... De los que son responsables los que me acusan. Penas severas, hasta cinco años.

Resultaría demasiado duro. Amenazador. Mis compañeros no se merecen tal escándalo. “¿Renuncias a la actividad desarrollada hasta ahora?” Vuelven a poner los puntos sobre las “ies”. No, no renuncio.

Desengaño. El ministro da la señal. Las personas con las que había hablado en voz baja unas horas antes desempeñan su papel.

Generalmente, las críticas son reservadas. Se menciona la idea fundamental (¿deben trasladarme!), pero se hacen también referencias positivas a mi profesionalidad. Solo el jefe del laboratorio donde trabajo causa una impresión totalmente penosa. Se aferra a mis maneras. Dice que siempre me dirijo a los demás llamándoles “señor”. Aquí somos camaradas. Y, además, ¿qué significa esa tontería de que no me gusta el pensamiento binario? A él, que es matemático de verdad, especialista en lenguaje binario, no se la puedo dar con queso.

Mihu, el pobre, cayó en desgracia hace más de un año. Ahora Badea está protegiendo a otro. Ahora tiene una oportunidad y quiere aprovecharla. Mal. Falta de diplomacia. No es lo bastante cínico como para ganarse el agradecimiento del ministro.

El segundo que enseña la oreja es el propio ministro. Su máscara de jefe experimentado se quebrantó únicamente un par de veces. Con eso bastaba; por las fisuras sale a la superficie una increíble zafiedad. En cierto momento, pide la palabra alguien conocido, sentado más lejos en el salón. “¡Eh, tú, el del fondo!”, le señala con el dedo.

El señalado no se reconoce. “¿Cómo se llama?”, pregunta impaciente Badea, volviendo la mirada hacia sus allegados vanamente: “¡Tú, ese de ahí!, insiste su dedo índice, nosotros ya hemos trabajado juntos...” “Mustața, camarada ministro”, se pone en pie, finalmente, el jefe de laboratorio (más o menos de la misma edad que el ministro, ascendido él también: un escalón en el partido, un escalón en la ciencia, un escalón en el partido, un escalón en el instituto...). “Habla tío...”, dice una vez más, en

voz alta y disfrutando, ese patán que, no obstante, tiene el cargo de presidente del Consejo Nacional de las Aguas.

Más impactante todavía es la salida de tono con dos asalariados del instituto. Los jardineros de la filial de Afumați. Están apoyados de espalda a la pared, junto a la puerta, vestidos con monos. Campesinos avispados y seguros de sí mismos. Por fuera se ven solo sus caras arrugadas por el viento y las manos grandes, de trabajadores. “¡Mirad a esos!”, Badea hace un gesto amplio, dado ahora a los ejemplos.

Los técnicos, los investigadores, los jefes de laboratorio vuelven sus miradas hacia ellos. Los dos cambian de pie. Sus caras de campesinos se contraen imperceptiblemente y una lucecita brilla en sus ojos. Al acecho. “Probablemente no entienden nada de lo que estamos hablando ahora”, sigue el ministro con énfasis. “Tal vez ni siquiera saben muy bien en qué mundo viven”, y dale y dale, mientras una ola de estupor chapotea acompasadamente por debajo de las sillas. “Pero incluso ellos...”, termina el ministro, por fin, con un antítesis sin gracia, destinada a caracterizarme a mí.

Al fin de la jornada de trabajo encontré a los jardineros sentados en unas piedras, bajo el puente de Afumați, tomándose la revancha con una botella de aguardiente. Beben un trago, le mientan la madre al ministro, se divierten con algún chiste, le mientan la madre otra vez al ministro. “Qué te parece, que no sé en qué mundo vivo, hijo de la gran...”, ríe un poco uno de ellos. Está claro que sabe en qué mundo vive.

La reunión ya no iba a durar mucho El director Neacșa repite la pregunta: ¿renuncio o no renuncio a mi actividad? No toco las cuestiones de fondo. ¿Qué sentido puede tener para ese pobre presidente de consejo la idea de que yo y la sociedad tenemos hambre de libertad? O, ¿qué valor tendría para las marionetas que hablaron antes un análisis de las bases constitucionales? Hay que librar la batalla en otra parte. “Lo siento, pero no renuncio.”

Las muecas de los miembros de la presidencia parecen flotar en el aire. “¿Alguien más quiere intervenir?” Nadie. “Está claro”, concluye el ministro. “No es reintegrable. Nos vamos juntos – se dirige a los jefes – y decidiremos adónde le vamos a mandar.”

Pasaron unos meses hasta que me desterraron de Bucarest; mientras, me visitó a casa otro periodista. Después de la Securitate, me llaman también los del CNA, el 5 de septiembre, a las 15.00 horas. Llego puntualmente a la hora indicada. Ya no hay nadie. El ministro atosiga a su secretario. “¿Por qué no han venido los directores del IMH?” Entro solo. Intenta, rápidamente, obtener una promesa mía, y como no lo logra, pasa también rápidamente a palabrotas y amenazas.

Finalmente, llaman a la puerta. “¿Podemos pasar?” Drăghici, Neacşa y Şerban (el tercer director) entran en el gabinete. “¿No os dije que estéis aquí a las tres?”, grita colérico el ministro. “¡Ya veréis lo que os pasará, si os retrasáis otra vez!”, subraya inclemente.

Miro a los directores y me quedo consternado. Drăghici está de puntillas, los brazos lejos del cuerpo, parece un pájaro que intenta levantar el vuelo y fue alcanzado por una bala. Neacşa, al contrario, doblado de espalda, con las manos y los pies también doblados, y, con su ojitos que giran velozmente, parece un ratón que busca desesperado algún lugar por donde escaparse. El único que conserva la sangre fría es Şerban, quizás también porque es el menos implicado.

“Camarada ministro, pero Ud. nos ordenó que llegáramos un poco más tarde”, farfulla Drăghici. Un investigador inteligente. Completo. Y, tiempo atrás, un hombre de bien. Y Neacşa, un hombre cuerdo, quieto. ¡Cómo puede pervertir el cargo de director! “¡Ya veréis lo que os pasará, si os retrasáis otra vez!”, repite satisfecho el ministro.

Estaba muy claro. Badea había ordenado que sus directores llegaran más tarde.

Y lo olvidó. ¡Linda pieza! Trucos infantiles. Ahora tiene prisa. Los directores apuntan: que se me mande lo más lejos de Bucarest.

“¡Traidor!...” “Algunas palabras se llaman calumnia”, contesto en seguida, y acompaño mis palabras con una mirada explícita. “Has violado la ley, has concedido entrevistas a un extranjero”, alza la voz. “¿Tienes algo que decir en tu defensa?” “¡Hay que aplicar la ley!” “La aplicaremos. Considérate trasladado.”

No comprendió. Aplicar la ley significaba respetarla. Pero cómo iba a saberlo uno como él.

Debo llegar a mi nuevo puesto – por seis meses, está escrito en el orden de traslado – el 11 de septiembre. Se había iniciado todo un programa científico cuyo único objetivo era justificar mi traslado a Gura Portiței, una lengua de tierra entre el Lago Razelm y el mar. Los que trabajan en la estación meteorológica de ahí son *lipoveni*¹⁴³. Se traen los alimentos semanalmente, en lancha. Si no hubiera tenido otros compromisos en este mundo, me habría gustado vivir en aquel lugar donde el Delta se diluye en el mar. Pero ahora me niego. No iré. El único sitio adonde aceptaré ser trasladado es Buzău. Allí viven mis padres. Solos, mayores, me necesitan de verdad. Y el sábado y el domingo puedo estar en Bucarest, junto a los niños y a mi esposa. Con los amigos.

Mi decisión se conocía. El ministro intenta recurrir a unas artimañas. Probablemente se juega también su orgullo. ¡Pobre ingenuo! Encontré trabajo en los invernaderos. Los securistas en uniforme de policía que están en la escalera del edificio se turnan cada 12 horas. El equipo del Dacia azul – uno de ellos baja y me sigue a cada paso, el segundo viene tras él en coche – tiene el mismo horario. ¿Y el securista que escucha el teléfono y cuelga cuando no le gusta alguna palabra? No lo sé. Sin embargo, Bucarest es grande, los amigos, cerca, y los amigos potenciales, numerosos. El Ministerio del Interior preferiría que vaya a Buzău. Lo sé.

143 Población de origen ruso, que vive en la región rumana de Dobrogea (n.tr.).

Finalmente, me llaman del instituto. “Mañana tenemos que estar en el ministerio”, me dice el director. ¡Otra vez! “Parece que será trasladado a Buzău.”

El día siguiente renunció a los invernaderos y, a las 8 de la mañana estoy en el CNA. El ministro está ocupado; estuvo reunido con los directores del instituto aproximadamente media hora. Cuando entro en el gabinete, tengo la sensación de haberme hecho esperar. En el extremo de una mesa larga, maciza, está Badea. En el otro, un vicepresidente. Por un lado, Drăghici y Neacșa. Delante de ellos me siento yo. Estoy esperando.

Drăghici toma la palabra. “Camarada ministro, hemos pensado que, si Ud. está de acuerdo, podríamos hacer algunos pequeños cambios en el programa del camarada...” “Él hizo una serie de propuestas. Pensamos echarle una mano. Dejarle que trabaje alguna semana en la Dirección...” “¿Cómo, el camarada no se fue a Gura Portiței?, dice el ministro fríamente. ¿Cómo vamos a cambiar el programa? Se le ha ordenado algo”, no se aplaca el otro. “Camarada ministro, no le pagaremos el sueldo por el período en que se ausentó. No hay otra manera de hacerlo, camarada ministro”, hace melindres el director, obviando la pregunta incómoda. “Le pedimos, por favor, que le dé otra oportunidad...”

A mí, el diálogo me deja estupefacto. El hecho de que Drăghici se humilla en mi nombre es intolerable. Al ministro se le pidió que revocara el orden inicial, y ahora puso en escena un sainete barato. Mi traslado es injustificado, por tanto, ilegal. Prefiero que me despidan. La situación tiene que ser clara: las víctimas son víctimas, los verdugos son verdugos. Espero los acontecimientos venideros como una minuciosa experiencia social. El único motivo que me había determinado a aceptar ir a Buzău era la situación de mis padres. Yo he aceptado, no solicitado. ¡Y mira por dónde, qué espectáculo me prepararon! “Nosotros somos los que hacemos el programa del camarada... no él a nosotros”, se explica Badea a continuación. “Que deje la investigación, hagámoslo trabajar un poco”, sigue el ministro, seguro de sí.

Réplicas impertinentes. En contra de mi voluntad, estoy cada vez más irritado. ¿Salir? ¿No salir? Badea se vuelve hacia mí: ¿tengo algo que decir?

“Creo que me han llamado aquí para que represente una farsa”, me desencadeno, finalmente. “Lo siento; al aceptar la invitación me mostré demasiado confiado. Pero les aseguro que eso no se repetirá. Entendí que me propusieron ir a Buzău. No tengo por qué buscar trabajo en Gura Portiței. Encontraré uno en Bucarest. Sin relación con este ministerio.”

Y me callo, esperando el momento de cerrar la puerta por fuera.

Pasaron pocos segundos. Ni un músculo se estremeció en el rostro del ministro. ¡Esto es el colmo, está hablando de sus desvelos por mi actividad científica! Si podré llevar a buen puerto en Buzău lo que he empezado, su opinión sobre mí cambiará completamente. “Te traeremos de vuelta pronto a Bucarest”, miente él piadosamente. Y dale, y dale...

No se rompe ningún hilo. Las palabras fluyen y parece que se enlazan, quietamente, con las anteriores. Badea sigue representando el papel de sí mismo. Como si en mi intervención efectivamente no hubiese negado nada. Estoy impresionado. Tengo la clave de acceso del personaje. ¡Qué asombrosa habilidad! ¡Qué excepcional oportunismo! Este hombre, ex secretario de partido en unas oscuras obras en construcción, no llegó a ministro por pura casualidad. Tiene poder. Y tiene el talento de autobuscarse y autoencontrarse. Él, el camaleón perfecto, está destinado a fusionar con los dirigentes y a transmitir a los que le eligen la ignorancia, la indolencia, el descaro. “¡Mirad lo que hemos logrado hacer!”, declama en la reunión. “Ya no reconoceremos nuestra Bucarest...”

¡No quiere reconocer Bucarest!... ¡No quiere reconocer el país!... ¡No quiere reconocer a la gente!... Él era Ion Badea, pobre ser sustituido, mensajero de una desgraciada mentalidad.

II.
POR UNA FILOSOFÍA
DE LA DISIDENCIA

LA PARANOIA Y LA PRESTACIÓN SOCIAL

Debemos poner en duda que existen hechos cuyo ideal de comprensión sería la simplicidad, aunque motivemos únicamente su ubicación, su conexión en un universo de las semejanzas y las oposiciones de las que el pensamiento debe darse cuenta en su totalidad.

Debemos poner en duda que existen acontecimientos humanos cuyo significado quede limitado porque en cualquier momento será posible un nuevo planteamiento, al margen del horizonte inédito de la existencia.

No seamos suficientes, por tanto, al afirmar la evidencia. No esperemos que se agote su calificación. La claridad lógica puede ocultar avatares de la interpretación, y la coherencia de las causas puede volverse, a partir de un punto, fuente de perplejidad.

Siento esa perplejidad delante del implacable proceso de destrucción de la civilización rumana. La vuelvo a sentir delante de la consecuencia no natural que comprueba las más pesimistas y esquemáticas previsiones; en la mezcla sin sentido de los reinos de lo previsible y lo innatural; en la evidencia de la evidencia.

La evidencia: la realidad aplastante del totalitarismo. Y a su lado, codo con codo o adelantádola, la psicología paranoica del dirigente de Rumanía, duplicada últimamente por inconfundibles indicios de senilidad.

Calificado en su esencia, el totalitarismo de tipo comunista se confirmó, se está confirmando, como el más eficiente sistema de control de unas comunidades del tamaño de las naciones. El sistema parece perfecto; es poco probable que podamos imaginar una mejoría de sus posibilidades básicas y de los grandes principios estructurales en que se apoya. El sistema parece universal; indistintamente si está testado en condiciones de civilización tan diferentes como Albania y la República Democrática Alemana, por ejemplo, o se creó mediante dislocaciones de estructuras en

el mismo patrón cultural; pensemos únicamente en la combatividad de la población coreana bajo el régimen dictatorial del Sur, y, en oposición, en el silencio y la tranquilidad lúgubre de Corea del Norte: el totalitarismo demostró su fuerza implacable¹⁴⁴.

¡El perfil paranoico del dirigente de Rumanía! En una sociedad que reacciona como una caja de resonancia, las señales de la enfermedad psíquica reprodujeron los síntomas estándar en proporciones grotescas. *Su orgullo descomunal, su sed de gloria* agotaron rápidamente las posibilidades del lenguaje declamatorio de la propaganda. La mirada imperturbable con la que Nicolae Ceaușescu, “el héroe de la nación”, “el más querido hijo del pueblo”, “el genio”, “el clarividente”, “el magistrado”, “el impávido”, “el sol entre las estrellas”... sigue el espectáculo idolátrico no deja lugar a dudas sobre el verdadero director de la puesta en escena. *Su profundo desprecio* por sus semejantes, reflejo de su *autosupraestima* ya no lo disimula desde hace tiempo, desde sus salidas de tono iracundas con los allegados al poder hasta la crítica maliciosa y amenazadora con la que pretende la obediencia absoluta de una población incapaz de llevar a cabo sus decisiones, su conducta ofensiva cubre de vergüenza periódicamente una nación en la que la incertidumbre acerca de sí misma se ha instalado definitivamente. El vicio patente del *poder, los títulos y los honores* confirman que no hay abundancia que pueda satisfacer la crispación espasmódica de sus nervios enfermos. El autócrata acepta en discursos y entrevistas lisonjeras, con una hipocresía sin estilo, completando perfectamente el esquema siquiátrico, los méritos del partido y del pueblo en los éxitos brillantes (e imaginarios) del país que dirige.

En su caso son evidentes las señales típicas, generalmente reconocidas, de una psicología paranoica. ¿Qué expresión adquiere en la boca del dictador *la desconfianza en la gente*, la irritación que le producen las personas, la permanente puesta en tela de

144 “La fuerza impacable” no excluye el reformismo o la transformación.

juicio de la lealtad de los demás, una vez convertidas en política de estado? El cortejo negro y altanero que acompaña el coche presidencial, la invasión de los cargos superiores por miembros de su familia, el ritual del secreto (profesional, de estado, etc.), la inflación de los policías y securistas, la alergia a todo lo extranjero son ahora, en el totalitarismo rumano, una abusiva presencia social; pero al principio dependieron de los horrores de una imaginación obsesiva.

La *psicorigidez* paranoica está descrita como perseverancia ciega en las propias convicciones e ideas, como recurso para ignorar los problemas reales. El egocentrismo monstruoso de ese hijo de campesinos confiere una extrema plasticidad a la interpretación de los acontecimientos: se estudian con minucia únicamente los hechos que sirven para autoconfirmarse, se explotan las ambigüedades naturales, se violan matices y contrastes. El activismo y la energía específicos se ponen al servicio de un conservadurismo granítico, y la inadecuación e inadaptación unifican, concreta y simbólicamente, los datos de una psicología fracasada.

En la larga serie de los síntomas reconocemos *lo interpretativo*, *la suspicacia* y *la susceptibilidad* que transforman a los paranoicos en incansables arqueólogos de los hechos anodinos, fuente de significados personales intencionados; la obsesión de un mundo hostil.

Encontramos también *la reducción de la modulación afectiva*. La falta de humor, la dureza, el empecinamiento, el permanente nerviosismo y la acrimonia cansina, la prudencia excesiva, la manía del secreto, el espíritu de contradicción completan ese retrato, cuya coherencia negativa parece que pertenece únicamente a la teoría. Pero desde allí, desde los cuadros vanos que cubren los muros del país, desde la multitud de fotos retocadas que inundan los periódicos y los escaparates de las librerías, la figura del que arrinconó Rumanía en un museo de la aberración demuestra que la realidad supera a veces el nivel de la imaginación.

El gigantesco coste del culto a la personalidad sería difícil de evaluar. En los últimos años, la atomización de los valores de la nación, no solo sin razón, pero también sin pretextos, sin pseudo explicaciones, se fue acelerando: la labilidad de la atención, los fallos de memoria, los signos más característicos de la senilidad se insinúan desastrosamente en las últimas escenas del desmadre decisional.

Sin olvidar las condiciones estructurales que permiten que lo inaceptable se manifieste y persista, el mal rumano prolifera claramente a ojos vista: el declive psicológico de un hombre perdido en la historia. Cada paso desde la tragedia hacia sus causas encuentra la voluntad ciega del ser incriminado. La referencia social aparece únicamente como marco de la explicación individualizada.

La autocracia paranoica de Nicolae Ceaușescu despoja, saquea, viola a la población rumana; los términos se usan en su más recto sentido. Términos de la individualidad, e igualmente de la integración psiquiátrica. Por otra parte, sin embargo, la profundidad de la implicación del dictador en la vida diaria, los rituales hipertrofiados del poder, la diferenciación laxa entre opresores y oprimidos, la pasividad del pueblo como forma de la estabilización del sistema ponen de relieve una manifiesta invasión de lo social. ¿Asistimos a una fortuita asociación, a una oposición o a una conexión esencial? Para reconocer en la polaridad lo individual-lo social un significado capaz de tocar los fundamentos (la unidad de lo antropológico) tenemos que mirar, paradójicamente, hacia el mundo primitivo. No solo porque por su naturaleza la meditación busca uniones entre experiencias humanas heterogéneas, sino también porque las resonancias por encima del arco temporal deberían inquietar. La referencia de una sociedad moderna, desgarrada por un dictador, a las comunidades arcaicas pasa por un concepto que desde hace mucho tiempo interesa a las ciencias de lo humano: *la prestación social*.

El esquema típico de la prestación es el trueque, el intercambio utilitario imaginado por la relación original y como factor modelador de las demás relaciones humanas. El marxismo nos acostumbró, en este sentido, con una perspectiva económica. A principios del siglo XX, los estudios etnológicos consideraron una minoridad las tesis utilitaristas; varios investigadores, y, en primer lugar, la aportación de Marcel Mauss, impusieron la comprensión integradora, espiritualizada, de la experiencia social, cuyo principio esencial es el *intercambio*¹⁴⁵.

Una de las observaciones más notables de las investigaciones etnológicas es que la relación de intercambio tiene una función fuertemente socializadora; en las comunidades arcaicas, no están implicadas en el intercambio las individualidades como tal, sino las colectividades. La colectividad está subordinada a un criterio,

145 La importancia de la obra de Marcel Mauss es una revelación en gran parte póstuma que la sociología general, la sociología de las sociedades modernas y la filosofía no han aprovechado totalmente. En el capítulo dedicado a la sociología francesa del volumen colectivo coordinado por Georges Gurvitch, *La sociologie au XX^{ème} siècle*, Paris, Presses Universitaires de France, 1947, y en el prólogo de la recopilación de estudios publicada bajo el título *Sociologie et anthropologie*, las dos referencias bibliográficas que más parece haber contribuido a su reconocimiento, Claude Lévi-Strauss sintetizó sus notables méritos: la profundidad de la concepción acerca del carácter relacional del pensamiento simbólico; el esfuerzo (ejemplificador) por trascender de la observación empírica hacia una realidad más profunda; el papel concedido a la noción de función en el orden sincrónico y diacrónico. Todas estas relaciones conducen al estudio de su (incontestable) obra maestra, *Essai sur le don*, con el significativo subtítulo *Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques*, al que se suman varios artículos consagrados a la idea de contrato en la sociedad tracia, el origen de la noción de moneda, la extensión del *potlatch* en Melanesia.

El tomo *Sociologie et anthropologie*, Paris, Presses Universitaires de France, 1968, reúne los más importantes estudios de Marcel Mauss: 1. *Esquisse d'une théorie générale de la magie*; 2. *Essai sur le don*; 3. *Rapports réels et pratiques de la psychologie et de la sociologie*; 4. *Effet physique chez l'individu de l'idée de mort suggérée par la collectivité*; 5. *Une catégorie de l'esprit humaine ; la notion de personne, celle du « moi »*; 6. *Les techniques du corps*; 7. *Essai sur les variations saisonnières des sociétés Eskimo. Étude de morphologie sociale*.

un símbolo, unos estatutos, etc. Por esa causa el factor numérico – implicado en el término de “colectividad” – no es definitorio, más exactamente es una contextualización de una clase amplia de factores socializantes. Una clase en su totalidad caracterizará, por ejemplo, la relación entre un líder y sus súbditos; el líder no es tanto individual como institucional. Esa interpretación hace que sea inteligible la existencia de unos rituales sangrientos, que llegan incluso al sacrificio del dirigente de la comunidad, si de esa forma se comprueba un principio funcional. En la civilización céltica se conoce la siguiente costumbre extraña: en una primera fase, el jefe recibe regalos, después los reparte a sus allegados, y luego se suicida. También en las costumbres más tardías de la civilización europea encontramos en cierta manera el mismo esquema fundamental. El lujo, la riqueza de los que se beneficiaban en la época medieval los representantes del poder religioso o profano iban acompañados de un conjunto de restricciones comportamentales que imponían una severa sumisión del individuo. El énfasis que pone la historiografía en la magnificencia de los elegidos del destino y su poder decisorio en oposición con la situación del vulgo elude un aspecto significativo en la realidad social de esos sistemas, a saber: los autócratas eran en gran medida prisioneros de sus propios papeles sociales.

La elección por votación del dirigente político en la democracia moderna, es, en cierta medida, un sistema paradójico de resolver el conflicto individualidad-responsabilidad social a favor de la segunda, sin suprimir la individualidad. Como resultado, la democracia lleva a cabo un cambio no solo de naturaleza política, sino también antropológica. La sustitución de los mecanismos de sumisión, transformación y, a veces, mutilación de la personalidad por procesos de selección de la misma permite estrategias de jerarquización no destructiva, optimizar el equilibrio social y, en el plano individual, reacondicionamientos existenciales.

Las aserciones no excluyen la influencia de la personalidad, inherente, dado que toda institución está viva gracias a los indivi-

duos. Coexisten elementos irreductibles de una interacción y de la doble determinación que deberían motivar un vasto capítulo de la sociología. Pero la impronta de lo social, prioritaria en la relación entre el dirigente y sus súbditos, es de orden antropológico.

Por contraste, ¡cuán artificial es un sistema en el que la decisión social se convierte en un instrumento de la individualidad! Desde este punto de vista, la dictadura moderna se aproxima al totalitarismo, la última forma de esa aspiración que demuestra ser no únicamente una aberración política, sino también, como se argumentó, una aberración antropológica, a saber, *el culto a la personalidad*.

La historia ha confirmado la relación privilegiada entre el culto a la personalidad y el totalitarismo de tipo comunista. En la evolución concreta del fenómeno – particularmente, el culto a Ceaușescu – la mitología y el funcionamiento de la sociedad llegan a ser completamente predominadas por la presencia hipertrofiada de una individualidad¹⁴⁶. Queda por ver por qué la conducta antisocial de los que se convierten en sujetos de culto en los regímenes totalitarios no se reduce a un *simple saqueo* de la población con fines personales, por tanto no tiene ese carácter de pura manifestación de los instintos posesivos que podríamos clasificar como mafioso. El culto a la personalidad produce – como lo hemos dicho ya – una amplia implicación social y, sobre todo, un gigantesco espectáculo de la invocación de lo social. Y desde este punto de vista los estudios etnológicos se quedan en el contexto interpretativo, ya que la analogía entre las dos experiencias – moderna y arcaica – implica también la noción del intercambio (el factor principal de la socialización de las contribuciones individuales). En el fondo, dirigir una sociedad moderna es también

146 No la pseudo-individualidad, es decir, la individualidad socializada que expresa una interdependencia estructural, sino la individualidad antisocial característica de muchas autocracias modernas.

una acción (aproximadamente) modelable, en términos de la relación transaccional: entre las personalidades que ofrecen a la sociedad el conjunto de sus dones moral-intelectuales y la sociedad que, a su vez, debería poner a su disposición derechos decisorios y conceder valores materiales o de otra índole.

Volvamos al hecho de que en las colectividades primitivas la vida social está dominada por la relación de intercambio. Marcel Mauss subrayó la importancia del siguiente aspecto: en el mundo arcaico, el acto de la prestación se desenvuelve alrededor de los regalos y los contrarregalos. Esas costumbres están mencionadas tanto por historiadores como por etnólogos. En la antigüedad las practicaban los tracios. En Polinesia, todo contrato se inicia con regalos que crean el mismo tipo de obligaciones. En las tribus de Nueva Zelandia, el triple deber de dar, recibir y devolver no se respeta más que en el caso de algunos objetos, como los bienes inmuebles. Malinowski estudió el sistema comercial de las islas Trobriand llamado *kula*, un circuito de los bienes de tipo pulseras y collares de conchas. Los navegadores transportan estos objetos de una isla a otra, intercambiándolos de acuerdo a un movimiento circular (las pulseras del Oeste al Este, los collares, en sentido contrario).

Si meditamos sobre la manifestación del culto a la personalidad en la sociedad rumana, ¿no encontraríamos, tal vez, en el comportamiento del autócrata autóctono la personificación perfecta de una semiótica de los regalos y de una semiótica en el espejo, respectivamente, que obliga al pueblo a responder? ¿No se nos enseña que Nicolae Ceaușescu sacrificó su juventud por la liberación de un pueblo que esperaba impotente su generosa intervención? ¿No son sus inestimables indicaciones las que confieren a la agricultura, industria, ciencia, cultura un floreciente futuro? Las muestras de su genio, clarividencia, buena voluntad se reciben con profunda gratitud. Los infatigables agradecimientos con los que niños, escolares, estudiantes, campesinos, obreros, intelectuales, ancianos, mujeres y hombres, colectivo tras colec-

tivo, generación tras generación, la nación entera los salmodia en un coro de infinitas voces en honor a ese “héroe entre héroes de la nación” reproducen el ritual consagrado cuando se recibe un regalo que el pueblo debe aceptar, garantizando a la familia Ceaușescu el uso ilimitado de los bienes nacionales; renunciando por él, el dictador, a valores simbólicos (palacios, tierras...), aceptando las consecuencias infaustas de sus decisiones infantiles, y participando en el espectáculo de la adulación.

La obligatoriedad de la circulación de los objetos en el mundo primitivo está garantizada por la concepción de una virtud particular agregada a los mismos; se trata del maná, la fuerza mágica que contiene el objeto regalado en una forma particular, llamada en la lengua de los maoríes *hau*. En este sentido, la representación arcaica no separa lo objetivo de lo subjetivo, el objeto regalado es el que humaniza, socializa las relaciones entre los seres. *Hau*, la fuerza espiritual acompaña a cada individuo al que se le regaló el objeto. Como lo que se regala es parte de uno mismo, el objeto tiende a regresar a su origen y, por tanto, es peligroso interrumpir el circuito de las prestaciones.

Observemos que los intercambios entre los órganos directivos y el pueblo en los regímenes comunistas representan un esquema análogo. Si durante décadas se repite una política económica miope, evidentemente fracasada, que en breves palabras se define como superapostar por la industria pesada, de reducida producción y desmesuradamente consumidora de energía, desalentar la iniciativa privada y favorecer excesivamente el sector del desarrollo, esto es posible porque no se evalúan los resultados económicos en sí, sino en relación con un valor no material: la ortodoxia declarada de los principios marxistas-leninistas. Si la ascensión en la jerarquía del partido, del estado, ejército, policía y Securitate está condicionada por el origen social, destruyendo un principio esencial de la vida en la comunidad, el reconocimiento de la competencia, este mecanismo de selección resiste porque el derecho a la decisión, un bien sometido al intercambio, expresa

una esencia espiritual que trasciende la individualidad: las clases humildes tienen que asumir la tarea mesiánica de construir una nueva sociedad. La censura rígida, en los circuitos internos, de unos valores culturales interpretados como “emanación de la visión occidental sobre el mundo” difícilmente puede ser motivada por ser un peligro que socava el régimen. Esos valores se presentan como cargados de un “pecado original”, están marcados por una “seña del diablo”, y anuncian la infiltración de fuerzas mágicas, lo que explica la intensidad de las reacciones que provocan.

En las culturas primitivas, los distintos aspectos sociales están casi completamente unificados. Los intercambios intercomunitarios adoptan las formas de las reglas de urbanismo, los festines, ritos, servicio militar, bailes y fiestas, e implican a las mujeres y a los niños. Esa extensión en cuanto a los *objetos* tiene como reverso una extensión en cuanto al *concepto*, es decir, a la naturaleza de tipo contrato del sacrificio en el cual se hacen ofrendas a los dioses y a los espíritus de los muertos con la intención de “ablandarlos”, de obligarlos a responder al intercambio. En este sentido, en las relaciones con la espiritualidad se plasma la noción de un tipo de contrato anterior al contrato de índole económica.

La tendencia unificadora es una obsesión representativa de la ideología comunista y más todavía del culto a la personalidad, con total sumisión a la mitología de un superhombre. La sumisión mediante la unificación de los distintos aspectos sociales en el comunismo se queda en – o vuelve a – la enfatización del carácter colectivo del intercambio bajo la forma perversa de la *participación*. Las dos nociones están estrechamente vinculadas, y si interpretamos *el intercambio* como expresión analítica de las relaciones sociales, la *participación* aparecería como su interpretación sintética. Consecuentemente, los resultados etnológicos expresados en términos de intercambio pueden ser expresados en términos de participación. En el mundo primitivo, la participación significa obediencia a una lógica supraindividual, a una razón colectiva. La transformación de los variados componen-

tes existenciales en términos de una lógica unitaria fue convincentemente argumentada, en la línea de pensamiento de Marcel Mauss, por Claude Lévi-Strauss. El mecanismo principal es una *puesta en común, en interdependencia*, excluyendo por tanto *la reducción o la sumisión a una jerarquía valórica y funcional*. He mencionado antes una forma “pervertida” de la participación porque *la participación*, convertida en uno de los clichés de la propaganda de los regímenes comunistas significa precisamente *reducción y jerarquización según un criterio exclusivo*. El culto a la personalidad conlleva las formas límite de este proceso. Los hechos económicos, políticos, culturales, concretos o abstractos, a micro o macro nivel, momentáneos o de larga duración, reflejan las calidades excepcionales del dirigente; al revés, hallamos la misma tendencia en la obsesión de invadir la vida social con decisiones de naturaleza económica, política, cultural, más o menos importantes. Dominadas por la misma motivación absurda, éstas cuentan con la unificación, pero al perder su propio sentido la vacían a la vez de su contenido.

En las sociedades evolucionadas, el contrato originario, de tipo religioso, se reencontraba, en sus aspectos funcionales, en la estructura del contrato de índole económica. En el comunismo, el esquema anterior del contrato económico está pervertida por la realidad del contrato (de la participación, respectivamente) de índole política.

Otro aspecto interesante en la línea de la misma analogía es el papel del poder y el honor en todo ese mecanismo social, que en algunos pueblos primitivos – las tribus de la costa del Pacífico de América del Norte, de Malasia o, en el mundo antiguo, los tracios – adquiere la extraña forma de lo que los etnólogos denominan *potlach*, conjunto de fiestas y rituales varios durante los cuales los clanes rivalizan al exhibir los regalos o incluso al destruir sus bienes. El prestigio de un jefe y de su clan depende de la capacidad de deshacerse de sus riquezas, obligando, de ese modo, a los que llegaron a ser deudores.

En la competencia ritual, el que exhibe el mayor número de bienes se beneficia del honor y el poder. El matrimonio entre los hijos, la posición en la cofradía reflejan esa jerarquía del prestigio establecida durante los *potlach*.

La obsesión enfermiza del poder y el honor es típica para el perfil paranoico y es un punto central del culto a la personalidad. *Es significativo, en conclusión, que Rumanía es hoy en día el territorio de un grandioso potlach.* Estremecido por la espera de la confirmación, Nicolae Ceaușescu emplea todo su tiempo y toda su energía para fijar en qué fecha comienza la siembra y qué tipos de cosechadora combinada hay que usar durante la recolección; cuántas familias de abejas y cuántos gusanos de seda debe criar el ciudadano en su casa; en cuánto debe aumentar la productividad del trabajo y qué materiales hay que utilizar; cuál es la mejor solución energética y cómo se debe planificar; cuáles son los principios pedagógicos que hay que poner en práctica en la enseñanza y cuál es el porcentaje obligatorio de graduados; dónde se construirán las plantas industriales y qué aspecto deben tener las construcciones civiles; dónde serán construidas las calles y en qué monumentos se pueden destruir; a cuántos metros cuadrados tiene derecho una persona en su propia vivienda y a cuántos niños está obligada a criar; cómo será Rumanía después del año 2000 y cuál es el verdadero pasado del país. En respuesta, a la población rumana se le exige que renuncie al natural deseo de bienestar; que se contente con una alimentación de supervivencia y que aguante, penosamente, los rigores de las estaciones, que corra, estresada por los medios de transporte público, pocos frecuentes y muy aglomerados; que trabaje el domingo y otros días que deberían ser festivos; que acepte obligaciones absurdas y abusos ofensivos; que renuncie a las fiestas, a los símbolos del pasado, a las costumbres ancestrales que le confieren identidad, a los bienes que se utilizaban en común. Y, encima, que renuncie a la dignidad, libertad, la conciencia de sí misma. A diferencia

de su correspondiente arcaico, que adoptaba forma de fiesta, el *potlach* rumano es continuo y adopta la forma de calvario.

En conclusión, el culto a Nicolae Ceaușescu – que, evidentemente, no es original –, pone de manifiesto un proceso de hipertrofia de la personalidad, cuyo origen es la manifestación desenfadada de desarmonía paranoica. La comprensión del culto a la personalidad queda corta si, además de ese aspecto, que, de hecho, es una cuestión de sentido común, uno no se da cuenta del significado especial del fenómeno; *paradójicamente, todo culto a la personalidad conlleva la exacerbación de la mitología y los rituales sociales.*

La explicación tiene en cuenta la supresión por parte del régimen totalitario de los factores de civilización y, consecuentemente, la liberación de unos factores primitivos que disminuyen el significado de la individualidad a favor de la colectividad. Al asentar las bases de una sinergia infeliz, el mismo mecanismo está implicado en la circulación social del poder y el honor. Dado que el fundamento del comportamiento primitivo es el intercambio, y el impulso paranoico tiene como objetivo principal el poder y el honor, el culto a la personalidad conlleva la aceleración de las prestaciones sociales. Como la estructura totalitaria permite, sin embargo, que la individualidad se oponga, que domine la colectividad a la que pertenece, el conjunto de los factores contradictorios se equilibra mediante la conversión de las prestaciones en pseudo-prestaciones, o, dicho de otro modo, mediante la degradación de su significado. Detrás de la parodia social que parece la actualización continua de una forma sin fondo, existe, por tanto, una lógica más profunda, que es la lógica del acoplamiento, a través de un proceso automantenido, de la primitividad con la tendencia a exacerbar una individualidad. De esa manera se ha convertido en una aberración antropológica.

Queda por destacar que, en todo ese ciclo de las prestaciones que nunca acaba, en el que Nicolae Ceaușescu está tomando permanentemente, y el pueblo está concediendo permanentemente,

el papel y el precio más alto lo tiene un sentimiento bajo y humano convertido en patológico e inhumano: *el orgullo*. Llamado por espejismo absurdo que ha sustituido la realidad, cada acto de voluntad generado por la obsesión de invadir el país, el mundo, el cosmos con su desfigurada personalidad sumerge al autócrata rumano en la fatiga, el desprecio y el odio de las multitudes, lo clava entre las sombras desnudas que habitan el infierno de la historia. ¿No es preocupante acaso que ese individuo, debido a su inmenso poder, tiene en su mano también la clave de la resurrección nacional? Dependería de su ínfimo ser abrir las presas de lo natural, en un destello de tristeza, en un instante de lucidez, de vuelta al sentido común. Al liberar un pueblo del comunismo, alimentaría, precisamente él, la esperanza de una victoria universal sobre la demencia y la intolerancia; él es uno de los que pueden dar los primeros pasos mesurados hacia un mundo más humano de la razón y la comunicación. Al anularse a sí mismo, volviéndose con el paso del tiempo cada vez más pequeño, al redescubrirse en un acto de justicia social, este individuo lograría al final darle unas dimensiones más humanas a su grotesca altivez.

EL ESPECTRO DE LA CULPA

Aunque no siempre se puede mostrar con el dedo, el sentimiento de la culpa nacional por el desastre histórico en el que participamos parece haberse convertido en una obsesión cotidiana. El cuestionamiento de los datos étnicos, alusivo, indirecto, raras veces expresivo y grave, a veces fuera de los tabúes oficiales, que explicaría lo inaceptable, apareció, insuficiente pero legible, en las intervenciones de algunas personalidades respetables que representan nuestra cultura. El folclore suburbano, cuyo tema es la rivalidad de varios personajes, un norteamericano, un ruso y un rumano, o un inglés, un alemán y un gitano, cuando los

presidentes de unos estados, entre ellos Rumanía, sintetizan un mecanismo general de autoflagelación, confirma el inesperado masoquismo de las multitudes. Las lamentaciones obsesivas sobre el tema de la vergüenza colectiva, en el que desembocan casi todas las charlas entre amigos, no se convertirán en pruebas de una historia condenada al paredón; no obstante habrá que recordarlas cuando se ponga sobre el tapete La Gran Culpa.

Sobre este telón de fondo, la inclusión en la selección de estudios de Karl Jaspers de un trabajo referente a la culpa alemana en el período nacional-socialista (“Conștiința culpei” ‘La conciencia de la culpa’, en *Texte filosofice* ‘Textos filosóficos’, București, Editura Politică, 1986, p. 34-91) es una señal más de la murmuración disimulada, otro truco acertado de un intelectual atraído por la subversión. Pero la publicación, es más que la liberación de una frustración, es motivo de meditación sobre el tema de la culpa, una oportunidad de darle al tema, en un diálogo más allá de las décadas, la madurez de una reflexión filosófica. Igual que al pensador alemán que, en 1946, se hallaba en la otra orilla de la historia, a la conciencia rumana se le impone la constatación de que únicamente contestando radicalmente al problema de la culpa nacional puede producirse una transformación interior, fundamental, que facilite la renovación del ser nacional desde su propio origen. El contexto, sin embargo, es diferente. Los grandes culpables del desastre rumano conservan aun, vanidosos, la clave del terror social. Sus manos violentas empujan todavía a la cárcel a los autores de las interrogantes. Cuando los coches negros pasan en tromba por las calles invadidas por policías, la amenaza de una fuerza invencible se graba en la memoria intimidada de los transeúntes. Su voluntad, indómita a pesar de las reticencias de la civilización, sustituye la ley en los juzgados. Nada detiene aquel río de bienes que satisface a diario su lujo desafiante. Existen todavía estadistas que los reciben con ramos de flores y desfiles, existen también en el extranjero aprovechados dispuestos a dedicarles volúmenes en su homenaje. Los acusadores que

viven en Rumanía están condenados al paredón, no están en la magistratura. Paralelamente, el régimen incriminado hace tiempo por Karl Jaspers era un rehén impotente, el pueblo alemán esperaba inofensivo un veredicto al que ya no podía oponerse. El principal culpable se había suicidado, y los demás responsables estaban sentados en el banquillo en una sala de tribunal. Los jueces guardaban a su lado la seña unánime de respetabilidad y, detrás, el ejército vencedor. Los horrores no son comparables, pero ¿quién pone en tela de juicio, teniendo en cuenta los síntomas del gobierno paranoico de Rumanía, que la diferencia se debe a condicionamientos objetivos, y no a las reticencias morales? El contexto es distinto, pero el problema de la culpa, el mismo.

1. *El sentimiento moral*

Tal vez la existencia del marco burocrático en un juicio efectivo de la culpa explica el hecho de que, Karl Jaspers, como reacción a una tendencia de sistematización, desarrolla su análisis en base a cuatro distinciones, a cuatro formas de culpabilidad: la culpa criminal (por acciones que se pueden probar objetivamente que violan leyes claramente establecidas); la culpa política (al valorar la corresponsabilidad por el modo de gobernar a los ciudadanos); la culpa moral (juzgada por la propia conciencia) y la culpa metafísica (según el criterio de la solidaridad). Pero, ¿incluir la culpa moral en una serie de culpas alternativas, separándola por su naturaleza y aproximándola en cuanto a su importancia, no afecta al fondo de la cuestión? ¿Cuál es el sentido de tal tipología?

Culpa significa *culpas*. Lo demuestra la ramificación de los códigos penales, con sus autores y sus documentos minuciosamente clasificados y ordenados. La multitud de los principios de moralidad, más imprecisos, pero más estables, constituye el segundo ejemplo. La inclusión en las largas cadenas causales que conllevan, al final, el acontecimiento situado en el terreno de la

culpa añade un nuevo término a la demostración; y así por el estilo. Esa diversidad, sin embargo, no atenta contra el carácter primordial de la autoridad ética (de donde la definición: culpa = error moral). El reconocimiento de la culpa se lleva a cabo sobre todo por intermedio de las autoridades delegadas. Detrás del sistema legislativo y jurídico está la autoridad sociopolítica. El oprobio o el reconocimiento del prestigio están intervenidos por la autoridad pública. Tanto un tipo de autoridad como otro, así como el resto de tipos posibles, tienen su función innegable en la evolución y la formulación de la conciencia moral. Pero no la sustituyen; como máximo podemos esperar que la legalidad social o la moralidad de los grupos incorporen, expresen, sinteticen, generen la autoridad moral. Lo que de hecho ocurre; pero solo parcial, insuficiente, a veces contradictoriamente, ya que transforman los sentimientos morales en un socio incorruptible de las autoridades formalizadas. Constantemente, el hombre moral se enfrenta en la historia con el mal estandarizado, con la iniquidad convertida en regla social, con la opresión validada por la ley. Constantemente, este hombre debe superar la disyuntiva entre moralidad y moral. ¡Es ejemplar el resorte que le emancipa a uno de la colectividad, en el instante en que la solidaridad se convierte en la promotora de los privilegios abusivos! ¡Inquietante esa voluntad de destacar, de dissociarse incluso de la especie a la que se pertenece, imposible de seguirla en su decisión de hacinar a todos los seres del planeta libres y dispuestos a sufrir en un inmenso y ordenado matadero, de barrer de la naturaleza lo que supera su límite de imaginación! El enfrentamiento de la fuerza, de las tendencias totalitarias de la mayoría singulariza la motivación moral, descubre en el individuo una presencia irreductible, profunda, universal y en igual medida objetiva (“des subjetivadora”), madura, incompatible con la superficialidad y los caprichos de la vida diaria. Ésta es la sustancia ética, en su naturaleza originaria, en su dimensión metafísica, que sitúa las actualizaciones sociopolíticas de los derechos y las interdicciones en el dominio

de las interfaces, interferencias, superposiciones, y los excesos de personalidad en lo irrisorio. Por eso el criterio moral es absoluto, nos une de manera sublime con el cosmos, trayendo las estrellas que están encima de nosotros entre nosotros; nos descompone y nos recompone en base a los mensajes vitales del pasado y nos hace solidarios con un futuro. En la delicada tipología que reúne los factores, las condiciones, las referencias en torno al entrecimiento ético, la culpa únicamente irresponsable o criminal, política o social... no tiene importancia más que en función de la mayor o menor presencia del criterio ético.

2. La culpa criminal contra las personas

Estamos acostumbrados a reaccionar cuando oímos el sintagma “crimen de guerra”, y pensar en el criminal de guerra como en el estado extremo de la abyección humana. Estaríamos, probablemente, indignados si a un criminal de guerra se le permitiría vivir libremente entre nosotros. ¿Cuántas personas tendrían el deseo de hablar sobre sus eventuales calidades? La emoción estética que experimentaría, eventualmente, el asesino al escuchar a Wagner o al mirar un lienzo de Monet, igual que cientos de miles de inocentes nos hace ver mejor la naturaleza perversa, la enfermedad imperdonable de su alma. Los personajes importantes (o menos importantes) evitarían dejarse fotografiar junto a un criminal de guerra. Los dignatarios extranjeros no cometerían el error de enviarles felicitaciones o de apretarles la mano a los que la colectividad excluye enfurecida.

La unanimidad que, en el fondo, significa la estandarización de ese comportamiento demuestra, no obstante, únicamente en determinada medida la probidad de nuestra condición moral. Quizás más, el modo imperioso en que estamos sometidos a la semiótica colectiva. De otra manera, ¿cómo podríamos explicar la falta de sensibilidad de la población rumana y del mundo diplomático ante la tragedia que estamos viviendo? En la Rumanía

paranoica no podemos hablar de crímenes en tiempo de guerra, pero existen crímenes en tiempo de paz. Los criminales de paz no son en absoluto menos reprobables que los criminales de guerra; y, sin embargo, si tenemos que aportar una enmienda que garantice la distinción, la guerra parece más bien una circunstancia atenuante. ¿Cuáles son los criminales de paz de Rumanía? Si nos limitáramos únicamente a equipararnos en cuanto a la firmeza con los que juzgaron a la Alemania nazi, deberíamos incluir a los jefes de organizaciones criminales, las propias organizaciones, los promotores y los participantes importantes en la organización y ejecución de crímenes en tiempo de paz. Por tanto, Nicolae Ceaușescu y algunos miembros de su familia, el Partido Comunista Rumano, los miembros del gobierno, los personajes-clave de la Securitate son criminales de paz de esa época.

El inventario de los grandes crímenes no está completo. Lo que se conoce, sin embargo – aunque recordado hasta frisar la obsesión –, destierra el presente en la ilegalidad, y a los culpables más allá de la posibilidad de ser perdonados. Allende el perdón está su responsabilidad de haber convertido a millones de mujeres rumanas en ganado humano planificado a cumplir con el cupo de nacimientos; de haber asesinado miles de mujeres al prohibir la asistencia médica en caso de aborto; de haber matado a cientos de niños al cortar deliberadamente la corriente eléctrica de las incubadoras o al reducir intolerablemente la calefacción en las maternidades; de que miles de niños murieron o nacieron con malformaciones haber intervenido abusivamente en el sistema de asistencia médica en los embarazos problemáticos. El dirigente del estado y sus principales ejecutores cargan con la culpa del fallecimiento de miles de ancianos por falta de calefacción y alimentos. A lo que se añade la culpa de asesinar y maltratar a los objetores de conciencia, de la persecución política y religiosa. Crímenes de paz son también el saqueo de la propiedad pública o privada; arruinar la economía rumana; destruir los fundamentos de la legalidad social al violar sistemáticamente las leyes básicas:

la Constitución, el Código del trabajo, y someter el organismo social en su totalidad a la arbitrariedad ilimitada del poder; destruir los valores históricos, culturales, dañar gravemente la salud física y moral, agotar las fuerzas vitales de la nación.

3. La culpa criminal contra la sociedad

Para una interpretación histórica exigente, la experiencia nazi está limitada. La monopolización y la consolidación del poder por parte de Hitler condujeron a la sociedad alemana hacia una dinámica difícilmente conceptualizable según los criterios que se aplican a los sistemas sociales en equilibrio. Siguió un breve período que conservó el carácter de transición, al término del cual una guerra destructora excluyó, una vez más, la posibilidad de comprobar lo que podía ser una evolución, en condiciones relativamente establecidas, de las premisas estructurales del régimen nacional-socialista. Evidentemente, podemos declararnos felices que esa verificación no tuvo lugar, pero la trayectoria en continua inestabilidad, bajo presión-límite, de la sociedad germana de aquellos años constituye un terreno difícil de abarcar y extrapolar teóricamente. Muchos analistas y filósofos conjeturaron que tanto en caso de evitar la guerra como de ganarla, le habría seguido un proceso que continuaría la tendencia inicial, en una especie de implosión. En el estudio dedicado a la culpa alemana, Karl Jaspers sugiere también una evolución orwelliana, la degradación de la civilización alemana hasta el estadio de una colectividad de esclavos: “Después de la victoria seréis desmovilizados y os iréis alegres, únicamente la SS se quedará bajo las armas, y el régimen de terror del nazismo se ampliará hasta que la sociedad se transforme en un estado esclavista. Ningún tipo de vida humana será posible; se edificarán pirámides, se construirán y reconstruirán carreteras y ciudades según los caprichos del führer” (*op.cit.*, p. 69).

Las palabras de Karl Jaspers son una auténtica revelación, ofrecen la sorpresa de un espejo inesperado en el camino; encajan plenamente en la intimidad, en lo cotidiano de la Rumanía paranoica, donde la violación de la vida personal llegó a un grado tan alto que el no haber disminuido en absoluto indica los límites naturales del control, pero no las limitaciones de la intención. Estamos construyendo carreteras y ciudades según los caprichos del dictador y tenemos ya nuestras pirámides destinadas a esparitar el tiempo. Es hora de preguntarse: ¿somos acaso un estado esclavista?

De todos modos, la fórmula puede ser empleada metafóricamente, y Karl Jaspers, probablemente, la pensó en este sentido. Los esclavos, las pirámides, las carreteras y las ciudades construidas según el capricho, la voluntad aplastante se encadenan perfectamente como elementos de un *pattern*, un patrón, como esqueleto de un símbolo coherente. Pero más que la emoción asociada a la metáfora importa la verdad; ¿hemos llegado, en sentido propio, al estado de esclavismo? La legislación de la sociedad rumana no divide a los ciudadanos en esclavos y amos, y mucho menos encontraremos una ideología o terminología de este tipo. No obstante, no se plantea el problema de limitarnos a los indicadores típicos, de dejarnos bloquear por la semiótica, por un anecdótico desfasado. El concepto de esclavitud se tiene que definir por su contenido, no por las formas precedidas de la historia.

El primer criterio de ese contenido sería *el sometimiento casi completo de la voluntad del esclavo a la voluntad de la autoridad*; sometimiento asegurado por la amenaza – junto con la posibilidad de lograr de hecho también su legislación, la burocratización de esa posibilidad – *de unas coacciones que llegan hasta la eliminación física de los rebeldes*. La enmienda de la burocratización no es facultativa, interesa a la esclavitud como fenómeno especial, por tanto integrada estructuralmente en los mecanismos de la vida colectiva, lo que la diferencia de los casos ilegales y casuales de la

explotación violenta entre determinados socios. *El sometimiento de la persona a la autoridad se aplica en el interés subjetivo de la autoridad*; es el criterio que diferencia la esclavitud de las imaginables radicalizaciones coercitivas mediante las cuales la sociedad se enfrenta a unas situaciones-límite. En ausencia de relaciones de cooperación, alimentando exclusivamente intereses antagónicos, *la esclavitud sitúa el nivel de vida y de conocimiento del esclavo al nivel mínimo*.

Esos cuatro ítems representan una definición. De acuerdo con la misma, el régimen totalitario y personal de la Rumanía dirigida por Nicolae Ceaușescu tiene el carácter evidente de un caso de neoesclavitud. Comparada con las imágenes que asociamos con la antigua Roma o con los Estados Americanos cientos de años atrás, la sentencia podría contrariar. No obstante es normal que, en condiciones totalmente diferentes, un sistema esclavista moderno presente aspectos totalmente no convencionales. En la actualidad, los amos de la población son unos cuantos obsesos del poder, Nicolae Ceaușescu y un reducido número de personajes del aparato represivo que pueden cuando y cuanto quieran dominar la vida de un ciudadano. Pero esos personajes están separados de los esclavos actuales mediante una gigantesca fanfarria social que transmite su voluntad personal. Este único aspecto por sí solo basta para cambiar la mayoría de los clichés del horror. El personaje dominante no ordena inclemente a los que explota, sino a un colaborador suyo con el que se consulta, eventualmente; no castiga directamente y ni siquiera indica nominalmente la ejecución de los castigos. Con raras excepciones, es imposible descubrir a los autores, a los poseedores por derecho propio de los bienes que derrochan insaciables, y menos todavía la amplitud del coste social que paga la colectividad por ser obligada a servirles. Pero todos esos detalles no disminuyen, sino al contrario, a veces aumentan el abrumador sometimiento, específico de las relaciones de tipo esclavista.

El más significativo indicador para las sociedades incriminadas era el cuerpo de leyes que consagraba la gran segmentación jerárquica. La legislación de la Rumanía de hoy no incluye artículo alguno que estipule el derecho de los acaparadores del poder de disponer de todos modos de los ciudadanos, y tampoco alguno que exija la pena capital para los que se oponen a la voluntad personal. Pero todo el proceso legislativo y ejecutivo, desde los derechos propiamente dichos hasta la interpretación y el control jurídico, permite que se reproduzca, con una eficacia y una fuerza impresionantes, la arbitrariedad del derecho esclavista, demuestra totalmente el criterio de la sumisión esclavista, a pesar de las diferencias radicales en cuanto al nivel de las formas. En este sentido, la reproducción de la esclavitud en Rumanía es un efecto de sistema, no refleja funciones especiales. Así se explica la dificultad de examinar críticamente – y de hacerlo con pruebas irrefutables – los actos de opresión que forman parte ya de la pseudo-legalidad. Indiscutiblemente, el totalitarismo es el cauce privilegiado de la instauración de una neoesclavitud. No hay que identificar, no obstante, la sociedad esclavista moderna con el totalitarismo; este último puede adquirir un carácter impersonal que no está conforme con el criterio de la afirmación de la subjetividad egoísta. Además, existen sistemas totalitarios – un importante porcentaje en los países socialistas – en los cuales tampoco funciona el criterio de la maximización arbitraria del beneficio del poder, más allá de cualquier implicación en la vida de las multitudes. Es difícil imaginar que en Hungría, Polonia, Checoslovaquia la destrucción de la vida de sus habitantes llegue a las proporciones de la sociedad rumana sin que una reacción violenta las haga retroceder por debajo de un umbral crítico. Este aspecto no tiene un soporte estructural y organizativo, y demuestra lo importante que es no reducir la sociedad a los esquemas estructurales; la dinámica del sistema no depende únicamente del universo de las relaciones, sino también de parámetros específicos, locales, que le garantizan un perfil inconfundible. La neoesclavitud rumana de-

fine un hecho, es un concepto de la dinámica, no de la estructura. La observación puede interesar a las ciencias sociales, dominadas aun por la visión estructuralista, pero la base teórica tiene en este caso una interpretación ética, argumenta junto con “el sentido común”, contestable, que la organización (o desorganización) comunista de la sociedad no explica todos los males, que existe una responsabilidad clara de los personajes, antes que nada de los dictadores, pero también de la población.

La naturaleza específica de esclavitud en el estado (rumano) moderno confiere amplitud, nuevos matices, a la disyuntiva entre el interés del ciudadano-esclavo y el interés de la autoridad, hipertrofiando el carácter arbitrario, grotesco de la misma. El amo tiende a pedir al esclavo cuanto más trabajo útil, pero tiene en cuenta el inconveniente del agotamiento rápido. Sin embargo, cuando el vínculo entre el amo y el esclavo es una relación personal, se llega a una especie de “acomodamiento”, que genera las formas “suaves” de la esclavitud, nacidas por doquiera, y explicables por los instintos etológicos de reducción de la agresividad. La desaparición en la nueva esclavitud de todo contacto directo, la generalización del “tampón” de la burocracia opresiva conllevó la desaparición del proceso de acomodamiento y la cada vez menor responsabilidad de la autoridad por las implicaciones de sus propias decisiones, incluso en relación con sus intereses y motivaciones. ¡Cuán aguda le resulta hoy en día al dictador de Rumanía, la contradicción entre el hecho de que las decisiones destinadas a conferirle la gloria lo sumergen en el desprecio de sus conciudadanos y la indignación del mundo civilizado! El propietario de esclavos tenía que luchar contra los excesos de su propia codicia; a él se le pedía promover su objetivo de manera racional. El violador de Rumanía necesitaría no únicamente que su pasión devastadora se aplaque, sino también la capacidad de comprender hechos, relaciones no muy fáciles de valorar; una tarea demasiado pesada para su minúsculo ser, una tarea que aniquiló su migaja de cohesión interior. Cautiva de su propia conciencia enferma, la autoridad pierde los reflejos

mínimos del interés y la posibilidad de seguir detalladamente las vidas individuales, y de ponerse de acuerdo con los resultados y las expectativas. Para una población que está buscando su identidad y que solicita que se promuevan mínimamente sus intereses, la subjetividad de la autoridad llega a la arbitrariedad intolerable (tolerada, sin embargo en Rumanía); la ruptura entre motivaciones, medios y una dinámica de una aplastante complejidad se vuelve grotesca. El culto a la personalidad injertado en una estructura totalitaria lleva el mecanismo de la esclavitud a lo absurdo.

La transformación de la relación individualizada entre amo y cada esclavo en particular en una relación colectiva, amo-grupo de esclavos, puede cambiar, comparativamente, las condiciones de los oprimidos, en dirección positiva, a veces – pensemos en las dificultades para controlar millones de personas – , otras veces negativa – en las inmensas energías empleadas para asegurar tal control, las fatales sinergias, la burocratización de las pérdidas o los aspectos anteriormente comentados. Pero los matices de una u otra índole no afectan el fondo de la cuestión; la sociedad rumana del período del culto a Nicolae Ceaușescu tiene todas las características de un sistema neoesclavista, intolerable a finales del siglo XX. Reencontrar exactamente idénticos los cuatro criterios definidores tiene que ver con un reduccionismo objetivo, el reduccionismo de la sociedad en la que sufrimos. El culto a la personalidad de los años

'80 conllevó la degeneración de las relaciones sociales hasta una pobreza infamante, relaciones entre una población de esclavos y unos cuantos amos. Ésta es la gran culpa para con la sociedad, por la que, en el espejo de la verdadera historia, Nicolae Ceaușescu y sus mandarines no serán perdonados.

4. La culpa colectiva

La culpa criminal hacia las personas y la culpa criminal hacia la sociedad se pueden esquematizar de un modo más o menos

sencillo; la verdadera aporía moral se expresa apenas ahora. ¿En qué sentido podemos hablar de la culpa de un pueblo y, derivada de ésta, de la culpa del ciudadano? En el fondo, al afirmarla o negarla, Karl Jaspers no apoya suficientemente la comprensión del Gran Dilema o de los Grandes Dilemas de la incriminación moral. La experiencia dramática de una sociedad totalitaria eleva hasta la antinomia la dificultad de correlacionar los sentimientos, los razonamientos éticos con los actos y las condiciones de lo humano, la interpretación directa, indiferente al contexto, de los criterios morales; por haberse callado, K. contribuyó (junto a los demás) a la manifestación de lo arbitrario; por haber levantado la mano cuando se le pidió que condene lo no condenable, K. le causó una injusticia a un ser humano, estimulando (por tanto) la opresión. Con tales sentencias, el incriminador sería capaz de dirigir en paz su propia vida. Pero ¿tiene prestancia moral el individuo que no siente cómo, detrás del compromiso y la pasividad, se desvive, en silencio, una existencia atormentada? El que no ofrece la cordialidad de la compasión ¿tiene derecho a que se le preste atención, tiene derecho a la cordialidad del diálogo? Los principios morales no son objeto de una transacción. Pero, ¿podemos permitir que los guíe una conciencia que no ha descubierto la ilusoria semilla de la dicotomía bien-mal? ¿Podemos someterlos a un mentor que no ha vivido la adhesión pasional de manera concreta, reacia a las etiquetas éticas?

En los años '80, dos fenómenos se acentuaron hasta el umbral que excluía todo error de interpretación y, paralelamente, exacerbaba la amplitud de cada uno: el desastre y la pasividad. A los autores del desastre ya los hemos mencionado, su culpa criminal ya no plantea interrogantes. ¿La culpa de la pasividad? La arrogancia moralizadora es un mal consejero. Los temas morales son situaciones de caso: el juez tiene que ir al encuentro de lo humano más bien con preguntas modestas, no con respuestas normativas. Ante la culpa tenemos a disposición una cuestión

marginal: “¿Cuáles fueron los argumentos, los pretextos a los que recurrieron los conciudadanos para motivar su pasividad?”.

La selección de los enunciados de la teoría de la pasividad que los ciudadanos desarrollaron espontáneamente no requiere una investigación original. Naturalmente, esa teoría despertó el interés de los críticos de los sistemas totalitarios hace mucho tiempo. El siguiente listado, propuesto en 1978 por Vladimir Bukovski (*...et le vent reprend ses tours: Ma vie de dissident*, Paris, Editions Robert Laffont) creo que cuenta con la adhesión de todo ciudadano rumano:

a)¿Qué podría hacer yo solo? (Si todo el mundo lo hiciera, entonces yo también...)

b)Si no seré yo, será otro. (Y, mejor yo, porque haré un mal menor.)

c) Para salvar lo esencial hay que hacer compromisos, concesiones y sacrificios...

d)Hay que servir a Rusia (claro que se puede sustituir con Rumanía). Los comunistas desaparecerán por sí mismos algún día. (Estos argumentos circulan especialmente entre los científicos y los militares.)

e)Es necesario servir los valores eternos, crear valores imperecederos en la ciencia y la cultura, y todas esas protestas no hacen más que alejarnos de esa meta.

f)De ninguna manera hay que protestar abiertamente; es una provocación que no hace más que irritar a las autoridades y eso puede provocar el castigo de los inocentes.

g)Las protestas públicas les hacen el juego a los adeptos de la línea dura del Buró Político (podríamos decir: incitan a la familia Ceașescu a más dureza) y obstaculizan a los “palomos” que intentan una liberalización.

h)Las protestas públicas impiden los progresos de la liberalización que se podría obtener solo con la ayuda de la gran política y de la diplomacia secreta.

i)Protestar por naderías significa únicamente desenmascararse. Uno tiene que esconderse. Cuando llegue el momento decisivo, ¡entonces, sí! Pero, mientras lo esperamos ¡hay que camuflarse!

j)Sí, pero no ahora, éste es el peor momento; mi esposa está embarazada, mis hijos, enfermos, primero tengo que defender mi tesis doctoral, el mayor tiene que ingresar en la universidad... (Y así por el estilo... hasta el fin de la vida.)

k)Cuanto peor será, tanto mejor. Es necesario que todas las inepticias del régimen lleguen al absurdo. Mientras el vaso no esté lleno, el pueblo no comprenderá lo que está sucediendo.

l)Rusia (y Rumanía, ¿no?) es un país de esclavos. Los rusos nunca tuvieron una democracia y nunca la tendrán. No son capaces de tenerla. Y ni siquiera merece intentarlo. Con nuestro pueblo hay que actuar de otra manera.

m)El pueblo guarda silencio. ¿Con qué derecho se expresa un grupo de descontentos? ¿A quiénes representan? La opinión que expresan, ¿de quién es?

n)Vuestras protestas hacen que la opinión pública se equivoque. El Occidente podría creer que tenemos la posibilidad de expresarnos abiertamente o de cambiar algo; en realidad le hacéis el juego a la propaganda soviética (o rumana).

o)Uno tiene que hacer carrera, en silencio, que llegue a la cima y, desde allá, desde arriba, intentar algo; desde abajo nunca se podrá hacer nada.

p)Hay que ganarse la confianza de los consejeros allegados a los dirigentes, a éstos hay que educarles e instruirles discretamente. Únicamente así se puede influir en la vida del estado.

q)Protestad vosotros, yo no lo haré. Alguien tiene que quedar en vida para poder dar fe.

r)Si existiera una nueva teoría en lugar del marxismo, que movilizara a la gente, entonces, sí... Pero nada se podrá construir solo a base del rechazo.

s)El cielo envió el comunismo a Rusia (Rumanía) para castigarla por sus pecados, y es un pecado oponerse al castigo divino.

Intentemos analizar someramente los enunciados de *a a s*.

a) La primera tesis, la de la ineficacia de la oposición de un solo individuo, tal

vez la más frecuente, contrapone las motivaciones de la individualidad hasta la tensión de la paradoja. Evidentemente, la acción individual puede parecer, y lo es la mayoría de las veces, como una gota de agua que tiene que enfrentarse a un océano. En esas condiciones, el escepticismo se vuelve natural. La historia, sin embargo, la hacen las individualidades, es decir, recurre, se apoya en una respuesta positiva y simultánea. ¿Nos encontramos con una paradoja? Ya que en ese caso no se puede invocar el vicio, queda por descubrir la limitación. Principalmente, la limitación consiste en la orgullosa disyuntiva riesgo-eficiencia. No existe un motivo absoluto que convierta la eficiencia en condición de la implicación individual. La acción individual es una *premisa* del resultado.

El individuo ha de luchar con el dilema del deber en oposición con la posibilidad, no (o no necesariamente) con la certidumbre. ¿Por qué nos adherimos a las exigencias del determinismo? La condición humana nos obliga a responder a las solicitudes de la suerte.

El relajamiento de las condiciones nos ayuda a promover criterios (de acción) más sencillos. Aunque no llegue a cambiar la historia, el hombre puede, en todo caso, cambiarse a sí mismo. A contribuir, eventualmente, a la educación de los de su entorno. Aceptar el compromiso le coloca a uno en un punto totalmente diferente del de la no aceptación; la espiritualización no es solo un factor de la acción, sino también uno de sus resultados. Todos estamos en deuda con el oasis de luz creado por el ejemplo propio. Cuando lo comentan irónicamente, los conciudadanos ponen en escena únicamente un sainete: Lo inconsciente de los seres no está sordo y no se calla.

¿Qué podría hacer yo solo? Siempre lo que hago, el karma, me transformará a mí mismo; poblaré benéficamente el universo de mis prójimos, conciliaré una premisa histórica.

b) “Si no seré yo, será otro” es, efectivamente, algo de esperar. Que haga menos mal, esto es ya algo incierto. Los que siguen las trayectorias del poder, con el pretexto, ingenuo o falso, de cambiarlo, serán obligados a seguir las reglas del juego; su primer paso hacia el compromiso facilitará el segundo, y éste, el tercero. Si la idea de una implicación positiva a través de la participación en un sistema político destructivo demuestra ser utópica, volvemos a encontrarnos con el problema anterior, pero esta vez de signo negativo: “¿Cómo puedo dañar si colaboro con este régimen?”. Y la respuesta es: la gravedad de la degradación interior, la disolución en el ambiente, la responsabilidad con la premisa de la conservación del Gran Mal.

c) Para salvar lo esencial a veces hay que hacer sacrificios, muchas veces concesiones, y demostrar que existen compromisos. Pero entre los argumentos de nuestro conciudadano que motiva su pasividad, esa verdad es doblemente superflua. Primero, porque se lanza basándose en una lógica viciosa. Del enunciado “Salvar lo esencial obliga a veces a callarse” no se deduce el enunciado “El silencio promueve lo esencial”. Segundo, porque para la inmensa mayoría de los que nos ocupamos, la vía hacia lo esencial y la sumisión de hecho no se contradicen. Un físico de la talla de Richard Feynman defendía una tesis similar, la primacía de los acontecimientos científicos frente a los acontecimientos políticos, y afirmaba que, comparada con el descubrimiento de Maxwell sobre las ecuaciones que llevan su nombre, la guerra de secesión es una referencia menor. Ni siquiera este ejemplo de Maxwell queda fuera de la polémica; si tenemos en cuenta la ramificación y la paradójica dependencia de las causalidades en la evolución de las sociedades humanas, no sería absurdo invertir las prioridades, pero, si aceptamos la premisa, deberíamos preguntarnos luego: “¿Cuántos individuos pueden permitirse tal

comparación?”. ¿Cómo puede justificar un investigador rumano las concesiones en nombre de la ciencia rumana, cuando la insoportable humillación comprometió la actividad de esa ciencia por decenas de años de ahora en adelante? ¿Cómo mostrarle nuestra confianza al artista que reclama el retiro en la torre de marfil, y luego obedece tímidamente los caprichos del poder? ¿Qué satisfacción experimenta un arquitecto cuya construcción puede ser pulverizada en cualquier momento por la irresponsabilidad de un remendón¹⁴⁷? Si lo esencial se halla en nuestras creaciones espirituales o materiales, entonces en la Rumanía de hoy la primera obligación es frenar aquellas fuerzas que llevaron a límites inaceptables la penuria o la degradación de esas creaciones. Si lo esencial forma parte de nuestro mundo sensible, afectivo, nada es más urgente que frenar las voluntades atolondradas que desgarran la naturaleza, contaminan el aire, aniquilan las relaciones humanas, pisotean los recuerdos, los sueños, las esperanzas. Si la vida de nuestros herederos condiciona lo esencial, entonces hay que cambiar urgentemente la sociedad en la que vivimos. En una época del desastre, ¡lo esencial es oponerse al desastre! Los compromisos, las concesiones y el sacrificio del silencio serán aceptables únicamente como estrategias de excepción del mismo objetivo.

d) No existe la dinámica social al margen de la implicación individual. Si miramos objetivamente por encima del hombro de la historia, descubriremos masas humanas en el papel de simples anexos, de simples espectadores. Pero en nosotros se está representando el drama asumido por cualquiera de los que tuvieron que existir para que la historia no se quedara parada. Es el drama de una solicitud surgida en la oscuridad que se dirige hacia la inseguridad o casi hacia lo desconocido. Ese drama necesita una respuesta positiva. El comunismo, o más correctamente las realidades miserables que durante el último siglo fueron asociadas a

147 Nicolae Ceaușescu fue, en su juventud, aprendiz de zapatero (n. tr.).

ese término desaparecerán un buen día, pero no por sí mismos, sino mediante nuestra implicación o de gente como nosotros, sin menos o más responsabilidades.

e) ¿Hay algo más noble que apoyar los valores eternos, crear los bienes imperecederos de la ciencia y la cultura? Las protestas por la confiscación de la libertad de expresión, de la libertad de comunicarse, de la libertad de iniciativa y de cooperación, las protestas contra la intromisión en la vida personal y en la vida de grupo condicionan directamente la oportunidad de perpetuar los grandes valores. De hecho, estos valores indican la presencia de los recursos perennes. Sus logros apoyan la creación científica y cultural. Truismos y condicionamientos sobre los que el defensor de la paz pública no puede equivocarse; porque si lo hace no le queda más que mistificar.

f) Durante décadas, desde el principio, a los autócratas les irritaron sus prójimos, esos inocentes que no logran llevar a buen puerto sus baldíos planes. Durante décadas, y ahora más que nunca, las autoridades azuzan, estresan, ofenden, torturan, destruyen, desprecian y oprimen la vida del día a día y el futuro de la multitud callada y obediente. Si después de mediados de la década de los ochenta a la caída de los tabúes sociales y a las impertinencias cada vez más desafiantes del poder les hubiesen seguido unas explosiones de rebeldía, es poco probable que la existencia de los ciudadanos habría tocado el grado insoportable que vivimos en la actualidad. Los inocentes de Rumanía no sufren a causa de las protestas; al contrario, aguantan su sorprendente, su anormal ausencia.

g) Una tesis cuya verdad depende, teóricamente, del detalle político. ¿Cómo podríamos arriesgarnos a sacar conclusiones sin conocer detalladamente la correlación de fuerzas en el Buró Político? Pero en Rumanía las cosas se han simplificado. No hay una línea dura, no existe otra liberal, tenemos un solo dirigente, arbitrario y obtuso, mezquino e inclemente. Él no obedece a la razón y no contesta al diálogo; no conoce el respeto y no regala

buena voluntad. Ante tales héroes de la falta de sensibilidad no nos queda más que la intransigencia.

h) La gran política y la diplomacia secreta del mundo libre son factores de primera magnitud que afectan las relaciones internas en los países totalitarios. Sin ellas, la lógica fatal del poder perfecto habría conservado para siempre la amenaza de un estalinismo feroz; la frustración se habría convertido en algo trágico, y lo trágico en normalidad. Por otro lado, toda la experiencia de la disidencia posbélica demostró que el grado de motivación, de intervención y las posibilidades de esos factores dependieron positivamente de la envergadura de las protestas de los pueblos sojuzgados. Un aspecto dramático de la condición de la población rumana de hoy día es el hecho de que a la humillación interna se le añade una clara indiferencia de la diplomacia internacional. La política norteamericana condicionada por el tema de los derechos humanos y las manifestaciones de la opinión pública occidental, dispuesta tantas veces a apoyar causas espectaculares por las decisiones de unos organismos internacionales o regionales cuyos estatutos especifican el fomento de los principios de libertad en la economía y la sociedad, perpetúa un comportamiento preferencial, inexplicable, hacia uno de los más opresivos regímenes. Si pensamos en la amplitud de las presiones internacionales sobre el gobierno polaco – comparativamente casi liberal y con sentido común –, la política occidental deja la impresión de una oscura paradoja. Los hechos empiezan a explicarse si tenemos presentes la calma chicha de la población rumana y el carácter anémico de la oposición rumana del Mundo libre. La ausencia de protestas públicas condena de esta forma dos veces – una por los efectos internos, otra, por los efectos externos – las oportunidades de un progreso de la liberalización.

i) Desenmascarar, pero qué. ¿Hay algún aspecto de envergadura de nuestra vida cotidiana que quede oculto a nuestros conciudadanos? ¿Hay en la opinión mundial personas bien intencionadas que no puedan enterarse de la verdad de nuestro

drama? Está claro que quedan por desvelar secretos importantes de la perversión del poder. Los temerarios prójimos a la máquina de opresión, que arriesgan su vida para testimoniar sobre los detalles fatales, hacen una gran labor; su disfraz es una estrategia imprescindible en esa tarea delicada de explorar los entresijos. Pero, ¿cuántos tienen ese estatus esotérico? Para nosotros, los ciudadanos de a pie de la dictadura, lo prioritario no es desenmascarar – ya no tenemos qué desenmascarar – , sino la resistencia, la oposición, la indignación. No necesitamos disfrazar el espíritu, sino afirmarlo. No ocultemos nuestra razón, llenemos con ella nuestro mundo irracional. No debemos apartar profundamente la afección y la compasión, al contrario, tienen que salir a la superficie como una explosión. Es irresponsable el llamamiento a añadir a las tinieblas del país nuestras propias tinieblas.

j) No aconsejaríamos a un futuro padre a organizar protestas precisamente cuando su mujer está embarazada. Mal momento para quitarse el caparazón de la autocensura cuando tus hijos están enfermos. El significado individual de muchos instantes de vida trasciende objetivamente su significado histórico. Lo que en un momento determinado se manifiesta como una condición excepcional no se debe utilizar como argumento corriente; si ahora es el peor momento, significa que antes existió uno bueno que no se aprovechó y que, en cualquier caso, llegará otro más adecuado para un compromiso moral. Sabemos, no obstante, que los cazadores de pretextos no se dejan convencer, y que los argumentos éticos y razonables tienen valor únicamente para los que conocen el valor de la demostración.

k) Nos imaginamos a los autores de semejantes afirmaciones esperando cómodamente instalados en los pliegues confortables de la sociedad, sin obligaciones, sin problemas, algo despreocupados, algo cínicos, algo maliciosos. Y, en todo caso, responsables de un doble fracaso espiritual: el de la falta de compasión, y el de la falta de matices. Deberíamos preguntarles: ¿cuándo podremos sancionar lo absurdo? ¿Tal vez los sufrimientos vividos

hasta ahora no son suficientes? ¿Hace falta más locura para decir: “¡basta!”? Es verdad, no hemos reeditado el colapso camboyano, falta por dar unos pasos más hasta la nada. ¿Quién tiene la valentía de afirmar que debemos llegar allá para intentar un conato de cambio? Las inepticias del régimen son bastantes para alimentar la precaución de nuestra filosofía social durante siglos. Y si no son bastantes ahora, no lo serán jamás.

El desperdicio de los matices explica la aplicación no crítica de las verdades psicológicas en el dominio social. Para muchos hombres – pero de ningún modo para la mayoría – , las experiencias del sufrimiento y la desilusión se convierten en fuentes de revelaciones profundas, oportunidades de la espiritualidad. La caída en el marasmo precede el gran asalto a las cimas. El saludo de las vidas-purgatorio tiene, por tanto, un soporte. Pero lo social obedece a otras leyes. Su mayor inercia significa un mayor grado de continuidad. Cuanto más se progresa (regresa) en una dirección, tanto más difícil es la vuelta. Cuanto más se acerca Rumanía al desastre, tanto más tiempo exigirá la reconstrucción y tanto más insegura será la misma. Es una equivocación esperar las crisis explosivas; apostemos más bien por la prontitud de la reacción.

1) Si estudiamos su historia, descubriremos que, efectivamente, los rusos no tuvieron, prácticamente, una democracia. Pero los rumanos, sí. La Rumanía de entreguerras confirmó el valor de un sistema electoral parlamentario y la importancia de ampliar los derechos públicos. Es posible reírse y burlarse de las imperfecciones de ese sistema, de las farsas y las injerencias políticas. Pero la imperfección en relación con el esquema ideal no cambia cualitativamente el fenómeno social de entre las dos guerras. Todo comentario escéptico se vuelve frívolo si pensamos en los frutos esenciales: las reales libertades de los ciudadanos, que permitían a la gente soñar, respirar, ser eficiente, realizarse; el progreso de la economía, el progreso de la educación, el progreso de la cultura.

Nuestro tradicional balcanismo¹⁴⁸ ofrecía ciertamente motivos de frustración a los luchadores por la justicia y la civilización. Pero, no olvidemos, sin embargo, que aun así, aquel momento imperfecto que los rumanos fueron capaces de incluirlo en su historia se ha convertido para la Rumanía de hoy en un ideal que nos llena de nostalgia.

De ese modo, el argumento se invalida *de facto*. Existen, sin embargo, enmiendas de principio, doquiera se pueden identificar fuerzas que tienden a transformar la sociedad en un mecanismo de opresión. Las mismas actúan a veces desde el exterior, y la justificación adopta eventualmente la forma de una violenta acusación colectiva. Las palabras del conde Csány Lajos con las que motivaba la represión húngara en Transilvania, se vuelven a encontrar, con referencia directa a nosotros, los rumanos, en un contexto imperdonable: “Desde que existe la humanidad, no se menciona en sitio alguno en las innumerables páginas de la historia la libertad de vuestra vida nacional. Fuisteis sirvientes en tiempos de los romanos, fuisteis sirvientes bajo la dominación de los pueblos migratorios, y más tarde también fuisteis sirvientes a lo largo de los siglos”. Las fuerzas internas que tienden a convertir la población en simples masas de maniobra son todavía más actuales. Para ellas, una colectividad parece más apta o menos apta a resistir, y todo pone en movimiento datos étnicos difícilmente definibles. Pero incluso en el modo de expresar la situación se tiene en cuenta la tendencia de cada individuo por separado – y no solo en este sentido, la tendencia de la población – a lograr un confort existencial, incompatible con la condición de oprimido, de esclavo. La cuestión no reside tanto en desaprobar la débil resistencia social – a la que podemos considerar con distanciamiento, como todo lo que nos circunde – , sino en buscar soluciones para contrarrestar las fuerzas opresivas y estimular las fuerzas que

148 Complejo de rasgos del modo de vida, la mentalidad y la cultura de los Balcanes. Se utiliza a veces con matiz despreciativo (n.tr.).

se les oponen. En última instancia, la tesis l) ni siquiera se interesa por la impotencia de derecho, sino expresa un desengaño doblado por la indiferencia.

m) Podemos imaginarnos que tales réplicas se lanzaran de modo impertinente en un interrogatorio o un juicio público. Pero es una muestra de desafiante cinismo pretender que alguien plantee semejantes cuestiones a su propia conciencia. El sentimiento del derrumbe nacional lo vive hoy cualquier grupúsculo, cualquier institución, a cualquier nivel. El estrés que invade incluso a los colaboradores directos del poder, las penurias que sufre la abrumadora mayoría de la población, la miseria desoladora saltan a la vista, le asaltan a uno a cada paso. Los chistes circulan a una velocidad de locos, provocando risas a carcajadas o histéricas, los comentarios vuelven obsesiva, cansinamente a los mismos temas – demencia, culpabilidad, cobardía, demencia, culpabilidad, cobardía... – y todos se juntan en una murmuración inútil. Los descontentos que se atreven a expresarse no son más que un puñado; la réplica es más válida así en Rumanía. Pero ellos expresan la opinión firme – y, a veces, sin clarificar – de todos, incluida la opinión real de los que están siempre dispuestos a afirmar lo contrario; expresan la opinión de todo lo que fue limpio en esas tierras y la opinión de cada heredero para quien tendrán todavía sentido la razón o la generosidad.

n) Ponemos en tela de juicio el hecho de que las protestas de los oprimidos fueron alguna vez un argumento para que los occidentales declinasen su apoyo. Estamos inclinados a creer que la amplitud de la protesta se vuelve un criterio positivo de evaluación del grado de terror instaurado por un régimen. Tesis falsa o carente de matices. ¿Podrían tener lugar en la Rumanía socialista los movimientos de Corea del Sur? Las dictaduras de Latinoamérica son solo deslucidas técnicas de la represión; lo demuestra la encarnizada oposición. Las escenas de violencias de África del Sur reflejan la polarización y el odio, pero también la conciencia de los límites. La comunidad internacional no tiene

tiempo para análisis profundos, para percatarse de las influencias camaleónicas de los factores causales. Análisis y resultados que de todos modos no parecen ser, por desgracia, el más importante criterio. En el escenario de ese tribunal mundial donde los ladrones y los acusadores representan en igual medida el papel de juez, lo que cuentan son las pruebas. Nosotros, los de la Rumanía condenable, lo sabemos. Si callamos, lo hacemos no porque temiéramos engañar a la opinión pública o que de ese modo hiciésemos el juego de la propaganda del régimen.

o) Ningún hombre bien intencionado criticará la tenacidad ejemplar de alguien que dedicó toda su vida, en todos sus detalles cotidianos, a la revancha moral. La eficacia de un participante subversivo en la toma de decisiones supremas, la importancia de la estrategia de penetrar en la élite política están más allá de toda duda. La tesis, no obstante, tiene la tendencia a cambiar forzosamente la responsabilidad del individuo. Para el ciudadano de a pie, la solución de la infiltración en el grupo del poder es – y él lo sabe – ilusoria. Desde su punto de vista, el principio superfluo en un mundo donde los méritos personales tienen un valor insignificante en relación con la voluntad tendenciosa, la apuesta de la ascensión social es viable únicamente para los situados desde el principio, gracias a su nacimiento, en el espacio de los privilegiados. Desde allá, desde abajo, el individuo – solo – no puede destruir ese sistema del mal. Pero lo que hace es mucho más que nada – “las condiciones y los resultados hay que medirlos con la misma vara”.

p) Desde hace más de cuarenta años, la Europa civilizada se está preguntando cómo fue posible que tantos intelectuales europeos estuviesen drogados por la propaganda marxista; cómo llegaron a rechazar obtusamente, con extraña terquedad, la evidencia del estalinismo. El fenómeno tiene su explicación. La ingenuidad es únicamente una premisa conexa, esporádica, aunque es posible describir una verdadera sintomatología de la estulticia. En tales condiciones, la esperanza de que los adictos al poder

seán víctimas de un involucramiento educacional expresa una ensoñación descontrolada (cuando no se reduce a una fórmula de evasión). Esos personajes que tienen en sus manos el destino de millones de hombres tienen el sentido infalible del saqueo. Son los triunfadores de un sistema que comprobó su rectitud, sentido común, humanidad, consistencia, medidos con un listón colocado al revés. Cuando no son inteligentes, son taimados. Llevados por las olas de una ideología y una estructura paranoicas han adquirido la intransigencia de un psique enfermo.

¿Son razonables esos rasgos tan cargados? Si pensamos en Stalin, Kim Il-sung o Ceaușescu nos los imaginamos acusados más bien de la incapacidad de darse cuenta de la proporción del mal. Existen también personalidades más complejas, que confirieron sentido – allende los clichés – a los sucesos y las contorsiones de su propia historia. Una vez en la cima más alta, adjuntaron conciencia a la voluntad. Dubcek, quizás Gorbachov están en el orden natural de las cosas, no en su contra. Pero ni los conservadores, ni los reformistas parecen darse prisa por seguir las clases de sus bien intencionados educadores.

q) Dar fe, ¿pero de qué? Ya hemos comentado esta confusión.

r) Que repitan esa tesis precisamente los intelectuales debería causar estupefacción. ¿La disidencia se fundamenta únicamente en el rechazo? El carácter sagrado de la persona, el valor de la libertad, el llamamiento a la dignidad, la compasión, el espíritu de solidaridad, el ritual del respeto, el fomento de la racionalidad, de la buena voluntad y del diálogo, el amor a la verdad, practicados en toda la envergadura del acto existencial con una autenticidad que la serie de etiquetas mencionada en estas líneas no puede sugerir, suman, cubren los fundamentos positivos de la experiencia espiritual. El marxismo no ha añadido a dicha serie ninguna revelación moral esencial. La amplitud conferida por el sentimiento compasivo-heroico (prometeico) devolvió a la modernidad una tipología entre otras cosas, no serenó una renovación axiológica propiamente-dicha. Nuevo ha sido el papel otorgado a lo social

en la reconstrucción del ser humano, pero la teoría social marxista demostró al final ser un costoso fracaso. Mientras experimentar el principio del partido único, de la prioridad de la base con respecto a la estructura o de la verdad de clase exilió de la normalidad a una apreciable parte de la humanidad, otra buena parte descubría con las soluciones democráticas el camino privilegiado de la integración socio-humana. Ya no hay que descubrir la alternativa a la teoría social del marxismo; tenemos su modelo y sus principios.

s) Se vehiculó, y no raramente, la idea de que el castigo divino sería un excelente subterfugio mediante el cual los programadores sociales habrían garantizado más moralidad a las comunidades humanas. El temor al castigo divino sería capaz – se supone – de hacer lo que no logran las motivaciones más nobles. El hecho de que la tesis pasa por una conciencia sociológica vulgarmente sistematizadora no la condena *a priori*. En cuanto a su validez, sin embargo, tenemos dudas *a posteriori*. No es verdad que las religiones que no tuvieron el flagelador divino frenaron menos los impulsos maléficos del hombre. La idea no es solo cruel, es también un lamentable error pedagógico. Y si la consideramos como Mensaje – como consideramos interlocutor al autor de la tesis –, los sentimientos que despierta en nosotros deberían llamarse *desengaño, des solidarización, rechazo*; por la no conciliación con los que eligieron otro camino, por la satisfacción perversa provocada por la tortura del culpable, por la mezquindad que convierte la frustración individual en oprobio universal. El inconsciente que engendró la idea del castigo eterno es caprichoso e inclemente. La argumentación teológica de la pasividad no bebe su savia de un sentimiento sacro, sino de la suma de las impotencias.

Esos comentarios se sitúan en el extremo opuesto a la obstinación ética. El acto del entendimiento tiene que dominar el acto del juicio. Esta lógica, a la que Malraux aportó la esbeltez aforística (“juzgar significa no comprender, porque si comprendes ya no tienes qué juzgar”) debe solucionar los dilemas de un sis-

tema de valores heterogéneos: compasión, lucidez crítica, recato y tolerancia, implicación moral. Pero el análisis de las sentencias que argumentan la pasividad no necesita ser más compasivo para lograr un plus de lucidez; no tiene que llegar a la intolerancia para ser eficaz. La pregunta: “¿Es culpable el pueblo rumano por no haber asumido su responsabilidad moral?” está mal planteada, igual que la pregunta que se le hace habitualmente al científico: “¿Por qué ocurre?”, habría que sustituirla con la pregunta “¿Cómo ocurre?”. Un pueblo segrega, en condiciones que no determina, pero acoge de manera específica, su irrepetible historia. El desarrollo histórico implica, sin sumarlos, pero en cualquier caso efectivamente, a todo individuo en parte, y las respuestas que da a las cuestiones morales son hechos irreductibles, integrados en lo social, tan hondamente integrados que toda separación de su contexto cambia su calidad. Si liberamos el dilema moral de su marco espontáneo, descubrimos que su solución positiva, principal, requiere un personaje integral, plenario, un Prometeo de las cuestiones esenciales. ¿Tiene sentido pretender que cada participante en el destino social logre la completitud en su parcela existencial? No fue esa la vía que permitió a otros pueblos alcanzar una admirable civilización. Pero mientras la existencia de un individuo se desarrolla sobre unas preguntas que le solicitan éticamente – y, por tanto, políticamente –, mientras dicho individuo se puede imaginar como interlocutor en un diálogo moral, bienvenido sea, para que se enfrente cara a cara a la verdad de su propio ser. De modo particular, es el momento que el ciudadano de a pie, espectador y actor a la vez de ese período alucinante, se enfrente con la correcta evaluación de los argumentos que le sirvieron para motivar su pasividad. Los mismos no ponen de manifiesto refinamientos morales, tampoco racionalidad ejemplar, ni imperativos afectivos superiores. Todo lo contrario, demuestran ser una suma de omisiones, incoherencias lógicas, indiferencia, falta de solidaridad, ausencia de revelaciones éticas, valoración superficial de la condición individual, frívolo análisis

de las implicaciones de nuestro comportamiento, no adhesión, prisa, lentor, insensibilidad, olvido o ceguera, en fin, miedo, miedo sencillo, miedo bruto o miedo sutil, miedo-censor, miedo paralizante, miedo-crispación, miedo-estrés, miedo profanador y miedo idiota, miedo ridículo y miedo trágico; miedo que un tirano mediocre y una sociedad policial convirtieron en el principal mecanismo regulador de la vida social rumana.

Evidentemente, muchísimos individuos, no obstante, no se plantean la problemática ética de la que hemos hablado, ni siquiera tiene una forma preparada para el autoengaño. El reflejo de autoconservación en su sentido más restringido, de la actualidad biológica, es para ellos el principal impulso; su activismo social, expresión de la sed de ser, el profundo llamamiento a existir, a pesar de cualquier cosa y en contra cualquier cosa, se dejan fácilmente pervertir en el laberinto tenebroso creado por los que ponen en escena el poder. Ellos, que no ven, y los otros, que no pueden, viven el desastre en silencio. No olvidamos.

El silencio fue también una forma de protesta. Pero otros pueblos enterraron en ella a sus dirigentes infames. El pueblo rumano se enterró a sí mismo en el silencio.

agosto-septiembre de 1987

IMPRESIONES, OCASO DEL SIGLO¹⁴⁹

El hecho cotidiano está demasiado cargado de causas y explicaciones para poder sustraerse a la tutela de la ontología. En vez de liberarla, dicho acto carga la condición humana con las necesi-

149 Texto publicado en la revista *La Nouvelle Alternative*, leído en dos programas de la radio "Europa liberá" por Virgil Ierunca en 1988, y reeditado en el tomo *Spre o filosofe a disidenței* ('Por una filosofía de la disidencia'), București, Editura Litera, 1994.

dades del mundo. Auténtica únicamente al límite, la filosofía del hecho cotidiano queda, a la larga, un sucedáneo.

Al contrario, el sentimiento cotidiano envuelve las cosas en los problemas humanos y vuelve los más objetivos datos en un espejo del ser interior. En parte, las impresiones son apenas formas tímidas de ser, en su totalidad, confieren envergadura a la existencia; la filosofía del sentimiento cotidiano no confunde el reino filosófico.

*

La más cómoda filosofía es la que motiva la muerte de otros. Más difícil es la filosofía que trata de conciliar a uno con su propia muerte. (A propósito de un aforismo de Michel Foucault.). Pero la más difícil es la filosofía que podría conciliarle a uno con la muerte de los demás igual que le concilió con su propia muerte.

*

Madre, nacida en una familia de la pequeña burguesía – tenían un pequeño restaurante, donde antes de la guerra trabajaba toda la familia, y unas decenas de fanegadas –, le dice en 1986, a sus setenta años, a su hija, investigadora científica en un instituto de Bucarest: “¡Cuánto siento que eres mi hija, que no tuviste la suerte de vivir tu juventud junto a nosotras!” (junto a ella y a sus hermanas).

*

Después de que la polvareda que había ahogado Piața Unirii y llenado los pulmones de los habitantes de la ciudad se disipó a la vez que los coches y el alboroto, a los transeúntes se les

apareció una ancha superficie gris-blanca, las fachadas frescas de los nuevos edificios, el pasaje subterráneo y algunas manchas de flores esparcidas a las faldas de la doble marca del orgullo y la mezquindad. Si mirabas hacia Calea Călărași, aquella abertura iluminada, bordeada a la derecha por los hombros angulosos del Magazin Unirea y la cúpula del Complejo agro-alimentario bautizado en seguida por los bucarestinos con el nombre de “Circul foamei” (‘El circo del hambre’), la mirada se fijaba en un oasis de verdor, sobriedad, santa modestia y cálida elevación espiritual: la Iglesia Sfânta Vineri, construida hace unos siglos, puesta en valor, inesperadamente, y retocando de manera feliz, por su presencia y su simbolismo, el proyecto de un arquitecto tosco. El azar había ofrecido a las nulidades obsesionadas por la eternidad una oportunidad inmerecida, según parece.

El 19 de junio de 1987, la Iglesia Sfânta Vineri fue demolida por la voluntad implacable del dictador. Un lugar de culto-monumento, elevado con ternura, un apacible edificio, una personificación del sentimiento nacional..., en fin, ¡un idóneo complemento arquitectónico se volvió polvo en unas horas! ¿Locura? Pero incluso el loco se estremece ante la santidad. ¿Agresividad? Indudablemente, pero también los seres agresivos se amansan con las señales de una digna conciliación. ¿Inconciencia? Bastaba un poco de emoción, un pequeño fuego en el alma. ¿Ceguera? La luz tenía que llegar del interior.

La Iglesia Sfânta Vineri fue derrumbada, y ahora entiendo menos aun de qué madera loca está hecho ese autor de sacrilegios.

*

Una maldición oída en el hacinamiento de un autobús: “¡Que no llegues a vivir el día cuando muera Ceaușescu!”. El mal clasificable en la más concreta mezquindad, tangente a veces a lo metafísico.

*

Predicaba el tío sencillo sobre la dignidad, definida como retirada: más allá de la humildad, más allá de la sumisión. Y practicaba la dignidad positiva, la dignidad en contra de la humillación, en contra de la sumisión, en contra de la degradación, en contra del mal.

*

La conducta más deplorable, que se queda no obstante en la zona de lo no patológico, es la agresividad vaciada de cualquier heroísmo. Los hombres jóvenes son los primeros expuestos a la tentación de la dureza, y sin una cultura del heroísmo, de la dignidad, las más atroces energías decaen y se vuelven violencia cobarde y vulgar. Con un dirigente que da pena, con los anti-espectáculos de las glorias de zarzuela, nuestros jóvenes bajan en masas al nivel de la agresividad viscosa, gratuita.

*

Estoy soñando con un *Diccionario de reflexiones sobre la dignidad humana*. Del mismo no podría faltar la retórica de la invencibilidad en términos de Malraux: “Hay que buscar la libertad entre los muros de la cárcel”, la postura compasiva-firme de Guinzburg: “Estaré siempre dispuesto a morir por mi país, pero no puedo mentir por él”, la pasión serena, reconciliada de Teilhard de Chardin: “...la única religión aceptable para el hombre es la que le enseña primero a reconocer, a amar y a servir con todas sus fuerzas el universo en el que es el más importante elemento”. Debería incluir los signos de la damnación a la lucidez: “No puedo contestar a ninguna pregunta, no puedo contestar ni

a mis propias preguntas. Estoy tan indefenso y consternado por la crueldad de la vida como ustedes. Creo, no obstante, que la absurdidad puede ser vencida y eso le confiere permanentemente un sentido a mi vida. Creo que no soy responsable de la razón o la absurdidad de la vida, en cambio soy responsable de lo que hago con mi propia y única vida” (Hermann Hesse) o la paradoja metafísica: “El hombre que considera dulce su patria no es más que un tierno debutante, el que considera que cualquier pedazo de tierra es también suya es ya fuerte; pero perfecto es únicamente el que considera el mundo entero como un país extranjero” (Hugues de Saint-Victor).

*

La pasividad, como un desfile inexorable, en grupo, hacia la muerte.

*

La xenofobia, sentimiento primitivo... Su fuerza e infelicidad tienen su origen en los recursos arcaicos, en la manía de unos llamamientos oscuros a los que el contacto con el espíritu y el juicio de la historia no han añadido nada. Pero la misma explicación nos obliga a identificar en la xenofobia un sentimiento natural, que une la agresividad de las tribus olvidadas por los tiempos con el desprecio opaco y peligroso de los modernos. Igualmente desgraciada, pero esta vez absolutamente paradójica, es la auto-persecución de la población rumana, en realidad una xenofobia al revés.

*

El dramático barrido de conciencia, la sorpresa de unas evaluaciones cuyo movimiento expresa la fragilidad de cada una de ellas... Durante mucho tiempo, mi generación consideró los años '50-'60 una pesadilla socio-moral. Era muy fácil definir las taras: agresión palmaria, carencias, enclaustramiento cultural, dominación soviética. Y ahora descubrimos que una moral equivocada – la moral proletcultista¹⁵⁰ de aquellos años – es menos desintegradora que el vacío de moralidad de hoy día. Los ideales – ingenuos, faltos de espiritualidad, pero ideales, al fin y al cabo – , la prestancia de unos símbolos – pensemos en la protección de los niños, ancianos, pobres... – permitieron a un importante número de elegidos de las generaciones de entonces vislumbrar la línea de un horizonte moral. En la actualidad, la codicia altiva, abusiva y, sobre todo, *generalizada* me deja de una pieza. La antigua pobreza que le obligaba a uno a vestir con ropa remendada y permitirse muy raramente unos caprichos, pero con calor en las casa y con una alimentación sana, era en cierta manera natural y digna. La pobreza de ahora, con el horrible frío de los días de invierno y con la hambruna infectada con productos alimenticios contrahechos, asociada al aumento del número de coches privados y del número de vaqueros per cápita define una *promiscuidad del estándar de vida*. El descalabro de los sentimientos: un futuro alimentado por esperanzas le alejaba a uno más aun, en aquel entonces, del presente condenable. Ahora los escalofríos que siente uno al pensar en el día de mañana, aquel mañana de todos modos peor que el día de hoy, le acerca al más deplorable y humillante presente.

*

150 Proletcultismo, corriente cultural nacida en la Unión Soviética después de la Revolución de octubre, cuyas principios éticos se reducen a la idea de crear una cultura “puramente proletaria”, y que rechazaba todo el acervo cultural del pasado (n.tr.).

“¿Qué especie de hombres son ellos para que puedan delirar con ese indomable, inquieto ardor, año tras año, sobre cosas que no existen, temas desaparecidos hace mucho tiempo, sin comprender nada, sin ver nada a su alrededor?” ¡Increíble, estas palabras no me pertenecen!

*

Para tantos seres dotados e impotentes, una seca, fría conclusión: no es importante tener muchas calidades, lo importante es tener las esenciales.

*

¡Qué desilusionante la evolución de las agrupaciones (políticas)! La conciencia ecológica tiene dos fuentes *foundators*: una afectiva (afectivo-moral), con su adhesión caliente-apasionada a lo natural, y una racional: la revelación de la complejidad de las relaciones ecológicas, de los efectos contradictorios que puede producir la acción humana, aunque bien intencionada. ¡Estupendo ámbito para una resurrección del espíritu!

El movimiento político (ecológico), en cambio, ha conservado el sentimiento e hizo borrón y cuenta nueva de la clase de racionalidad.

*

Bertrand Russell apuntaba hace un tiempo que no podemos elegir más que entre coexistencia e inexistencia. Lo que es falso. Podemos elegir entre coexistencia criminal y coexistencia responsable; entre coexistencia indiferente y coexistencia preocupada; entre coexistencia digna y coexistencia hipócrita; entre coexisten-

cia lúcida y coexistencia inconsciente... El Occidente está todavía condenado a elegir.

*

Si fue posible la aparición del hombre y su conciencia, significa que las leyes del universo son éstas, y no otras. El principio antrópico me hace pensar que no habríamos conocido la humanidad rumana si los antepasados, igual que los contemporáneos, hubieran podido ahorrar para alimentar a sus hijos, y las fiestas navideñas no habrían deparado alegría si el invierno hubiese producido el horror del frío del que ya no nos podemos defender. Ya no sentiríamos melancolía por las canciones de los ancestros si hubiesen sido compuestas por encargo, etc.

*

Los rumanos pueden vivir a veces con la impresión de asistir a un grandioso espectáculo circense y de que les falta únicamente el pan para recrear la antigüedad romana. Olvidando que en este absurdo circo son ellos los gladiadores.

*

Una cola inmensa, decenas de metros, en cuatro columnas de a uno; la gente espera en la zona de Bucur-Obor la llegada de un prometedor cargamento de pollos. Finalmente, llega la furgoneta, descargan y, en este mismo instante, pasa delante de todos un grupo de gitanos – mujeres, niños, hombres – a los que se suman de cuando en cuando otros, con la misma indiferencia llena de desprecio por los que están en la cola. Contando con la garantía del encargado de la tienda – “Hay pollos suficientes para todos” – cientos de personas aguantan, calladas, la humillante situa-

ción. Todos los gitanos quieren comprar pollos. Cuando la cola se pone en movimiento, aparecen otros gitanos jóvenes, pasan también delante, hablan con el encargado y se va cada uno con un saco.

La mujer que contó esa historia estuvo esperando unas horas en aquella cola y no logró comprar los dos paquetes de pollo que le correspondían. Y comentaba que, claro (;!), no debes enfrentarte a los gitanos, siempre dispuestos a molerte los huesos.

*

El hombre tiene que estar satisfecho, pero activo. Por doquiera, a mi alrededor, veo a los otros insatisfechos y pasivos.

*

Los judíos tienen detrás de ellos la diáspora, al final de ella la apoteosis. El final es la victoria de la unidad interior contra la inestabilidad exterior. Nuestra diáspora es una diáspora interior. ¿Hasta cuándo un rumano le echará a su conciudadano del hotel que pagó correctamente, cuando llega un extranjero que quiere una habitación? ¿Hasta cuándo a nuestro conciudadano le cambiarán el vuelo, porque su plaza fue revendida por divisas? ¿Hasta cuándo una ATS se negará a llevarle un vaso de agua a un enfermo que no puede pagarle por ese esfuerzo – a la que le obliga la profesión – los diez lei que le pide de propina?

Hasta que la satisfacción maliciosa con la que un rumano destruye gratuitamente la vida de otro rumano no despierte la indignación pública, hasta que la indiferencia y la envidia asesina no provoquen en los rumanos la revelación del horror, hasta entonces la nación no habrá salido de la diáspora interior y no se habrá reunido.

*

Especialistas en el Bien, para los que el sufrimiento del prójimo se vuelve cada vez más una etiqueta, un deber, en perjuicio de la compasión... Un avance falto de entusiasmo desde los sentimientos hacia los sentidos...

*

¡Qué mal pueden ser defendidas y expresadas las motivaciones nobles! Nuestro mundo – dicen – soporta demasiada tecnicidad, aunque en realidad sufre demasiado poca, y precisamente su insuficiencia limita, es unilateral y destructiva. “¡Demasiada racionalidad!, acusan algunos, cuando el hombre, por desgracia, tiene siempre menos racionalidad de la que sería conveniente tener. No tenemos demasiada racionalidad, sino demasiado poca sensibilidad, buena voluntad, diferentes, pero no contrarias a la racionalidad. “¡Sufrimos una avalancha de informaciones!”, dirían otros; pero únicamente su aventura ascendente nos permitirá desenvolvernos en la infinitud del mundo. Nosotros, aquí, que echamos en falta tanto la técnica como la racionalidad y la información, entendemos esto, tal vez mejor.

*

Horrorosa, tremenda esa idea, suficiente para que ocupe un lugar en la galería de la infamia: “Tened hijos, porque solo ellos podrán llevar a buen puerto los planes y las decisiones del partido”. Nicolae Ceaușescu repitió varias veces esa increíble tesis. Asombro: parece que nadie la oyó, nadie la leyó. El rey estaba desnudo y no hubo un adulto que gritara: “¡Está desnudo!”.

*

Cuando me metan en prisión, pondré delante de la puerta un felpudo, me limpiaré los zapatos, me los quitaré y entraré con ellos en la mano.

*

Una foto (debajo de un título de actualidad: “Klaus Barbie – finalmente, el proceso”): “Los niños de Izieu perecerán en 1944 en las cámaras de gas”. Rostros alegres, gozos y silencios juguetones. Imagen – imágenes, en realidad – que debería disolver en vanidad el peligro individual. ¿Cómo dejar de pensar – tú, el lector, y ellos, los autores – en los niños de hoy, profanados por los caprichos de un degenerado? ¿Benedicid los animales y a los niños? Primero, ¡defendedlos!

*

También en la infancia tuve la revelación de la disyunción entre la moral profunda y la moral predicada. Desde este punto de vista, las únicas conquistas (los únicos méritos) de la madurez fueron la desaparición de la vacilación y una mejor traducción (moral-costumbres).

*

¿Qué tiene el régimen con el eros? ¿Cuál es la causa del silencio? ¿Será, como sugiere Orwell, una inteligencia política que canaliza las energías? Pero reconocemos mucha coherencia en esto: el eros es una aguda experiencia de la necesidad de libertad (¡que el régimen odia!); de comunicación (¡y al régimen le causa alergia!); de delicadeza (¡y el régimen no la conoce!); de deseo de liberarse de sí mismo (y en tal caso, ¿cómo podría seguir accio-

nando el régimen sobre uno?); de angustia (y el régimen necesita robots); de imaginación (¿que puede llegar a ser peligrosa!); de afección participativa (¿participación subversiva?); es una experiencia de acomodamiento (despierta, ejerce una inteligencia difícil de controlar).

*

Un pueblo sin fiestas no tiene identidad. Un pueblo al que se le obliga añadir a sus fiestas los pueriles espectáculos del poder es un pueblo oprimido. Y el pueblo que no tiene más que los últimos está perdido.

*

Los paralelismos, las comparaciones – espontáneos o a cualquier precio – llegan muchas veces a ser vulgares. El vicio se puede llamar abuso, banalidad, repetición cansina, tentación de simplificar y uniformizar, amnesia de la imaginación... Estoy consciente del peligro, pero al tener en mano un libro sobre las atrocidades de los nazis, tengo el deber de apuntar: “Suprimir la libertad de palabra, inclusive la libertad de prensa, controlar la justicia, incautar la propiedad, restringir el derecho de reunirse pacíficamente, censurar las cartas y los telegramas, intervenir los teléfonos, militarizar el trabajo, suprimir la libertad religiosa, éstos son los grilletes con los que un tirano [E. Russell se refiere a Hitler en su comentario] encadena a sus súbditos”, y luego de pensar: “¿El comentario se le aplicaría menos a Ceaușescu?”. Sigo apuntando: “¿Si Hitler le tenía tan poco aprecio a ‘la raza de los amos’, es erróneo asombrarse, quizás, que... los pueblos de otros países contaban para él menos que los gusanos?”, y pienso: “Si la clase trabajadora cuenta tan poco para Nicolae Ceaușescu, es erróneo asombrarse, quizás, que otros grupos sociales no cuentan casi nada?”. ¿Cómo dejar de asociar la ideología de *Mein Kampf*:

“Una generación más fuerte expulsará a los débiles, pues el ansia por la vida, en su última forma, siempre romperá todas las corrientes ridículas del llamado espíritu de humanidad individualista. En su lugar aparecerá una Humanidad natural, que destruirá la debilidad para engendrar la fuerza”¹⁵¹ con la tesis de la superioridad de la clase trabajadora, que eliminará a las demás (¡condenadas por la historia!), porque el determinismo objetivo no se dejará bloquear por los complejos absurdos del llamado humanismo (burgués), liberando la evolución natural que tiende a eliminar las otras clases? “Ellos [los nazis] alentaron y cultivaron el odio de razas en base al principio de ‘la raza de los amos’, cuyo último e inevitable objetivo era la dominación mundial. Ellos sembraron cizaña entre hermanos, azuzaron a los hijos contra los padres, a los cristianos contra los judíos. Intentaron corromper una nación entera, y a los que no se dejaron corromper los aterrizaron y, finalmente, los echaron en los campos de concentración.” ¿Y qué hicieron los comunistas con su teoría de la clase de los elegidos?

Este paralelismo es abusivo, trivial, repite de manera pesada otros, es en cierto modo simplificador y uniformador, pero no por eso deja de ser una lección sin equívoco dada a los partidarios de los compromisos. Desgraciadamente, el hombre vive desesperado entre dos mundos: el mundo del sueño sobre el bien, la moral, la verdad, y el mundo del bien, la moral o la verdad... Por eso, cuando se refieren al nazismo, las sentencias unánimes son perfectas, dominadoras, seguras, limpias, decididas, indignadas, severas, moralizadoras. ¿Y qué pasa cuando se habla del comunismo rumano...?

La discrepancia se vuelve, en ocasiones, dramática. Con nuestros prójimos podemos permitirnos ser tolerantes. Pero cuando nos dirigimos a los grandes responsables de la política mundial,

151 Adolf Hitler, *Mi lucha*. Primera edición electrónica en castellano, Chile, Jusego. Edición sin fines de lucro, 2003, p.82-83.

nos horripilamos. No sé si existe una solución no dramática al problema de los perros callejeros; al menos, no he encontrado una respuesta. Por eso el tema me irrita, lo borro de mi mente para no encontrarme ante un dilema insostenible, teniendo como coartada el hecho de que tengo que pensar en soluciones con vistas a mejorar la vida de los humanos, para que la misma avance, si no en un mundo de paz feliz, al menos en el de la tranquilidad civilizada, de una temporalidad permisiva...

*

Un paseo por la historia del progreso técnico o social ofrece sistemáticamente a algunas personas la posibilidad de asociar la voluntad con la fuerza activa. El mundo registró tan magna evolución cuan magna oportunidad estructurada confirió a la iniciativa. ¿Habría puesto en práctica Cousteau sus ideas, si hubiese sido obligado a solicitarlo pasivamente a la dirección de la empresa donde tenía que trabajar para que no se le condenara por parasitismo? ¿Dónde habría llegado el estado de Israel, si particulares como Weizmann o Rotschild no hubieran tenido los medios financieros que le ofrecieron? ¿Qué habría pasado con Henri Coandă, si no hubiera recibido el pasaporte para Francia?

Este tipo de preguntas puede sugerirles a algunos la pregunta qué influencia tuvo la nariz de Cleopatra en la historia de la humanidad. No obstante, esas preguntas me dan la convicción de que la heterogeneidad fue y sigue siendo, allá donde está permitida, un inestimable valor social. Y que ese sistema que destruye las existencias es la más formidable victoria contra la imaginación y la posibilidad.

*

¡La época de la falta de compasión! Los tocones del bosque se están pudriendo, los campesinos entierran el maíz, hay gente a la que no se le permite alimentar a los animales que está criando, la carne es alimento para osos¹⁵²... (y en todas parte, frío y hambre).

*

1984: se cumple un siglo desde la creación del Servicio Meteorológico de Rumanía, cuyo continuador es hoy en día el Instituto de Meteorología e Hidrología de Bucarest. La efeméride se está preparando desde hace mucho tiempo y, con motivo del simposio que se celebra, se publica un estudio monumental: *Un siglo de meteorología rumana*, una síntesis en la que los principales investigadores del instituto trabajaron unos años, una presentación casi exhaustiva de los temas investigados y de los estudios publicados. Mientras, el ex ministro del Consejo Nacional de las Aguas (la autoridad tutelar) cayó en desgracia¹⁵³. Le sustituyó uno de los hombres del momento, que algunos compañeros de instituto que habían trabajado años atrás con él en las obras donde hacía inspecciones conocían por sus escandalosas fiestas, famoso inmediatamente después de su nombramiento por haber pedido la dimisión de un vicedirector de la guardia vieja con las siguientes palabras: “So, tío, ¡¿qué, tú madre te parió meteorólogo?!”¹⁵⁴. De acuerdo con opinión general, su nombramiento significó un aumento del abuso mezquino, de la obsesión del secreto, de las decisiones sin pies ni cabeza.

Pero el primer efecto, el más chocante y tal vez el más significativo, fue la suerte del estudio *Un siglo de meteorología rumana*.

152 En las partidas de caza de Nicolae Ceușescu, los ayudantes alimentaban unos días antes a los osos con carne, para atraerlos hasta el lugar donde estaban al alcance del fusil del cazador (n. tr.).

153 Se trata de Ion Iliescu.

154 Se trata del ministro Ion Bădea.

Por orden del flamante ministro, los centenares de tomos de la tirada fueron enviados al Instituto de Meteorología e Hidrología, el instituto los repartió a los laboratorios, cada laboratorio repartió una cuota a los grupos de investigación, y cada grupo repartió a sus miembros los respectivos tomos, para que, en base a las listas redactadas por la Securitate, se eliminaran del texto y de la bibliografía a los autores que abandonaron el país, legal o ilegalmente, o a los que tenían una situación política dudosa. Siguiéron semanas fatigosas en las que los investigadores, dejando de lado los problemas corrientes de la investigación, se dedicaron a tachar con tinta china, página por página, los nombres repudiados. La ironía de la suerte, o una motivación más profunda, hizo que los científicos que habían abandonado el país hasta 1984 fuesen los más productivos. Sin protestar, con una obediencia de escolares aplicados, los investigadores del instituto dejaron fuera de la historia de la meteorología e hidrología rumanas a sus ex y más meritorios compañeros, cubriendo las páginas grandes de los libros con una densa red de líneas negras. Entre la diversión general provocada por el nuevo aspecto, a rayas, del libro homenaje y las inadvertencias entre el texto y la bibliografía o entre el texto y la gramática, la tarea profanadora iba progresando lenta, pero firme, hacia el final, como si fuese sido el más ingenuo acto del mundo.

Todo esto hasta un día, cuando llegó una segunda orden general. Los libros en cuya mutilación se trabajó unas semanas más fueron recogidos por la Securitate para su reciclaje. Una persona a la que le desapareció un tomo fue interrogada un tiempo, y los otros siguieron con su actividad como si no hubiera pasado nada.

Me di cuenta entonces cómo, a la primera orden de unos infames, decenas de científicos se apresuraron a participar diligentemente en la falsificación de su propia disciplina; la indiferencia con que fueron tratados aquellos científicos repudiados era el más seguro medio de minar su posible dignidad.

*

“Estos rostros jóvenes, alegres, con la luz de las lejanías en los ojos, pasan de lado de la tristeza que les rodea con una estupenda inapetencia. Toman una tajada de vida, le hacen solo un corte. Hay que proteger ese sentimiento de plenitud, positivo. Lo importante no es exaltar el dramatismo, sino ofrecer a los jóvenes las condiciones de la felicidad. Pensamos del mismo modo cuando decidimos que algunos de nosotros tenían que recoger la basura por la noche, para que otros vean únicamente la cara de la limpieza. Me siento como un basurero, me gustaría incluso cuidar un parque, un trozo de mar o de bosque, poner todo mi empeño en limpiarlos, hacerlos florecer, con toda la pureza que poseo. Pero la vida me obligó – ¿casualidad? – a dedicarme a la basura moral. Es mi profesión, ¿cómo puedo creer que debería ser la obligación de todos?”

*

En la calle Pascal Cristian, cerca del puente Grant, funcionaba antaño el Instituto Doamna Stanca. Un parque lleno de árboles robustos ocultaba su fachada, conservando el silencio del viejo Bucarest. Los tiempos han cambiado, y el edificio del instituto se convirtió con el tiempo en una residencia para alumnas. Más tarde, el parque fue barrido por los bulldozers y en su lugar se construyeron siete edificios para alumnos extranjeros, especialmente árabes. Alrededor de la residencia se elevó una valla destinada a proteger a los de dentro de la indiscreción de la gente.

Colgadas de las barras altas de metal, niñas de seis-siete años miran ahora con ojos brillantes los coches con cristales oscuros, de donde los árabes sacan paquetes relucientes e intangibles. Cuando los padres las dejan salir de casa, buscan en los contenedores de basura de sus edificios, donde encuentran en ocasiones

restos de comida y trozos de material plástico o telas con los que se fabricarán juguetes. A veces, los árabes se acercan a la valla, con alguna botella de pepsi, les hablan riendo en una lengua desconocida, beben delante de ellas y algunas veces les dejan un culín en las botellas. Los hombres morenos cogen a las niñas de las manos, por entre los barrotes, las pegan con la frente a las barras gruesas y las besan en la boca. En los rostros de las niñas aparece bruscamente un sentimiento confuso de temor y placer, de curiosidad contenida y espera. A sus compañeras de doce-trece años las hacen entrar por la noche, por las ventanas de la planta baja, y las niñas desaparecen en los cuartos de los árabes por unas horas.

*

Sobre el capó del coche, dejado por ignorancia junto a un edificio destartado en la periferia de la localidad turística Eforie, los rasguños parecen hechos con furia. Estaba aparcado al lado de un orfanato. Se notaba una pasión malévola y premeditada en esos rasguños. A los internos se les educa en condiciones sordidas, se les inculca un impulso agresivo hacia los del exterior. Están casi muertos de hambre, pero a cada mendrugo de pan que reciben se les recuerda que se lo regala el partido comunista. Más tarde, después de cumplir los 16 años, la Securitate elige a los más inteligentes y aparecen en las calles, rostros impassibles, con trajes y corbatas desgarrados, nacidos de distintas madres, pero todos, del mismo padre.

*

Otra cola. Se permite entrar en la tienda, sin sentido de precaución, a la marea de gente; se venden, después de varios meses, botes de cacao y bolsitas de pimienta negra. Como el espacio era más bien ovalado, el largo, el ancho y las diagonales se confun-

den sin necesitar un vector, el débil orden existente al principio desaparece ante la ola de gente de fuera, los hombres entran en desorden, con fuerza y empujando, ocupando de un extremo a otro aquel espacio previsto para esperar, pasar, o circular entre el escaparte frigorífico y la caja. Los cuerpos mueven de un lado una mesa de hierro en la que los padres habían dejado sentados a los niños pequeños. Éstos, al verse empujados y al sentir la excitación en aumento de la gente, chillan tremendamente. Una mujer mayor se desmaya y apenas la pueden sacar fuera. Desbordados por la situación, intervienen ineficazmente los empleados, y el alboroto aumenta.

Durante unos minutos, los hombres se aplastan en aquel caos despiadado.

E inesperadamente, un joven de dieciséis o diecisiete años, apenas un adolescente, se aparta de los demás, coge a unos por los hombros y los manda a otra parte, le grita a un grupo que deje libre el pasillo, les pide a unos hombres que le ayuden, riñe a la gente que no sabe estar en una cola, llama a la cajera para que cobre, contesta relajado a algunas ironías y... pone orden. La fila, formada por hombres maduros y pensionistas con experiencia en las colas, amas de casa parlanchinas y mujeres cansadas, que probablemente se escaparon del trabajo para poder llevar a casa algo de comer, empieza a moverse, tranquila y vigilada por el inesperado líder.

¿Quién logró tener tanta autoridad, y tan fácilmente? El adolescente un poco alto, pero no imponente, con una cara tosca, vestido de camisa, pantalones y zapatos en una fea mezcla de marón y negro (incluso su pelo tenía el color del más común castaño), tipo de alumno poco aplicado, pero acostumbrado a trabajar, seguro de sí mismo, pero sin arrogancia molesta, comunicativo-hablador, de una mediocridad compatible con la corrección, dirigió, más de una hora, aquel grupo variopinto de adultos.

Impresionante, pero no sorprendente. El grupo de adultos tenía sed de autoridad y, cada uno, la costumbre diaria de obedecer.

*

¿Qué psíquico tenía ese individuo al experimentar satisfacción cuando disparaba desde unos metros de distancia, al amparo de un fuerte inexpugnable, unos osos atraídos durante meses y años enteros al miserable matadero? Acostumbrados a los trozos grandes de carne de caballo colgados a diario a una altura adecuada a la parodia final, los futuros trofeos carpáticos tienden sus patas delanteras hacia la carnada inerte, descubriendo su ancho pecho de fiera fuerte al arma escondida en el atalaya.

“Son como los osos de circo”, comenta alguien. No, de circo no son los osos.

*

¿Qué podía imaginar, qué podía desear ese arquitecto que abandonó la escuela después de las primeras cuatro clases de primaria, y nunca llegó a practicar una profesión verdadera? El Teatro nacional como un silo, el malecón de Dâmbovița como un canal de riego, el Centro cívico parecido a una pirámide emparejada con un pulpo, arcos de triunfo de lona, monumentos que recuerdan las muñecas de feria, zonas citadinas que repiten, esquizofrénicamente, los mismos muros. Pero nada supera la monstruosidad de las aldeas apiladas en unas cajas de hormigón de unas cuantas plantas, con estufas de leña, y la leña depositada en la escalera, y con letrinas comunes en el corral de atrás. ¿Qué entendió del alma nacional el que pronunció miles de veces este sintagma? Aldea querida, a la sombra de los huertos, ¿dónde están tus habitaciones blancas y tus galerías descansando al sol? Aldea querida, envuelta por la noche en el olor a humo y la algarabía de los perros, ¿qué mente deforme pudo exiliarte en los repugnantes panteones?

LAS ÚLTIMAS PÁGINAS DEL DIARIO

Los primeros apuntes del Diario fueron escritos a partir del año 1985. Los últimos (1989) no pude enviarlos al extranjero. Tampoco era ya necesario.

Mi primera vuelta a Calea Rahovei: agosto del '88. Allí, sentado en una silla, con un mapa del mundo en la pared a mi derecha, cuya función no logré descifrar, me enteré de que era, cito: un don nadie, un cero a la izquierda, pero también una bestia humana; que presento síntomas de enfermedad, que desvarío...

Escucho una perorata asombrosa. En oposición: país-jardín, ciudades-flores (la falta de imaginación da náuseas) y los 40 millones de personas que se mueren de hambre en los Estados Unidos. ¿La reacción de los más encarnizados enemigos del régimen ante nuestros grandiosos logros? ¡A-SOM-BRO! Ex ministros de la burguesía, afincados en el extranjero, reconocen también que lo que se realizó en Rumanía nadie lo ha hecho jamás. Millones de parados en el Occidente miran Rumanía con envidia. ¿Qué es la Costa Azul, qué es la costa italiana, comparadas con nuestro litoral-luz?

¿Y yo, en cambio, qué? ¿Les pido que digan algo responsable? ¿Cómo me atrevo, yo, un mercenario, un instrumento de las oficinas de espionaje extranjeras, yo me atrevo a censurar el país donde nací y que me amamantó? ¿Cómo es posible que yo, criado por el régimen socialista, vea todo en negro? ¿Me junto con los que traicionaron a su país por un puñado de monedas de plata? (El cliché no había sido adaptado.) “¡Enemigo malvado, si eso se repite, ya no tendrás parte de nuestra benévola paciencia!” “¡Te mataré a golpes!”, declara uno de los acusadores de carácter lábil. “Hay que ingresarle en un manicomio, de allí no se escapa, ¿no ves que no reacciona en absoluto?”, comenta otro.

“¡Serás condenado por traición!, repite satisfecho uno de esos malnacidos. “Está claro, si das un paso en falso una vez más, te buscaremos un sitio en Ghencea¹⁵⁵.” “Te convertiremos en angelito”, añade y suelta un chasquido.

Escuchaba, tontamente, todas esas amenazas. Los que respiraron alguna vez el ambiente de un despacho de la Securitate saben que allí la grandilocuencia patrioterica ya no le hace pensar a uno en la ironía de Caragiale. De igual modo, la resistencia a la agresividad no te aporta ni pizca de orgullo. Un joven oficial al que siempre me dirigía tratándole de “señor” hace irrupción en el cuarto y me grita con una sonrisa sardónica: “¿Has hecho otras tonterías...?”, llamándome por mi nombre con una familiaridad que desarma.

En pareja, en grupos de tres o cuatro, los securistas me asaltan. El leitmotiv: vivo en otro mundo.

Sí, parece que existimos en universos paralelos. Estoy pensando en las páginas incriminatorias recogidas en los expedientes de la Securitate. No había transcrito un solo pensamiento sin enfrentarme a la duda. ¿Qué relación tienen las palabras de mis interrogadores con el modesto trabajo de la verdad? ¿O, al menos, con los significados elementales que no disimulan en absoluto su presencia en el espíritu y en las palabras escritas? ¿Las sentencias o las comparaciones desfavorables? Recordemos las palabras de Motru¹⁵⁶: “El pueblo que sabe que es diferente espiritualmente de otros pueblos gloriosos y poderosos no se avergüenza, pero se avergüenza el pueblo que siente el impulso de conocer su carácter y su destino”. (Me pregunto si alguno de ellos habrá leído al filósofo.) ¿La lógica acusadora de las causalidades? Es la respuesta

155 Una de las cárceles más duras para presos políticos en el régimen socialista, situada en la periferia de Bucarest (n.tr.).

156 Constantin Rădulescu-Motru (1868-1957), filósofo y psicólogo rumano, autor al concepției “el personalismo energético”, teórico del conservadorismo y defensor del “estado campesino” (n. tr.).

natural de una especialización. ¿Las construcciones, los cientos de kilos de metal per cápita que no me entusiasman? Pero, alguno de los que niegan mi derecho a expresarme profundizó en los conceptos de la competencia, verbi gracia, en el concepto de la entropía, sin el cual se le escapa a uno el significado mayor de esa economía que consume y se degrada cada vez más, a la vez que ofrece cada vez menos?

Guardo después de muchos años el extraño sentimiento provocado en la infancia por la muerte de Arquímedes. Mientras el ejército romano conquistaba Siracusa, el gran sabio meditaba, ensimismado en la demostración de un teorema geométrico, inclinado sobre unos círculos dibujados en la arena. Un soldado romano se acercó al anciano y le pidió que se levantara. “¡Apártate! ¡No toques mis círculos!, se dice que le habría gritado Arquímedes, con los ojos clavados en el dibujo. El soldado levantó el sable y (entrando en la historia) lo abatió sobre el sabio.

¿Qué sentido oscuro y envolvente provocó en aquel entonces la inquietud que todavía recuerdo hoy? ¿La inutilidad de la fuerza al lado de la autarquía del espíritu? ¿La fatal incomunicabilidad entre la fuerza estúpida y el pensamiento vuelto hacia su propio ser?

La historia se está repitiendo. En ese país hay demasiados soldados que atentan a la independencia del espíritu; demasiado pocos entendidos honestos reclaman la libertad del pensamiento. Cada uno debería decir en su nombre y en nombre de todos: “Apartaos, no toquéis mis círculos”.

*

Tontocracia, logocracia... ¡Exquisitos estos conceptos irónicos con los cuales nuestros inteligentes pensadores europeos ataron, en la mesa de operaciones de la historia, el espectáculo del poder en el estado comunista! Basta, sin embargo, pensar en la quema de los manuscritos tibetanos por las bandas de los chinos rojos,

para que las revanchas terminológicas de esta clase parezcan frívolas. Únicamente un mal metafísico puede explicar la victoria del instinto agresivo sobre la sagrada aventura humana; una reversión ontológica puede convertir a esos seres desnortados en unidad de medida básica del orden en un mundo inconmensurable.

*

Aduana, en el aeropuerto Otopeni (Bucarest). V.M. abre una de las cinco maletas. Dentro, dobladas, están dos alfombras pequeñas con motivos folclóricos. Usadas. Con el visto bueno del Patrimonio nacional, tasadas por “Consignația”, (tienda de antigüedades estatal), vendidas por V.M. y recompradas en la misma tienda¹⁵⁷, de acuerdo con un ritual mefistofélico. La documentación está en orden. El aduanero, que tiene al lado la lista de objetos de valor, ve las alfombritas. De repente, ¿o quizás premeditadamente, se le sube la mostaza a las narices:

– ¿Y eso?, grita el joven de uniforme. ¿Pasas por aduana objetos tasados a un valor inferior al real? ¡Quitadlas en seguida de aquí!

(En tono grave, mirando a la mujer de V.M.)

– Os voy a multar a cada uno con 25.000 lei¹⁵⁸. Y os incauto también las maletas; ya no tienen por qué estar en el aeropuerto.

Y, con una increíble salida de tono, clavando de nuevo sus ojos metálicos, triunfantes, en el candidato a la emigración:

– ¡Te voy a dejar en cueros y te daré en las plantas de los pies con una varita!

Silencio horroroso. V.M. está petrificado, no tiene reacción alguna. Lleva cuatro años esperando. Y algunas esperanzas perdidas. Es su última oportunidad, y está en una situación imposible.

157 Para tener un recibo-justificante con un valor inferior al real (n.tr.).

158 Un sueldo medio en aquel tiempo era de menos de 2000 lei (n.tr.).

El aduanero revienta de satisfacción. Después de la escena de la crisis, interpretada con tanto éxito, sigue la escena del ablandamiento. Cambia en unos miles más el precio de las alfombras, pero se le “olvida” un objeto, para que el valor total no supere, sin embargo, el límite máximo permitido.

– Deberían besarme las manos como agradecimiento, concluye empalagoso.

La bestia uniformada tiene alrededor de 22 años. V.M. supera los 38; primero de su promoción de Biofísica de la Universidad de Bucarest; artículos publicados en las mejores revistas de especialidad; miembro de organismos científicos internacionales; persona cultivada, a la que tiempo atrás se le propuso dedicarse a la crítica y teoría musical. Pero aquí, en el edificio de la aduana, ¿qué importan la edad y la carrera profesional? ¿O las buenas maneras?

Después de ese terrible momento, el matrimonio M. llega delante de otra puerta; fuera, donde hace frío, a otra cola. A su lado, una familia de gitanos con sus instrumentos musicales. Los aduaneros se toman una pausa más larga, para desayunar: chorizos, café; uno de los que está esperando fuera les trae una botella de agurdiente de ciruela. Un aduanero sale del cuarto y llama al gitano del acordeón. El gitano empieza a tocar, los aduaneros se levantan y se ponen a bailar con los trozos de chorizo en la mano, se pasan de uno a otro la botella de aguardiente, sin siquiera cerrar la puerta que les separa de la larga cola de solicitantes. Éstos están esperando transidos de frío, por el brusco cambio del tiempo, cansados por el temor o el asco. Para los emigrantes son las últimas imágenes de Rumanía: un grupo de guardias vulgares montando una juerga en horario de trabajo, antes o después de las insportables humillaciones. Imagen de campo de concentración.

Al lado de impotentes, inconscientes e indiferentes, también los precavidos. Compran jamón cocido – pastoso, morado – chorizos con uñas de cerdo, carne para rollitos a la parrilla, los “mititei” – cuyo mal olor se disimula con mucha sal y pimienta – y le dan un trocito a algún animal, un perro, un gato... Si el animal no come, ellos tampoco comen. Por lo general, los animales ni tocan el trozo infectado, sin echarlo de menos. Con los humanos es más difícil.

*

El Jardín de infancia n.º. 225 (Bucarest) se va adaptando a los nuevos tiempos. En el lugar de la alambrada, coquetona – dentro de lo que cabe – a medida de los enanos de tres palmos, digo, en el lugar de la valla amable que rodeaba el edificio con una planta superior, se alza ahora una reja de fortaleza. Los barrotes gruesos, colocados a 10 centímetros de distancia, acaban en punta de lanza, recordándonos que en esas tierras reinó, antaño, Vlad el Empalador. De la altura de un adulto, la sombra de la reja se proyecta en la pared como un corsé, hasta la segunda fila de ventanas. Me pregunto ¿qué pensamientos poblarían la mente de los enanos cuando llamen por primera vez a esa puerta cerrada? Y ¿qué pensamiento habrá inundado los recuerdos de aquella directora que, en vez de recibir a los pequeños huéspedes con flores en el ojal, en un puente de oro, decidió acogerlos a la sombra de una jaula para lobos?

*

La sesión de la Gran Asamblea Nacional (el parlamento) de abril de 1989 era previsible y pueril. Había sido concebida como una terrible réplica. Los acusadores – del interior y de fuera – , más numerosos que nunca, debían renunciar a cualquier ilusión:

cuando ordena la autoridad, en Rumanía el pueblo obedece. Y para que el desaliento de los adversarios se convierta en triunfo, en la Gran Asamblea se anunciaría – anillo en el hocico del cerdo – la paga total de la deuda externa.

Tal apuesta exigía escrupulosidad. No había que omitir ningún detalle; no aceptar pretexto alguno; la participación de los miembros del partido en la sesión se guiaba por un ritual muy estricto.

Por eso, a una investigadora del IMH que informó que estaba enferma, le dijeron que: los dolores de espalda, que le fueron tratados poco tiempo antes no la eximían de su deber. De madrugada hay que estar en el punto establecido de la zona Piața Palatului y esperar que comience el evento; hay que correar eslóganes y aplaudir durante el discurso [de Ceaușescu] según la puesta en escena; y obedecer la consigna de dispersarse ordenadamente.

La mujer, obediente, hizo lo que se le dijo. Pero, pensando en las interminables horas de espera, trajo con ella un taburete. Dio con ella exactamente antes del momento histórico de la llegada de los Dirigentes uno de aquellos personajes importantes que se ocupan del orden en los espectáculos solemnes. La investigadora estaba charlando con otras dos compañeras. ¡Eso era el colmo! Las dos tampoco habían respetado las instrucciones: llevaban al hombro dos bolsos demasiado grandes (¿?) que no se consideraron adecuados. Las tres fueron identificadas, amenazadas, y, efectivamente, poco tiempo después, la organización territorial del partido pidió al instituto que fuesen sancionadas por las “graves faltas”.

Siguió la reunión de los miembros de partido. Al oír una historia tan divertida y tan triste, se produjo rumor en la sala. Con lágrimas en los ojos, los dirigentes pidieron a sus colegas que sancionaran a las tres compañeras. De otro modo, la organización territorial hubiese decidido castigos mayores para toda la organización de partido del instituto.

La situación originó pequeños – por amor a la verdad, muy pequeños – dramas. A los que ven por un catalejo la infinita capacidad de aceptación de los rumanos este hecho podría sorprenderles. Pero la idea de culpar a un compañero por motivos tan ridículos está por debajo de lo habitual, de la humillación diaria. Algunos investigadores más jóvenes lucharon contra las presiones y al final votaron en contra. Otros se abstuvieron. Alegres, indiferentes, con remordimientos, la mayoría aprobó la sanción. Una vez más, el tiempo había implicado a los miembros del instituto en una de aquellas historietas cargadas de significados, que le deja a uno mal sabor de boca.

La imaginación de la vida, no obstante, es más páfida que la imaginación del ser humano. Unos días después la sanción fue anulada. Una de las “culpables” era la esposa de un personaje de la nomenklatura, la élite del partido. Como en el carné del instituto que tuvo que presentar cuando la legitimaron aparecía el apellido que llevaba antes de casarse, su caso había pasado inadvertido hasta aquel momento.

Otro rumor, apagado, entre los bastidores.

*

El arquetipo de los nuevos advenedizos: director de tienda de recambios... Tienda única. No la puede uno evitar. En la penuria general, el director hace acopio en casa: un video, dos coches, decenas de trajes, decenas de camisas... Come solo platos preparados en el acto. La esposa – titulada, educación tradicional, desde música a gimnasia – no trabaja, está en casa para prepararle al señor los nuevos platos cada seis horas. No le está permitido utilizar ninguno de los coches. El hijo, en el descampado, porque la madre se ocupa de la cabeza de familia.

La gana codiciosa, la pretensión desmesurada de aprovecharse no son rasgos específicos del rumano. Pero son específicos del

sistema la imposibilidad de obviar, de rechazar, de vivir fuera del mundo de esos monstruos, cuerpos insaciables que se cruzan en tu camino dejando una huella babosa.

*

Octubre de 1989. En las tiendas de alimentos de Bucarest no se pueden comprar más de 200 gramos de embutidos. Cortado. Algunos clientes piden el trozo sin cortar. No se puede. La orden suena así: cortado. Civilizado, ¿no? Es la última idea tras la visita de Nicolae Ceaușescu a la RDA, país bien alimnetado, limpio, de donde, sin embargo, los ciudadanos huyen – precisamente en el aniversario – o se quedan, organizan demostraciones y abuchean. “¡Que se quiten las cortinas de los restaurantes!” Y se quitan. La gente come como en un escaparate bajo las miradas insidiosas de los transeúntes. “¡Que se quiten las pistas de baile!” Se desmontan las pistas, pero poco tiempo después se revoca la orden. Los restaurantes se quedarían vacíos. Se vuelven a montar las pistas. Está lloviendo con órdenes. La tontería se desborda. La gente se da prisa por cumplir lo que se le ordena.

*

Charlar parece más bien un juego. Pero así se entera uno de algunas cosas. ¿Está claro que no tengo ninguna oportunidad? He quí la ocasión: emigrar. Mientras todavía me queda tiempo. El securista que me acompaña en el vagón tiene una voz acompasada, vagamente amistosa. Lo que dice esta vez se vuelve realmente interesante. La corrupción es general. Todos luchan por sobrevivir. Y se desacreditan. ¿Cómo se imagina que en esas condiciones podría aparecer la solidaridad? ¿La resistencia popular?

¡La corrupción, la degradación del hombre! Pensamos en esos fenómenos especialmente como el efecto de unas fuerzas que se descontrolaron. Escaparon del control de la ignorancia, de la ceguera. Y, mire, la Securitate tiene en cuenta muy bien ese mecanismo que desanima la resistencia. ¿Será posible que, en la lucha coyuntural, el poder erosione, con total lucidez, con el más elocuente cinismo, la consistencia moral de un pueblo entero? ¿Unos años más de orgullo personal contra unos siglos de fracaso nacional?

¿Y si es posible?

*

¡ARBEIT MACHT FREI!, les da la bienvenida a los presos el cartel de la entrada en Auschwitz. El trabajo te hace libre, así nos acogen también a nosotros las líneas apretujadas de los diarios. Hemos nacido para cumplir con las tareas del partido, nos prepara la radio por la mañana. Nuestra felicidad está garantizada por la dirección sabia del secretario general, nos araña la vista y el oído, unas horas al día, la tele. ¿Desde el sarcasmo sádico al delirio pueril? ¡Qué pequeña es la diferencia en el aspecto formal! Demasiado desorden para poder alcanzar la eficiencia del campo alemán. Demasiada falta de seriedad, demasiada poca inteligencia para sentir, constantemente, el ala del terror. En un universo basado en concentración, el caos y la incoherencia son el último refugio de la libertad.

*

El héroe de Augustin Buzura de la novela *Drumul cenușii* ('El camino de la ceniza') descubre con espanto que para sublevarse se necesita un mínimo de libertad. Descubre, en conclusión, la esencia del totalitarismo moderno. Era previsible; cuando un hé-

roe no encuentra la solución se lamenta. Desde el atentado hasta el martirio o la amnesia voluntaria, la solución pasa por una relación no convencional con el tiempo, igual que el totalitarismo, esa inmovilidad perecedera.

*

Un refugio para la libre iniciativa: la basura. Los contenedores y los descampados (donde se depositan) se animaron de repente hace unos diez años. Los tímidos los visitan en la oscuridad. Si pasa junto a la esquina del bloque de viviendas demasiado temprano o demasiado tarde, de noche, uno ve siempre alguna sombra buscando a la luz de una linterna en los contenedores. Pero a la mayoría se les puede ver por la mañana, después del bullicio de la gente que va al trabajo. Son sobre todo ancianos. Mujeres y hombres, con algún carrito cojo o sacos de plástico encontrados quién sabe donde. Los gitanos, en otros tiempos los únicos que se dedicaban a esa actividad, vienen más raramente a buscar objetos. Los otros se han especializado. Algunos recogen trozos de madera, pequeños y pocos como es de esperar en la basura de un bloque de viviendas. Los más numerosos están escarbando en los montones de basura en busca de restos de comida. Para darle de comer a algún animal.

Los grandes emprendedores colaboran con el estado. Éste prefiere vender la carne junto con la verdura. La gente agarra la bolsa al cabo de largas horas de cola, saca el trozo de carne de 500-600 gramos (incluidos los huesos) y echa los restos al cubo de basura: guisantes aplastados, tomates pasados, zanahorias cubiertas de moho verde. El que tiene iniciativa se construye un carrito. Lo carga en seguida con los alimentos infectos que los comerciantes obligan comprar a la gente. En casa, dos o tres cerdos engoradarán muy bien con este recurso casi diario. Los vecinos les miran por encima de la valla, envidiosos: ¿tener dos o tres cerdos hoy en día!

*

La plazoleta está descuidada. Los árboles viejos, calvos, extienden sus brazos sobre un terreno de tierra apisonada, manchado de basura acá y allá. En la plazoleta las calles convergen como los rayos de una rueda. Vieja periferia bucarestina. Cuando C.D. vuelve del trabajo, da con un hombre de edad más bien avanzada. Está sentado, apoyado en un árbol, con una hoja de periódico arrugada delante de él. Sobre el papel un mendrugo de pan y un poco de salchicón. El hombre mastica con cierto cuidado; movimientos regulares y una mirada apagada. Por suerte, C.D. encuentra en el bolso algo de comer. Se acerca con ojos fisgones de mujer. Las manos del hombre, grandes, de obrero, conservan su forma alargada, impactantes probablemente en otros tiempos. La camisa de tela gruesa, con los últimos botones sin abotonar, está sucia. Mas arriba del cuello, el cutis está hinchado; piel enferma a causa de las intemperies, fatigada. Recibe el regalo casi sin interés.

A la mañana siguiente, C.D. recorre a la inversa el mismo camino. El hombre sigue allí. Había dormido tumbado en la tierra. La mujer, conmovida, corre a casa y le trae comida caliente. “¿No tienes a nadie? ¿Por qué no trabajas?”, pregunta con ternura. El viejo no tiene a nadie, efectivamente, y en cuanto a trabajar... ¿Dónde? ¿Cómo? En los ojos le aparece por primera vez un centelleo. “No sé qué hacer, señora... ¿suicidarme?”, hace una pregunta que la deja estupefacta. Y la pregunta se repite: “¿qué cree, no sería mejor suicidarme?”, se alza su voz, de repente.

¿Qué palabras son capaces de devolverle la vida al corazón de este anciano vencido? La bondadosa señora mueve la cabeza, vacilante, y se oye un “No”.

¡Qué escena, qué símbolo!, se impresiona mi compañero al que C.D. le contaba el encuentro.

C.D. se indigna, se atraganta: “¿Qué símbolo ves tú en eso?, grita desesperada, ¡los ancianos se mueren de hambre!...”.

Finalmente, una voz desesperada de solidaridad. ¿Qué símbolo encierra el hecho de que los ancianos mueren de frío y de hambre?

*

Octubre-noviembre del '89. En Buzău se reparten manifiestos. Las hojas volantes encontradas en la calle Unirii o en el edificio de Correos se escribieron y multiplicaron en un ordenador. ¡Y precisamente ahora, antes del Congreso! En los centros de cálculo de la ciudad se efectúan registros. Se comprueban las impresoras.

A los programadores se les pide que reproduzcan un texto preparado por la Securitate. La oculta institución tiene que solucionar una especie de cuadratura del círculo. Como no saben que eso no es posible, hacen intentos; tienen que identificar las palabras sin descubrir el mensaje de los manifiestos. El texto de la Securitate tiene un tema histórico. En 1514, los austriacos luchan *contra...* Participa también un grupo de *rumanos* (los campesinos sublevados de Gheorghe Doja), que ya no quieren ser únicamente *esclavos, bestias obligadas a trabajar...* Quieren poner fin a este período de *dictadura y mentira...* Como ya no pueden aguantar la humillación, tienen que vencer la *cobardía...* Lo que es posible – está escrito en el texto – únicamente mediante la *unión...*

Las páginas de la Securitate, páginas negras. Pero en ellas brillan, inconfundibles, como la luz de un faro, la derrota de la cobardía, la humillación, la unión...

*

Existen pueblos que en el siglo XX sufrieron mucho más que el pueblo rumano: los alemanes, los camboyanos, los vietnamitas, y desgraciadamente otros. Pero, ¿hubo alguno más humillado

que el rumano? No hay mayor humillación que la autohumillación con demasiado ahinco. Por eso, la pregunta no es retórica. Algún día habrá que contestarla.

*

A finales de octubre, en el Instituto de Física de la Tierra se celebra, después de una más que minuciosa preparación, la Asamblea de los Trabajadores. Hay que expresar el deseo unánime de reelegir a Nicolae Ceaușescu en el XIV Congreso del partido. Guión obligatorio para todas las instituciones del país. Se convoca a los asalariados, algunos tienen que interrumpir su estancia en la otra punta del país. Una sola ausencia. El primer punto del orden del día: se levanta el director y, sin otro comentario, lee la decisión del pleno del Comité Central de reelegir al dirigente. Lectura neutra, sin inflexiones. Al final, el director deja los papeles sobre la mesa y empieza a aplaudir. En la presidencia, en la misma mesa, otras personas con cargos. Se levantan uno tras otro, vacilantes, como si cargaran con un peso invisible, y aplaude también, cada uno.

Lo mismo pasa en el salón de actos, con la multitud. La gente se levanta evidentemente embarazada; ademanes discretos y retardados. Al final, sin embargo, están de pie. Todos. Batiendo las palmas. Algunos lo hacen probablemente sin tocarlas, pero la simulación significa también sumisión. La reelección de la persona que se burló tantos años de sus vidas es lo último que desean, y sin embargo se levantan todos a la una para mover los brazos en señal de aprobación.

Conozco a algunos de ellos. Al director con sus instintos de aristócrata: sentido del ridículo desarrollado, educado según las buenas maneras. Demasiado débil, no obstante, para volver la espalda a los sucesos que le encumbraron en el cargo; para colmo, sin cabildear. Ahora se está prostituyendo. Después de la reunión, tendrá de nuevo retortijones de tripas por los nervios.

O al presidente del sindicato. Este hombre, un pedazo de pan, está asqueado por esas tareas. Por su actual cobardía. Mañana pedirá una baja y renunciará, desafiándose a sí mismo, a las ventajas del cargo.

En el salón, gentes inteligentes. Para ellos los problemas morales existen. Tienen sentido. Se expresan. ¿Y, entonces, por qué?

Deberían contarlos ellos. Contar sobre la fuerza que les empujó arriba y acercó sus palmas en contra de su voluntad. Sobre la materia viscosa que se escurrió de uno a otro: un principio de los vasos comunicantes los mezcló en la misma vergüenza colectiva. Sobre la mancha que le cubre a uno los ojos cuando hace absurda, mecánicamente lo que no se debe hacer. La vergüenza ante los demás, su cínico llamamiento (¡sé como yo!, ¡sé como yo!, ¡sé como yo!) y la vergüenza ante ti mismo, convertido en un trapo que todos pisan, ¡ay!, ¿quién?, ¿quién?...

Antes que nada, deberían contarlos ellos.

III.
HE ODIADO A CEAUȘESCU¹⁵⁹

159 Publicado en la revista 22, nº. 36, 1994.

“Creo que en Rumanía ya nadie odia a Ceaușescu.”

Ésta es la afirmación – o la afirmación aproximada – que el escritor Titus Popovici hizo el pasado domingo 21 de agosto, en un programa de televisión.

No sé lo que siente la mayoría de los que, como yo, tuvieron que aguantar el régimen de Ceaușescu, al que se refería, con cierta convicción, Titus Popovici. Pero yo sigo odiándole a Ceaușescu. O, al menos, no olvido seguir odiándole.

Cuando vivían, los odié a Ceaușescu y a su abyecta mujer con una pasión devoradora. Allá por los años '80, cuando su paranoia había superado cualquier límite, me estaba preguntando: ¿cómo se le podría asesinar? Sabía que, de haber podido, mi deber habría sido hacerlo. ¿Cómo se hubiese presentado semejante atentado? Una persona con mucha voluntad dispuesta a asumir – personalmente – las consecuencias de la eliminación brutal del dictador habría salvado muchas cosas.

Una vez, una mañana de domingo, creo que de 1986, he llegado a la esquina del ex instituto forense “Mina Minovici” con la orilla del río Dâmbovița. Cinco coches pasaron delante de mí, lentamente, no tenían más de 20 km. por hora, y giraron a la derecha, por una calle más estrecha. En uno de ellos, esta vez a la derecha del conductor, Ceaușescu. A dos metros de mí. Desde un lado, dos chicas le saludaron con la mano. Ridículo, aunque la emoción era comprensible. Miré su cara obsesionado. Rasgos vagamente más dulces, más humanizados que en la imagen de la tele. ¿Sería una sosia? ¿A esas horas, desplazándose con lentitud sorprendente, y con tan pocas medidas de seguridad? Si hubiera tenido un fusil en la mano, o una bomba... habría podido matarle. Así se presentaban las ocasiones. *Entonces, la razón del bien dictaba que le matara.*

Les odiaba, les odiaba a Ceaușescu y a su siniestra mujer. Esos personajes mediocres nos humillaban día tras día, hora tras hora. Esos paranoicos, sin educación elemental, se divertían exigiendo a la gente de cultura, a la elite científica, a los actores y artistas

que los declaren geniales. Sin igual. Traían a miles de personas para que les aplaudieran. Que se movieran en los estadios como monos, cuando querían ellos. Esos individuos, esos groseros demolían las ciudades. Demolían las aldeas. Echaban hormigon sobre los jardines. Edificios esperpénticos... Superficies frías, en lugar de los muros en los que la patina del tiempo había dejado una sombra de humanidad. En los barrios antiguos, arrancaban los viejos tilos que quedaban colgados en el aire con las raíces rotas.

Al canijo de Scornicești¹⁶⁰ le gustaba cazar osos. Atraídos ante su fusil, los osos acababan según un ritual chusco, que convertía la prueba de coraje en una demostración de cobardía. Los yates presidenciales paseaban a los dos cuerpos sin gracia por el Delta, donde pescaban esturiones. Sus dedos mostraban los peces condenados, conservados en redes preparadas especialmente para la ofrenda presidencial; y el lugar donde tenía que golpear el garfio. Trozos de carne de esos mansos gigantes de las aguas, en vida hacía poco, llenaban sus vísceras enfermas.

Esos individuos consideraban a las mujeres ganado destinado a parir. Esos asexuados les quitaban a las personas el edredón de la cama, para ver si cumplían con su deber a la patria, copulando según su programa. Los canallas condenaban a muerte a las mujeres que ya no querían, ya no aceptaban, ya no soportaban más tener hijos. Por orden de los dos locos se dejó morir a más de 7000 madres, seres que amaron o a las que se las amó, como animales al borde del camino.

Años seguidos me obsesionó la idea de definir, de ponerle nombre a este pigmeo. Su mediocridad, su imbecilidad me ahogaban. Muy a menudo le llamaba *paranoico*. Lo hacía casi cada día, delante de la gente con la que me encontraba en aquel entonces. En voz alta. Escribí sobre su paranoia patológica. Objetiva, no metafóricamente. Sobre *sus inconfundibles señales de senilidad de los últimos años*. El senil. Me lo imaginaba siempre con un

160 El pueblo natal de Ceașescu (n.tr.).

riectus feo en la comisura izquierda de los labios. Era una bestia insignificante. Creo que su piel olía a medicinas, a algo artificial y no natural. Era un *homunculus* vicioso.

Las palabras que usaba me parecían insuficientes. Como más me apetecía llamarlo suena algo parecido a *hombre de fango*.

La gente habla hoy día del perdón. Del imperativo cristiano. Pero, ¿qué les animará a los hombres a perdonarle *precisamente* a Ceaușescu? Es ridículo pretender que tu alma te pide que te reconcilies con el diablo y, a la vez, que no seas capaz de hacer la vista gorda ante la falta de alguien cercano.

Desde que era adolescente conozco el valor del pensamiento positivo. Acepté el llamamiento de no ser severo con los defectos o los fracasos de los otros. Conozco el significado del consejo: no dejes que te mueva la ira. O el otro consejo: no te dejes llevar por los instintos. Por la cólera momentánea. Por el odio.

Sé que perdonar a los que le causan a uno dolor o un mal tiene que ver con una elemental capacidad de comprender. Y de ser libre. Pero hablar del perdón “por principio”, *sin probarlo en el día a día*, es demagogia. Perdonar significa tener la fuerza de reconciliarte *de hecho* con los demás, con su impotencia. Con la fragilidad del ser humano. Es natural que ese continuo perdón tenga, cada momento, el poder de manifestarse primero con los más cercanos: los hijos, los compañeros, los amigos... con gente positiva, pero imperfecta.

Perdonar significa más que nada luchar cada día con tus propias limitaciones que explican tu propia crisis de comunicación, tu crisis de adaptación, tu crisis de participación. Poco importa si la evolución hacia la conciliación con el mundo se llama experiencia cristiana, budista, sintoísta o de otro modo.

¿Qué significa, sin embargo, perdonar a Ceaușescu? ¿A los dementes que echaban a los huérfanos en internados de exterminación? ¿A los que hablaban de su ascendencia campesina sin ser capaces de entender *por qué* la eternidad nació en el campo? Esos,

que declaraban que eran de origen obrero, sin tener idea de que en *toda creación* hay algo sagrado.

Cuánto filistinismo en la enfática afirmación de los que pretenden que la fe cristiana les enseñó a perdonar a Ceaușescu, pero no pueden olvidar que una vez el vecino cogió unas frutas de su árbol por encima de la valla.

Yo tengo la fuerza de perdonar a Ceaușescu. Pero nunca le perdonaré. *El hombre de fango* destruyó lo que más quería; el siete-mesino aplastaba todo lo que era digno en el ser humano, entraba en el cuerpo y el alma delicados de las mujeres, ahogaba el entusiasmo de los jóvenes, atormentaba de mil maneras esos seres que tenía prohibido tocar, los niños, mataba animales solo por ganas de matar, echaba hormigón sobre tierras con plantas apenas germinadas, borraba las huellas de la historia, llenaba la mente de la gente con su imagen monstruosa; en vez de dirigirse hacia las estrellas, apretaba en su puño sus corazones, donde tenía que nacer la conciencia moral, en un espasmo mezquino y mentiroso.

*

Perdonar a Ceaușescu no es un problema personal. Yo he odiado a Ceaușescu porque el odio representa mi revuelta devoradora por el mal interior que causó en su vida ese descerebrado. Y la Revuelta no me pertenece a mí, a este ser mío casual. Esta revuelta es precisamente la prueba, evidentemente, impersonal, de que el mundo tiene un sentido.

Nota del traductor

El traductor se identifica en varios episodios narrados con el autor, porque con la salvedad de la detención ha vivido personalmente algunas experiencias similares a las relatadas por Gabriel Andreescu.

Dan Munteanu Colán

ÍNDICE

I. AÑOS, GENTE, DISIDENCIA	7
Capítulo 1. Entre recuerdos	8
La obediencia como modelo colectivo	8
Disidentes y miembros de la resistencia	11
Corromper a los niños	14
“¿Ya estáis hartos de lo bueno?”	18
La Biblioteca para todos	21
Sin lengua rusa	24
El águila de la estación de trenes de Buzău	25
La protesta del pelo cortado al rape	28
El Manifiesto	30
La ideología de la liberación	33
Bola de sebo	35
Los abyectos honrados	36
El tema de la marginación	38
Marginación de las víctimas y de los miembros de la resistencia	41
Capítulo 2. Los amigos	44
Grigorie Florescu. Las fotocopias	44
El primer interrogatorio	46
Las bibliotecas extranjeras	50
Sobre judíos y palestinos en la clase de orientación	52
Ion Iliescu y Ana Blandiana en el IMH	54

Los compañeros	57
¡Alégrate!	61
Relaciones clandestinas	65
Carmen Popescu	67
Las radiografías	69
Virgil Mureşan	71
El contacto con el mundo libre	74
La familia Vieru	77
Capítulo 3. Por una filosofía de la disidencia	80
Los años de formación	80
¿Por qué es importante la literatura en la vida de un no literato?.	84
Los paradigmas	87
Un volumen y después una revista en búsqueda de la “disidencia teórica”.	91
El ser nacional	96
Lo que no se podía perdonar	99
Lo demás es vivencia	102
Los miedos.	103
Cuando el candor no tiene límites	106
La clave era su expediente, no el mío	110
La salida.	112
Hurry, la emigración, el Occidente.	114
Mioara	117
El diplomático	120
Los expedientes de la Securitate	121
El cuento del expediente destruido.	124

La detención	128
En Rahova 39	130
Los libelos que “denigraban” el régimen socialista.	132
“Una bala en la cabeza”	137
La prisión.	140
Los vecinos.	143
¿Quién puede saber lo que ocurre bajo una coraza de hormigón?	145
Capítulo 4. El intermedio	149
La excarcelación.	149
Los amigos.	151
El llamamiento de la Solidaridad polaca.	155
Las medidas “complejas y combinatorias” de la Securitate	159
La visita de Gheorghe Huțanu	161
Huțanu después de 1990	164
Un acontecimiento puede tener muchas explicaciones	166
La embajada que desempeñó un papel	168
Los periodistas de Mihnea	171
Año 1989.	173
Sobre la dignidad.	177
Solo la verdad, pero no entera	180
Elmano Costiner. La huelga de hambre	183
La disidencia interna habría significado muy poco sin el exilio	186
La grabación de Bernard Vaillot	190
Robert Cullen	195
El destierro a Gura Portiței.	198

Arresto a domicilio	200
Final de una época en Buzău	203
Los últimos días	207
La injusticia de la vida con las madres	215
Las últimas horas	218
Falso retrato de un ministro	224

II. POR UNA FILOSOFÍA DE LA DISIDENCIA235

La paranoia y la prestación social	236
El espectro de la culpa	249
1. El sentimiento moral	251
2. La culpa criminal contra las personas	253
3. La culpa criminal contra la sociedad	255
4. La culpa colectiva.	260
Impresiones, ocaso del siglo	277
Las últimas páginas del diario.	297

III. HE ODIADO A CEAUȘESCU312